



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

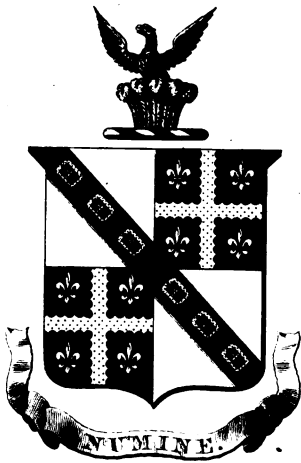
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

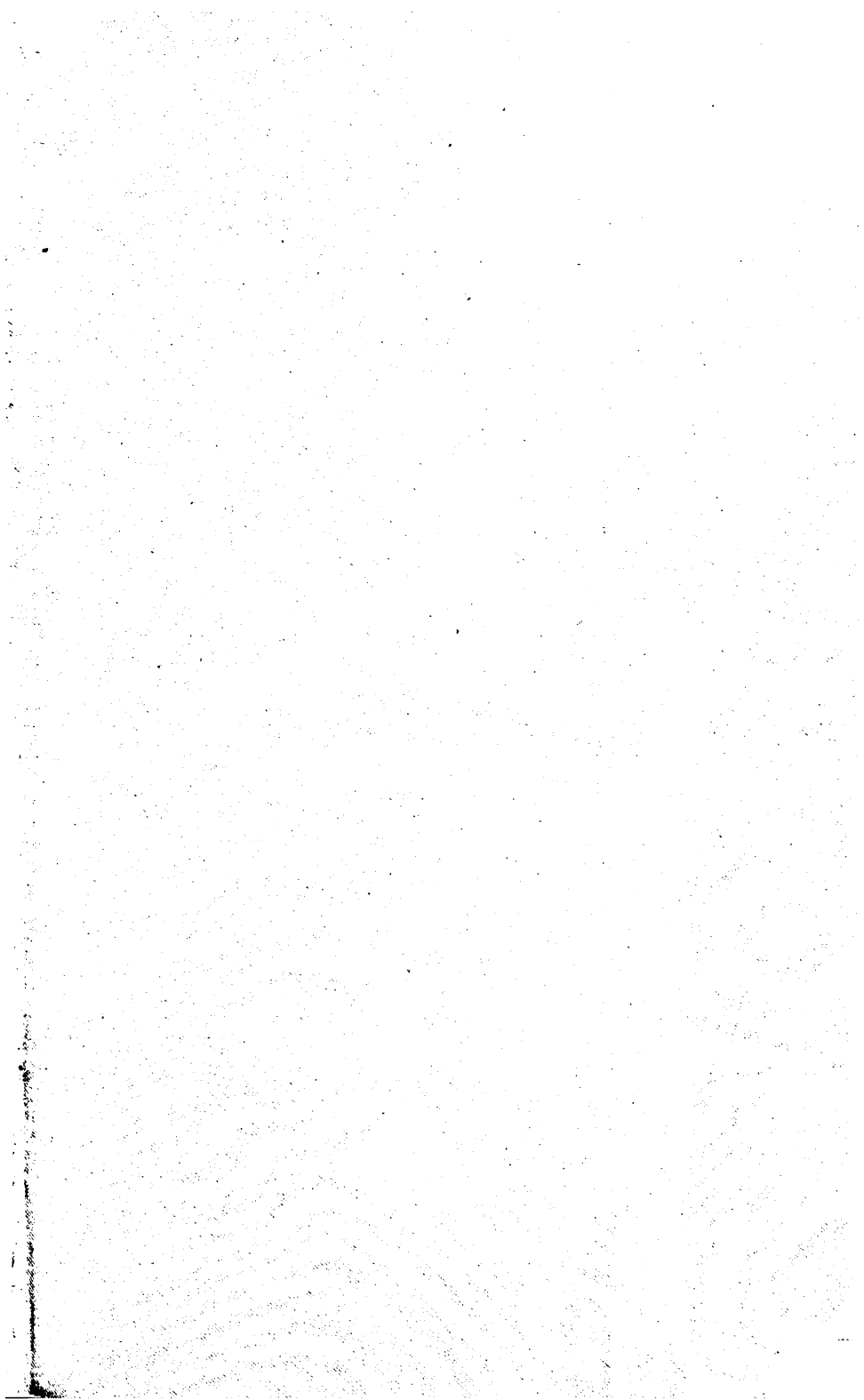
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

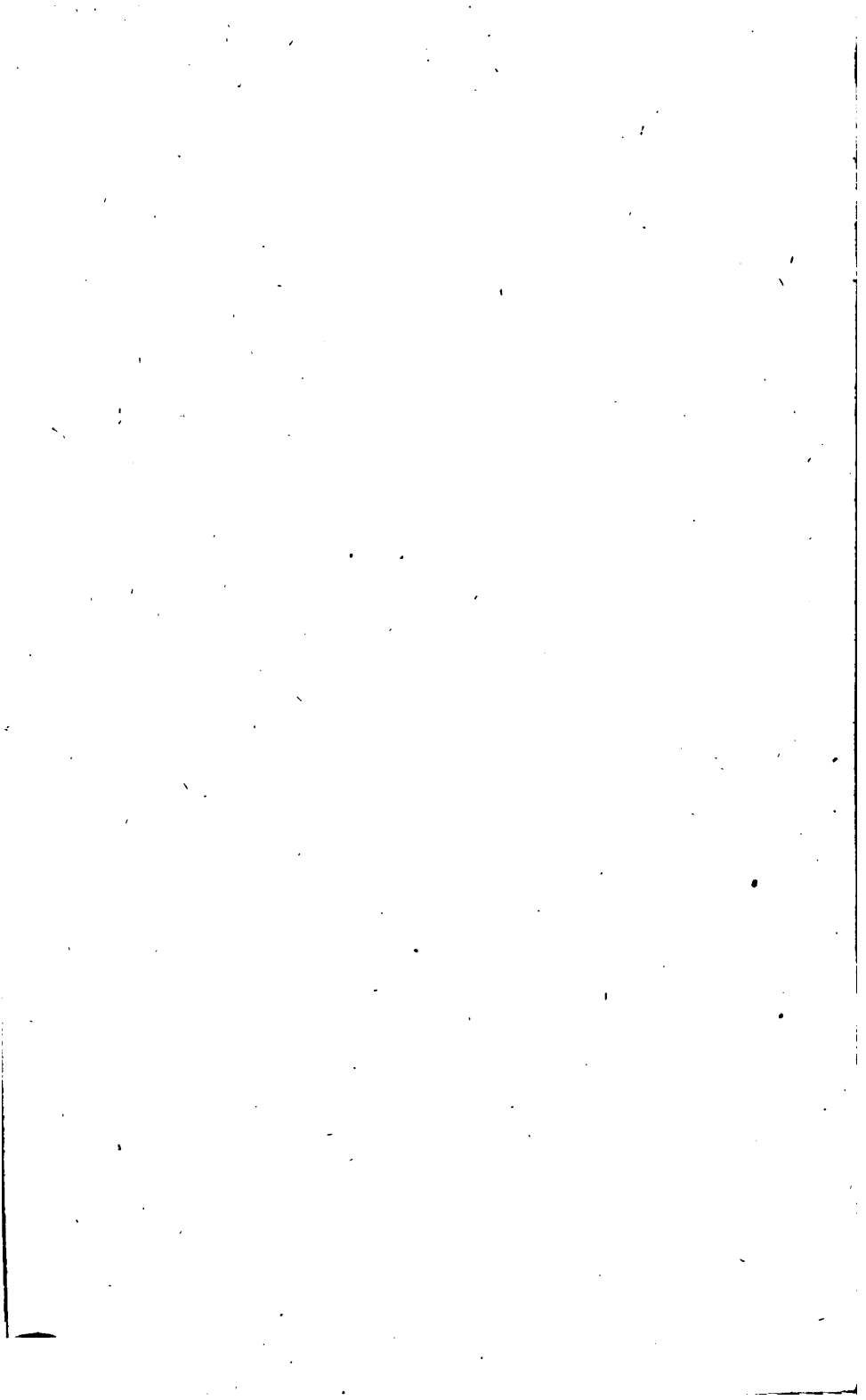


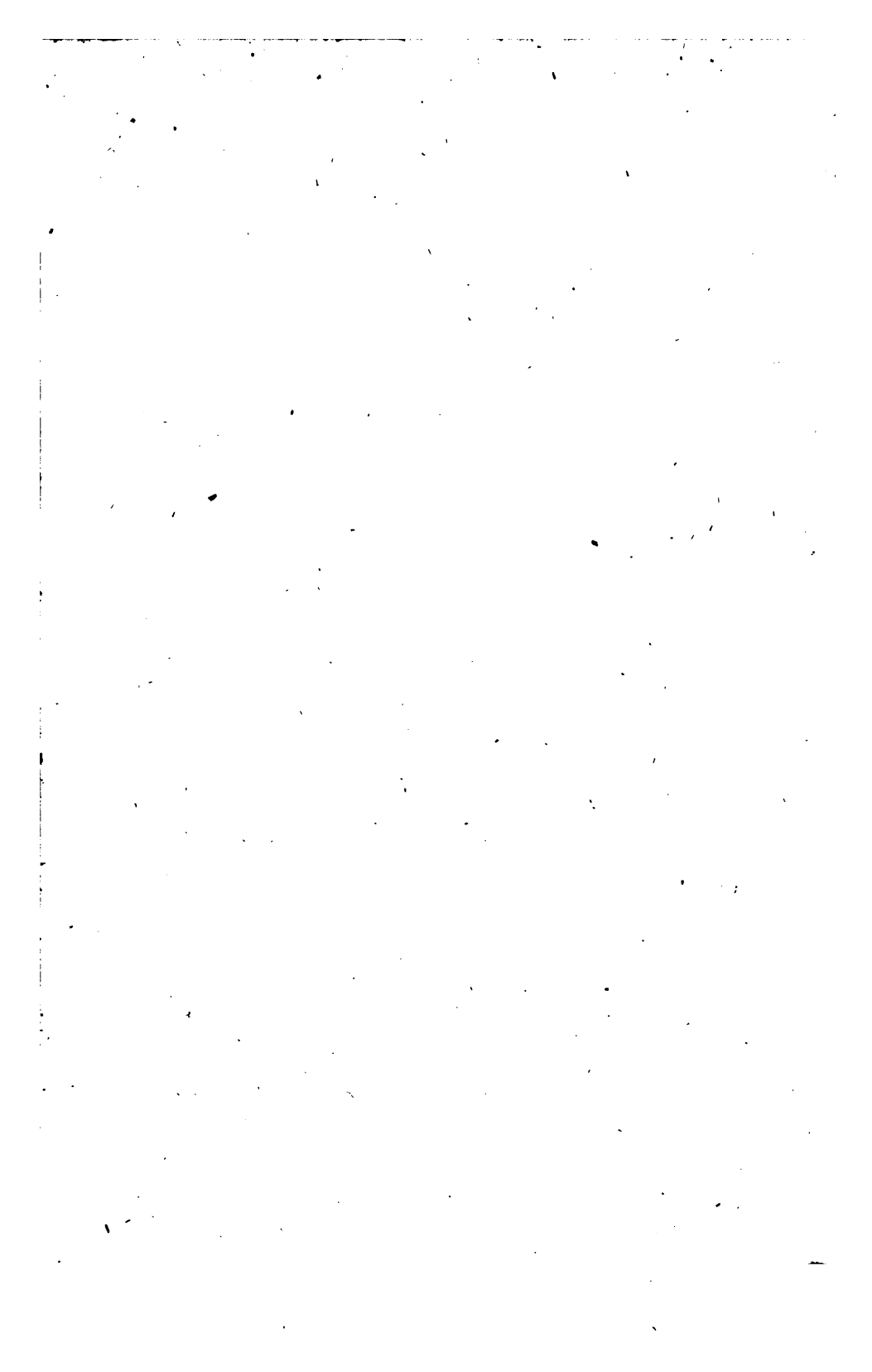
Richard Ashhurst-Powrie.

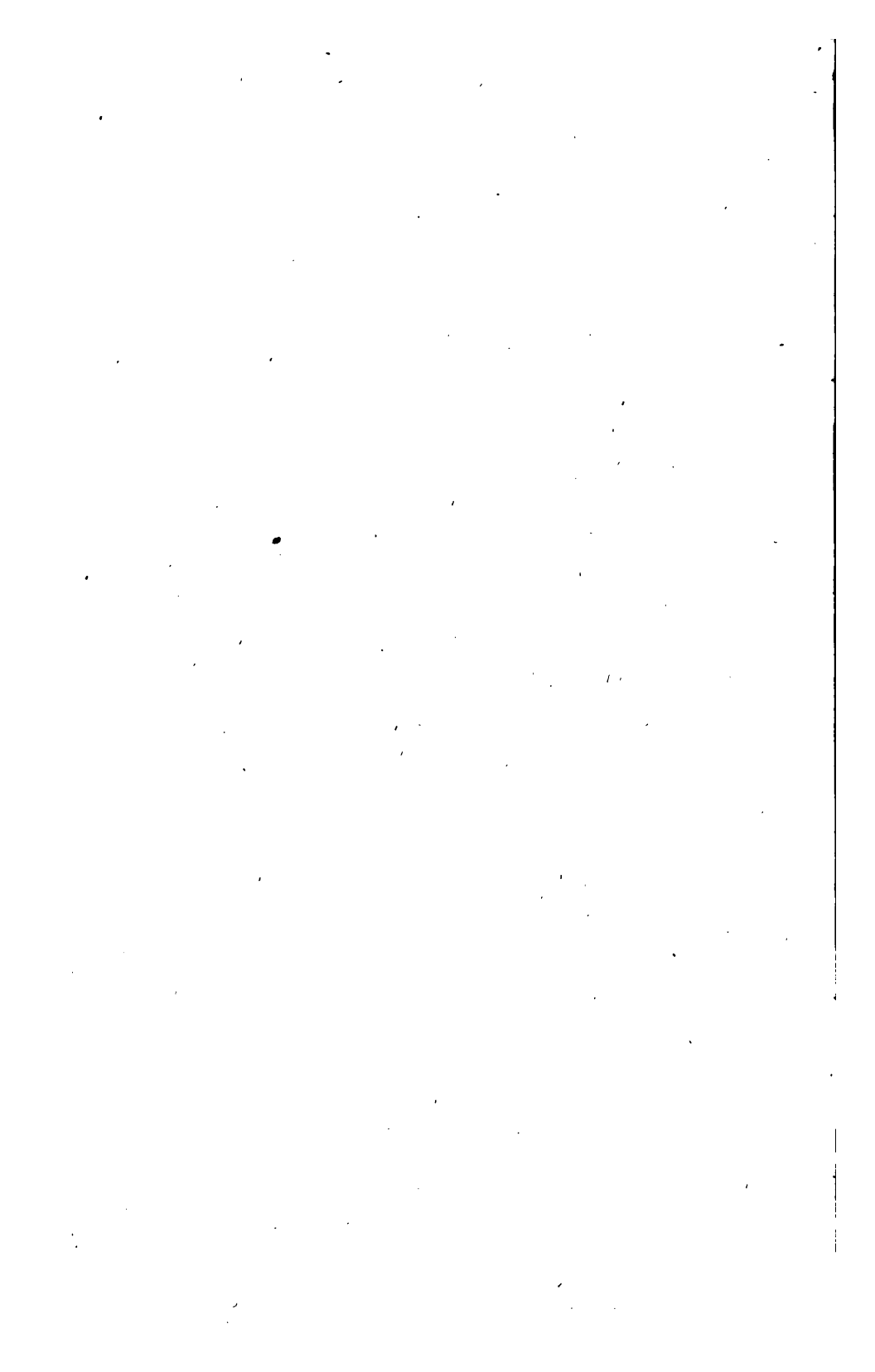
**HARVARD COLLEGE
LIBRARY**

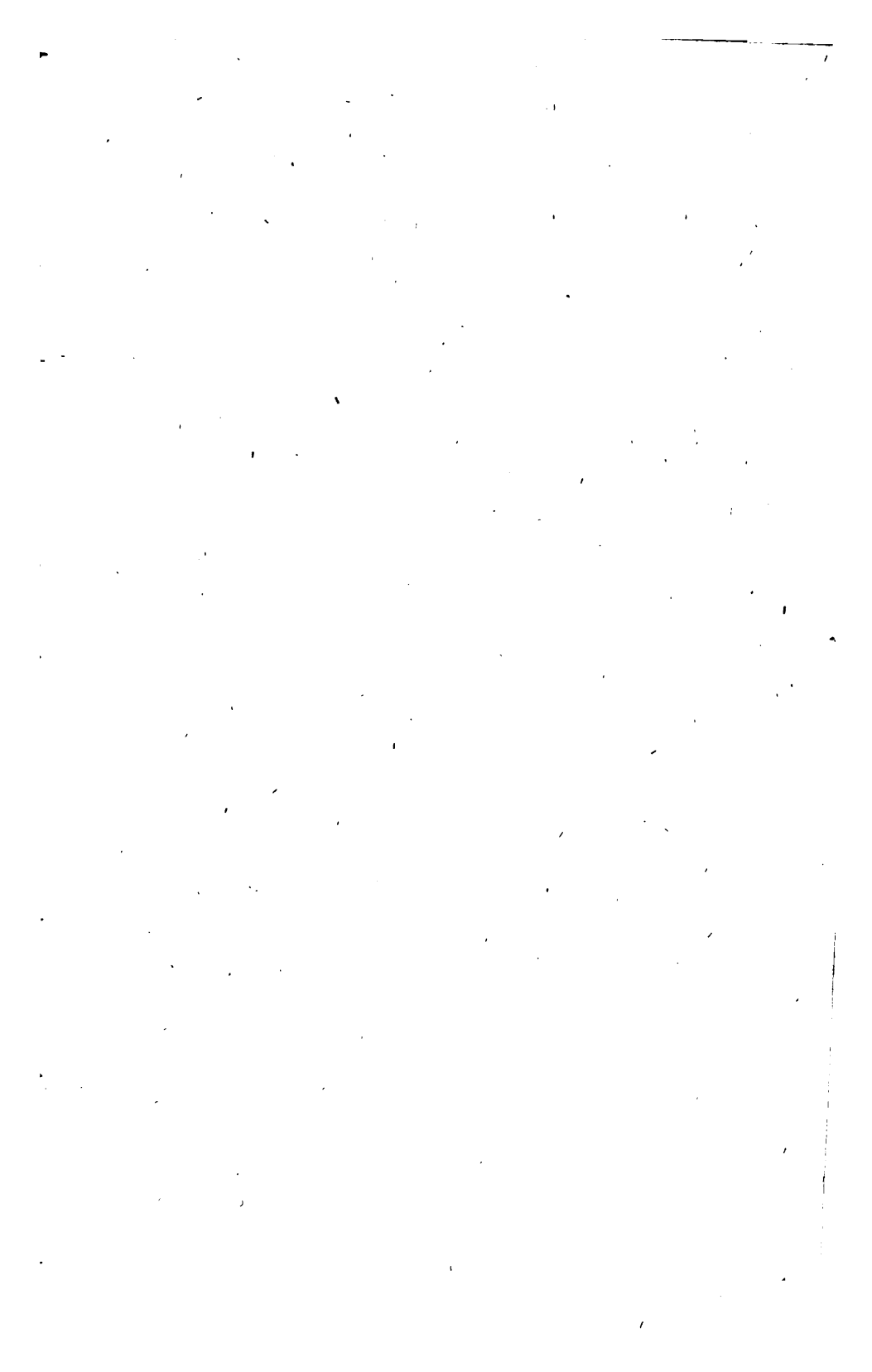


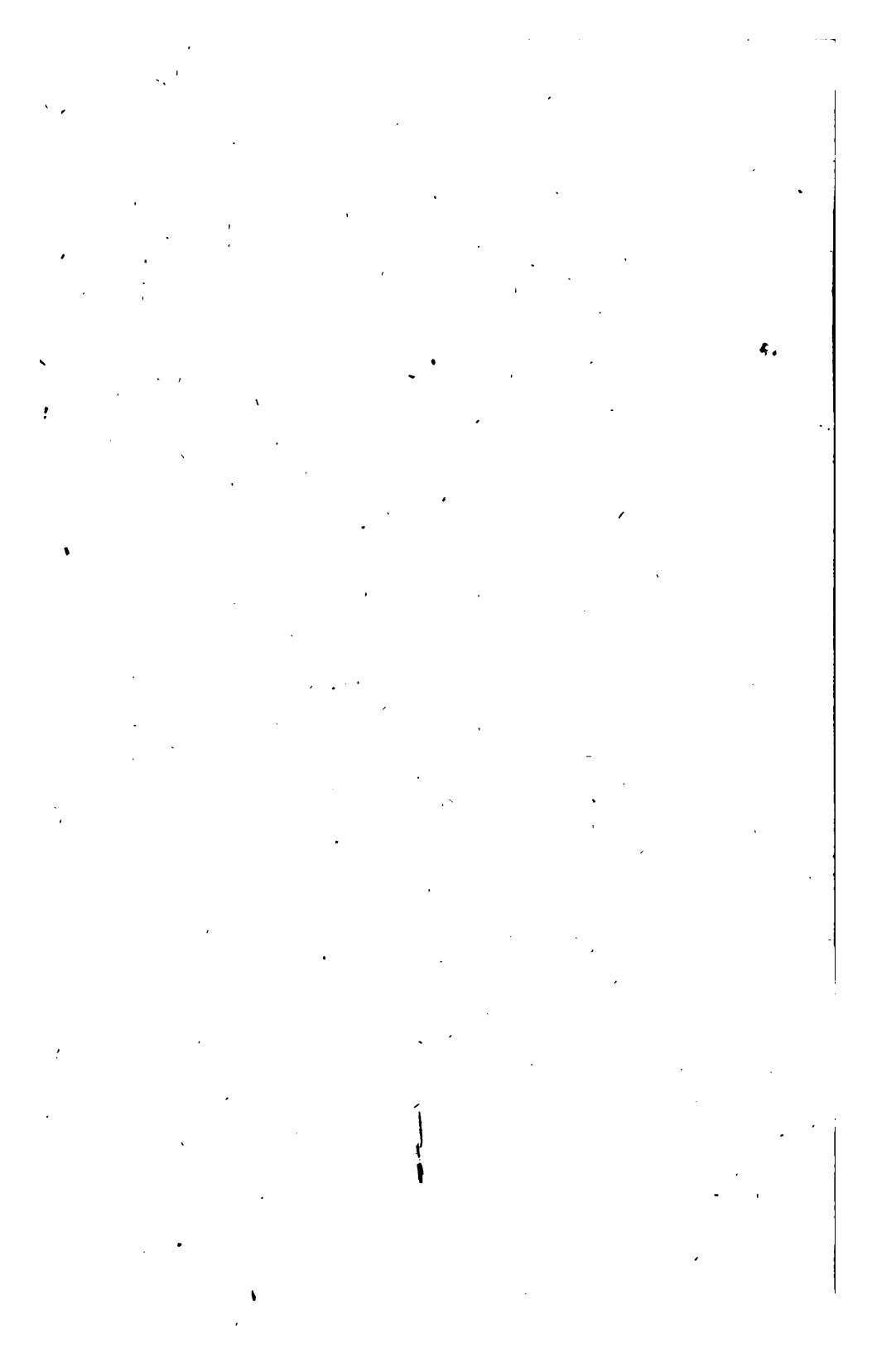




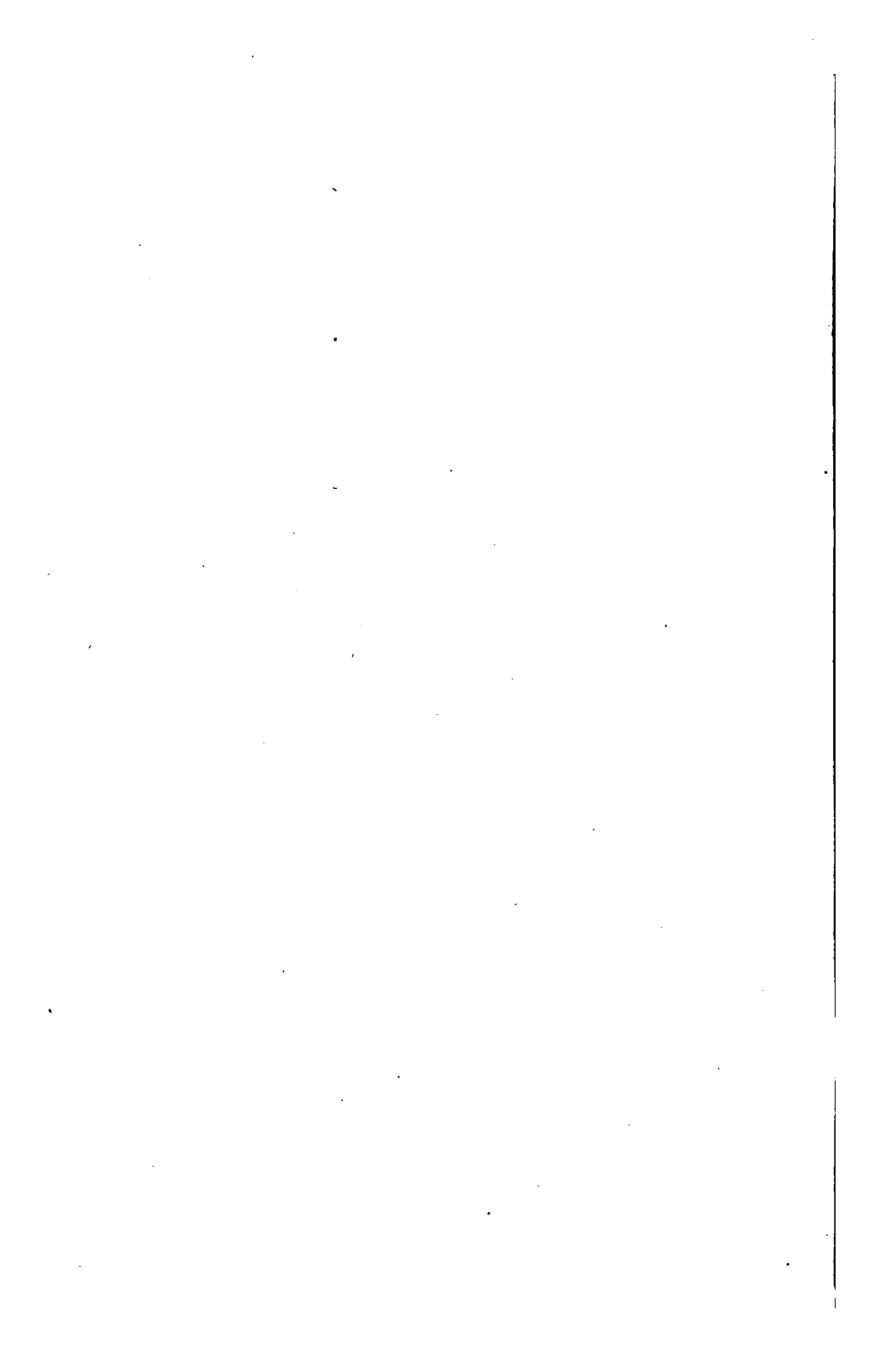








PERSILES Y SIGISMUNDA.



TRABAJOS

DE

PERSILES Y SIGISMUNDA

HISTORIA SETENTRIONAL

POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.



PRECEDE LA VIDA DEL AUTOR POR D. J. ANTONIO FELLICER.

TOMO II.



NUEVA YORK:

EN CASA DE LANUZA, MENDIA Y C.

IMPRESORES LIBREROS.

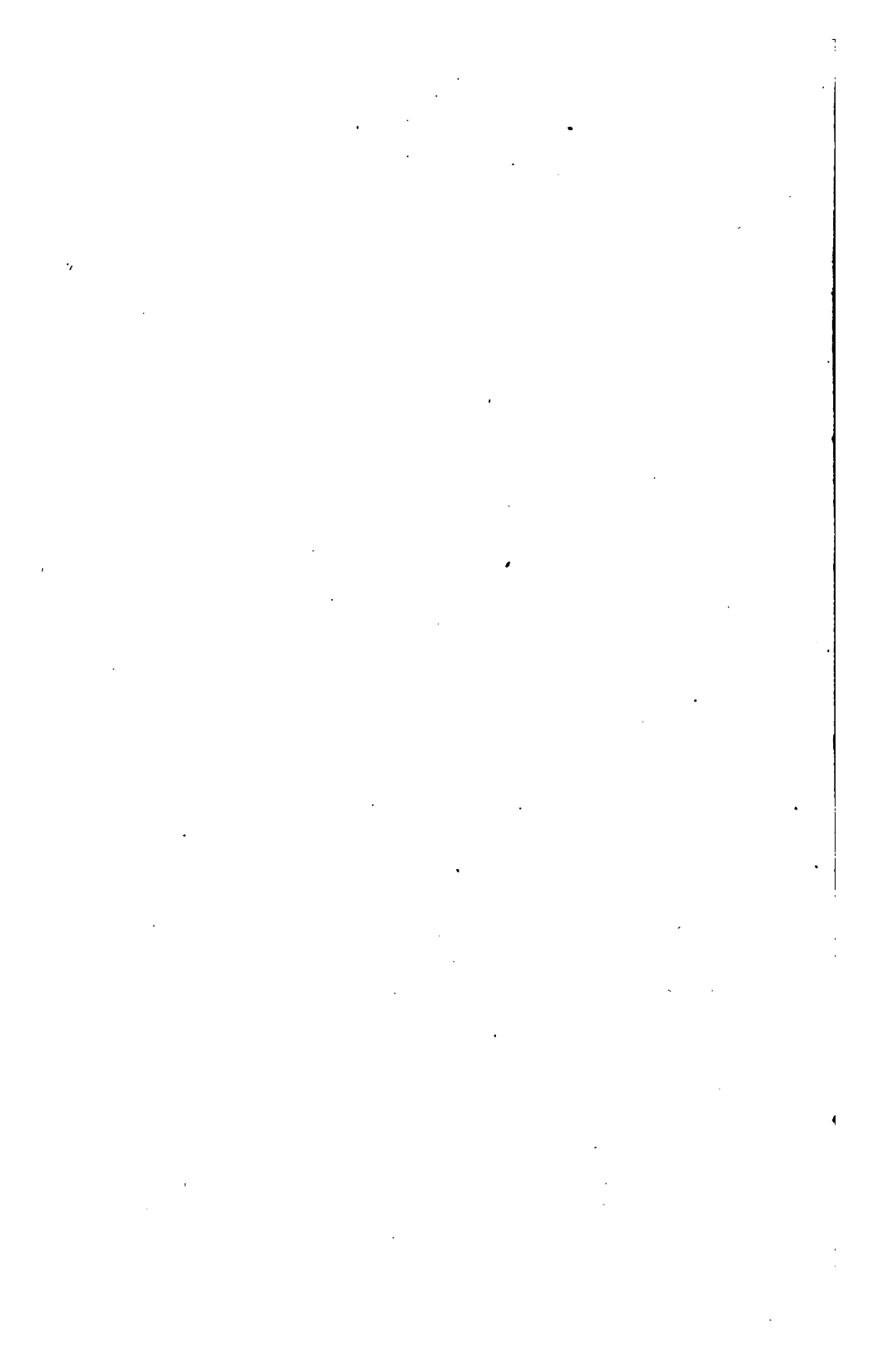
1827.

Spam 5040.50.8

Harvard College Library
Bowie Collection
Gift of
Mrs. E. D. Brandegee
Nov. 9, 1908.

PERSILES Y SIGISMUNDA.

LIBRO SEGUNDO.



CAPITULO XV.

A todos dió general gusto de oír el modo con que Periandro contaba su estraña peregrinacion, si no fué á Mauricio, que llegándose al oído de Transila su hija, le dijo: Paréceme, Transila, que con ménos palabras y mas sucintos discursos pudiera Periandro contar los de su vida, porque no habia para qué detenerse en decirnos tan por estenso las fiestas de las barcas, ni aun los casamientos de los pescadores, porque los episodios que para ornato de las historias se ponen, no han de ser tan grandes como la misma historia; pero yo sin duda creo que Periandro nos quiere mostrar la grandeza de su ingenio, y la elegancia de sus palabras. Así debe de ser, respondió Transila; pero lo que yo sé decir es, que ora se dilate, ó se sucinte en lo que dice, todo es bueno, y todo da gusto; pero ninguno le recebia mayor, como ya creo que otra vez se ha dicho, como Sinforosa, que cada palabra que Periandro decia, así le regalaba el alma, que la sacaba de sí misma. Los revueltos pensamientos de Policarpo no le dejaban estar muy atento á los razonamientos de Periandro, y quisiera que no le quedara mas que decir, porque le dejara á él mas que hacer, que las

esperanzas propincuas de alcanzar el bien que se desea, fatigan mucho mas que las remotas y apartadas, y era tanto el deseo que Sinforosa tenia de oir el fin de la historia de Periandro, que solicitó el volverse á juntar otro dia, en el cual Periandro prosiguió su cuento en esta forma: Contemplad, señores, á mis marineros, compañeros y soldados mas ricos de fama que de oro, y á mí con algunas sospechas de que no les hubiese parecido bien mi liberalidad, y puesto que nació tan de su voluntad como de la mia, en la libertad de Leopoldio, como no son todas unas las condiciones de los hombres, bien podia yo temer no estuviesen todos contentos, y que les pareciese que seria defícil recompensar la pérdida de cien mil monedas de oro, que tantas eran las que prometió Leopoldio por su rescate, y esta consideracion me movió á decirles: Amigos míos, nadie esté triste por la perdida ocasion de alcanzar el gran tesoro, que nos ofreció el Rey, porque os hago saber, que una onza de buena fama vale mas que una libra de perlas, y esto no lo puede saber sino el que comienza á gustar de la gloria que da el tener buen nombre. El pobre á quien la virtud enriquece, suele llegar á ser famoso; como el rico, si es vicioso, puede venir y viene á ser infame: la liberalidad es una de las mas agradables virtudes de quien se engendra la buena fama, y es tan verdad esto, que no hay liberal mal puesto, como no hay avaro que no lo sea; mas iba á decir,

pareciéndome que me daban todos tan gratos oídos, como mostraban sus alegres semblantes, cuando me quitó las palabras de la boca el descubrir un navío, que no léjos del nuestro, á orza por delante de nosotros pasaba: hice tocar al arma, y díle caza con todas las velas tendidas, y en breve rato me le puse á tiro de cañon, y disparando uno sin bala, en señal de que amainase, lo hizo así, soltando las velas de alto á bajo. Llegando mas cerca, ví en él uno de los mas estraños espectáculos del mundo; ví que pendientes de las entenas y de las jarcias venian mas de cuarenta hombres ahorcados: admiróme el caso, y abordando con el navío, saltáron mis soldados en él, sin que nadie se lo defendiese, halláron la cubierta llena de sangre, y de cuerpos de hombres semivivos, unos con las cabezas partidas, y otros con las manos cortadas; tal vomitando sangre, y tal vomitando el alma; este gimiendo dolorosamente, y aquel gritando sin paciencia alguna: esta mortandad y fracaso daba señales de haber sucedido sobremesa, porque los manjares nadaban entre la sangre, y los vasos mezclados con ella guardaban el olor del vino; en fin, pisando muertos y hollando heridos, pasáron los míos adelante, y en el castillo de popa halláron puestas en escuadron hasta doce hermosísimas mugeres, y delante dellas una que mostraba ser su Capitana, armada de un coselete blanco, y tan terso y limpio, que pudiera servir de espejo, á quererse mirar en él; traia puesta la gola,

pero no las escarcelas ni los brazaletes, el morrion sí, que era de hechura de una enroscada sierpe, á quien adornaban infinitas y diversas piedras de varios colores; tenia un venablo en las manos, tachonado de arriba abajo con clavos de oro, con una gran cuchilla de agudo y luciente acero forjada, con que se mostraba tan briosa y tan gallarda, que bastó á detener su vista la furia de mis soldados, que con admirada atencion se pusieron á mirarla.

Yo que de mi nave la estaba mirando, por verla mejor, pasé á su navío á tiempo cuando ella estaba diciendo: Bien creo, ó soldados, que os pone mas admiracion que miedo este pequeño escuadron de mugeres, que á la vista se os ofrece, el cual despues de la venganza que hemos tomado de nuestros agravios, no hay cosa que pueda engendrar en nosotras temor alguno: embestid, si venis sedientos de sangre, y derramad la nuestra, quitándonos las vidas, que como no nos quiteis las honras, las darémos por bien empleadas: Sulpicia es mi nombre, sobrina soy de Cratilo rey de Lituania, casóme mi tio con el gran Lampidio, tan famoso por linage, como rico de los bienes de naturaleza y de los de la fortuna. Ibamos los dos á ver al Rey mi tio, con la seguridad que nos podia ofrecer ir entre nuestros vasallos y criados, todos obligados por las buenas obras que siempre les hicimos; pero la hermosura y el vino, que suelen trastornar los mas vivos entendimientos, les borró las obligaciones de la memoria, y en su

lugar les puso los gustos de la lascivia: anoche bebiéron de modo, que les sepultó en profundo sueño, y algunos medio dormidos acudiéron á poner las manos en mi esposo, y quitándole la vida, diéron principio á su abominable intento; pero como es cosa natural defender cada uno su vida, nosotras por morir vengadas siquiera, nos pusímos en defensa, aprovechándonos del poco tiento y borrachez con que nos acometian, y con algunas armas que les quitámos, y con cuatro criados, que libres del humo de Baco nos acudiéron, hicímos en ellos lo que muestran esos muertos que estan sobre esa cubierta, y pasando adelante con nuestra venganza, habemos hecho que esos árboles, y esas entenas produzcan el fruto que de ellas veis pendiente: cuarenta son los ahorcados, y si fueran cuarenta mil, tambien murieran, porque su poca ó ninguna defensa, y nuestra cólera á toda esta crueldad, si por ventura lo es, se estendia: riquezas traigo que poder repartir, aunque mejor diria que vosotros podais tomar; solo puedo añadir, que os las entregaré de buena gana: Tomadlas, señores, y no toqueis en nuestras honras, pues con ellas ántes quedaréis infames que ricos.

Parecióronme tan bien las razones de Sulpicia, que puesto que yo fuera verdadero corsario, me ablandara. Uno de mis pescadores dijo á este punto: que me maten si no se nos ofrece aquí hoy otro rey Leopoldio, con quien nuestro valeroso Ca-

pitan muestre su general condicion: ea, señor Periandro, vaya libre Sulpicia, que nosotros no queremos mas de la gloria de haber vencido nuestros naturales apetitos. Así será, respondí yo, pues vosotros, amigos, lo quereis; y entended que obras tales nunca las deja el cielo sin buena paga, como á las que son malas sin castigo: despojad esos árboles de tan mal fruto, y limpiad esa cubierta, y entregad á esas señoras, junto con la libertad, la voluntad de servir las. Púsose en efecto mi mandamiento, y llena de admiracion y de espanto se me humilló Sulpicia, la cual, como persona que no acertaba á saber lo que le habia sucedido, tampoco acertaba á responderme, y lo que hizo fué mandar á una de sus damas, le hiciese traer los cofres de sus joyas y de sus dineros: hízolo así la dama, y en un instante, como aparecidos ó llovidos del cielo, me pusieron delante cuatro cofres llenos de joyas y dineros: abriólos Sulpicia, é hizo muestras de aquel tesoro á los ojos de mis pescadores, cuyo resplandor quizá, y aun sin quizá, cegó en algunos la intencion que de ser liberales tenian, porque hay mucha diferencia de dar lo que se posee y se tiene en las manos, á dar lo que está en esperanzas de poseerse. Sacó Sulpicia un rico collar de oro, resplandeciente por las ricas piedras que en él venian engastadas, y diciendo: Toma, Capitan valeroso, esta prenda rica, no por otra cosa que por serlo la voluntad con que se te ofrece, dádiva es de una pobre viuda, que

ayer se vió en la cumbre de la buena fortuna, por verse en poder de su esposo, y hoy se ve sujeta á la discrecion destos soldados que te rodean, entre los cuales puedes repartir estos tesoros, que segun se dice, tienen fuerzas para quebrantar las peñas. A lo que yo respondí: Dádivas de tan gran señora se han de estimar, como si fuesen mercedes, y tomando el collar me volví á mis soldados, y les dije: Esta joya es ya mia, soldados y amigos míos, y así puedo disponer della, como cosa propia, cuyo precio, por ser á mi parecer inestimable, no conviene que se dé á uno solo, tómeme y guárdele el que quisiere, que en hallando quien le compre, se dividirá el precio entre todos, y quédese sin tocar lo que la gran Sulpicia os ofrece, porque vuestra fama quede con éste hecho frizando con el cielo. A lo que uno respondió: Quisiéramos, ó buen Capitan, que no nos hubieras prevenido con el consejo que nos has dado, porque vieras que de nuestra voluntad correspondiamos á la tuya: vuelve el collar á Sulpicia; la fama que nos prometes no hay collar que la ciña, ni límite que la contenga.

Quedé contentísimo de la respuesta de mis soldados, y Sulpicia admirada de su poca codicia: finalmente, ella me pidió que le diese doce soldados de los míos, que le sirviesen de guarda, y de marineros para llevar su nave á Lituania: hízose así, contentísimos los doce que escogí, solo por saber que iban á hacer bien. Proveyónos Sulpicia de

generosos vinos, y de muchas conservas de que carecíamos: soplabá el viento próspero para el viage de Sulpicia y para el nuestro, que no llevaba determinado paradero: despedímonos della, supo mi nombre, y el de Carino y Solercio, y dándonos á los tres sus brazos, con los ojos abrazó á todos los demas; ella llorando lágrimas de placer y tristeza, nacidas de tristeza por la muerte de su esposo, de alegría por verse libre de las manos que pensó ser de salteadores, nos dividímos y apartámos. Olvidaba de deciros, como volví el collar á Sulpicia, y ella le recibió á fuerza de mis importunaciones, y casi tuvo á afrenta que le estimase yo en tan poco, que se le volviese. Entré en consulta con los míos sobre qué derrota tomaríamos, y concluyóse, que la que el viento llevase, pues por ella habian de caminar los demas navíos que por el mar navegasen, ó por lo ménos si el viento no hiciese á su propósito, harian bordos hasta que les viniese á cuento. Llegó en esto la noche clara y serena, y yo llamando á un pescador marinerero, que nos servia de maestro y piloto, me senté en el castillo de popa, y con ojos atentos me puse á mirar el cielo. Apostaré, dijo á esta sazón Mauricio á Transila su hija, que se pone agora Periandro á describirnos toda la celeste esfera, como si importase mucho á lo que va contando, el declararnos los movimientos del cielo; yo por mí, deseando estoy que acabe, porque el deseo que tengo de salir desta tierra, no da lugar á que

me entretenga ni ocupe en saber cuáles son fijas, ó cuáles erráticas estrellas, cuanto mas que yo sé de sus movimientos mas de lo que él me puede decir. En tanto que Mauricio y Transila esto con sumisa voz hablaban, cobró aliento Periandro para proseguir su historia en esta forma.

CAPITULO XVI.

Comenzaba á tomar posesion el sueño y el silencio de los sentidos de mis compañeros, y yo me acomodaba á preguntar al que estaba conmigo muchas cosas necesarias para saber usar el arte de la marinería, cuando de improviso comenzaron á llover, no gotas, sino nubes enteras de agua sobre la nave, de modo que no parecia sino que el mar todo se habia subido á la region del viento, y desde allí se dejaba descolgar sobre el navío. Alborotámonos todos, y puestos en pié mirando á todas partes, por unas vímos el cielo claro, sin dar muestras de borrasca alguna, cosa que nos puso en miedo y en admiracion: en esto el que estaba conmigo dijo: Sin duda alguna esta lluvia procede de la que deraman por las ventanas que tienen mas abajo de los ojos aquellos monstruosos pescados, que se llaman *náufragos*; y si esto es así, en gran peligro estamos de perdernos, menester es disparar toda la artillería, con cuyo ruido se espantan: en esto ví alzar y poner en el navío un cuello como de serpiente terrible, que arrebatando un marinero, se le engulló y tragó de improviso, sin tener necesidad de mascarle. *Náufragos* son, dijo el piloto, con balas ó sin ellas,

que el ruido, y no el golpe, como tengo dicho, es el que ha de librarnos. Traia el miedo confusos y agazapados los marineros, que no osaban levantarse en pié, por no ser arrebatados de aquellos vestiglos, con todo eso se diéron priesa á disparar la artillería, y á dar voces unos, y acudir otros á la bomba, para volver el agua al agua, tendímos todas las velas, y como si huyéramos de alguna gruesa armada de enemigos, huímos el sobre estante peligro, que fué el mayor en que hasta entónces nos habíamos visto. Otro dia al crepúsculo de la noche nos hallámos en la ribera de una isla no conocida por ninguno de nosotros, y con disinio de hacer agua en ella quisímos esperar el dia, sin apartarnos de su ribera, amainámos las velas, arrojámos las áncoras, y entregámos al reposo y al sueño los trabajados cuerpos, de quien el sueño tomó posesion blanda y suavemente: en fin, nos desembarcámos todos, y pisámos la amenísima ribera, cuya arena (vaya fuera todo encarecimiento) la formaban granos de oro y de menudas perlas. Entrando mas adentro, se nos ofreciéron á la vista prados, cuyas yerbas no eran verdes por ser yerbas, sino por ser esmeraldas, en el cual verdor las tenian, no cristalinas aguas, como suele decirse, sino corrientes de líquidos diamantes formados, que cruzando por todo el prado, sierpes de cristal parecian.

Descubrímos luego una selva de árboles de diferentes géneros, tan hermosos que nos suspendiéron

las almas, y alegraron los sentidos; de algunos pendían ramos de rubíes, que parecían guindas, ó guindas que parecían granos de rubíes: de otros pendían camuesas, cuyas mejillas, la una era de rosa, la otra de finísimo topacio; en aquel se mostraban las peras, cuyo olor era de ámbar, y cuyo color de los que se forman en el cielo, cuando el sol se traspone: en resolucion, todas las frutas de quien tenemos noticia, estaban allí en su sazón, sin que las diferencias del año las estorbasen, todo allí era primavera, todo verano, todo estío sin pesadumbre, y todo otoño agradable con extremo increíble. Satisfacía á todos nuestros cinco sentidos lo que mirábamos, á los ojos con la belleza y la hermosura; á los oídos con el ruido manso de las fuentes y arroyos, y con el son de los infinitos pajarillos, que con no aprendidas voces formado, los cuales saltando de árbol en árbol, y de rama en rama, parecía que en aquel distrito tenían cautiva su libertad, y que no querían ni acertaban á cobrarla; al olfato con el olor que de sí despedían las yerbas, las flores y los frutos; al gusto con la prueba que hicimos de la suavidad de ellos; al tacto con tenerlos en las manos, con que nos parecía tener en ellas las perlas del Sur, los diamantes de las Indias, y el oro del Tíbar. Pésame, dijo á esta sazón Ladislao á su suegro Mauricio, que se haya muerto Clodio, que á fe que le habia dado bien que decir Periandro en lo que va diciendo. Callad, señor, dijo Transila su esposa.

que por mas que digais, no podréis decir que no prosigue bien su cuento Periandro; el cual, como se ha dicho, cuando algunas razones se entremetian de los circunstantes, él tomaba aliento para proseguir en las suyas, que cuando son largas, aunque sean buenas, ántes enfadan que alegran. No es nada lo que hasta aquí he dicho, prosiguió Periandro, porque á lo que resta por decir, fálta entendimiento que lo perciba, y aun cortesías que lo crean: volved, señores, los ojos, y haced cuenta que veis salir del corazon de una peña, como nosotros lo vímos, sin que la vista nos pudiese engañar: digo que vímos salir de la abertura de la peña, primero un suavísimo son, que hirió nuestros oidos, y nos hizo estar atentos, de diversos instrumentos de música formado, luego salió un carro, que no sabré decir de qué materia, aunque diré su forma, que era de una nave rota, que escapaba de alguna gran borrasca; tirábanla doce poderosísimos jímios animales lascivos; sobre el carro venia una hermosísima dama, vestida de una rozagante ropa de varias y diversas colores adornada, coronada de amarillas y amargas adelfas; venia arrimada á un baston negro, y en él fija una tablachina ó escudo, donde venian estas letras SENSUALIDAD: tras ella saliéron otras muchas hermosas mugeres con diferentes instrumentos en las manos, formando una música, ya alegre, y ya triste; pero todas singularmente regocijadas.

Todos mis compañeros y yo estábamos atónitos, como si fuéramos estatuas sin voz, de dura piedra formados. Llegóse á mí la Sensualidad, y con voz entre airada y suave me dijo: Costarte ha, generoso mancebo, el ser mi enemigo, si no la vida, á lo ménos el gusto; y diciendo esto, pasó adelante, y las doncellas de la música arrebatáron, que así se puede decir, siete ú ocho de mis marineros, y se los lleváron consigo, y volviéron á entrarse, siguiendo á su señora, por la abertura de la peña. Volvíme yo entónces á los míos para preguntarles, qué les parecia de lo que habian visto; pero estorbólo otra voz ó voces que llegóron á nuestros oídos, bien diferentes que las pasadas, porque eran mas suaves y regaladas, y formábanlas un escuadron de hermosísimas al purecer doncellas, y segun la guia que traian, éranlo sin duda, porque venia delante mi hermana Auristela, que á no tocarme tanto, gastara algunas palabras en alabanza de su mas que humana hermosura: ¿Qué me pidieran á mí entónces que no diera, en albricias de tan rico hallazgo? Que á pedirme la vida, no la negara, si no fuera por no perder el bien, tan sin pensarlo hallado. Traia mi hermana á sus dos lados dos doncellas, de las cuales la una me dijo: La continencia y la pudicia, amigas y compañeras, acompañamos perpetuamente á la castidad, que en figura de tu querida hermana Auristela hoy ha querido disfrazarse: ni la dejaremos hasta que con dichoso fin le dé á sus trabajos

y peregrinaciones en la alma ciudad de Roma. Entonces yo, á tan felices nuevas atento, y de tan hermosa vista admirado, y de tan nuevo y estraño acontecimiento por su grandeza y por su novedad, mal seguro alcé la voz para mostrar con la lengua la gloria que en el alma tenia, y queriendo decir: ¡O únicas consoladoras de mi alma! ¡O ricas prendas por mi bien halladas, dulces y alegres en este y en otro cualquier tiempo! Fué tanto el ahinco que puse en decir esto, que rompí el sueño, y la vision hermosa desapareció, y yo me hallé en mi navío con todos los míos, sin que faltase alguno dellos. A lo que dijo Constanza: ¿Luego, señor Periandro, dormíades? Sí, respondió, porque todos mis bienes son soñados. En verdad, replicó Constanza, que ya queria preguntar á mi señora Auristela, adónde habia estado el tiempo que no habia parecido. De tal manera, respondió Auristela, ha contado su sueño mi hermano, que me iba haciendo dudar, si era verdad ó no lo que decia. A lo que añadió Mauricio: Esas son fuerzas de la imaginacion, en quien suelen representarse las cosas con tanta vehemencia, que se aprenden de la memoria, de manera que quedan en ella, siendo mentiras, como si fueran verdades. A todo esto callaba Arnaldo, y consideraba los afectos y demostraciones con que Periandro contaba su historia, y de ninguno dellos podia sacar en limpio las sospechas que en su alma habia infundido el ya muerto maldiciente Clodio, de no ser Auris-

tela y Periandro verdaderos hermanos. Con todo eso dijo, prosigue Periandro tu cuento, sin repetir sueños, porque los ánimos trabajados siempre los engendran muchos y confusos, y porque la sin par Sinforosa está esperando que llegues á decir, de dónde venias la primera vez que á esta isla llegáste, de donde saliste coronado de vencedor de las fiestas, que por la eleccion de su padre cada año en ella se hacen. El gusto de lo que soñé, respondió Periandro, me hizo no advertir, de cuán poco fruto son las digresiones en cualquiera narracion, cuando ha de ser sucinta, y no dilatada. Callaba Policarpo, ocupando la vista en mirar á Auristela, y el pensamiento en pensar en ella; y así para él importaba muy poco ó nada, que callase ó que hablase Periandro, el cual advertido ya de que algunos se cansaban de su larga plática, determinó de proseguirla abreviándola, y siguiéndola en las ménos palabras que pudiese, y así dijo.

CAPITULO XVII.

Prosigue Periandro su historia.

Desperté del sueño, como he dicho, tomé consejo con mis compañeros, qué derrota tomaríamos, y salió decretado, que por donde el viento nos llevase; que pues íbamos en busca de corsarios, los cuales nunca navegan contra viento, era cierto el hallarlos; y habia llegado á tanto mi simpleza, que pregunté á Carino y á Solercio, si habian visto á sus esposas en compañía de mi hermana Auristela, cuando yo la ví soñando. Riéronse de mi pregunta, y obligáronme y aun forzáronme á que les contase mi sueño. Dos meses anduvimos por el mar, sin que nos sucediese cosa de consideracion alguna, puesto que le escombrámos de mas de sesenta navíos de corsarios, que por serlo verdaderos, adjudicámos sus robos á nuestro navío, y le llenámos de innumerables despojos con que mis compañeros iban alegres, y no les pesaba de haber trocado el oficio de pescadores en el de piratas, porque ellos no eran ladrones sino de ladrones, ni robaban sino lo robado.

Sucedió, pues, que un porfiado viento nos salteó una noche, que sin dar lugar á que amainásemos al-

gun tanto, ó templásemos las velas, en aquel término que las halló las tendió y acosó de modo, que, como he dicho, mas de un mes navegámos por una misma derrota, tanto, que tomando mi piloto la altura del polo, donde nos tomó el viento, y tanteando las aguas que hacíamos por hora, y los días que habíamos navegado, hallámos ser cuatrocientas leguas poco mas ó ménos: volvió el piloto á tomar la altura, y vió que estaba debajo del Norte en el parage de Noruega, y con voz grande, y mayor tristeza dijo: Desdichados de nosotros, que si el viento no nos concede dar la vuelta para seguir otro camino, en este se acabará el de nuestra vida, porque estamos en el mar glacial, digo en el mar helado, y si aquí nos saltea el yelo, quedarémos empedrados en estas aguas. Apénas hubo dicho esto, cuando sentímos que el navío tocaba por los lados y por la quilla como en movibles peñas, por donde se conoció que ya el mar se comenzaba á helar, cuyos montes de yelo, que por de dentro se formaban, impedían el movimiento del navío: amainámos de golpe, porque topando en ellos no se abriese, y en todo aquel día y aquella noche se congeláron las aguas tan duramente, y se apretáron de modo, que cogiéndonos en medio, dejáron al navío engastado en ellas, como lo suele estar la piedra en el anillo. Casi como en un instante comenzó el yelo á entumecer los cuerpos, y á entristecer nuestras almas, y haciendo el miedo su oficio. considerando el manifiesto peli-

gro, no nos dímos mas dias de vida, que los que pudiese sustentar el bastimento que en el navío hubiese, en el cual bastimento desde aquel punto se puso tasa, y se repartió por órden tan miserable y estrechamente, que desde luego comenzó á matarnos la hambre: tendímos la vista por todas partes, y no topámos con ella en cosa que pudiese alentar nuestra esperanza, sino fué con un bulto negro, que á nuestro parecer estaria de nosotros seis ú ocho millas; pero luego imaginámos que debia de ser algun navío, á quien la comun desgracia del yelo tenia aprisionado: este peligro sobrepuja y se adelanta á los infinitos en que de perder la vida me he visto, porque un miedo dilatado y un temor no vencido fatiga mas el alma, que una repentina muerte: que en el acabar súbito se ahorran los miedos y los temores que la muerte trae consigo, que suelen ser tan malos como la misma muerte. Esta, pues, que nos amenazaba tan hambrienta como larga nos hizo tomar una resolucion, si no desesperada, temeraria por lo ménos; y fué que considerámos, que si los bastimentos se nos acababan, el morir de hambre era la mas rabiosa muerte que puede caber en la imaginacion humana, y así determinámos de salirnos del navío, y caminar por encima del yelo, é ir á ver si en el que se parecia, habria alguna cosa de qué aprovecharnos, ó ya de grado, ó ya por fuerza: púsose en obra nuestro pensamiento, y en un instante

viéron las aguas sobre sí formado con piés enjutos un escuadron pequeño, pero de valentísimos soldados, y siendo yo la guía, resbalando, cayendo y levantando, llegámos al otro navío, que lo era, casi tan grande como el nuestro: habia gente en él, que puesta sobre el borde adivinando la intencion de nuestra venida, á voces comenzó uno á decirnos: ¿A qué venis, gente desesperada? ¿Qué buscais? ¿Venis por ventura á apresurar nuestra muerte, y á morir con nosotros? Volveos á vuestro navío, y si os faltan bastimentos, roed las jarcias, y encerrad en vuestros estómagos los embreados leños, si es posible, porque pensar que os hemos de dar acogida, será pensamiento vano, y contra los preceptos de la caridad, que ha de comenzar de sí mismo: dos meses, dicen, que suele durar este yelo que nos detiene, para quinze dias tenemos sustento; si es bien que le repartamos con vosotros, á vuestra consideracion lo dejo. A lo que yo le respondí: En los apretados peligros toda razon se atropella: no hay respeto que valga, ni buen término que se guarde; acogednos en vuestro navío de grado, y juntarémos en él el bastimento que en el nuestro queda, y comámoslo amigablemente, ántes que la precisa necesidad nos haga mover las armas, y usar de la fuerza.

Esto le respondí yo, creyendo no decian verdad en la cantidad del bastimento que señalaban; pero ellos, viéndose superiores y aventajados en el

puesto, no temieron nuestras amenazas, ni admitieron nuestros ruegos, ántes arremetieron á las armas, y se pusieron en órden de defenderse: los nuestros, á quien la desesperacion de valientes hizo valentísimos, añadiendo á la temeridad nuevos brios, arremetieron al navío, y casi sin recibir herida le entraron y le ganaron, y alzose una voz entre nosotros, que á todos les quitásemos la vida por ahorrar de bocas y de estómagos, por donde se fuese el bastimento que en el navío hallásemos. Yo fuí de parecer contrario, y quizá por tenerle bueno en esto, nos socorrió el cielo, como despues diré, aunque primero quiero decir, que este navío era el de los corsarios que habían robado á mi hermana y á las dos recién desposadas pescadoras. Apenas le hube reconocido cuando dije á voces: ¿A dónde teneis, ladrones, nuestras almas? ¿A dónde estan las vidas que nos robásteis? ¿Qué habeis hecho de mi hermana Auristela, y de las dos Selviana y Leoncia, partes mitades de los corazones de mis buenos amigos Carino y Solercio? A lo que uno me respondió: Esas mugeres pescadoras que decis, las vendió nuestro Capitan, que ya es muerto, á Arnaldo, príncipe de Dinamarca. Así es la verdad, dijo á esta sazón Arnaldo, que yo compré á Auristela y á Cloelia su ama, y á otras dos hermosísimas doncellas, de unos piratas que me las vendieron, y no por el precio que ellas merecian. ¡Válame Dios, dijo Rutilio en esto, y por qué rodeos

y con qué eslabones se viene á engarzar la peregrina historia tuya, ó Periandro ! Por lo que debes al deseo que todos tenemos de servirte, añadió Sinfrosa, que abrevies tu cuento, ó historiador, tan verdadero como gustoso. Sí haré, respondió Periandro, si es posible que grandes cosas en breves términos puedan encerrarse.

CAPITULO XVIII.

Toda esta tardanza del cuento de Periandro se declaraba tan en contrario del gusto de Policarpo, que ni podia estar atento para escucharle, ni le daba lugar á pensar maduramente lo que debia hacer para quedarse con Auristela, sin perjuicio de la opinion que tenia de generoso y de verdadero: ponderaba la calidad de sus huéspedes, entre los cuales se le ponía delante Arnaldo, príncipe de Dinamarca, no por eleccion, sino por herencia; descubria en el modo de proceder de Periandro, en su gentileza y brio, algun gran personage, y en la hermosura de Auristela el de alguna gran señora: quisiera buenamente lograr sus deseos á pié llano, sin rodeos ni invenciones, cubriendo toda dificultad y todo parecer contrario con el velo del matrimonio, que puesto que su mucha edad no lo permitia, todavía podia disimularlo, porque en cualquier tiempo es mejor casarse que abrasarse: acuciaba y solicitaba sus pensamientos con los que solicitaban y aquejaban á la embaidora Zenotia, con la cual se concertó, que ántes de dar otra audiencia á Periandro, se pusiese en efecto su disinio, que fué, que de allí á dos noches tocasen una arma fingida en la

ciudad, y se pegase fuego al palacio por tres ó cuatro partes, de modo que obligase á los que en él asistian á ponerse en cobro, donde era forzoso que interviniese la confusion y el alboroto; en medio del cual previno gente que robasen al bárbaro mozo Antonio y á la hermosa Auristela; y asimismo ordenó á Policarpa su hija, que conmovida de lástima cristiana avisase á Arnaldo y á Periandro el peligro que los amenazaba, sin descubrirles el robo; pero mostrándoles el modo de salvarse, que era que acudiesen á la marina, donde en el puerto hallarian una saetía que los acogiese.

Llegóse la noche, y á las tres horas de ella comenzó el arma, que puso en confusion y alboroto á toda la gente de la ciudad: comenzó á resplandecer el fuego, en cuyo ardor se aumentaba el que Policarpo en su pecho tenia; acudió su hija, no alborotada, sino con reposo, á dar noticia á Arnaldo y á Periandro de los disinios de su traidor y enamorado padre, que se estendian á quedarse con Auristela y con el bárbaro mozo, sin quedar con indicios que le infamasen. Oyendo lo cual Arnaldo y Periandro, llamaron á Auristela, á Mauricio, Transila, Ladislao, á los bárbaros padre é hijo, á Ricla, á Constanza, y á Rutilio, y agradeciendo á Policarpa su aviso, se hicieron todos un monton, y puestas delante los varones, siguiendo el consejo de Policarpa, hallaron paso desembarazado hasta el puerto, y segura embarcacion en la saetía, cuyo piloto y

marineros estaban avisados y cohechados de Policarpo, que en el mismo punto que aquella gente, que al parecer huía se embarcase, se hiciesen al mar, y no parasen con ella hasta Inglaterra, ó hasta otra parte mas léjos de aquella isla. Entre la confusa gritaría y continuo vocear al arma, al arma, entre los estallidos del fuego abrasador, que como si supiera que tenia licencia del dueño de aquellos palacios para que los abrasase, hacia el mayor estrago, andaba encubierto Policarpo, mirando si salia cierto el robo de Auristela, y asimismo solicitaba el de Antonio la hechicera Zenotia; pero viendo que se habian embarcado todos sin quedar ninguno, como la verdad se lo decia y el alma se lo pronosticaba, acudió á mandar que todos los baluartes y todos los navíos que estaban en el puerto, disparasen la artillería contra el navío de los que en él huían, con lo cual de nuevo se aumentó el estruendo, y el miedo discurrió por los ánimos de todos los moradores de la ciudad, que no sabian qué enemigos los asaltaban, ó qué intempestivos acontecimientos les acometian. En esto la enamorada Sinforosa, ignorante del caso, puso el remedio en sus piés, y su esperanza en su inocencia, y con pasos desconcertados y temerosos se subió á una alta torre de palacio, á su parecer parte segura del fuego, que lo demas del palacio iba consumiendo: acertó á encerrarse con ella su hermana Policarpa, que le contó, como si lo hubiera visto, la huida de

sus huéspedes, cuyas nuevas quitáron el sentido á Sinforosa, y en Policarpa pusieron el arrepentimiento de haberlas dado. Amanecia en esto el alba risueña para todos los que con ella esperaban descubrir la causa ó causas de la presente calamidad; y en el pecho de Policarpo anochece la noche de la mayor tristeza que pudiera imaginarse: mordiase las manos Zenotia, y maldecia su engañadora ciencia, y las promesas de sus malditos maestros: sola Sinforosa se estaba aun en su desmayo, y sola su hermana lloraba su desgracia, sin descuidarse de hacerle los remedios que ella podia, para hacerla volver en su acuerdo: volvió en fin, tendió la vista por el mar, vió volar la saetía donde iba la mitad de su alma, ó la mejor parte della, y como si fuera otra engañada y nueva Dido, que de otro fugitivo Enéas se quejaba, enviando suspiros al cielo, lágrimas á la tierra, y voces al aire, dijo estas ú otras semejantes razones: O hermoso huésped, venido por mi mal á estas riberas, no engañador por cierto, que aun no he sido yo tan dichosa, que me dijese palabras amorosas para engañarme, amaina esas velas, ó témplalas algun tanto, para que se dilate el tiempo de que mis ojos vean ese navío, cuya vista, solo porque vas en él, me consuela: mira, señor, que huyes de quien te sigue, que te alejas de quien te busca, y das muestras de que aborreces á quien te adora: hija soy de un rey, y me contento con ser esclava tuya, y si no tengo hermosura que

pueda satisfacer á tus ojos, tengo deseos que puedan llenar los vacíos de los mejores que el amor tiene: no repares en que se abraza toda esta ciudad, que si vuelves, habrá servido este incendio de luminarias por la alegría de tu vuelta: riquezas tengo, acelerado fugitivo mio, y puestas en parte donde no las hallará el fuego, aunque mas las busque, porque las guarda el cielo para tí solo. A esta sazón volvió á hablar con su hermana, y le dijo: ¿No te parece, hermana mia, que ha amainado algun tanto las velas? ¿No te parece que no camina tanto? ¡Ay Dios, si se habrá arrepentido! ¡Ay Dios, si la rémora de mi voluntad le détiene el navío! Ay hermana, respondió Policarpa, no te engañes, que los deseos y los engaños suelen andar juntos; el navío vuela, sin que le detenga la rémora de tu voluntad, como tú dices, sino que le impele el viento de tus muchos suspiros.

Salteólas en esto el Rey su padre, que quiso ver de la alta torre, también como su hija, no la mitad, sino toda su alma, que se le ausentaba, aunque ya no se descubria: los hombres que tomaron á su cargo encender el fuego de palacio, le tuvieron también de apagarle. Supieron los ciudadanos la causa del alboroto, y el mal nacido deseo de su rey Policarpo, y los embustes y consejos de la hechicera Zenotia, y aquel mismo dia le depusieron del reino, y colgaron á Zenotia de una entena. Sinfoniosa y Policarpa fueron respetadas como quien

eran, y la ventura que tuviéron fué tal, que correspondió á sus merecimientos; pero no en modo que Sinforosa alcanzase el fin felice de sus deseos, porque la suerte de Periandro mayores venturas le tenia guardadas: los del navío, viéndose todos juntos y todos libres, no se hartaban de dar gracias al cielo de su buen suceso: dellos supiéron otra vez los traidores disinios de Policarpo; pero no les parecieron tan traidores, que no hallase en ellos disculpa el haber sido por el amor forjados: disculpa bastante de mayores yerros, que cuando ocupa á un alma la pasion amorosa, no hay discurso con que acierte, ni razon que no atropelle.

Hacíales el tiempo claro, y aunque el viento era largo, estaba el mar tranquilo: llevaban la mira de su viage puesta en Inglaterra, adonde pensaban tomar el disinio que mas les conviniese, y con tanto sosiego navegaban, que no les sobresaltaba ningun recelo ni miedo de ningun suceso adverso: tres dias duró la apacibilidad del mar, y tres dias sopló próspero el viento, hasta que al cuarto, al poner del sol se comenzó á turbar el viento, y á desasosegarse el mar, y el recelo de alguna gran borrasca comenzó á turbar á los marineros: que la inconstancia de nuestras vidas y la del mar simbolizan, en no prometer seguridad ni firmeza alguna largo tiempo; pero quiso la buena suerte, que cuando les apretaba este temor descubriesen cerca de sí una isla, que luego de los marineros fué conocida, y dijeron

que se llamaba la de las Ermitas, de que no poco se alegraron, porque en ella sabian que estaban dos calas capaces de guarecerse en ellas de todos vientos mas de veinte navíos; tales en fin, que pudieran servir de abrigados puertos: dijéron tambien, que en una de las ermitas servia de ermitaño un caballero principal frances llamado Renato; y en la otra ermita servia de ermitaña una señora francesa llamada Eusebia, cuya historia de los dos era la mas peregrina que se hubiese visto. El deseo de saberla, y el de repararse de la tormenta, si viniese, hizo á todos que encaminasen allá la proa: hizose así con tanto acertamiento, que diéron luego con una de las calas, donde diéron fondo, sin que nadie se lo impidiese: y estando informado Arnaldo de que en la isla no habia otra persona alguna, que la del ermitaño y ermitaña referidos, por dar contento á Auristela y á Transila, que fatigadas del mar venian, con parecer de Mauricio, Ladislao, Rutilio y Periandro, mandó echar el esquife al agua, y que saliesen todos á tierra á pasar la noche en sosiego libres de los vaivenes del mar, y aunque se hizo así, fué parecer del bárbaro Antonio, que él y su hijo, y Ladislao y Rutilio se quedasen en el navío guardándole, pues la fe de sus marineros, poco experimentada, no les debia asegurar de modo que se fiasen dellos; y en efecto los que se quedáron en el navío, fuéron los dos Antónios padre é hijo con todos los marineros, que la mejor tierra para ellos es

las tablas embreadas de sus naves ; mejor les huele la pez, la brea y la resina de sus navíos, que á la demas gente las rosas, las flores y los amarantos de los jardines. A la sombra de una peña los de la tierra se reparáron del viento, y á la claridad de mucha lumbre, que de ramas cortadas en un instante hiciéron, se defendiéron del frio ; y ya como acostumbrados á pasar muchas veces calamidades semejantes, pasáron la desta noche sin pesadumbre alguna, y mas con el alivio que Periandro les causó, con volver por ruego de Transila á proseguir su historia, que puesto que él lo rehusaba, añadiendo ruegos Arnaldo, Ladislao y Mauricio, ayudádoles Auristela, la ocasion y el tiempo, la hubo de proseguir en esta forma.

CAPITULO XIX.

Si es verdad, como lo es, ser dulcísima cosa contar en tranquilidad la tormenta, y en la paz presente los peligros de la pasada guerra, y en la salud la enfermedad padecida, dulce me ha de ser á mí agora contar mis trabajos en este sosiego: que puesto que no puedo decir que estoy libre dellos, todavía, segun han sido grandes y muchos, puedo afirmar que estoy en descanso, por ser condicion de la humana suerte, que cuando los bienes comienzan á crecer, parece que unos se van llamando á otros, y que no tienen fin donde parar, y los males por el mismo consiguiente: los trabajos que yo hasta aquí he padecido, imagino, que han llegado al último paradero de la miserable fortuna, y que es forzoso que declinen: que cuando en el estremo de los trabajos no sucede el de la muerte, que es el último de todos, ha de seguirse la mudanza, no de mal á mal, sino de mal á bien, y de bien á mas bien, y este en que estoy teniendo á mi hermana conmigo, verdadera y precisa causa de todos mis males y mis bienes, me asegura y promete que tengo de llegar á la cumbre de los mas felices que acierte á desearme; y así con este dichoso pensamiento digo, que

quedé en la nave de mis contrarios ya rendidos, donde supe, como ya he dicho, la venta que habian hecho de mi hermana y de las dos recién desposadas pescadoras, y de Cloelia al príncipe Arnaldo, que aquí está presente.

En tanto que los míos andaban escudriñando y tanteando los bastimentos que habia en el empedrado navío, á deshora y de improviso, de la parte de tierra descubrímos que sobre los yelos caminaba un escuadron de armada gente de mas de cuatro mil personas formado: dejónos mas helados que el mismo mar vista semejante, aprestando las armas mas por muestra de ser hombres, que con pensamientos de defenderse: caminaban sobre solo un pié, dándose con el derecho sobre el calcaño izquierdo, con que se impelian y resbalaban sobre el mar grandísimo trecho, y luego volviendo á reiterar el golpe, tornaban á resbalar otra gran pieza de camino, y desta suerte en un instante fuéron con nosotros y nos rodeáron por todas partes, y uno de ellos, que como despues supe, era el capitan de todos, llegándose cerca de nuestro navío, á trecho que pudo ser oido, asegurando la paz con un paño blanco que volteaba, sobre el brazo, en lengua polaca, con voz clara dijo: Cratilo rey de Lituania, y señor destes mares, tiene por costumbre de requerirlos con gente armada, y sacar dellos los navíos que del yelo estan detenidos, á lo ménos la gente y la mercancía que tuvieren, por cuyo beneficio se

paga con tomarla por suya: si vosotros gustáredes de aceptar este partido, sin defenderos, gozaréis de las vidas y de la libertad, que no se os ha de cautivar en ningun modo: miradlo, y si no aparejaos á defenderos de nuestras armas de continuo vencedoras. Contentóme la brevedad y la resolucion del que nos hablaba. Respondíle, que me dejase tomar parecer con nosotros mismos, y fué el que mis pescadores me diéron, decir que el fin de todos los males, y el mayor de ellos era el acabar la vida, la cual se habia de sustentar por todos los medios posibles, como no fuesen por los de la infamia, y que pues en los partidos que nos ofrecian, no intervenia ninguna, y del perder la vida estábamos tan ciertos, como dudosos de la defensa, seria bien rendirnos, y dar lugar á la mala fortuna que entónces nos perseguia, pues podria ser que nos guardase para mejor ocasion. Casi esta misma respuesta dí al Capitan del escuadron, y al punto, mas con apariencia de guerra, que con muestras de paz, arremetiéron al navío, y en un instante le desvalijáron todo, y trasladáron cuanto en él habia, hasta la misma artillería y jarcias á unos cueros de bueyes que sobre el yelo tendiéron, y liándolos por encima, aseguráron poderlos llevar, tirándolos con cuerdas, sin que se perdiese cosa alguna: robáron ansí mismo lo que halláron en el otro nuestro navío, y poniéndonos á nosotros sobre otras pieles, alzando una alegre vocería, nos tiráron y nos lleváron á

tierra, que debia de estar desde el lugar del navío como veinte millas : paréceme á mí, que debia de ser cosa de ver, caminar tanta gente por cima de las aguas á pié enjuto, sin usar allí el cielo algunos de sus milagros ; en fin aquella noche llegámos á la ribera, de la cual no salimos hasta otro dia por la mañana que la vímos coronada de infinito número de gente, que á ver la presa de los helados y yertos habian venido.

Venia entre ellos, sobre un hermoso caballo, el rey Cratilo, que por las insinias reales con que se adornaba, conocimos ser quien era : venia á su lado asimismo á caballo una hermosísima muger, armada de unas armas blancas, á quien no podian acabar de encubrir un velo negro con que venian cubiertas ; llevóme tras sí la vista, tanto su buen parecer, como la gallardía del rey Cratilo, y mirándola con atencion conocí ser la hermosa Sulpicia, á quien la cortesía de mis compañeros pocos dias ha habian dado la libertad que entónces gozaba. Acudió el Rey á ver los rendidos, y llevándome el Capitan asido de la mano, le dijo : En este solo mancebo, ó valeroso rey Cratilo, me parece que te presento la mas rica presa que en razon de persona humana hasta agora humanos ojos han visto. ¡ Santos cielos ! dijo á esta sazón la hermosa Sulpicia, arrojándose del caballo al suelo : ó yo no tengo vista en los ojos, ó es este mi libertador Periandro, y el decir esto, y añudarme el cuello con sus brazos

fué todo uno, cuyas estrañas y amorosas muestras obligáron tambien á Cratilo á que del caballo se arrojase, y con las mismas señales de alegría me recibiese: entónces la desmayada esperanza de algun buen suceso estaba léjos de los pechos de mis pescadores; pero cobrando aliento en las muestras alegres con que viéron recebirme, les hizo brotar por los ojos el contento, y por las bocas las gracias que diéron á Dios del no esperado beneficio que ya le contaban, no por beneficio sino por singular y conocida merced. Sulpicia dijo á Cratilo: Este mancebo es un sugeto, donde tiene su asiento la suma cortesía, y su albergue la misma liberalidad, y aunque yo tengo hecha esta esperiencia, quiero que tu discrecion la acredite, sacando por su gallarda presencia (y en esto bien se ve que hablaba como agradecida, y aun como engañada) en limpio esta verdad que te digo. Este fué el que me dió libertad despues de la muerte de mi marido; este el que no despreció mis tesoros, sino el que no los quiso; este fué el que despues de recibidas mis dádivas me las volvió mejoradas, con el deseo de dár-melas mayores si pudiera: este fué en fin, el que acomodándose, ó por mejor decir, haciendo acomodar á su gusto el de sus soldados, dándome doce que me acompañasen, me tiene ahora en tu presencia: yo entónces, á lo que creo, rojo el rostro con las alabanzas, ó ya aduladoras, ó demasiadas que de mí oia, no supe mas que hincarme de rodillas

ante Cratilo, pidiéndole las manos que no me las dió para besárselas, sino para levantarme del suelo. En este entretanto los doce pescadores que habian venido en guarda de Sulpicia, andaban entre la demas gente buscando á sus compañeros, abrazándose unos á otros, y llenos de contento y regocijo se contaban sus buenas y malas suertes; los del mar exageraban su yelo, y los de la tierra sus riquezas: á mí, decia el uno, me ha dado Sulpicia esta cadena de oro: á mí, decia otro, esta joya, que vale por dos de esas cadenas: á mí, replicaba este, me dió tanto dinero: y aquel repetia, mas me ha dado á mí en este solo anillo de diamantes, que á todos vosotros juntos.

A todas estas pláticas puso silencio un gran rumor que se levantó entre la gente, causado del que hacia un poderosísimo caballo bárbaro, á quien dos valientes lacayos traian del freno, sin poderse averiguar con él; era de color morcillo, pintado todo de moscas blancas, que sobre manera le hacian hermoso: venia en pelo, porque no consentia ensillarse sino del mismo Rey; pero no le guardaba este respeto despues de puesto encima, no siendo bastantes á detenerle mil montes de embarazos que ante él se pusieran, de lo que el Rey estaba tan pesaroso, que diera una ciudad á quien sus malos sinietros le quitara. Todo esto me contó el Rey breve y sucintamente, y yo me resolví con mayor brevedad á hacer lo que agora os diré. Aquí llegaba

Periandro con su plática, cuando á un lado de la peña donde estaban recogidos los del navío, oyó Arnaldo un ruido como de pasos de personas, que hacia ellos se encaminaban: levantóse en pié, puso mano á su espada, y con esforzado denuedo estuvo esperando el suceso. Calló asimismo Periandro, y las mugeres con miedo, y los varones con ánimo, especialmente Periandro, atendian lo que seria. Y á la escasa luz de la luna, que cubierta de nubes no dejaba verse, viéron que hacia ellos venian dos bultos que no pudieran diferenciar lo que eran, si uno de ellos con voz clara no dijera: No os alborote, señores, quien quiera que seais, nuestra improvisa llegada, pues solo venimos á servirlos: esta estancia que teneis, desierta y sola, la podeis mejorar si quisieredes en la nuestra, que en la cima desta montaña está puesta; luz y lumbre hallaréis en ella, y manjares, que si no delicados y costosos, son por lo ménos necesarios y de gusto. Periandro les preguntó: ¿Sois por ventura Renato y Eusebia, los limpios y verdaderos amantes, en quien la fama ocupa sus lenguas, diciendo el bien que en ellos se encierra? Si dijérades los desdichados: respondió el bulto, acertárades en ello; pero en fin, nosotros somos los que decis, y los que os ofrecemos con voluntad sincera el acogimiento que puede daros nuestra estrechez. Arnaldo fué de parecer, que se tomase el consejo que se les ofrecia, pues el rigor del tiempo que amenazaba les obligaba á ello.

Levantáronse todos, y siguiendo á Renato y á Eusebia, que les sirviéron de guias, llegaron á la cumbre de una montañuela, donde viéron dos ermitas, mas cómodas para pasar la vida en su pobreza, que para alegrar la vista con su rico adorno. Entráron dentro, y en la que parecia algo mayor, halláron luces que de dos lámparas procedian, con que podian distinguir los ojos lo que dentro estaba, que era un altar con tres devotas imágenes: la una del autor de la vida, ya muerto y crucificado: la otra de la reina de los cielos y de la señora de la alegría, triste y puesta al pié, del que tiene los piés sobre todo el mundo: y la otra del amado discípulo que vió mas estando durmiendo, que viéron cuantos ojos tiene el cielo en sus estrellas. Hincáronse de rodillas, y hecha la debida oracion con devoto respeto, les llevó Renato á una estancia que estaba junto á la ermita, á quien se entraba por una puerta que junto al altar se hacia: finalmente, pues las menudencias no piden ni sufren relaciones largas, se dejarán de contar las que allí pasáron, ansí de la pobre cena, como del estrecho regalo, que solo se alargaba en la bondad de los ermitaños, de quien se notáron los pobres vestidos, la edad que tocaba en los márgenes de la vejez, la hermosura de Eusebia, donde todavía resplandecian las muestras de haber sido rara en todo estremo. Auristela, Transila y Constanza se quedáron en aquella estancia, á quien sirviéron de camas secas espadañas con otras

yerbas, mas para dar gusto al olfato, que á otro sentido alguno. Los hombres se acomodaron en la ermita, en diferentes puestos, tan frios como duros, y tan duros como frios: corrió el tiempo como suele, voló la noche, y amaneció el dia claro y sereno; descubrióse la mar tan cortes y bien criada, que parecia que estaba convidando á que la gozasen, volviéndose á embarcar, y sin duda alguna se hiciera así, si el piloto de la nave no subiera á decir, que no se fiasen de las muestras del tiempo, que puesto que prometian serenidad tranquila, los efectos habian de ser mas contrarios. Salió con su parecer, pues todos se atuvieron á él, que en el arte de la marinería mas sabe el mas simple marinero, que el mayor letrado del mundo: dejaron sus herbosos lechos las damas, y los varones sus duras piedras, y saliéron á ver desde aquella cumbre la amenidad de la pequeña isla, que solo podia bojar hasta doce millas, pero tan llena de árboles frutíferos, tan fresca por muchas aguas, tan agradable por las yerbas verdes, y tan olorosa por las flores, que en un igual grado y á un mismo tiempo, podia satisfacer á todos cinco sentidos.

Pocas horas se habia entrado por el dia, cuando los dos venerables ermitaños llamaron á sus huéspedes, y tendiendo dentro de la ermita verdes y secas espadañas, formaron sobre el suelo una agradable alfombra, quizá mas vistosa que las que suelen adornar los palacios de los reyes. Luego tendieron

sobre ella diversidad de frutas, así verdes como secas, y pan no tan reciente, que no semejase vizcocho; coronando la mesa asimismo de vasos de corcho, con maestría labrados, de frios y líquidos cristales llenos: el adorno, las frutas, las puras y limpias aguas, que á pesar de la parda color de los corchos, mostraban su claridad, y la necesidad juntamente, obligó á todos, y aun les forzó por mejor decir, á que al rededor de la mesa se sentasen: hiciéronlo así, y despues de la tan breve como sabrosa comida, Arnaldo suplicó á Renato, que les contase su historia, y la causa que á la estrechez de tan pobre vida le habia conducido, el cual, como era caballero, á quien es anexa siempre la cortesía, sin que segunda vez se lo pidiesen, desta manera comenzó el cuento de su verdadera historia.

CAPITULO XX.

Cuenta Renato la ocasion que tuvo para irse á la isla de las Ermitas.

Cuando los trabajos pasados se cuentan en prosperidades presentes, suele ser mayor el gusto que se recibe en contarlos, que fué el pesar que se recibió en sufrirlos; esto no podré decir de los míos, pues no los cuento fuera de la borrasca, sino en mitad de la tormenta. Nací en Francia, engendróronme padres nobles, ricos y bien intencionados, criéme en los ejercicios de caballero, medí mis pensamientos con mi estado; pero con todo eso me atreví á ponerlos en la señora Eusebia, dama de la Reina de Francia, á quien solo con los ojos la dí á entender que la adoraba, y ella, ó ya descuidada, ó no advertida, ni con sus ojos, ni con su lengua me dió á entender que me entendia; y aunque el desfavor y los desdenes suelen matar al amor en sus principios, faltándole el arrimo de la esperanza, con quien suele crecer, en mí fué al contrario, porque del silencio de Eusebia tomaba alas mi esperanza, con que subir hasta el cielo de merecerla: pero la envidja, ó la demasiada curiosidad de Libsomiro, caballero asímismo frances, no ménos rico que no-

ble, alcanzó á saber mis pensamientos, y sin ponerlos en el punto que debia, me tuvo mas envidia que lástima, habiendo de ser al contrario, porque hay dos males en el amor, que llegan á todo estremo: el uno es querer y no ser querido: el otro querer y ser aborrecido: y á este mal no se iguala el de la ausencia, ni el de los zelos. En resolucion, sin haber yo ofendido á Libsomi, un dia se fué al Rey, y le dijo, como yo tenia trato ilícito con Eusebia, en ofensa de la Magestad Real, y contra la ley que debia guardar como caballero, cuya verdad la acreditaria con sus armas, porque no queria que la mostrase la pluma, ni otros testigos por no turbar la decencia de Eusebia, á quien una y mil veces acusaba de impúdica, y mal intencionada. Con esta informacion alborotado el Rey, me mandó llamar, y me contó lo que Libsomi de mí le habia contado: disculpé mi inocencia, volví por la honra de Eusebia, y por el mas comedido medio que pude desmentí á mi enemigo, remitióse la prueba á las armas; no quiso el Rey darnos campo en ninguna tierra de su reino, por no ir contra la ley católica que lo prohibe; diónosle una de las ciudades libres de Alemania: llegóse el dia de la batalla, pareció en el puesto con las armas que se habian señalado, que eran espada y rodela, sin otro artificio alguno: hicieron los padrinos y los jueces las ceremonias que en tales casos se acostumbran: partiéronnos el sol, y dejáronnos.

Entré yo confiado y animoso, por saber indubitablemente, que llevaba la razon conmigo, y la verdad de mi parte: de mi contrario bien sé yo que entró animoso y mas soberbio y arrogante, que seguro de su conciencia: ¡ O soberanos cielos! ¡ O juicios de Dios inescrutables! Yo hice lo que pude, yo puse mis esperanzas en Dios, y en la limpieza de mis no ejecutados deseos; sobre mí no tuvo poder el miedo, ni la debilidad de los brazos, ni la puntualidad de los movimientos, y con todo eso, y no saber decir, el cómo me hallé tendido en el suelo, y la punta de la espada de mi enemigo puesta sobre mis ojos, amenazándome de presta, y inevitable muerte: aprieta, dije yo entónces, ó mas venturoso que valiente vencedor mio, esa punta de esa espada, y sácame el alma pues tan mal ha sabido defender su cuerpo; no esperes á que me rinda, que no ha de confesar mi lengua la culpa que no tengo; pecados sí tengo yo, que merecen mayores castigos, pero no quiero añadirles este de levantarme testimonio á mí mismo: y así, mas quiero morir con honra, que vivir deshonorado. Si no te rindes, Renato, respondió mi contrario, esta punta llegará hasta el cerebro, y hará que con tu sangre firmes y confirmes mi verdad y tu pecado: llegaron en esto los jueces, y tomaronme por muerto, y diéron á mi enemigo el lauro de la victoria: sacáronle del campo en hombros de sus amigos, y á mí me dejáron solo en poder del quebranto y la confusion,

con mas tristeza que heridas, y no con tanto dolor como yo pensaba, pues no fué bastante á quitarme la vida ya que no me la quitó la espada de mi enemigo; recogieronme mis criados, volvíme á la patria; ni en el camino, ni en ella tenia atrevimiento para alzar los ojos al cielo, que me parecia que sobre sus párpados cargaba el peso de la deshonor, y la pesadumbre de la infamia: de los amigos que me hablaban, pensaba que me ofendian: el claro cielo para mí estaba cubierto de obscuras tinieblas: ni un corrillo á caso se hacia en las calles de los vecinos del pueblo, de quien no pensase que sus pláticas no naciesen de mi deshonor: finalmente yo me hallé tan apretado de mis melancolías, pensamientos y confusas imaginaciones, que por salir dellas, ó á lo ménos aliviarlas, ó acabar con la vida, determiné salir de mi patria, y renunciando mi hacienda en otro hermano menor que tengo, en un navío con algunos de mis criados quise desterrarme, y venir á estas septentrionales partes á buscar lugar donde no me alcanzase la infamia de mi infame vencimiento, y donde el silencio sepultase mi nombre; hallé esta isla acaso, contentóme el sitio, y con el ayuda de mis criados, levanté esta ermita, y encerréme en ella, despedílos, díles órden que cada un año viniesen á verme, para que enterrasen mis huesos: el amor que me tenian, las promesas que les hice, y los dones que les dí, les obligaron á cumplir mis ruegos, que no los quiero llamar mandamientos: fuéronse y de-

járonme entregado á mi soledad, donde hallé tan buena compañía en estos árboles, en estas yerbas y plantas, en estas claras fuentes, en estos bulliciosos y frescos arroyuelos, que de nuevo me tuve lástima á mí mismo, de no haber sido vencido muchos tiempos ántes, pues con aquel trabajo hubiera venido ántes al descanso de gozillos. ¡ O soledad alegre, compañía de los tristes ! ¡ O silencio, voz agradable á los oídos donde llegas, sin que la adulación, ni la lisonja te acompañen ! O qué de cosas dijera, señores, en alabanza de la santa soledad y del sabroso silencio : pero estórbamelo el decirlo primero, como dentro de un año volviéron mis criados, y trajéron consigo á mi adorada Eusebia, que es esta señora ermitaña que veis presente, á quien mis criados dijéron en el término que yo quedaba, y ella agradecida á mis deseos, y condolidada de mi infamia, quiso, ya que no en la culpa, serme compañera en la pena, y embarcándose con ellos, dejó su patria y padres, sus regalos, y sus riquezas, y lo mas que dejó, fué la honra, pues la dejó al vano discurso del vulgo, casi siempre engañado, pues con su huida confirmaba su yerro y el mio ; recibíla como ella esperaba que yo la recibiese, y la soledad y la hermosura, que habian de encender nuestros comenzados deseos, hicieron el efecto contrario, merced al cielo, y á la honestidad suya : dímonos las manos de legítimos esposos ; enterrámos el fuego en la nieve, y en paz y en amor, como dos estatuas movibles, ha

que vivimos en este lugar casi diez años, en los cuales no se ha pasado ninguno en que mis criados no vuelvan á verme, proveyéndome de algunas cosas, que en esta soledad es forzoso que me falten : traen alguna vez consigo algun religioso, que nos confiese: tenemos en la ermita suficientes ornamentos para celebrar los divinos officios; dormimos aparte, comemos juntos, hablamos del cielo, ménospreciamos la tierra, y confiados en la misericordia de Dios, esperamos la vida eterna.

Con esto dió fin á su plática Renato, y con esto dió ocasion á que todos los circunstantes se admirasen de su suceso, no porque les pareciese nuevo dar castigos el cielo contra la esperanza de los pensamientos humanos, pues se sabe que por una de dos causas vienen los que parecen males á las gentes; á los malos por castigo, y á los buenos por mejora, y en el número de los buenos pusiéron á Renato, con el cual gastáron algunas palabras de consuelo, y ni mas ni ménos con Eusebia, que se mostró prudente en los agradecimientos, y consolada en su estado. ¡O vida solitaria! dijo á esta sazón Rutilio, que sepultado en silencio habia estado escuchando la historia de Renato. ¡O vida solitaria, dijo, santa, libre y segura, que infunde el cielo en las regaladas imaginaciones! ¡Quién te amara, quién te abrazara, quién te escogiera, y quién finalmente te gozara! Ah, dices bien, dijo Mauricio, amigo Rutilio: pero esas consideraciones han de

caer sobre grandes sugetos: porque no nos ha de causar maravilla, que un rústico pastor se retire á la soledad del campo, ni nos ha de admirar, que un pobre que en la ciudad muere de hambre, se recoja á la soledad, donde no le ha de faltar el sustento. Modos hay de vivir, que los sustenta la ociosidad y la pereza, y no es pequeña pereza dejar yo el remedio de mis trabajos en las agenas, aunque misericordiosas manos. Si yo viera á un Aníbal cartagines, encerrado en una ermita, como ví á un Carlos V. encerrado en un monasterio, suspendiérame, y admirárame: pero que se retire un plebeyo, que se recoja un pobre, ni me admira, ni me suspende: fuera va deste cuento Renato, que le trajéron á estas soledades, no la pobreza, sino la fuerza, que nació de su buen discurso: aquí tiene en la carestía abundancia, y en la soledad compañía, y no el tener mas que perder le hace vivir mas seguro; á lo que añadió Periandro: Si como tengo pocos tuviera muchos años, en trances y ocasiones me ha puesto mi fortuna, que tuviera por suma felicidad, que la soledad me acompañara, y en la sepultura del silencio se sepultara mi nombre; pero no me dejan resolver mis deseos, ni mudar de vida la priesa que me da el caballo de Cratilo en quien quedé de mi historia: todos se alegráron oyendo esto, por ver que queria Periandro volver á su tantas veces comenzado y no acabado cuento, que fué así.

CAPITULO XXI.

Cuenta lo que le sucedió con el caballo tan estimado de Cratilo, como famoso.

La grandeza, la ferocidad y la hermosura del caballo que os he descrito tenían tan enamorado á Cratilo, y tan deseoso de verle manso, como á mí de mostrar que deseaba servirle; pareciéndome que el cielo me presentaba ocasion para hacerme agradable á los ojos de quien por señor tenia, y para poder acreditar con algo las alabanzas que la hermosa Sulpicia de mí al Rey habia dicho: y así no tan maduro como presuroso, fuí donde estaba el caballo, y subí en él, sin poner el pié en el estribo, pues no le tenia, y arremetí con él, sin que el freno fuese parte para detenerle, y llegué á la punta de una peña, que sobre la mar pendia, y apretándole de nuevo las piernas, con tan mal grado suyo, como gusto mio, le hice volar por el aire, y dar con entrambos en la profundidad del mar, y en la mitad del vuelo me acordé, que pues el mar estaba elado, me habia de hacer pedazos con el golpe, y tuve mi muerte y la suya por cierta; pero no fué así, porque el cielo, que para otras cosas que él sabe, me debe de tener guardado, hizo que las

piernas y brazos del poderoso caballo resistiesen el golpe, sin recibir yo otro daño, que haberme sacudido de sí el caballo, y echado á rodar, resbalando por gran espacio. Ninguno hubo en la ribera que no pensase y creyese, que yo quedaba muerto: pero cuando me viéron levantar en pié, aunque tuviéron el suceso á milagro, juzgáron á locura mi atrevimiento. Duro se le hizo á Mauricio el terrible salto del caballo tan sin lision, que quisiera él, por lo ménos, que se hubiera quebrado tres ó cuatro piernas, porque no dejara Periandro tan á la cortesía de los que le escuchaban la creencia de tan desaforado salto: pero el crédito que todos tenían de Periandro, les hizo no pasar adelante con la duda del no creerle, que así como es pena del mentiroso que cuando diga verdad no se le crea, así es gloria del bien acreditado el ser creído cuando diga mentira, y como no pudieron estorbar los pensamientos de Mauricio la plática de Periandro, prosiguió la suya diciendo: Volví á la ribera con el caballo, volví asimismo á subir en él, y por los mismos pasos que primero, le incité á saltar segunda vez, pero no fué posible, porque puesto en la punta de la levantada peña, hizo tanta fuerza por no arrojarse, que puso las ancas en el suelo, y rompió las riendas, quedándose clavado en la tierra: cubrióse luego de un sudor de piés á cabeza, tan lleno de miedo, que le volví de leon en cordero, y de animal indomable, en generoso caballo; de ma-

nera, que los muchachos se atrevieron á manosearle, y los caballeros del Rey, enjaezándole, subieron en él, y le corrieron con seguridad, y él mostró su ligereza y su bondad, hasta entónces jamas vista, de lo que el Rey quedó contentísimo, y Sulpicia alegre, por ver que mis obras habian respondido á sus palabras.

Tres meses estuvo en su rigor el yelo, y estos se tardaron en acabar un navío que el Rey tenia comenzado para correr en conveniente tiempo aquellos mares, limpiándolos de corsarios, enriqueciéndose con sus robos. En este entretanto le hice algunos servicios en la caza, donde me mostré sagaz, y experimentado, y gran sufridor de trabajos: porque ningun ejercicio corresponde así al de la guerra, como el de la caza, á quien es anexo el cansancio, la sed y la hambre, y aun á veces la muerte: la liberalidad de la hermosa Sulpicia se mostró conmigo y con los míos estremada; y la cortesía de Cratilo le corrió parejas: los doce pescadores que trajo consigo Sulpicia, estaban ya ricos, y los que conmigo se perdieron estaban ganados: acabóse el navío, mandó el Rey aderezarle y pertrecharle de todas las cosas necesarias largamente, y luego me hizo Capitan dél á toda mi voluntad, sin obligarme á que hiciese cosa mas de aquella que fuese de mi gusto, y despues de haberle besado las manos por tan gran beneficio, le dije, que me diese licencia de ir á buscar á mi hermana Auristela, de quien tenia

noticia, que estaba en poder del rey de Dinamarca; Cratilo me la dió para todo aquello que quisiese hacer, diciéndome, que á mas le tenia obligado mi buen término, hablando como rey, á quien es anexo, tanto el hacer mercedes como la afabilidad; y si se puede decir la buena crianza, esta tuvo Sulpicia en todo estremo, acompañándola con la liberalidad, con la cual, ricos y contentos, yo y los míos, nos embarcámos, sin que quedase ninguno. La primer derrota que tomámos, fué á Dinamarca, donde creí hallar á mi hermana, y lo que hallé, fuéron nuevas de que de la ribera del mar, á ella y á otras doncellas las habian robado corsarios: renováronse mis trabajos, y comenzáron de nuevo mis lástimas, á quien acompañáron las de Carino y Solercio, los cuales creyéron, que en la desgracia de mi hermana, y en su prision, se debia de comprender la de sus esposas. Sospecháron bien, dijo á esta sazón Arnaldo, y prosiguiendo Periandro, dijo: Barremos todos los mares, rodeámos todas, ó las mas islas destes contornos, preguntando siempre por nuevas de mi hermana, pareciéndome á mí, con paz sea dicho de todas las hermosas del mundo, que la luz de su rostro no podia estar encubierta, por ser oscuro el lugar donde estuviese, y que la suma discrecion suya habia de ser el hilo que la sacase de cualquier laberinto: prendímos corsarios, soltámos prisioneros, restitúimos haciendas á sus dueños, alzámonos con las mal ganadas de otros, y con esto

colmado nuestro navío de mil diferentes bienes de fortuna, quisiéron los míos volver á sus redes, y á sus casas, y á los brazos de sus hijos, imaginando Carino y Solercio, ser posible hallar á sus esposas en su tierra, ya que en las ajenas no las hallaban. Antes desto llegámos á aquella isla, que á lo que creo, se llama Scinta, donde supímos las fiestas de Policarpo, y á todos nos vino voluntad de hallarnos en ellas: no pudo llegar nuestra nave, por ser el viento contrario: y así en traje de marineros bogadores, nos entrámos en aquel barco luego, como ya queda dicho: allí gané los premios, allí fuí coronado por vencedor de todas las contiendas, y de allí tomó ocasion Sinforosa de desear saber quién yo era, como se vió por las diligencias que para ello hizo.

Vuelto al navío, y resueltos los míos de dejarme, les rogué que me dejaran el barco, como en premio de los trabajos que con ellos habia pasado; dejáronmele y aun me dejaron el navío, si yo le quisiera, diciéndome, que si me dejaban solo, no era otra la ocasion, sino porque les parecia ser solo mi deseo, y tan imposible de alcanzarle, como lo habia mostrado la experiencia en las diligencias que habiamos hecho para conseguirle; en resolucion, con seis pescadores que quisiéron seguirme, llevados del premio que les dí y del que les ofrecí, abrazando á mis amigos, me embarqué, y puse la proa en la isla bárbara, de cuyos moradores sabia ya la costumbre y la falsa profecía que los tenia engañados,

la cual no os refiero, porque sé que la sabeis; dí al traves en aquella isla, fuí preso y llevado donde estaban los vivos enterrados: sacáronme otro dia para ser sacrificado, sucedió la tormenta del mar, desbaratáronse los leños que servian de barcas, salí al mar ancho en un pedazo de ellas con cadenas que me rodeaban el cuello y esposas, que me ataban las manos; caí en las misericordiosas del príncipe Arnaldo, que está presente, por cuya órden entré en la isla, para ser espía que investigase, si estaba en ella mi hermana, no sabiendo que yo fuese hermano de Auristela, la cual otro dia vino en traje de varon á ser sacrificada; conocíla, dolióme su dolor, previne su muerte con decir que era hembra, como ya lo habia dicho Cloelia su ama, que la acompañaba, y el modo como allí las dos viniéron, ella lo dirá cuando quisiere; lo que en la isla nos sucedió, ya lo sabeis, y con esto y con lo que á mi hermana le queda por decir, quedaréis satisfechos de casi todo aquello que acertare á pedirós el deseo en la certeza de nuestros sucesos.

CAPITULO XXII.

No sé si tenga por cierto, de manera que ose afirmar que Mauricio y algunos de los mas oyentes se holgáron de que Periandro pusiese fin en su plática, porque las mas veces las que son largas, aunque sean de importancia, suelen ser desabridas. Este pensamiento pudo tener Auristela, pues no quiso acreditarle, con comenzar por entónces la historia de sus acontecimientos; que puesto que habian sido pocos desde que fué robada del poder de Arnaldo, hasta que Periandro la halló en la isla bárbara, no quiso añadirlos hasta mejor coyuntura, ni aunque quisiera, tuviera lugar para hacerlo, porque se lo estorbara una nave que viéron venir por alta mar, encaminada á la isla, con todas las velas tendidas, de modo, que en breve rato llegó á una de las calas de la isla, y luego fué de Renato conocida, el cual dijo: Esta es, señores, la nave donde mis criados y mis amigos suelen visitarme algunas veces; ya en esto hecha la zaloma, y arrojado el esquife al agua, se llenó de gente, que salió á la ribera, donde ya estaban, para recibirle Renato y todos los que con él estaban: hasta veinte serian los desembarcados, entre los cuales salió uno de gentil

presencia, que mostró ser señor de todos los demas, el cual, apénas vió á Renato, cuando con los brazos abiertos se vino á él, diciéndole: Abrázame, hermano, en albricias de que te traigo las mejores nuevas que pudieras desear; abrazóle Renato, porque conoció ser su hermano Sinibaldo, á quien dijo: Ningunas nuevas me pueden ser mas agradables, ó hermano mio, que ver tu presencia, que puesto que en el siniestro estado en que me veo, ninguna alegría seria bien que me alegrase, el verte pasa adelante, y tiene escepcion en la comun regla de mis desgracias. Sinibaldo se volvió luego á abrazar á Eusebia, y la dijo: Dadme tambien vos los brazos, señora, que tambien me debeis las albricias de las nuevas que traigo, las cuales no será bien dilatarlas, porque no se dilate mas vuestra pena: sabed, señores, que vuestro enemigo es muerto de una enfermedad, que habiendo estado seis dias, ántes que muriese, sin habla, se la dió el cielo seis horas ántes que despidiese el alma, en el cual espacio con muestras de un grande arrepentimiento confesó la culpa en que habia caido, de haberos acusado falsamente, confesó su envidia, declaró su malicia y finalmente hizo todas las demostraciones bastantes á manifestar su pecado; puso en los secretos juicios de Dios el haber salido vencedora su maldad contra la bondad vuestra, y no solo se contentó con decirlo, sino que quiso que quedase por instrumento público esta verdad; la cual sabida por el Rey,

tambien por público instrumento os volvió vuestra honra y os declaró, á tí, ó hermano, por vencedor, y á Eusebia por honesta y limpia, y ordenó que fuédeses buscados, y que hallados, os llevasen á su presencia, para recompensaros con su magnanimidad y grandeza las estrechezas en que os debeis de haber visto. Si estas son nuevas dignas de que os den gusto, á vuestra buena consideracion lo deajo. Son tales, dijo entónces Arnaldo, que no hay acrecentamiento de vida que las aventaje, ni posesion de no esperadas riquezas que las lleguen, porque la honra perdida y vuelta á cobrar con estremo, no tiene bien alguno la tierra que se le iguale: goceisle luengos años, señor Renato, y gócele en vuestra compañía la sin par Eusebia, yedra de vuestro muro, olmo de vuestra yedra, espejo de vuestro gusto, y ejemplo de bondad y agradecimiento.

Este mismo parabien, aunque con palabras diferentes, les diéron todos, y luego pasáron á preguntarle por nuevas de lo que en Europa pasaba, y en otras partes de la tierra, de quien ellos, por andar en el mar, tenían poca noticia. Sinibaldo respondió, que de lo que mas se trataba, era de la calamidad en que estaba puesto, por el rey de los Danaos, Leopoldio, el Rey antiguo de Dinamarca, y por otros allegados, que á Leopoldio favorecian: contó asimismo, como se murmuraba, que por la ausencia de Arnaldo, príncipe heredero de Dinamarca, estaba su padre tan á pique de perderse, del cual Prín-

cipe, decian, que cual mariposa se iba tras la luz de unos bellos ojos de una su prisionera, tan no conocida por linage, que no se sabia quien fuesen sus padres: contó con esto guerras del de Transilvania, movimientos del Turco, enemigo comun del género humano, dió nuevas de la gloriosa muerte de Cárlos V, rey de España y emperador romano, terror de los enemigos de la Iglesia, y asombro de los secuaces de Mahoma: dijo asimismo otras cosas mas menudas, que unas alegráron y otras suspendiéron, y las unas y las otras diéron gusto á todos, sino fué al pensativo Arnaldo, que desde el punto que oyó la opresion de su padre, puso los ojos en el suelo y la mano en la mejilla, y al cabo de un buen espacio que así estuvo, quitó los ojos de la tierra y poniéndolos en el cielo, exclamando en voz alta, dijo: ¡O amor, ó honra, ó compasion paterna, y como me apretais el alma! Perdóname, amor, que no, porque me aparto, te dejo; espérame, ó honra, que no porque tenga amor, dejaré de seguirte: consuélate, ó padre, que ya vuelvo; esperadme, vassallos, que el amor nunca hizo ningun cobarde, ni lo he de ser yo en defenderos, pues soy el mejor y el mas bien enamorado del mundo; para la sin par Auristela quiero ir á ganar lo que es mio, y para poder merecer, por ser rey, lo que no merezco por ser amante, que el amante pobre, si la ventura á manos llenas no le favorece, casi no es posible que llegue á felice fin su deseo; rey la quiero pretender,

rey la he de servir, amante la he de adorar; y si con todo esto no la pudiere merecer, culparé mas á mi suerte, que á su conocimiento.

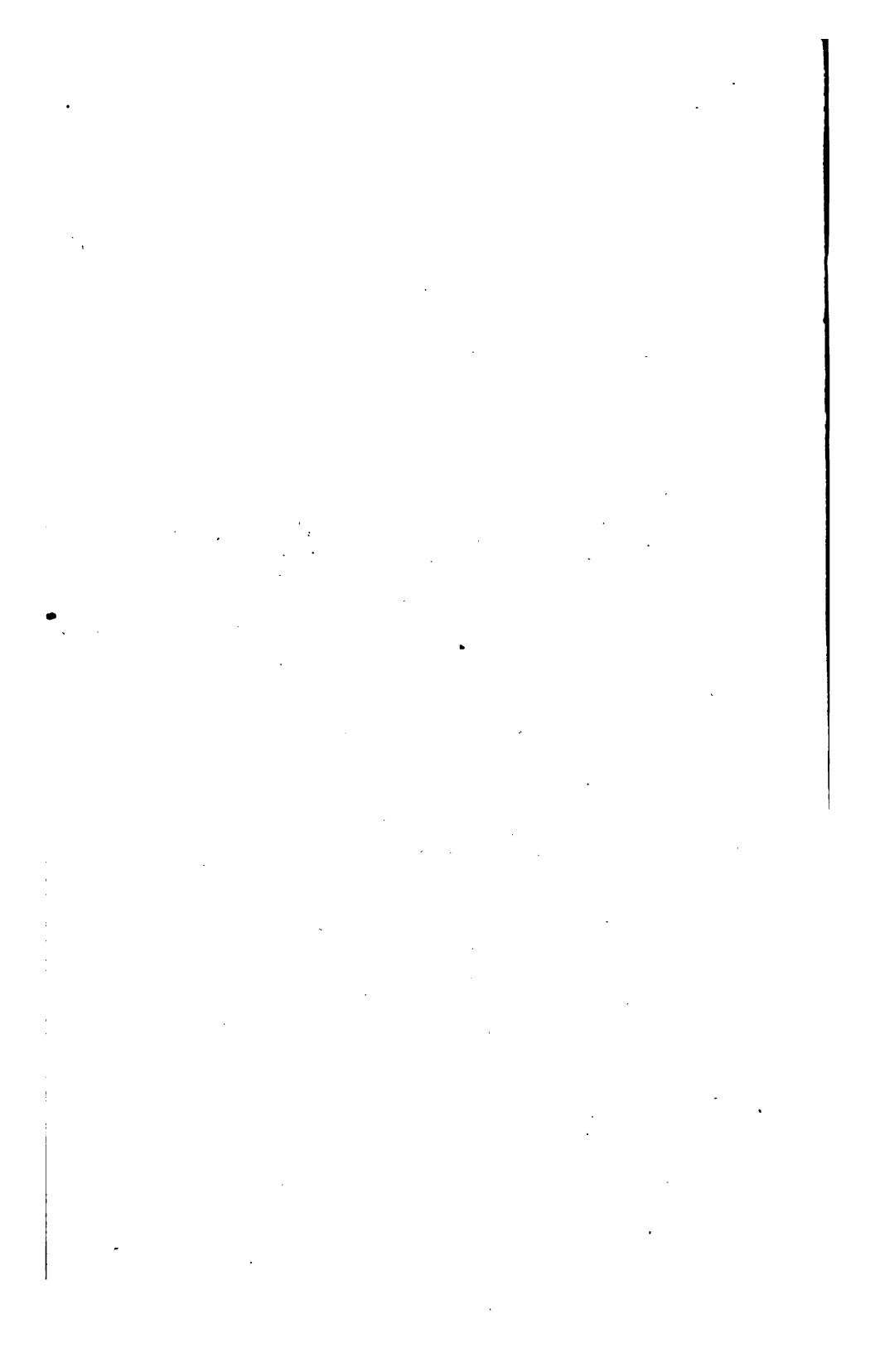
Todos los circunstantes quedáron suspensos, oyendo las razones de Arnaldo: pero el que mas lo quedó de todos, fué Sinibaldo, á quien Mauricio habia dicho, como aquel era el príncipe de Dinamarca, y aquella, mostrándole á Auristela, la prisionera, que decian que le traia rendido; puso algo mas de propósito los ojos en Auristela Sinibaldo, y luego juzgó á discrecion la que en Arnaldo parecia locura, porque la belleza de Auristela, como otras veces se ha dicho, era tal, que cautivaba los corazones de cuantos la miraban, y hallaban en ella disculpa todos los errores que por ella se hicieran. Es pues el caso, que aquel mismo dia se concertó, que Renato y Eusebia se volviesen á Francia, llevando en su navío á Arnaldo, para dejalle en su reino; el cual quiso llevar consigo á Mauricio y á Transila su hija y á Ladislao su yerno; y que en el navío de la huida, prosiguiendo su viage, fuesen á España Periandro, los dos Antonios, Auristela, Ricla y la hermosa Constanza. Rutilio viendo este repartimiento, estuvo esperando á qué parte le echarian; pero ántes que la declarasen, puesto de rodillas ante Renato, le suplicó le hiciese heredero de sus alhajas, y le dejase en aquella isla, siquiera para que no faltase en ella quien encendiese el farol que guiase á los perdidos navegantes, porque él

queria acabar bien la vida, hasta entónces mala: reforzaron todos su cristiana peticion, y el buen Renato, que era tan cristiano como liberal, le concedió todo cuanto pedía, diciéndole, que quisiera que fueran de importancia las cosas que le dejaba, puesto que eran todas las necesarias para cultivar la tierra y pasar la vida humana: á lo que añadió Arnaldo, que él le prometia, si se viese pacífico en su reino, de enviarle cada un año un bajel que le socorriese: á todos hizo señales de besar los piés Rutilio y todos le abrazaron, y los mas dellos lloraron de ver la santa resolucion del nuevo ermitaño, que aunque la nuestra no se enmiende, siempre da gusto ver enmendar la agena vida, sino es que llega á tanto la protervidad nuestra, que querriamos ser el abismo que á otros abismos llamase. Dos dias tardaron en disponerse y acomodarse, para seguir cada uno su viage, y al punto de la partida hubo corteses comedimientos, especialmente entre Arnaldo, Periandro y Auristela, y aunque entre ellos se mezclaron amorosas razones, todas fueron honestas y comedidas, pues no alborotaron el pecho de Periandro; lloró Transila; no tuvo enjutos los ojos Mauricio, ni lo estuvieron los de Ladislao; gimió Ricla, enternecióse Constanza, y su padre y su hermano tambien se mostraron tiernos; andaba Rutilio de unos en otros, ya vestido con los hábitos de ermitaño de Renato, despidiéndose destes y de aquellos; mezclando sollozos y lágrimas, todo á un

tiempo, finalmente, convidándoles el sosegado tiempo y un viento que podía servir á diferentes viages, se embarcáron, y le diéron las velas, y Rutilio mil bendiciones, puesto en lo alto de las ermitas. Y aquí dió fin á este segundo libro el autor desta peregrina historia.

PERSILES Y SIGISMUNDA.

LIBRO TERCERO.



CAPITULO PRIMERO.

Como están nuestras almas siempre en continuo movimiento, y no pueden parar ni sosegar sino en su centro, que es Dios, para quien fuéron criadas, no es maravilla que nuestros pensamientos se muden, que este se tome, aquel se deje, uno se prosiga, y otro se olvide, y el que mas cerca anduviere de su sosiego, ese será el mejor, cuando no se mezcle con error de entendimiento. Esto se ha dicho en disculpa de la ligereza que mostró Arnaldo, en dejar en un punto el deseo que tanto tiempo habia mostrado, de servir á Auristela: pero no se puede decir, que le dejó, sino que le entretuvo, en tanto que el de la honra, que sobrepuja al de todas las acciones humanas, se apoderó de su alma, el cual deseo se le declaró Arnaldo á Periandro una noche ántes de la partida, hablándole á parte en la isla de las ermitas: allí le suplicó (que quien pide lo que ha menester, no ruega, sino suplica) que mirase por su hermana Auristela, y que la guardase para reina de Dinamarca, y que aunque la ventura no se le mostrase á él buena, en cobrar su reino, y en tan justa demanda perdiese la vida, se estimase Auristela por viuda de un príncipe y como tal supiese escoger

esposo, puesto que ya él sabia, y muchas veces lo habia dicho, que por sí sola, sin tener dependencia de otra grandeza alguna, merecia ser señora del mayor reino del mundo, que no del de Dinamarca: Periandro le respondió, que le agradecia su buen deseo, y que él tendria cuidado de mirar por ella, como por cosa que tanto le tocaba y que tan bien le venia.

Ninguna de estas razones dijo Periandro á Aristela, porque las alabanzas que se dan á la persona amada, halas de decir el amante, como propias, y no como que se dicen de persona ajenas. No ha de enamorar el amante con las gracias de otro: suyas han de ser las que mostrare á su dama: si no canta bien, no le traiga quien la cante: si no es demasiado gentil hombre, no se acompañe con Ganimédes: y finalmente soy de parecer, que las faltas que tuviere, no las enmiende con ajenas sobras. Estos consejos no se dan á Periandro, que de los bienes de la naturaleza se llevaba la gala, y en los de la fortuna era inferior á pocos. En esto iban las naves con un mismo viento por diferentes caminos, que este es uno de los que parecen misterios en el arte de la navegacion: iban rompiendo, como digo, no claros cristales, sino azules; mostrábase el mar colchado, porque el viento tratándole con respeto, no se atrevia á tocarle á mas de la superficie, y la nave suavemente le besaba los labios, y se dejaba resbalar por él con tanta ligereza,

que apenas parecia que le tocaba: desta suerte y con la misma tranquilidad y sosiego navegáron diez y siete dias sin ser necesario subir ni bajar, ni llegar á templar las velas, cuya felicidad en los que navegan, si no tuviese por descuentos el temor de borrascas venideras, no habia gusto con que igualle.

Al cabo destes, ó pocos mas dias, al amanecer de uno, dijo un grumete, que desde la gavia mayor iba descubriendo la tierra: Albricias: señores, albricias pido, y albricias merezco, tierra, tierra, aunque mejor diria, cielo, cielo, porque sin duda estamos en el parage de la famosa Lisboa, cuyas nuevas sacáron de los ojos de todos tiernas y alegres lágrimas, especialmente de Ricla, de los dos Antonios y de su hija Constanza: porque les pareció que ya habian llegado á la tierra de promision, que tanto deseaban: echóle los brazos Antonio al cuello, diciéndole: Agora sabrás, bárbara mia, del modo que has de servir á Dios, con otra relacion mas copiosa, aunque no diferente de la que yo te he hecho: agora verás los ricos templos en que es adorado: verás juntamente las católicas ceremonias con que se sirve: y notarás, como la caridad cristiana está en su punto: aquí en esta ciudad verás, como son verdugos de la enfermedad muchos hospitales que la destruyen, y el que en ellos pierde la vida envuelto en la eficacia de infinitas indulgencias, gana la del cielo: aquí el amor y la honestidad se dan

las manos, y se pasean juntos; la cortesía no deja que se le llegue la arrogancia; y la braveza no consiente que se le acerque la cobardía: todos sus moradores son agradables, son corteses, son liberales y son enamorados, porque son discretos; la ciudad es la mayor de Europa y la de mayores tratos: en ella se descargan las riquezas del Oriente, y desde ella se reparten por el universo: su puerto es capaz, no solo de naves que se puedan reducir á número, sino de selvas movibles de árboles, que los de las naves forman; la hermosura de las mugeres admira y enamora; la bizarría de los hombres pasma, como ellos dicen: finalmente esta es la tierra que da al cielo santo y copiosísimo tributo. No digas mas, dijo á esta sazón Periandro: deja, Antonio, algo para nuestros ojos, que las alabanzas no lo han de decir todo, algo ha de quedar para la vista, para que con ella nos admiremos de nuevo: y así creciendo el gusto por puntos, vendrá á ser mayor en sus extremos.

Contentísima estaba Auristela de ver, que se le acercaba la hora de poner pié en tierra firme, sin andar de puerto en puerto, y de isla en isla, sujeta á la inconstancia del mar y á la movable voluntad de los vientos, y mas cuando supo que desde allí á Roma podia ir á pié enjuto sin embarcarse otra vez, si no quisiese. Mediodía seria, cuando llegaron á Sangian, donde se registró el navío, y donde el castellano del castillo y los que con él entraron en la

nave, se admiraron de la hermosura de Auristela, la gallardía de Periandro, del traje bárbaro de los dos Antonios, del buen aspecto de Ricla y de la agradable belleza de Constanza: supieron ser extranjeros, y que iban peregrinando á Roma: satisfizo Periandro á los marineros que los habian traído magníficamente, con el oro que sacó Ricla de la isla bárbara, ya vuelto en moneda corriente en la isla de Policarpo; los marineros quisieron llegar á Lisboa á grangearlo con alguna mercancía; el castellano de Sangian envió al Gobernador de Lisboa, que entónces era el Arzobispo de Braga, por ausencia del Rey, que no estaba en la ciudad, la nueva de la venida de los extranjeros, y de la sin par belleza de Auristela, añadiendo la de Constanza, que con el traje de bárbara no solamente no la encubria, pero la realzaba; exageróle asimismo la gallarda disposicion de Periandro y juntamente la discrecion de todos, que no bárbaros, sino cortesanos parecian: llegó el navío á la ribera de la ciudad, y en la de Belen desembarcaron, porque quiso Auristela, enamorada y devota de la fama de aquel santo monasterio, visitarle primero, y adorar en él al verdadero Dios, libre y desembarazadamente, sin las torcidas ceremonias de su tierra. Habia salido á la marina infinita gente á ver los extranjeros desembarcados en Belen, corrieron allá todos por ver la novedad, que siempre se lleva tras sí los deseos y los ojos.

Ya salia de Belen el nuevo escuadron de la nueva hermosura; Ricla medianamente hermosa, pero estremadamente á lo bárbaro vestida; Constanza hermosísima y rodeada de pieles: Antonio el padre, brazos y piernas desnudas, pero con pieles de lobos cubierto lo demas del cuerpo; Antonio el hijo iba del mismo modo, pero con el arco en la mano, y la aljaba de las saetas á las espaldas; Periandro con casaca de terciopelo verde, y calzones de lo mismo á lo marinero, un bonete estrecho y puntiagudo en la cabeza, que no le podia cubrir las sortijas de oro que sus cabellos formaban; Auristela traia toda la gala del Setentrion en el vestido, la mas bizarra gallardía en el cuerpo y la mayor hermosura del mundo en el rostro; en efecto todos juntos y cada uno de por sí, causaban espanto y maravilla á quien los miraba: pero sobre todos campeaba la sin par Auristela y el gallardo Periandro; llegaron por tierra á Lisboa, rodeados de plebeya y cortesana gente: lleváronlos al Gobernador, que despues de admirado de verlos, no se cansaba de preguntarles, ¿quiénes eran, de dónde venian, y á dónde iban? A lo que respondió Periandro, que ya traia estudiada la respuesta que habia de dar á semejantes preguntas, viendo que se le habian de hacer muchas veces: y así cuando queria, ó le parecia que le convenia, relataba su historia á lo largo, encubriendo siempre sus padres, de modo que satisfaciendo á los que le preguntaban, en breves razones cifraba, si

no toda, á lo ménos gran parte de su historia. Mandólos el Visorey alojar en uno de los mejores alojamientos de la ciudad, que acertó á ser la casa de un magnífico caballero portugues, donde era tanta la gente que concurría para ver á Auristela, de quien solo habia salido la fama de lo que habia que ver en todos, que fué parecer de Periandro, mudasen los trages de bárbaros en los de peregrinos, porque la novedad de los que traian, era la causa principal de ser tan seguidos, que ya parecian perseguidos del vulgo, ademas que para el viage que ellos llevaban de Roma, ninguno les venia mas á cuento: hízose así, y de allí á dos dias se viéron peregrinamente peregrinos. Acaeció pues, que al salir un dia de casa, un hombre portugues se arrojó á los piés de Periandro, llamándole por su nombre, y abrazándole por las piernas le dijo: ¿Qué ventura es esta, señor Periandro, que la des á esta tierra con tu presencia? No te admires en ver que te nombro por tu nombre, que uno soy de aquellos veinte, que cobraron libertad en la abrasada isla bárbara, donde tú la tenias perdida; halléme á la muerte de Manuel de Sosa Coutiño, el caballero portugues; apartéme de tí y de los tuyos en el hospedage donde llegó Mauricio y Ladislao, en busca de Transila, esposa del uno y hija del otro; trájome la buena suerte á mi patria, conté aquí á sus parientes la enamorada muerte, creyéronla, y aunque yo no se la afirmara de vista, la creyeran, por

tener casi en costumbre el morir de amores los Portugueses; un hermano suyo que heredó su hacienda, ha hecho sus obsequias, y en una capilla de su linage le puso en una piedra de mármol blanco, como si debajo de ella estuviera enterrado, un epitafio que quiero que vengais á ver todos, así como estais porque creo que os ha de agradar por discreto y por gracioso. Por las palabras bien conoció Periandro, que aquel hombre decia verdad, pero por el rostro no se acordaba haberle visto en su vida; con todo eso se fuéron al templo que decia, y viéron la capilla y la losa, sobre la cual estaba escrito en lengua portuguesa este epitafio, que leyó casi en castellano Antonio el padre, que decia así:

AQUI YACE VIVA LA MEMORIA
 DEL YA MUERTO
 MANUEL DE SOSA COUTIÑO,
 CABALLERO PORTUGUES,
 QUE A NO SER PORTUGUES AUN FUERA VIVO;
 NO MURIO A LAS MANOS
 DE NINGUN CASTELLANO,
 SINO A LAS DEL AMOR, QUE TODO LO PUEDE:
 PROCURA SABER SU VIDA
 Y ENVIDIARAS SU MUERTE,
 PASAGERO.

Vió Periandro, que habia tenido razon el Portu-

gues de alabarle el epitafio, en el escribir de los cuales, tiene gran primor la nacion portuguesa. Preguntó Auristela al Portugues, qué sentimiento habia hecho la monja, dama del muerto, de la muerte de su amante: el cual la respondió, que dentro de pocos dias que la supo, pasó desta á mejor vida, ó ya por la estrechez de la que hacia siempre, ó ya por el sentimiento del no pensado suceso: desde allí se fuéron en casa de un famoso pintor, donde ordenó Periandro, que en un lienzo grande le pintase todos los mas principales casos de su historia; á un lado pintó la isla bárbara ardiendo en llamas, y allí junto á la isla de la prision, y un poco mas desviado la balsa, ó enmaderamiento donde le halló Arnaldo, cuando le llevó á su navío; en otra parte estaba la isla nevada, donde el enamorado Portugues perdió la vida: luego la nave que los soldados de Arnaldo taladraron; allí junto pintó la division del esquife y de la barca; allí se mostraba el desafio de los amantes de Taurisa y su muerte; acá estaban serrando por la quilla la nave que habia servido de sepultura á Auristela, y á los que con ella venian; acullá estaba la agradable isla donde vió en sueños Periandro los dos escuadrones de virtudes, y vicios; y allí junto la nave donde los peces náufragos pescaron á los dos marineros, y les diéron en su vientre sepultura: no se olvidó de que pintase, verse empedrados en el mar helado, el asalto y combate del navío, ni el entregarse á Cratilo:

pintó asímismo la temeraria carrera del poderoso caballo, cuyo espanto, de leon le hizo cordero, que los tales con un asombro se amansan: pintó como en rasguño y en estrecho espacio las fiestas de Policarpo, coronándose á sí mismo por vencedor en ellas: resolutamente no quedó paso principal en que no hiciese labor en su historia, que allí no pintase, hasta poner la ciudad de Lisboa y su desembarcacion en el mismo trage en que habian venido: tambien se vió en el mismo lienzo arder la isla de Policarpo, á Clodio traspasado con la saeta de Antonio y á Zenotia colgada de una entena: pintóse tambien la isla de las ermitas y á Rutilio con apariencias de santo: este lienzo se hacia de una recopilacion que les escusaba de contar su historia por menudo: porque Antonio el mozo declaraba las pinturas y los sucesos, cuando le apretaban á que los dijese: pero en lo que mas se aventajó el pintor famoso, fué en el retrato de Auristela, en quien decian se habia mostrado á saber pintar una hermosa figura, puesto que la dejaba agraviada, pues á la belleza de Auristela, si no era llevado de pensamiento divino, no habia pincel humano que alcanzase. Diez dias estuvieron en Lisboa, todos los cuales gastáron en visitar los templos y en encaminar sus almas por la derecha senda de su salvacion, al cabo de los cuales, con licencia del Visorey y con patentes verdaderas y firmes de quiénes eran, y adónde iban, se despidiéron del caballero portugues su huésped y

del hermano del enamorado Alberto, de quien recibieron grandes caricias y beneficios, y se pusieron en camino de Castilla, y esta partida fué menester hacerla de noche, temerosos, que si de día la hicieran, la gente que les seguiria, la estorbara, puesto que la mudanza del traje habia hecho ya que amainase la admiracion.

CAPITULO II.

Empiezan los peregrinos su viage por España : sucédenles nuevos y estraños casos.

Pedian los tiernos años de Auristela y los mas tiernos de Constanza, con los entreverados de Ricla coches, estruendo y aparato para el largo viage en que se ponian: pero la devocion de Auristela, que habia prometido de ir á pié hasta Roma, desde la parte do llegase en tierra firme, llevó tras sí las demas devociones, y todos de un parecer así varones como hembras votáron el viage á pié, añadiendo, si fuese necesario, mendigar de puerta en puerta; con esto cerró la del dar Ricla, y Periandro se escusó de no disponer de la cruz de diamantes que Auristela traia, guardándola con las inestimables perlas para mejor ocasion: solamente compráron un bagage que sobrellevase las cargas que no pudieran sufrir las espaldas; acomodáronse de bordones, que servian de arrimo y defensa, y de vainas de unos agudos estoques; con este cristiano y humilde aparato saliéron de Lisboa, dejándola sola sin su belleza, y pobre sin la riqueza de su discrecion, como lo mostráron los infinitos corrillos de gente que en ella se hiciéron, donde la fama no

trataba de otra cosa, sino del extremo de discrecion y belleza de los peregrinos estrangeros.

Destá manera, acomodándose á sufrir el trabajo de hasta dos ó tres leguas de camino cada dia, llegaron á Badajoz, donde ya tenia el Corregidor castellano nuevas de Lisboa, como por allí habian de pasar los nuevos peregrinos, los cuales entrando en la ciudad, acertáron á alojarse en un meson do se alojaba una compañía de famosos recitantes, los cuales aquella misma noche habian de dar la muestra para alcanzar la licencia de representar en público en casa del Corregidor; pero apénas viéron el rostro de Auristela y el de Constanza, cuando les sobresaltó lo que solia sobresaltar á todos aquellos que primeramente las veian, que era admiracion y espanto; pero ninguno puso tan en punto el maravillarse, como fué el ingenio de un poeta, que de propósito con los recitantes venia, así para enmendar y remendar comedias viejas, como para hacerlas de nuevo, ejercicio mas ingenioso que honrado y mas de trabajo que de provecho: pero la escelencia de la poesía es tan limpia como el agua clara, que á todo lo no limpio aprovecha: es como el sol, que pasa por todas las cosas inmundas, sin que se le pegue nada; es habilidad que tanto vale quanto se estima; es un rayo que suele salir de donde está encerrado; no abrasando, sino alumbrando; es instrumento acordado que dulcemente alegra los sentidos, y al paso del deleite lleva con-

sigo la honestidad y el provecho: digo en fin, que este poeta, á quien la necesidad habia hecho trocar los Parnasos con los mesones y las Castalias y las Aganipes con los charcos y arroyos de los caminos y ventas, fué el que mas se admiró de la belleza de Auristela; y al momento la marcó en su imaginacion y la tuvo por mas que buena, para ser comedianta, sin reparar, si sabia ó no la lengua castellana: contentóle el talle, dióle gusto el brio, y en un instante la vistió en su imaginacion en hábito corto de varon; desnudóla luego y vistióla de ninfa, y casi al mismo punto la envistió de la magestad de reina, sin dejar trage de risa, ó de gravedad, de que no la vistiese y en todas se le representó grave, alegre, discreta, aguda y sobre manera honesta, extremos que se acomodan mal en una farsanta hermosa.

Válame Dios, ¡y con cuánta facilidad discurre el ingenio de un poeta y se arroja á romper por mil imposibles! ¡Sobre cuán flacos cimientos levanta grandes quimeras! Todo se lo halla hecho, todo fácil, todo llano y esto de manera, que las esperanzas le sobran, cuando la ventura le falta, como lo mostró este nuestro moderno poeta, cuando vió descoger acaso el lienzo donde venian pintados los trabajos de Periandro; allí se vió él en el mayor que en su vida se habia visto, por venirle á la imaginacion un grandísimo deseo de componer de todos ellos una comedia: pero no acertaba en qué nombre le pondria, si la llamaria comedia, ó trage-

dia, ó tragicomedia, porque si sabia el principio, ignoraba el medio y el fin, pues aun todavía iban corriendo las vidas de Periandro y de Auristela, cuyos fines habian de poner nombre á lo que dellos se representase: pero lo que mas le fatigaba, era pensar, como podria encajar un lacayo consejero y gracioso en el mar y entre tantas islas, fuego y nieves, y con todo esto no se desesperó de hacer la comedia y de encajar el tal lacayo á pesar de todas las reglas de la poesía y á despecho del arte cómico, y en tanto que en esto iba y venia, tuvo lugar de hablar á Auristela y de proponerla su deseo y aconsejarla cuán bien la estaria, si se hiciese recitanta: díjola, que á dos salidas al teatro la lloverian minas de oro acuestas, porque los príncipes de aquella edad eran como hechos de alquimia, que llegada al oro es oro y llegada al cobre es cobre; pero que por la mayor parte rendian su voluntad á las ninfas de los teatros, á las diosas enteras y á las semideas, á las reinas de estudio y á las fregonas de apariencia: díjole, que si alguna fiesta real acertase á hacerse en su tiempo, que se diese por cubierta de faldelines de oro, porque todas, ó las mas libreas de los caballeros habian de venir á su casa rendidas á besarle los piés: representóla el gusto de los viages, y el llevarse tras sí dos ó tres disfrazados caballeros que la servian tan de criados, como de amantes; y sobre todo encarecia y puso sobre las nubes la escelencia y la honra que la darian en

encargarla las primeras figuras : en fin la dijo que si en alguna cosa se verificaba la verdad de un antiguo refran castellano, era en las hermosas farsantas, donde la honra y provecho cabian en un saco. Auristela le respondió, que no habia entendido palabra de cuantas le habia dicho, por que bien se veia que ignoraba la lengua castellana, y que puesto que la supiera, sus pensamientos eran otros, que tenia puesta la mira en otros ejercicios, si no tan agradables, á lo ménos mas convenientes. Desesperóse el poeta con la resoluta respuesta de Auristela ; miróse á los piés de su ignorancia y deshizo la rueda de su vanidad y locura.

Aquella noche fuéron á dar muestra en casa del Corregidor, el cual como hubiese sabido que la hermosa junta peregrina estaba en la ciudad, los envió á buscar y á convidar, viniesen á su casa á ver la comedia, y á recibir en ella muestras del deseo que tenia de servirles, por las que de su valor le habian escrito de Lisboa : aceptólo Periandro con parecer de Auristela y de Antonio el padre, á quien obedecian como á su mayor. Juntas estaban muchas damas de la ciudad con la Corregidora, cuando entraron Auristela, Ricla y Constanza, con Periandro y los dos Antonios, admirando, suspendiendo, alborotando la vista de los presentes que á sentir tales efectos les forzaba la sin par bizarría de los nuevos peregrinos, los cuales acrecentando con su humanidad y buen parecer la benevolencia de los que los

recibiéron, diéron lugar á que les diesen casi el mas honrado en la fiesta, que fué la representacion de la fábula de Céfalo y de Pócris, quando ella zelosa mas de lo que debia, y él con ménos discurso que fuera necesario, disparó el dardo que á ella la quitó la vida, y á él el gusto para siempre; el verso tocó los estremos de bondad posibles, como compuesto, segun se dijo, por Juan de Herrera de Gamboa, á quien por mal nombre llamáron el Maganto, cuyo ingenio tocó asimismo las mas altas rayas de la poética esfera: acabada la comedia, desmenuzaron las damas la hermosura de Auristela parte por parte, y halláron todas un todo, á quien diéron por nombre, *Perfeccion sin tacha*; y los varones dijéron lo mismo de la gallardía de Periandro, y de recudida se alabó tambien la belleza de Constanza y la bizarría de su hermano Antonio. Tres dias estuviéron en la ciudad, donde en ellos mostró el Corregidor ser caballero liberal, y tener la Corregidora condicion de reina, segun fuéron las dádivas y presentes que hizo á Auristela y á los demas peregrinos, los cuales, mostrándose agradecidos y obligados, prometióron de tener cuenta de darla de sus sucesos, de donde quiera que estuviesen. Partidos pues de Badajoz, se encamináron á Nuestra Señora de Guadalupe, y habiendo andado tres dias, y en ellos cinco leguas les tomó la noche en un monte poblado de infinitas encinas y de otros rústicos árboles: tenia suspenso el cielo el curso y sazon del tiempo

en la balanza igual de los dos Equinocios : ni el calor fatigaba, ni el frio ofendia ; y á necesidad, tan bien se podia pasar la noche en el campo como en el aldea : y á esta causa y por estar léjos un pueblo, quiso Auristela, que se quedasen en unas majadas de pastores boyeros, que á los ojos se les ofrecieron.

Hízose lo que Auristela quiso, y apénas habian entrado por el bosque docientos pasos, cuando se cerró la noche con tanta escuridad, que los detuvo, y les hizo mirar atentamente la lumbre de los boyeros, porque su resplandor les sirviese de norte, para no errar el camino ; las tinieblas de la noche y un ruido que sintieron, les detuvo el paso y hizo que Antonio el mozo se apercibiese de su arco, perpetuo compañero suyo : llegó en esto un hombre á caballo, cuyo rostro no vieron, el cual les dijo : ¿ Sois desta tierra, buena gente ? No por cierto, respondió Periandro, sino de bien léjos della ; peregrinos extranjeros somos, que vamos á Roma y primero á Guadalupe. Sí que tambien, dijo el de á caballo, hay en las estrangeras tierras caridad y cortesía : tambien hay almas compasivas donde quiera. ¿ Pues no ? respondió Antonio : mirad, señor, quien quiera que seais, si habeis menester algo de nosotros, y veréis como sale verdadera vuestra imaginacion. Tomad, dijo pues el caballero, tomad, señores, esta cadena de oro, que debe de valer docientos escudos, y tomad asimismo esta prenda que no

debe de tener precio, á lo ménos yo no se le hallo, y darle heis en la ciudad de Trujillo á uno de dos caballeros, que en ella y en todo el mundo son bien conocidos: llámase el uno Don Francisco Pizarro y el otro Don Juan de Orellana, ambos mozos, ambos libres, ambos ricos y ambos en todo extremo generosos: y en esto puso en las manos de Ricla, que como muger compasiva se adelantó á tomarlo, una criatura que ya comenzaba á llorar, envuelta, ni se supo por entónces, si en ricos, ó en pobres paños, y diréis á cualquiera de ellos, que la guarden: que presto sabrán quien es, y las desdichas que á ser dichoso le habrán llevado, si llega á su presencia; y perdonadme, que mis enemigos me siguen, los cuales si aquí llegaren y preguntaren, si me habeis visto, diréis que no, pues os importa poco el decir esto; ó si ya os pareciere mejor, decid, que por aquí pasáron tres, ó cuatro hombres de á caballo, que iban diciendo: A Portugal, á Portugal: y á Dios quedad, que no puedo detenerme, que puesto que el miedo pone espuelas, mas agudas las pone la honra: y arrimando las que traia al caballo, se apartó como un rayo de ellos, pero casi al mismo punto volvió el Caballero y dijo: No está bautizado, y tornó á seguir su camino. Veis aquí á nuestros peregrinos, á Ricla con la criatura en los brazos, á Periandro con la cadena al cuello, á Antonio el mozo, sin dejar de tener flechado el arco, y al padre en postura de desenvainar el estoque que de bordon le servia, y á

Auristela confusa y atónita del estraño suceso, y á todos juntos admirados del estraño acontecimiento, cuya salida fué por entónces, que aconsejó Auristela, que como mejor pudiesen llegasen á la majada de los boyeros, donde podria ser hallasen remedios para sustentar aquella recién nacida criatura, que por su pequeñez y la debilidad de su llanto, mostraba ser de pocas horas nacida; hízose así, y apénas llegaron á la majada de los pastores, á costa de muchos tropiezos y caídas, cuando ántes que los peregrinos les preguntasen, si eran servidos de darles alojamiento aquella noche, llegó á la majada una muger llorando, triste, pero no reciamente, porque mostraba en sus gemidos que se esforzaba á no dejar salir la voz del pecho; venia medio desnuda, pero las ropas que la cubrian, eran de rica y principal persona: la lumbre y luz de las hogueras, á pesar de la diligencia que ella hacia para encubrirse el rostro, la descubriéron, y viéron ser tan hermosa como niña, y tan niña como hermosa, puesto que Ricla, que sabia mas de edades, la juzgó por de diez y seis á diez y siete años: preguntáronle los pastores, si la seguia alguien, ó si tenia otra necesidad que pidiese presto remedio: á lo que respondió la dolorosa muchacha: Lo primero, señores, que habeis de hacer, es ponerme debajo de la tierra: quiero decir, que me encubrais de modo que no me halle quien me buscare. Lo segundo, que me deis algun sustento, porque desmayos me van acabando

la vida. Nuestra diligencia, dijo un pastor viejo, mostrará que tenemos caridad, y agujando con presteza á un hueco de un árbol que en una valiente encina se hacia, puso en él algunas pieles blandas de ovejas y cabras, que entre el ganado mayor se criaban; hizo un modo de lecho, bastante por entónces á suplir aquella necesidad precisa; tomó luego á la muger en los brazos y encerróla en el hueco, á donde le dió lo que pudo, que fuéron sopas en leche, y le dieran vino si ella quisiera beberlo; colgó luego delante del hueco otras pieles, como para enjugarse: Riela viendo hecho esto, habiendo conjeturado, que aquella sin duda debia de ser la madre de la criatura que ella tenia, se llegó al pastor caritativo, diciéndole: No pongais, buen señor, término á vuestra caridad y usadla con esta criatura que tengo en los brazos ántes que perezca de hambre, y en breves razones le contó como se le habian dado: respondióla el pastor á la intencion, y no á sus razones, llamando á uno de los demas pastores, á quien mandó que tomando aquella criatura, la llevase al aprisco de las cabras y hiciese de modo, como de alguna dellas tomase el pecho: apénas hubo hecho esto, y tan apénas que casi se oian los últimos acentos del llanto de la criatura, cuando llegaron á la majada un tropel de hombres á caballo preguntando por la muger desmayada y por el caballero de la criatura: pero como no les

diéron nuevas ni noticia de lo que pedian, pasáron con estraña priesa adelante, de que no poco se alegráron sus remediadores, y aquella noche pasáron con mas comodidad que los peregrinos pensáron, y con mas alegría de los ganaderos, por verse tan bien acompañados.

CAPITULO III.

La doncella encerrada en el árbol da razon de quien era.

Preñada estaba la encina, digámoslo así: preñadas estaban las nubes, cuya escuridad la puso en los ojos de los que por la prisionera del árbol preguntaron: pero al compasivo pastor, que era mayoral del hato, ninguna cosa le pudo turbar para que dejase de acudir á proveer lo que fuese necesario al recebimiento de sus huéspedes; la criatura tomó los pechos de la cabra, la encerrada el rústico sustento, y los peregrinos el nuevo y agradable hospedage: quisieron todos saber luego, qué causas habian traido allí á la lastimada y al parecer fugitiva, y á la desamparada criatura; pero fué parecer de Auristela, que no le preguntasen nada hasta el venidero dia, porque los sobresaltos no suelen dar licencia á la lengua, aun á que cuente venturas alegres, quanto mas desdichas tristes, y puesto que el anciano pastor visitaba á menudo el árbol, y no preguntaba nada al depósito que tenia, sino solamente por su salud, fuéle respondido que aunque tenia mucha ocasion para no tenerla, la sobraria, como ella se viesse libre de los que la buscaban, que era su padre y hermanos: cubrióla y encubrióla el

pastor, y dejóla y volvióse á los peregrinos, que aquella noche la pasáron con mas claridad de las hogueras y fuego de los pastores, que con aquella que ella les concedia, y ántes que el cansancio les obligase á entregar los sentidos al sueño, quedó concertado que el pastor que habia llevado la criatura á procurar que las cabras fuesen sus amas, la llevase y entregase á una hermana del anciano ganadero, que casi dos leguas de allí, en una pequeña aldea vivia: diéronle que llevase la cadena, con órden de darla á criar en la misma aldea, diciendo ser de otra algo apartada. Todo esto se hizo así, con que se aseguraron y apercibiéron á desmentir las espías, si acaso volviesen, ó viniesen otras de nuevo á buscar los perdidos, á lo ménos los que perdidos parecian; en tratar desto y en satisfacer la hambre y en un breve rato que se apoderó de sus ojos el sueño y de sus lenguas el silencio, se pasó el de la noche, y se vino á mas andar el dia, alegre para todos, sino para la temerosa que encerrada en el árbol, apénas osaba ver del sol la claridad hermosa. Con todo eso, habiendo puesto primero, cerca y léjos del rebaño de trecho en trecho centinelas que avisasen, si alguna gente venia, la sacáron del árbol, para que la diese el aire, y para saber della lo que deseaban, y con la luz del dia viéron que la de su rostro era admirable, de modo que puso en duda, á cual darian della y de Constanza, despues de Aurstela, el segundo lugar de hermosa, porque donde

quiera se llevó el primerō Auristela, á quien no quiso dar igual la naturaleza: muchas preguntas la hiciéron y muchos ruegos precediéron ántes, todos encaminados á que su suceso les contase, y ella de puro cortes y agradecida, pidiendo licencia á su flaqueza con aliento debilitado así comenzó á decir.

Puesto, señores, que en lo que deciros quiero, tengo de descubrir faltas que me han de hacer perder el crédito de honrada, todavía quiero mas parecer cortes, por obedeceros, que desagradecida por no contentaros. Mi nombre es Feliciana de la Voz, mi patria una villa no léjos de este lugar, mis padres son nobles mucho mas que ricos, y mi hermosura en tanto que no ha estado tan marchita como agora, ha sido de algunos estimada y celebrada. Junto á la villa que me dió el cielo por patria, vivia un hidalgo riquísimo, cuyo trato y cuyas muchas virtudes le hacian ser caballero en la opinion de las gentes; este tiene un hijo, que desde agora muestra ser tan heredero de las virtudes de su padre, que son muchas, como de su hacienda, que es infinita: vivia anstímismo en la misma aldea un caballero con otro hijo suyo, mas nobles que ricos en una tan honrada medianía, que ni los humillaba, ni los ensoberbecia: con este segundo mancebo noble, ordenáron mi padre y dos hermanos que tengo, de casarme, echandó á las espaldas los ruegos con que me pedia por esposa el rico hidalgo: pero yo, á quien los cielos guardaban para esta desventura en

que me veo, y para otras en que pienso verme, me dió por esposa al rico, y me entregué por suya á hurto de mi padre y de mis hermanos, que madre no la tengo por mayor desgracia mia: vímonos muchas veces solos y juntos, que para semejantes casos nunca la ocasión vuelve las espaldas, ántes en la mitad de las imposibilidades ofrece su guedeja.

Destas juntas y destos hurtos amorosos se acordó mi vestido y creció mi infamia, si es que se puede llamar infamia la conversacion de los desposados amantes; en este tiempo, sin hacerme sabidora, concertáron mis padres y hermanos de casarme con el mozo noble, con tanto deseo de efectuarlo, que á noche le trajéron á casa acompañado de dos cercanos parientes suyos, con propósito de que luego luego nos diésemos las manos; sobresaltéme, cuando ví entrar á Luis Antonio, que este es el nombre del mancebo noble, y mas me admiré, cuando mi padre me dijo, que me entrase en mi aposento y me aderezase algo mas de lo ordinario, porque en aquel punto habia de dar la mano de esposa á Luis Antonio: dos dias habia que habia entrado en los términos que la naturaleza pide en los partos, y con el sobresalto y no esperada nueva quedé como muerta, y diciendo entraba á aderezarme á mi aposento, me arrojé en los brazos de una mi doncella, depositaria de mis secretos, á quien dije, hechos fuentes mis ojos: ¡Ay, Leonora mia, y como creo que es llegado el fin de mis dias! Luis Antonio

está en esa ántesala esperando, que yo salga á darle la mano de esposa: ¡mira, si es este trance riguroso y la mas apretada ocasion en que pueda verse una muger desdichada! Pásame, hermana mia, si tienes con qué, este pecho: salga primero mi alma destas carnes, que no la desvergüenza de mi atrevimiento: ¡Ay, amiga mia, que me muero, que se me acaba la vida! Y diciendo esto y dando un gran suspiro, arrojé una criatura en el suelo, cuyo nunca visto caso suspendió á mi doncella, y á mí me cegó el discurso de manera, que sin saber qué hacer, estuve esperando á que mi padre, ó mis hermanos entrasen, y en lugar de sacarme á desposar, me sacasen á la sepultura.

Aquí llegaba Feliciana de su cuento, cuando viéron, que las centinelas que habian puesto para asegurarse, hacian señal de que venia gente, y con diligencia no vista el pastor anciano queria volver á depositar á Feliciana en el árbol, seguro asilo de su desgracia; pero habiendo vuelto las centinelas á decir, que se asegurasen, porque un tropel de gente que habian visto, cruzaba por otro camino, todos se aseguraron, y Feliciana de la Voz, volvió á su cuento, diciendo: Considerad, señores, el apretado peligro en que me ví anoche; el desposado en la sala esperándome, y el adúltero, si así se puede decir, en un jardin de mi casa atendiéndome para hablarme, ignorante del estrecho en que yo estaba y de la venida de Luis Antonio, yo sin sentido por

el no esperado suceso, mi doncella turbada con la criatura en los brazos, mi padre y hermanos dándome priesa, que saliese á los desdichados desposorios: aprieto fué este que pudiera derribar á mas gallardos entendimientos que el mio, y oponerse á toda buena razon y buen discurso. No sé que os diga mas, sino que sentí, estando sin sentido, que entró mi padre, diciendo: Acaba, muchacha, sal como quiera que estuvieres, que tu hermosura suplirá tu desnudez, y te servirá de riquísimas galas: dióle, á lo que creo, en esto á los oidos el llanto de la criatura, que mi doncella, á lo que imagino debia de ir á poner en cobro, ó á dársela á Rosanio, que este es el nombre del que yo quise escoger por esposo. Alborotóse mi padre, y con una vela en la mano me miró el rostro, y coligió por mi semblante mi sobresalto y mi desmayo; volvióle á herir en los oidos el eco del llanto de la criatura, y echando mano á la espada, fué siguiendo á donde la voz le llevaba: el resplandor del cuchillo me dió en la turbada vista y el miedo en la mitad del alma, y como sea natural cosa el desear conservar la vida cada uno, del temor de perderla salió en mí el ánimo de remediarla, y apénas hubo mi padre vuelto las espaldas, cuando yo, así como estaba, bajé por un caracol á unos aposentos bajos de mi casa, y de ellos con facilidad me puse en la calle y de la calle en el campo y del campo en no sé que camino, y finalmente aguijada del miedo y solicitada del te-

mor, como si tuviera alas en los piés, caminé mas de lo que prometia mi flaqueza; mil veces estuve para arrojarme en el camino de algun ribazo, que me acabara, con acabarme la vida, y otras tantas estuve por sentarme ó tenderme en el suelo y dejarme hallar de quien me buscasse; pero alentándome la luz de vuestras cabañas, procuré llegar á ellas á buscar descanso á mi cansancio, y si no remedio, algun alivio á mi desdicha: y así llegué, como me visteis, y así me hallo como me veo, merced á vuestra caridad y cortesía. Esto es, señores míos, lo que os puedo contar de mi historia, cuyo fin dejo al cielo, y le remito en la tierra á vuestros buenos consejos.

Aquí dió fin á su plática la lastimada Feliciania de la Voz, con que puso en los oyentes admiracion y lástima en un mismo grado. Periandro contó luego el hallazgo de la criatura, la dádiva de la cadena, con todo aquello que le habia sucedido con el caballero, que se la dió. Ay, dijo Feliciania, ¿si es por ventura esa prenda mia? ¿Y si es Rosanio, el que la trajo? Y si yo la viese, si no por el rostro, pues nunca le he visto, quizá por los paños en que viene envuelta, sacaria á luz la verdad de las tinieblas de mi confusion, porque mi doncella no apercebida, ¿en qué la podia envolver, sino en paños que estuviesen en el aposento, que fuesen de mí conocidos? Y cuando esto no sea, quizá la sangre hará su oficio, y por ocultos sentimientos le dará á

entender lo que me toca. A lo que respondió el pastor: La criatura está ya en mi aldea en poder de una hermana y de una sobrina mia: yo haré que ellas mismas nos la traigan hoy aquí donde podrás, hermosa Feliciana, hacer las esperiencias que deseas: en tanto sosiega, señora, el espíritu, que mis pastores y este árbol servirán de nubes, que se opongán á los ojos que te buscaren.

CAPITULO IV.

Paréceme, hermano mio, dijo Auristela á Perian-
dro, que los trabajos y los peligros, no solamente
tienen jurisdiccion en el mar, sino en toda la tierra :
que las desgracias é infortunios así se encuentran
sobre los levantados sobre los montes, como con los
escondidos en sus rincones : Esta que llaman for-
tuna, de quien yo he oido hablar algunas veces, de
la cual se dice que quita y da los bienes, cuando,
como y á quien quiere, sin duda alguna debe de ser
ciega y antojadiza, pues á nuestro parecer levanta
los que habian de estar por el suelo, y derriba los
que estan sobre los montes de la luna. No sé, her-
mano, lo que me voy diciendo, pero sé que quiero
decir, que no es mucho que nos admire ver esta se-
ñora, que dice que se llama Feliciana de la Voz,
que apenas la tiene para contar su desgracia, con-
témtplola yo pocas horas ha en su casa, acompañada
de su padre, hermanos y criados, esperando poner
con sagacidad remedio á sus arrojados deseos, y
agora puedo decir que la veo escondida en lo hueco
de un árbol, temiendo los mosquitos del aire y aun
las lombrices de la tierra : bien es verdad que la
suya no es caída de príncipes, pero es un caso que

puede servir de ejemplo á las recogidas doncellas que le quisieren dar bueno de sus vidas. Todo esto me mueve á suplicarte, ó hermano, mires por mi honra, que desde el punto que salí del poder de mi padre y del de tu madre, la deposité en tus manos, y aunque la esperiencia con certidumbre grandísima tiene acreditada tu bondad, así en la soledad de los desiertos, como en la compañía de las ciudades, todavía temo, que la mudanza de las horas no mude los que de suyo son fáciles pensamientos; á tí te va en esto lo que sabes: mi honra es la tuya, un solo deseo nos gobierna y una misma esperanza nos sustenta; el camino en que nos hemos puesto, es largo, pero no hay ninguno que no se acabe, como no se le oponga la pereza y la ociosidad: ya los cielos, á quien doy mil gracias por ello, nos han traído á España, sin la compañía peligrosa de Arnaldo: ya podemos tender los pasos seguros de naufragios, de tormentas y de salteadores, porque segun la fama que sobre todas las regiones del mundo de pacífica y de santa tiene ganada España, bien nos podemos prometer seguro viage. O hermana, respondió Periandro, y como por puntos vas mostrando los estremados de tu discrecion: bien veo, que temes como muger y que te animas como discreta: yo quisiera por aquietar tus bien nacidos recelos, buscar nuevas esperanzas que me acreditasen contigo, que puesto que las hechas pueden convertir el temor en esperanza y la esperanza en firme

seguridad y desde luego en posesion alegre, quisiera que nuevas ocasiones me acreditaran: en el rancho destes pastores no nos queda que hacer, ni en el caso de Feliciano podemos servir mas que de compadecernos de ella: procuremos llevarnos esta criatura á Trujillo, como nos lo encargó el que con ella nos dió la cadena al parecer por paga.

En esto estaban los dos, quando llegó el pastor anciano con su hermana y con la criatura que habia enviado por ella á la aldea, por ver si Feliciano la reconocia, como ella lo habia pedido: lleváronse la, miróla y remiróla, quitóle las fajas, pero en ninguna cosa pudo conocer ser la que habia parido, ni aun, lo que mas es de considerar, el natural cariño no le movia los pensamientos á reconocer el niño, que era varon el recién nacido. No, decia Feliciano, no son estas las mantillas que mi doncella tenia diputadas, para envolver lo que de mí naciese, ni esta cadena, que se la enseñáron, la ví yo jamas en poder de Rosanio: de otra debe ser esta prenda que no mia, que á serlo no fuera yo tan venturosa, teniéndola una vez perdida tornar á cobrarla; aunque yo oí decir muchas veces á Rosanio, que tenia amigos en Trujillo, pero de ninguno me acuerdo el nombre. Con todo eso, dijo el pastor, que pues el que dió la criatura mandó, que la llevasen á Trujillo, sospecho que el que la dió á estos peregrinos, fué Rosanio y así soy de parecer, si es que en ello es hago algun servicio, que mi hermana con la cria-

tura y con otros dos destos mis pastores se ponga en camino de Trujillo, á ver si la recibe alguno de esos dos caballeros, á quien va dirigida. A lo que Feliciana respondió con sollozos y con arrojarle á los piés del pastor, abrazándolos estrechamente, señales que la diéron de que aprobaba su parecer: todos los peregrinos le aprobáron asimismo, y con darle la cadena lo facilitáron todo. Sobre una de las bestias del ható se acomodó la hermana del pastor, que estaba recién parida, como se ha dicho, con órden que se pasase por su aldea y dejase en cobro su criatura, y con la otra se partiese á Trujillo, que los peregrinos que iban á Guadalupe, con mas espacio la seguirian: todo se hizo como lo pensáron y luego; porque la necesidad del caso no admitia tardanza alguna. Feliciana callaba y con silencio se mostraba agradecida á los que tan de véras sus cosas tomaban á su cargo. Añadióse á todo esto, que Feliciana habiendo sabido como los peregrinos iban á Roma, aficionada á la hermosura y discrecion de Auristela, á la cortesía de Periandro, á la amorosa conversacion de Constanza y de Ricla su madre y al agradable trato de los dos Antonios, padre y hijo, que todo lo miró, notó y ponderó en aquel poco espacio que los habia comunicado, y lo principal por volver las espaldas á la tierra donde quedaba enterrada su honra, pidió que consigo la llevasen como peregrina á Roma, que pues habia sido peregrina en culpas, queria procurar serlo en

gracias, si el cielo se las concedia, en que con ellos la llevasen. Apenas descubrió su pensamiento, cuando Auristela acudió á satisfacer su deseo, compasiva y deseosa de sacar á Feliciana de entre los sobresaltos y miedos que la perseguian: solo dificultó el ponerla en camino estando tan recien parida, y así se lo dijo: pero el anciano pastor dijo, que no habia mas diferencia del parto de una muger, que del de una res, y que así como la res sin otro regalo alguno despues de su parto se quedaba á las inclemencias del cielo, así la muger podia sin otro regalo alguno, acudir á sus ejercicios, si no que el uso habia introducido entre las mugeres los regalos y todas aquellas prevenciones que suelen hacer con las recien paridas. Yo aseguro, dijo mas, que cuando Eva parió el primer hijo, que no se echó en el lecho, ni se guardó del aire, ni usó de los melindres que agora se usan en los partos. Esforzaos, Señora Feliciana, y seguid vuestro intento, que desde aquí le apruebo casi por santo, pues es tan cristiano: á lo que añadió Auristela: No quedará por falta de hábito de peregrina, que mi cuidado me hizo hacer dos, cuando hice este, el cual daré yo á lo señora Feliciana de la Voz, con condicion que me diga qué misterio tiene el llamarse de la Voz, si ya no es el de su apellido. No me le ha dado, respondió Feliciana, mi linage, sino el ser comun opinion de todos cuantos me han oido cantar, que tengo la mejor voz del mundo; tanto que por

escelencia me llaman comunmente Feliciana de la Voz, y á no estar en tiempo mas de gemir que de cantar, con facilidad os mostrara esta verdad; pero si los tiempos se mejoran y dan lugar á que mis lágrimas se enjuguen, yo cantaré, sino canciones alegres, á lo ménos endechas tristes, que cantándolas encanten, y llorándolas alegren. Por esto que Feliciana dijo, nació en todos un deseo de oirla cantar luego luego: pero no osáron rogárselo, porque como ella habia dicho, los tiempos no lo permitian: otro dia se despojó Feliciana de los vestidos no necesarios que traia, y se cubrió con los que le dió Auristela de peregrina; quitóse un collar de perlas y dos sortijas, que si los adornos son parte para acreditar calidades, estas piezas pudieran acreditarla de rica y noble: tomólas Ricla como tesorera general de la hacienda de todos, y quedó Feliciana segunda peregrina, como primera Auristela y tercera Constanza, aunque este parecer se dividió en pareceres y algunos le diéron el segundo lugar á Constanza, que el primero no hubo hermosura en aquella edad que á la de Auristela se le quitase.

Apénas se vió Feliciana en el nuevo hábito, cuando le nacióen alientos nuevos y deseos de ponerse en camino: conoció esto Auristela y con consentimiento de todos, despidiéndose del pastor caritativo y de los demas de la majada, se encamináron á Cáceres, hurtando el cuerpo con su acostumbrado paso al cansancio: y si alguna vez alguna de las

mugeres le tenia, le suplia el bagage, donde iba el repuesto, ó ya el márgen de algun arroyuelo, ó fuente do se sentaban, ó la verdura de algun prado que á dulce reposo las convidaba, y así andaban á una con ellos el reposo y el cansancio, junto con la pereza y la diligencia: la pereza en caminar poco, la diligencia en caminar siempre: pero como por la mayor parte nunca los buenos deseos llegan á fin dichoso sin estorbos que lo impidan, quiso el cielo que el de este hermoso escuadron, que aunque dividido en todos, era solo uno en la intencion, fuese impedido con el estorbo que agora oiréis. Dábales asiento la verde yerba de un deleitoso pradecillo, refrescábales los rostros el agua clara y dulce de un pequeño arroyuelo, que por entre las yerbas corria, servíanles de muralla y de reparo muchas zarzas y cambroneras, que casi por todas partes los rodeaba, sitio agradable y necesario para su descanso, cuando de improviso rompiendo por las intrincadas matas viéron salir al verde sitio un mancebo vestido de camino, con una espada hincada por las espaldas, cuya punta le salia al pecho: cayó de ojos, y al caer dijo: Dios sea conmigo, y el fin desta palabra y el arrancársele el alma, fué todo á un tiempo, y aunque todos con el estraño espectáculo se levantáron alborotados, el que primero llegó á socorrerle, fué Periandro, y por hallarle ya muerto, se atrevió á sacar la espada: los dos Antonios saltáron las zarzas, por ver si vieran, quien

hubiese sido el cruel y alevoso homicida, que por ser la herida por las espaldas, se mostraba que traidoras manos la habian hecho: no viéron á nadie: volviéronse á los demas, y la poca edad del muerto y su gallardo talle y parecer les acrecentó la lástima, miráronle todo y halláronle debajo de una ropilla de terciopelo pardo, sobre el jubon puesta una cadena de cuatro vueltas de menudos eslabones de oro, de la cual pendia un devoto Crucifijo asimismo de oro; allá entre el jubon y la camisa le halláron dentro de una caja de ébano ricamente labrada un hermosísimo retrato de muger, pintado en la lisa tabla, al rededor del cual, de menudísima y clara letra, viéron que traia escritos estos versos:

Yela, enciende. mira y habla,
Milagros de la hermosura,
Que tenga vuestra figura
Tanta fuerza en una tabla.

Por estos versos conjeturó Periandro, que los leyó primero, que de causa amorosa debia de haber nacido su muerte: miráronle las faltriqueras y escudriñáronle todo, pero no halláron cosa que les diese indicio de quién era; y estando haciendo este escrutinio, parecióron como si fueran llovidos, cuatro hombres con ballestas armadas, por cuyas insignias conoció luego Antonio el padre, que eran cuadrilleros de la santa Hermandad, uno de los

cuales dijo á voces: Teneos, ladrones, homicidas y salteadores: no le acabeis de despojar, que á tiempo sois venidos, en que os llevarémos á donde pagueis vuestro pecado. Eso no, bellacos, respondió Antonio el mozo; aquí no hay ladron ninguno, porque todos somos enemigos de los que lo son. Bien se os parece por cierto, replicó el cuadrillero, el hombre muerto, sus despojos en vuestro poder, y su sangre en vuestras manos, que sirve de testigos á vuestra maldad; ladrones sois, salteadores sois, homicidas sois, y como tales ladrones, salteadores y homicidas presto pagaréis vuestros delitos, sin que os valga la capa de virtud cristiana, con que procurais encubrir vuestras maldades, vistiendooos de peregrinos. A esto le dió respuesta Antonio el mozo, con poner una flecha en su arco y pasarle con ella un brazo, puesto que quisiera pasarle de parte á parte el pecho: los demas cuadrilleros, ó escarmentados del golpe, ó por hacer la prision mas al seguro, volviéron las espaldas, y entre huyendo y esperando, á grandes voces apellidáron: Aquí de la santa Hermandad, favor á la santa Hermandad, y mostróse ser santa la Hermandad que apellidaban, porque en un instante, como por milagro, se juntáron mas de veinte cuadrilleros, los cuales encarando sus ballestas y sus saetas, á los que no se defendian los prendiéron y aprisionáron, sin respetar la belleza de Auristela, ni las demas peregrinas, y con el cuerpo del muerto las lleváron á Cáceres, cuyo cor-

regidor era un caballero del hábito de Santiago, el cual viendo el muerto y el cuadrillero herido y la informacion de los demas cuadrilleros, con el indicio de ver ensangrentado á Periandro, con el parecer de su teniente, quisiera luego ponerlos á cuestion de tormento, puesto que Periandro se defendia con la verdad, mostrándole en su favor los papeles, que para seguridad de su viage y licencia de su camino habia tomado en Lisboa; mostróle asimismo el lienzo de la pintura de su suceso, que la relató y declaró muy bien Antonio el mozo, cuyas pruebas hicieron poner en opinion la ninguna culpa que los peregrinos tenian. Ricla, la tesorera, que sabia muy poco ó nada de la condicion de escribanos y procuradores, ofreció á uno de secreto, que andaba allí en público, dando muestras de ayudarles, no sé que cantidad de dineros, porque tomase á cargo su negocio, lo echó á perder del todo, porque en oliendo los sátrapas de la pluma, que tenian lana los peregrinos, quisieron trasquilarlos, como es uso y costumbre, hasta los huesos; y sin duda alguna fuera así, si las fuerzas de la inocencia no permitiera el cielo que sobrepujaran á las de la malicia.

Fué el caso pues, que un huésped, ó mesonero del lugar, habiendo visto el cuerpo muerto que habian traído, y reconoció muy bien, se fué al Corregidor y le dijo: Señor, este hombre que han traído muerto los cuadrilleros, ayer de mañana partió de mi casa en compañía de otro, al parecer caballero:

poco ántes que se partiese, se encerró conmigo en mi aposento, y con recato me dijo : Señor huésped, por lo que debeis á ser cristiano, os ruego, que si yo no vuelvo por aquí dentro de seis dias, abrais este papel que os doy, delante de la justicia, y diciendo esto, me dió este que entrego á vuesa merced, donde imagino que debe de venir alguna cosa que toque á este tan estraño suceso : tomó el papel el Corregidor y abriéndole, vió que en él estaban escritas estas mismas razones :

“ Yo Don Diego de Parráces, salí de la Corte de su Magestad tal dia, (y venia puesto el dia) en compañía de Don Sebastian de Soranzo mi pariente, que me pidió que le acompañase en cierto viage, donde le iba la honra y la vida : yo, por no querer hacer verdaderas ciertas sospechas falsas que de mí tenia, fiándome en mi inocencia, dí lugar á su malicia, y acompañéle : creo que me lleva á matar, si esto sucediere, y mi cuerpo se hallare, sépase que me matáron á traicion, y que morí sin culpa. Y firmaba :

D. DIEGO DE PARRACES.”

Este papel á toda diligencia despachó el Corregidor á Madrid, donde con la justicia se hicieron las diligencias posibles, buscando al matador, el cual llegó á su casa la misma noche que le buscaban, y entreoyendo el caso, sin apearse de la caval-

gadura, volvió las riendas, y nunca mas pareció: quedóse el delito sin castigo, el muerto se quedó por muerto, quedáron libres los prisioneros, y la cadena que tenia Ricla se deslazonó para gastos de justicia; el retrato se quedó para gusto de los ojos del Corregidor, satisfizose la herida del cuadrillero: volvió Antonio el mozo á relatar el lienzo, y dejando admirado al pueblo y habiendo estado en él todo este tiempo de las averiguaciones, Feliciano de la Voz en el lecho, fingiendo estar enferma, por no ser vista, se partiéron la vuelta de Guadalupe, cuyo camino entretuviéron tratando del caso estraño, y deseando que sucediese ocasion donde se cumpliese el deseo que tenian de oír cantar á Feliciano, la cual sí cantara, pues no hay dolor que no se mitigue con el tiempo, ó se acabe con acabar la vida; pero por guardar ella á su desgracia el decoro que á sí misma debia, sus cantos eran lloros y su voz gemidos: estos se aplacáron un tanto con haber topado en el camino la hermana del compasivo pastor, que volvia de Trujillo, donde dijo que dejaba el niño en poder de Don Francisco Pizarro y de Don Juan de Orellana, los cuales habian conjeturado no poder ser de otro aquella criatura sino de su amigo Rosanio, segun el lugar donde le halláron, pues por todos aquellos contornos no tenian ellos algun conocido que aventurase á fiarse de ellos. Sea en fin lo que fuere, dijo la labradora, dijéron ellos, que no ha de quedar defraudado de sus bue-

nos pensamientos, el que se ha fiado de nosotros: ansí que, señores, el niño queda en Trujillo en poder de los que he dicho; si algo me queda que hacer por serviros, aquí estoy con la cadena, que aun no me he deshecho de ella, pues la que me pone á la voluntad el ser yo cristiana, me enlaza y me obliga á mas que la de oro. A lo que respondió Feliciana, que la gozase muchos años, sin que se le ofreciese necesidad de deshacella, pues las ricas prendas de los pobres no permanecen largo tiempo en sus casas, porque ó se empeñan para no quitarse, ó se venden para nunca volverlas á comprar. La labradora se despidió aquí, é diéron mil encomiendas para su hermano y los demas pastores, y nuestros peregrinos llegaron poco á poco á las santísimas tierras de Guadalupe.

CAPITULO V.

Apénas hubieron puesto los piés los devotos peregrinos en una de las dos entradas que guian al valle, que forman y cierran las altísimas sierras de Guadalupe, cuando con cada paso que daban nacian en sus corazones nuevas ocasiones de admirarse: pero allí llegó la admiracion á su punto, cuando viéron el grande y suntuoso monasterio, cuyas murallas encierran la santísima imágen de la Emperatriz de los cielos, la santísima imágen otra vez, que es libertad de los cautivos, lima de sus hierros y alivio de sus prisiones, la santísima imágen, que es salud de las enfermedades, consuelo de los afligidos, madre de los huérfanos y reparo de las desgracias. Entráron en su templo y donde pensáron hallar por sus paredes pendientes por adorno las púrpuras de Tiro, los damascos de Siria, los brocados de Milan, halláron en lugar suyo, muletas que dejáron los cojos, ojos de cera que dejáron los ciegos, brazos que colgáron los mancos, mortajas de que se desnudáron los muertos, todos despues de haber caido en el suelo de las miserias, ya vivos, ya sanos, ya libres, y ya contentos, merced á la larga misericordia de la madre de las misericordias,

que en aquel pequeño lugar hace campear á su benditísimo hijo con el escuadron de sus infinitas misericordias: de tal manera hiciéron aprension estos milagrosos adornos en los corazones de los devotos peregrinos, que volviéron los ojos á todas las partes del templo, y les parecia ver venir por el aire volando los cautivos envueltos en sus cadenas, á colgarlas de las santas murallas, y á los enfermos arrastrar las muletas, y á los muertos mortajas, buscando lugar donde ponerlas, porque ya en el sacro templo no cábian: tan grande es la suma que las paredes ocupan. Esta novedad no vista hasta entónces de Periandro, ni de Auristela, ni ménos de Ricla, de Constanza, ni de Antonio, los tenia como asombrados, y no se hartaban de mirar lo que veian, ni de admirar lo que imaginaban, y así con devotas y cristianas muestras hincados de rodillas se pusieron á adorar á Dios sacramentado y á suplicar á su santísima Madre, que en crédito y honra de aquella imágen, fuese servida de mirar por ellos; pero lo que mas es de ponderar, fué, que puesta de hinojos y las manos puestas junto al pecho, la hermosa Feliciana de la Voz, lloviendo tiernas lágrimas con sosegado semblante, sin mover los labios, ni hacer otra demostracion, ni movimiento que diese señal de ser viva criatura, soltó la voz á los vientos, y levantó el corazon al cielo y cantó unos versos que ella sabia de memoria, los cuales dió despues por escrito, con que suspendió los sentidos de cuantos

la escuchaban y acreditó las alabanzas que ella misma de su voz habia dicho, y satisfizo de todo en todo los deseos que sus peregrinos tenian de escucharla.

Cuatro estancias habia cantado, cuando entraron por la puerta del templo unos forasteros, á quien la devocion y la costumbre puso luego de rodillas, y la voz de Feliciana que todavía cantaba, puso tambien en admiracion, y uno de ellos que de anciana edad parecia, volviéndose á otro que estaba á su lado, dijole: O aquella voz es de algun ángel de los confirmados en gracia, ó es de mi hija Feliciana de la Voz. ¿Quién lo duda? respondió el otro: ella es, y la que no será, si no yerra el golpe este mi brazo, y diciendo esto, echó mano á una daga y con descompasados pasos, perdido el color y turbado el sentido, se fué hacia donde Feliciana estaba: el venerable anciano se arrojó tras él, y le abrazó por las espaldas, diciéndole: No es este, ó hijo, teatro de miserias, ni lugar de castigos: da tiempo al tiempo, que pues no se nos puede huir esta traidora, no te precipites, y pensando castigar el ageno delito, te echas sobre tí la pena de la culpa propia. Estas razones y alboroto selló la boca de Feliciana, y alborotó á los peregrinos, y á todos cuantos en el templo estaban, los cuales no fueron parte para que su padre y hermano de Feliciana no la sacasen del templo á la calle, donde en un instante se juntó casi toda la gente del pueblo con la

justicia, que se la quitó, á los que parecian mas verdugos que hermano y padre. Estando en esta confusion, el padre dando voces por su hija, y su hermano por su hermana, y la justicia defendiéndola, hasta saber el caso, por una parte de la plaza entráron hasta seis de á caballo, que los dos de ellos fuéron luego conocidos de todos, por ser el uno Don Francisco Pizarro y el otro Don Juan de Orellana, los cuales llegándose al tumulto de la gente, y con ellos otro caballero, que con un velo de tafetan negro traia cubierto el rostro; preguntáron la causa de aquellas voces, fuéles respondido que no se sabia otra cosa, sino que la justicia queria defender aquella peregrina á quien querian matar dos hombres que decian ser su hermano y su padre. Esto estaban oyendo Don Francisco Pizarro, y Don Juan de Orellana, cuando el caballero embozado, arrojándose del caballo abajo, sobre quien venia, poniendo mano á su espada, y descubriéndose el rostro, se puso al lado de Feliciano, y á grandes voces dijo: En mí, en mí debeis, señores, tomar la enmienda del pecado de Feliciano vuestra hija, si es tan grande que merezca muerte, el casarse una doncella contra la voluntad de sus padres: Feliciano es mi esposa, y yo soy Rosanio, como veis, no de tan poca calidad que no merezca que me deis por concierto, lo que yo supe escoger por industria; noble soy, de cuya nobleza os podré presentar por testigos: riquezas tengo que la sustenten, y no será

bien que lo que he ganado por ventura, me lo quite Luis Antonio por vuestro gusto, y si os parece que os he hecho ofensa, de haber llegado á este punto, de teneros por señores sin sabiduría vuestra, perdonadme, que las fuerzas poderosas de amor suelen turbar los ingenios mas entendidos, y el veros yo tan inclinados á Luis Antonio, me hizo no guardar el decoro que se os debia, de lo cual otra vez os pido perdon. Miéntras Rosanio esto decia, Felicianna estaba pegada con él, teniéndole asido por la pretina con la mano, toda temblando, toda temerosa y toda triste y toda hermosa juntamente; pero ántes que su padre y hermano respondiesen palabra, Don Francisco Pizarro se abrazó con su padre, y Don Juan de Orellana con su hermano, que eran sus grandes amigos. Don Francisco dijo al padre: ¿Dónde está vuestra discrecion, señor Don Pedro Tenorio? ¿Cómo y es posible que vos mismo querais fabricar vuestra ofensa? ¿No veis, que estos agravios ántes que la pena, traen las disculpas consigo? ¿Qué tiene Rosanio que no merezca á Felicianna? O ¿qué le quedará á Felicianna de aquí adelante, si pierde á Rosanio?

Casi estas mismas, ó semejantes razones decia Don Juan de Orellana á su hermano, añadiendo mas, porque le dijo: Señor Don Sancho, nunca la cólera prometió buen fin de sus ímpetus, ella es pasion del ánimo, y el ánimo apasionado pocas veces acierta en lo que emprende: vuestra hermana supo escoger

buen marido : tomar venganza de que no se guardáron las debidas ceremonias y respetos, no será bien hecho porque os pondréis á peligro de derribar y echar por tierra todo el edificio de vuestro sosiego: mirad, Señor Don Sancho, que tengo una prenda vuestra en mi casa, un sobrino os tengo que no lo podréis negar, si no os negais á vos mismo, tanto es lo que os parece. La respuesta que dió el padre á Don Francisco, fué llegarse á su hijo Don Sancho, y quitalle la daga de las manos, y luego fué á abrazar á Rosanio, el cual dejándose derribar á los piés del que ya conoció ser su suegro, se los besó mil veces: arrodillóse tambien ante su padre Feliciana, derramó lágrimas, envió suspiros, viniéron desmayos. La alegría discurrió por todos los circunstantes, ganó fama de prudente el padre, de prudente el hijo, y los amigos de discretos y bien hablados : llevólos el Corregidor á su casa, regalólos el Prior del santo monasterio abundantísimamente ; visitáron las reliquias los peregrinos, que son muchas, santísimas y ricas ; confesáron sus culpas, recibieron los Sacramentos, y en este tiempo, que fué el de tres dias, envió Don Francisco por el niño que le habia llevado la labradora, que era el mismo que Rosanio dió á Periandro la noche que le dió la cadena, el cual era tan lindo, que el abuelo, puesta en olvido toda injuria, dijo, viéndole : que mil bienes haya la madre que te parió, y el padre que te engendró, y tomándole en sus brazos, tiernamente le bañó el

rostro con lágrimas y se las enjugó con besos, y las limpió con sus canas. Pidió Auristela á Feliciano, le diese el traslado de los versos que habia cantado delante de la santísima imágen, la cual respondió que solamente habia cantado cuatro estancias, y que todas eran doce, dignas de ponerse en la memoria, y así las escribió, que eran estas :

Antes que de la mente eterna fuera
 Saliesen los espíritus alados,
 Y ántes que la veloz, ó tarda esfera
 Tuviese movimientos señalados,
 Y ántes que aquella escuridad primera
 Los cabellos del sol viese dorados,
 Fabricó para sí Dios una casa
 De santísima y limpia y pura masa :

Los altos y fortísimos cimientos
 Sobre humildad profunda se fundáron,
 Y miéntras mas á la humildad atentos,
 Mas la fábrica regia levantáron :
 Pasó la tierra, pasó el mar, los vientos
 Atras como mas bajos se quedáron,
 El fuego pasa, y con igual fortuna
 Debajo de sus piés tiene la luna.

De fe son los pilares, de esperanza
 Los muros ; esta fábrica bendita
 Ciñe la caridad, por quien se alcanza
 Duracion, como Dios siempre infinita,
 Su recreo se aumenta en su templanza,
 Su prudencia los grados facilita
 Del bien que ha de gozar por la grandeza
 De su mucha justicia y fortaleza.

Adornan este alcázar soberano
 Profundos pozos, perenales fuentes,
 Huertos cerrados, cuyo fruto sano
 Es bendicion y gloria de las gentes:
 Estan á la siniestra y diestra mano
 Cipreses altos, palmas eminentes,
 Altos cedros, clarísimos espejos,
 Que dan lumbré de gracia cerca y léjos.

El cinamomo, el plátano y la rosa
 De Hiericó se halla en sus jardines,
 Con aquella color, y aun mas hermosa,
 De los mas abrasados querubines:
 Del pecado la sombra tenebrosa
 Ni llega, ni se acerca á sus confines,
 Todo es luz, todo es gloria, todo es cielo,
 Este edificio que hoy se muestra al suelo.

De Salomon el templo se nos muestra
 Hoy, con la perfeccion á Dios posible,
 Donde no se oyó golpe, que la diestra
 Mano diese á la obra conveniente,
 Hoy haciendo de sí gloriosa muestra,
 Salió la luz del sol inaccesible,
 Hoy nuevo resplandor ha dado al dia
 La clarísima estrella de María.

Antes que el sol la estrella hoy da su lumbré,
 Prodigiosa señal, pero tan buena,
 Que sin guardar de agüeros la costumbre,
 Deja el alma de gozo y bienes llena:
 Hoy la humildad se vió puesta en la cumbre,
 Hoy comenzó á romperse la cadena
 Del hierro antiguo, y sale al mundo aquella
 Prudentísima Ester, que el sol mas bella.

Niña de Dios por nuestro bien nacida,
Tierna, pero tan fuerte, que la frente,
En soberbia maldad endurecida
Quebrantásteis de la infernal serpiente,
Brinco de Dios, de nuestra muerte vida,
Pues vos fuísteis el medio conveniente,
Que redujo á pacífica concordia
De Dios y el hombre la mortal discordia.

La justicia y la paz hoy se han juntado
En vos, Virgen santísima, y con gusto
El dulce beso de la paz se han dado,
Arra y señal del venidero Augusto:
Del claro amanecer, del sol sagrado
Sois la primera aurora, sois del justo
Gloria, del pecador firme esperanza,
De la borrasca antigua la bonanza.

Sois la paloma que al eterno fuístes
Llamada desde el cielo, sois la esposa,
Que al sacro Verbo limpia carne distes,
Por quien de Adán la culpa fué dichosa:
Sois el brazo de Dios, que detuvístes
De Abrahán la cuchilla rigurosa,
Y para el sacrificio verdadero
Nos distes el mansísimo Cordero.

Creced, hermosa planta, y dad el fruto
Presto en sazón, por quien el alma espera
Cambiar en ropa rozagante el luto,
Que la gran culpa le vistió primera:
De aquel inmenso y general tributo
La paga conveniente y verdadera
En vos se ha de fraguar: creced, señora.
Que sois universal remediadora.

Ya en las empíreas sacrosantas salas
El paraninfo alígero se apresta,
O casi mueve las doradas alas,
Para venir con la embajada honesta,
Que el olor de virtud que de tí exalas,
Virgen bendita, sirve de recuesta
Y apremio, á que se vea en tí muy presto
Del gran poder de Dios echado el resto.

Estos fuéron los versos que comenzó á cantar Feliciana, y los que dió por escrito despues, que fuéron de Auristela mas estimados que entendidos: en resolucion las paces de los desavenidos se hicieron: Feliciana, esposo, padre y hermano se volvieron á su lugar, dejando órden á Don Francisco Pizarro y Don Juan de Orellana, les enviasen el niño; pero no quiso Feliciana pasar el disgusto que da el esperar, y así se le llevó consigo, con cuyo suceso quedáron todos alegres.

CAPITULO VI.

Cuatro dias se estuviéron los peregrinos en Guadalupe, en los cuales comenzáron á ver las grandezas de aquel santo monasterio: digo comenzáron, porque acabarlas de ver, es imposible: desde allí se fuéron á Trujillo, á donde asímismo fuéron agasajados de los dos nobles caballeros, Don Francisco Pizarro y Don Juan de Orellana, y allí de nuevo refiriéron el suceso de Feliciano y ponderáron al par de su voz su discrecion y el buen proceder de su hermano y de su padre, exagerando Auristela los corteses ofrecimientos que Feliciano le habia hecho al tiempo de su partida: la ida de Trujillo fué de allí á dos dias, la vuelta de Talavera, donde halláron que se preparaba para celebrar la gran fiesta de la Monda, que trae su origen de muchos años ántes que Cristo naciese, reducida por los cristianos á tan buen punto y término, que si entónces se celebraba en honra de la diosa Vénus por la gentilidad, ahora se celebra en honra y alabanza de la Vírgen de las vírgenes. Quisieran esperar á verla, pero por no dar mas espacio á su espacio, pasáron adelante, y se quedáron sin satisfacer su deseo: seis leguas se habrian alongado de Talave-

ra, cuando delante de sí viéron que caminaba una peregrina, tan peregrina, que iba sola, y escusóles el darla voces, á que se detuviese, el haberse ella sentado sobre la verde yerba de un pradecillo, ó ya convidada del ameno sitio, ó ya obligada del cansancio. Llegáron á ella y halláron ser de tal talle, que nos obliga á describirle: la edad, al parecer, salia de los términos de la mocedad y tocaba en las márgenes de la vejez; el rostro daba en rostro, porque la vista de un lince no alcanzara á verle las narices, porque no las tenia sino tan chatas y llanas, que con unas pinzas no le pudieran asir una brizna de ellas; los ojos les hacian sombra, porque mas salian fuera de la cara que ella; el vestido era una esclavina rota que le besaba los calcañares, sobre la cual traia una muceta, la mitad guarnecida de cuero, que por roto y despedazado no se podia distinguir, si de cordoban, ó si de badana fuese: ceñíase con un cordon de esparto, tan abultado y poderoso, que mas parecia gumena de galera, que cordon de peregrina; las tocas eran bastas, pero limpias y blancas: cubríale la cabeza un sombrero viejo sin cordon ni toquilla y los piés unos alpargates rotos, y ocupábale la mano un bordon hecho á manera de cayado, con una punta de azero al fin; pendíale del lado izquierdo una calabaza de mas que mediana estatura, y apesgábale el cuello un rosario, cuyos padre-nuestros eran mayores que algunas bolas de las con que juegan los muchachos al

argolla. En efecto toda ella era rota y toda penitente, y como despues se echó de ver, toda de mala condicion. Saludáronla en llegando, y ella les volvió las saludes con la voz que podia prometer la chatedad de sus narices, que fué mas gangosa que suave. Preguntáronla, dónde iba, y qué peregrinacion era la suya, y diciendo y haciendo, convidados como ella del ameno sitio, se le sentáron á la redonda, dejáron pacer el bagage que les servia de recámara, de dispensa y botillería, y satisfaciendo á la hambre, alegremente la convidáron, y ella respondiendo á la pregunta que la habian hecho, dijo: Mi peregrinacion es la que usan algunos peregrinos, quiero decir, que siempre es la que mas cerca les viene á cuento para disculpar su ociosidad, y así me parece que será bien deciros, que por ahora voy á la gran ciudad de Toledo, á visitar á la devota imágen del Sagrario, y desde allí me iré al Niño de la Guardia, y dando una punta, como halcon noruego, me entretendré con la santa Verónica de Jaen, hasta hacer tiempo, de que llegue el último domingo de abril, en cuyo dia se celebra en las entrañas de Sierra Morena, tres leguas de la ciudad de Andújar, la fiesta de nuestra Señora de la Cabeza, que es una de las fiestas que en todo lo descubierto de la tierra se celebra, tal, segun he oido decir, que ni las pasadas fiestas de la gentilidad, á quien imita la de la Monda de Talavera, no le han hecho, ni le pueden hacer ventaja. Bien quisiera yo, si fuera

posible, sacarla de la imaginacion donde la tengo fija y pintárosla con palabras, y ponérosla delante de la vista, para que comprendiéndola, viérades la mucha razon que tengo de alabárosla : pero esta es carga para otro ingenio no tan estrecho como el mio : en el rico palacio de Madrid, morada de los reyes, en una galería está retratada esta fiesta con la puntualidad posible : allí está el monte, ó por mejor decir, peñasco, en cuya cima está el monasterio que deposita en sí una santa imágen llamada de la Cabeza, que tomó el nombre de la peña donde habita, que antiguamente se llamó el Cabezo, por estar en la mitad de un llano, libre y desembarazado, solo y señero de otros montes ni peñas que le rodeen, cuya altura será de hasta un cuarto de legua, y cuyo circuito debe ser poco mas de media. En este espacioso y ameno sitio tiene su asiento siempre verde y apacible por el humor que le comunican las aguas del rio Jándula, que de paso, como en reverencia, le besa las faldas : el lugar, la peña, la imágen, los milagros, la infinita gente que acude de cerca y léjos, el solemne dia que he dicho, le hacen famoso en el mundo y célebre en España, sobre cuantos lugares las mas estendidas memorias se acuerdan.

Suspensos quedáron los peregrinos de la relacion de la nueva, aunque vieja peregrina, y casi les comenzó á bullir en el alma la gana de irse con ella á ver tantas maravillas : pero la que llevaban de

acabar su camino, no dió lugar á que nuevos deseos lo impidiesen: desde allí, prosiguió la peregrina, no sé que viage será el mio, aunque sé que no me ha de faltar donde ocupe la ociosidad y entretenga el tiempo, como lo hacen, como ya he dicho, algunos peregrinos que se usan. A lo que dijo Antonio el padre: Paréceme, señora peregrina, que os da en el rostro la peregrinacion. Eso no, respondió ella, que bien sé, que es justa, santa y loable, y que siempre la ha habido, y la ha de haber en el mundo: pero estoy mal con los malos peregrinos, como son los que hacen grangería de la santidad, y ganancia infame de la virtud loable: con aquellos digo, que saltean la limosna de los verdaderos pobres, y no digo mas, aunque pudiera. En esto, por el camino real que junto á ellos estaba, viéron venir un hombre á caballo, que llegando á igualar con ellos, al quitarles el sombrero para saludarles y hacerles cortesía, habiendo puesto la cavalgadura, como despues pareció, la mano en un hoyo, dió consigo y con su dueño al traves una gran caída: acudieron todos luego á socorrer el caminante que pensáron hallar muy mal parado. Arrendó Antonio el mozo la cavalgadura, que era un poderoso macho, y al dueño le abrigáron, lo mejor que pudiéron, y le socorriéron con el remedio mas ordinario que en tales casos se usa, que fué darle á beber un golpe de agua, y hallando que su mal no era tanto como pensaban, le dijéron que bien podia volver á subir

y á seguir su camino : el cual hombre les dijo : Quizá, señores peregrinos, ha permitido la suerte, que yo haya caido en este llano para poder levantarme de los riesgos donde la imaginacion me tiene puesta el alma : yo, señores, aunque no querais saberlo, quiero que sepais, que soy extranjero, y de nacion polaco ; muchacho salí de mi tierra y vine á España, como á centro de extranjeros y á madre comun de las naciones ; serví á españoles, aprendí la lengua castellana de la manera que veis, que la hablo, y llevado del general deseo que todos tienen de ver tierras, vine á Portugal á ver la gran ciudad de Lisboa, y la misma noche que entré en ella, me sucedió un caso, que si le creyéredes, haréis mucho, y si no, no importa nada, puesto que la verdad ha de tener siempre su asiento, aunque sea en sí misma. Admirados quedáron Periandro y Auristela, y los demas compañeros de la improvisa y concertada narracion del caido caminante, y con gusto de escuchalle, le dijo Periandro, que prosiguiese en lo que decir queria, que todos le darian crédito, porque todos eran corteses y en las cosas del mundo experimentados.

Alentado con esto el caminante, prosiguió diciendo : Digo, que la primera noche que entré en Lisboa, yendo por una de sus principales calles, ó *ruas*, como ellos las llaman, por mejorar de posada, que no me habia parecido bien una, donde me habia apeado, al pasar de un lugar estrecho, y no muy limpio, un embozado portugues con quien encontré,

me desvió de sí con tanta fuerza, que tuve necesidad de arrimarme al suelo: despertó el agravio la cólera, remití mi venganza á mi espada, puse mano, púsola el portugues con gallardo brio y desenvoltura, y la ciega noche y la fortuna mas ciega á la luz de mi mejor suerte, sin saber yo adónde, encaminó la punta de mi espada á la vista de mi contrario, el cual, dando de espaldas, dió el cuerpo al suelo y el alma adonde Dios sabe. Luego me representó el temor lo que habia hecho: pasmémeme, puse en el huir mi remedio, quise huir, pero no sabia adónde: mas el rumor de la gente que me pareció que acudia, me puso alas en los piés, y con pasos desconcertados volví la calle abajo, buscando dónde esconderme, ó adónde tener lugar de limpiar mi espada, porque si la justicia me cogiese no me hallase con manifiestos indicios de mi delito; yendo pues, así ya del temor desmayado, ví una luz en una casa principal, y arrojéme á ella sin saber con qué disinio: hallé una sala baja abierta y muy bien aderezada, alargué el paso y entré en otra cuadra tambien bien aderezada, y llevado de la luz que en otra cuadra parecia, hallé en un rico lecho echada una señora que alborotada, sentándose en él, me preguntó, ¿quién era, qué buscaba, y adónde iba, y quién me habia dado licencia de entrar hasta allí con tan poco respeto? Yo, le respondí: Señora, á tantas preguntas no os puedo responder, sino solo con deciros, que soy un hombre estrangero, que á

lo que creo, dejo muerto á otro en esa calle, mas por su desgracia y su soberbia, que por mi culpa: suplicoos por Dios y por quien sois, que me escapéis del rigor de la justicia, que pienso que me viene siguiendo. ¿ Sois castellano, me preguntó en su lengua portuguesa? No, señora, le respondí yo, sino forastero, y bien léjos de esta tierra. Pues aunque fuérades mil veces castellano, replicó ella, os librara yo, si pudiera, y os libraré, si puedo; subid por cima deste lecho, y entraos debajo de de este tapiz, y entraos en un hueco que aquí hallaréis, y no os movais, que si la justicia viniere, me tendrá respeto, y creerá lo que yo quisiere decirles. Hice luego lo que me mandó, alcé el tapiz, hallé el hueco, estrechéme en él, recogí el aliento y comencé á encomendarme á Dios lo mejor que pude, y estando en esta confusa afliccion, entró un criado de casa, diciendo casi á gritos: Señora, á mi señor Don Duarte han muerto, aquí le traen pasado de una estocada de parte á parte por el ojo derecho, y no se sabe el matador, ni la ocasion de la pendencia, en la cual apénas se oyéron los golpes de las espadas: solamente hay un muchacho que dice, que vió entrar un hombre huyendo en esta casa. Ese debe de ser el matador sin duda, respondió la señora, y no podrá escaparse: ¿ cuántas veces temia yo, ¡ ay desdichada! ver que traian á mi hijo sin vida, porque de su arrogante proceder no se podian esperar sino desgracias?

En esto, en hombros de otros cuatro entraron al muerto, y le tendieron en el suelo, delante de los ojos de la afligida madre, la cual, con voz lamentable comenzó á decir: ¡Ay venganza, y como me estás llamando á las puertas del alma; pero no consiente, que responda á tu gusto, el que yo tengo de guardar mi palabra! ¡Ay, con todo esto, dolor, que me aprietas mucho! Considerad, señores, cual estaria mi corazon, oyendo las apretadas razones de la madre, á quien la presencia del muerto hijo, me parecia á mí que le ponía en las manos mil generos de muertes con que de mí se vengase, que bien estaba claro que habia de imaginar, que yo era el matador de su hijo: pero ¿qué podia yo hacer entónces sino callar y esperar en la misma desesperacion? Y mas cuando entró en el aposento la justicia, que con comedimiento dijo á la señora: Guiados por la voz de un muchacho, que dice, que se entró en esta casa el homicida deste caballero, nos hemos atrevido á entrar en ella. Entónces yo abrí los oidos, y estuve atento á las respuestas que daria la afligida madre, la cual respondió llena el alma de generoso ánimo y de piedad cristiana: Si ese tal hombre ha entrado en esta casa, no á lo ménos en esta estancia: por allá le pueden buscar, aunque plegue á Dios que no le hallen, porque mal se remedia una muerte con otra, y mas cuando las injurias no proceden de malicia.

Volvióse la justicia á buscar la causa, y volvió-

ron en mí los espíritus que me habían desamparado; mandó la señora quitar delante de sí el cuerpo muerto del hijo, y que le amortajasen y desde luego diesen orden en su sepultura: mandó asimismo, que la dejaran sola, porque no estaba para recibir consuelos y pésames de infinitos que venian á dárselos, ansí de parientes como de amigos y conocidos. Hecho esto, llamó á una doncella suya, que á lo que pareció, debió de ser de la que mas se fiaba, y habiéndola hablado al oído, la despidió, mandándole cerrase tras sí la puerta: ella lo hizo así, y la señora sentándose en el lecho, tentó el tapiz, y á lo que pienso, me puso las manos sobre el corazón, el cual palpitando á prisa, daba indicios del temor que le cercaba; ella viendo lo cual, me dijo con baja y lastimada voz: Hombre quien quiera que seas, ya ves, que me has quitado el aliento de mi pecho, la luz de mis ojos y finalmente la vida que me sustentaba; pero porque entiendo que ha sido sin culpa tuya, quiero que se oponga mi palabra á mi venganza, y así en cumplimiento de la promesa que te hice, de librarte, cuando aquí entráste, has de hacer lo que ahora te diré: ponte las manos en el rostro, porque si yo me descuido en abrir los ojos, no me obligues á que te conozca, y sal de ese encerramiento y sigue á una mi doncella, que ahora vendrá aquí, la cual te pondrá en la calle, y te dará cien escudos de oro con que facilites tu remedio: no eres conocido, no tienes ningun indicio que te

manifieste; sosiega el pecho, que el alboroto demasiado suele descubrir el delincuente.

En esto volvió la doncella, yo salí detras del paño, cubierto el rostro con la mano y en señal de agradecimiento, hincado de rodillas besé el pié de la cama muchas veces, y luego seguí los de la doncella que asimismo callando me asió del brazo, y por la puerta falsa de un jardin, á escuras me puso en la calle. En viéndome en ella, lo primero que hice, fué limpiar la espada, y con sosegado paso salí acaso á una calle principal, de donde reconocí mi posada, y me encontré en ella, como si por mí no hubiera pasado, ni próspero suceso, ni adverso; contóme el huésped la desgracia del recien muerto caballero, y así exageró la grandeza de su linage, como la arrogancia de su condicion, de la cual se creia, le habria grangeado algun enemigo secreto que á semejante término le hubiese conducido. Pasé aquella noche dando gracias á Dios de las recibidas mercedes, y ponderando el valeroso y nunca visto ánimo cristiano, y admirable proceder de Doña Guiomar de Sosa, que así supe se llamaba mi bienhechora: salí por la mañana al rio y hallé en él un barco lleno de gente, que se iba á embarcar en una gran nave que en Sangian estaba de partida para las Indias orientales; volvíme á mi posada, vendí á mi huésped la cavalgadura, y cerrando todos mis discursos en el puño, volví al rio y al barco, y otro dia me hallé en el gran navío fuera del puer-

to, dadas las velas al viento, siguiendo el camino que se deseaba: quince años he estado en las Indias, en los cuales, sirviendo de soldado con valentísimos portugueses, me han sucedido cosas de que quizá pudiera hacer una gustosa y verdadera historia, especialmente de las hazañas de la en aquellas partes invencible nacion portuguesa, dignas de perpetua alabanza en los presentes y venideros siglos: allí grangeé algun oro y algunas perlas y cosas mas de valor que de bulto, con las cuales y con la ocasion de volverse mi general á Lisboa, volví á ella; y de allí me puse en camino, para volverme á mi patria, determinando ver primero todas las mejores y mas principales ciudades de España: reducí á dineros mis riquezas, y á pólizas lo que me pareció ser necesario para mi camino, que fué el que primero intenté venir á Madrid, donde estaba recien venida la corte del gran Felipe III: pero ya mi suerte, cansada de llevar la nave de mi ventura con próspero viento por el mar de la vida humana, quiso que diese en un bajío que la destrozase toda, y así hizo que en llegando una noche á Talavera, un lugar que no está léjos de aquí, me apeé en un meson, que no me sirvió de meson, sino de sepultura, pues en él hallé la de mi honra.

¡O fuerzas poderosas de amor, de amor digo inconsiderado, presuroso y lascivo y mal intencionado, y con cuanta facilidad atropellas disinios buenos, intentos castos, proposiciones discretas! Digo pues,

que estando en este meson, entró en él acaso una doncella de hasta diez y seis años, á lo ménos á mí no me pareció de mas, puesto que despues supe que tenia veinte y dos: venia en cuerpo y en tranzado, vestida de paño, pero limpísima, y al pasar junto á mí me pareció que olia á un prado lleno de flores por el mes de mayo, cuyo olor en mis sentidos dejó atras las aromas de Arabia, llegóse la cual á un mozo del meson y hablándole al oido alzó una gran risa, y volviendo las espaldas, salió del meson, y se entró en una casa frontera: el mozo mesonero corrió tras ella, y no la pudo alcanzar sino fué con una coz que le dió en las espaldas, que la hizo entrar cayendo de ojos en su casa; esto vió otra moza del mismo meson, y llena de cólera dijo al mozo: Por Dios, Alonso, que lo haces mal, que no merece Luisa que la santigües á coces. Como esas le daré yo, si vivo, respondió el Alonso: calla, Martina amiga, que estas mocitas sobresalientes no solamente es menester ponerles la mano, sino los piés y todo, y con esto nos dejó solos á mí y á Martina, á la cual le pregunté que qué Luisa era aquella, y si era casada, ó no: No es casada, respondió Martina; pero serálo presto con este mozo Alonso, que habeis visto, y en fe de los tratos que andan entre los padres de ella y los dél, de esposa, se atreve Alonso á molella á coces todas las veces que se le antoja, aunque muy pocas son, sin que ella las merezca, porque si va á decir la verdad, señor huésped, la

tal Luisa es algo atrevidilla y algun tanto libre y descompuesta; harto se lo he dicho yo, mas no aprovecha: no dejará de seguir su gusto si la sacan los ojos: pues en verdad, en verdad, que una de las mejores dotes que puede llevar una doncella, es la honestidad, que buen siglo haya la madre que me parió, que fué persona que no me dejó ver la calle, ni aun por un agujero, cuanto mas salir al umbral de la puerta; sabia bien, como ella decia, que la muger y la gallina, &c. Dígame, señora Martina, le repliqué yo, ¿ cómo de la estrechez de ese noviciado vino á hacer profesion en la anchura de un meson? Hay mucho que decir en eso, dijo Martina, y aun yo tuviera mas que decir destas menudencias, si el tiempo lo pidiera, ó el dolor que traigo en el alma lo permitiera.

CAPITULO VII.

Con atencion escuchaban los peregrinos al peregrino, cuando del polaco ya deseaban saber qué dolor traia en el alma, como sabian el que debia tener en el cuerpo, á quien dijo Periandro: Contad, señor, lo que quisiéredes y con las menudencias que quisiéredes, que muchas veces el contarlas, suele acrecentar gravedad al cuento; que no parece mal estar en la mesa de un banquete junto á un faisán bien aderezado, un plato de una fresca, verde y sabrosa ensalada: la salsa de los cuentos es la propiedad del language, en cualquiera cosa que se diga; así que, señor, seguid vuestra historia, contad de Alonso y de Martina acoceada á vuestro gusto, á Luisa casadla, ó no la caseis, séase ella libre y desenvuelta como un cernícalo, que el toque no está en sus desenvolturas, sino en sus sucesos, segun lo hallo yo en mi Astrología. Digo pues, señores, respondió el polaco, que usando de esa buena licencia, no me quedará cosa en el tintero, que no la ponga en la plana de vuestro juicio. Con todo el que entónces tenia, que no debia de ser mucho, fuí y vine una y muchas veces aquella noche á pensar en el donaire, en la gracia y en la desenvoltura de la sin

par, á mi parecer, ni sé si la llame vecina moza, ó conocida de mi huéspeda: hice mil disinios, fabriqué mil torres de viento, caséme, tuve hijos y dí dos higas al qué dirán; y finalmente me resolví de dejar el primer intento de mi jornada, y quedarme en Talavera casado con la diosa Vénus, que no ménos hermosa me pareció la muchacha, aunque acoceada por el mozo del mesonero; pasóse aquella noche, tomé el pulso á mi gusto y halléle tal, que á no casarme con ella, en poco espacio de tiempo habia de perder, perdiendo el gusto, la vida, que ya habia depositado en los ojos de mi labradora: y atropellando por todo género de inconvenientes, determiné de hablar á su padre, pidiéndosela por muger: enseñéle mis perlas, manifestéle mis dineros, díjele alabanzas de mi ingenio y de mi industria, no solo para conservarlos, sino para aumentarlos: y con estas razones y con el alarde que le habia hecho de mis bienes, vino mas blando que un guante á condescender con mi deseo, y mas cuando vió que yo no reparaba en dote, pues con sola la hermosura de su hija me tenia por pagado, contento y satisfecho deste concierto: quedó Alonso despechado, Luisa mi esposa rostrituerta, como lo diéron á entender los sucesos que de allí á quince dias acontecieron con dolor mio, y vergüenza suya, que fuéron acomodarse mi esposa con algunas joyas y dineros míos, con los cuales y con ayuda de Alonso, que le puso alas en la voluntad y en los piés, desapareció de

Talavera, dejándome burlado y arrepentido, y dando ocasion al pueblo, á que de su inconstancia y bellaquería en corrillos hablasen; hízome el agravio acudir á la venganza, pero no hallé en quién tomarla sino en mí propio, que con un lazo estuve mil veces por ahorcarme: pero la suerte, que quizá para satisfacerme de los agravios que me tiene hechos me guarda, ha ordenado que mis enemigos hayan parecido presos en la cárcel de Madrid, de donde he sido avisado que vaya á ponerles la demanda y á seguir mi justicia: y así voy con voluntad determinada de sacar con su sangre las manchas de mi honra, y con quitarles las vidas, quitar de sobre mis hombros la pesada carga de su delito, que me trae aterrado y consumido: vive Dios que han de morir: vive Dios que me he de vengar: vive Dios que ha de saber el mundo, que no sé disimular agravios, y mas los que son tan dañosos que se entran hasta las médulas del alma; á Madrid voy, ya estoy mejor de mi caída, no hay sino ponerme á caballo, y guárdense de mí hasta los mosquitos del aire, y no me lleguen á los oídos, ni ruegos de frailes, ni llantos de personas devotas, ni promesas de bien intencionados corazones, ni dádivas de ricos, ni imperios, ni mandamientos de grandes, ni toda la caterva que suele proceder á semejantes acciones, que mi honra ha de andar sobre su delito, como el aceite sobre el agua; y diciendo esto, se iba á levantar muy ligero, para volver á subir á seguir su

viage: viendo lo cual Periandro, asiéndole del brazo le detuvo, y le dijo: Vos, señor, ciego de vuestra cólera, no echais de ver, que vais á dilatar y á estender vuestra deshonra; hasta agora no estais mas deshonrado de entre los que os conocen en Talavera, que deben de ser bien pocos, y agora vais á serlo de los que os conocerán en Madrid: quereis ser como el labrador que crió la víbora serpiente en el seno todo el invierno, y por merced del cielo, cuando llegó el verano, donde ella pudiera aprovecharse de su ponzoña, no la halló, porque se habia ido; el cual, sin agradecer esta merced al cielo, quiso ir á buscar y volverla á anidar en su casa y en su seno, no mirando ser suma prudencia, no buscar el hombre lo que no le está bien hallar, y á lo que comunmente se dice, que al enemigo que huye puente de plata, y el mayor que el hombre tiene, suele decirse, que es la muger propia; pero esto debe de ser en otras religiones, que en la cristiana, entre las cuales los matrimonios son una manera de concierto y conveniencia, como lo es el de alquilar una casa, ú otra alguna heredad: pero en la Religion Católica el casamiento es Sacramento que solo se desata con la muerte, ó con otras cosas que son mas duras que la misma muerte, las cuales pueden escusar la cohabitacion de los dos casados, pero no deshacer el nudo con que ligados fuéron: ¿qué pensais que os sucederá, cuando la justicia os entregue á vuestros enemigos atados y rendidos.

encima de un teatro público, á la vista de infinitas gentes, y á vos blandiendo el cuchillo encima del cadahalso, amenazando el segarles las gargantas, como si pudiera su sangre limpiar, como vos decís, vuestra honra? ¿Qué os puede suceder, como digo, sino hacer mas público vuestro agravio? Porque las venganzas castigan, pero no quitan las culpas; y las que en estos casos se cometen, como la enmienda no proceda de la voluntad, siempre se estan en pié, y siempre estan vivas en las memorias de las gentes, á lo ménos en tanto que vive el agraviado: así que, señor, volved en vos, y dando lugar á la misericordia, no corrais tras la justicia, y no os aconsejo por esto á que perdoneis á vuestra muger, para volvella á vuestra casa, que á esto no hay ley que os obligue: lo que os aconsejo es, que la dejéis, que es el mayor castigo que podréis darle; vivid léjos de ella, y viviréis, lo que no haréis estando juntos, porque moriréis continuo. La ley del repudio fué muy usada entre los Romanos; y puesto que seria mayor caridad perdonarla, recogerla, sufrirla y aconsejarla, es menester tomar el pulso á la paciencia, y poner en un punto estremado á la discrecion, de la cual pocos se pueden fiar en esta vida, y mas cuando la contrastan inconvenientes tantos y tan pesados; y finalmente quiero que consideréis, que vais á hacer un pecado mortal, en quitarles las vidas que no se ha de cometer por todas las ganancias que la honra del mundo ofrezca.

Atento estuvo á estas razones de Periandro el colérico polaco, y mirándole de hito en hito, respondió: Tú, señor, has hablado sobre tus años: tu discrecion se adelanta á tus dias, y la madurez de tu ingenio á tu verde edad; un ángel te ha movido la lengua, con la cual has ablandado mi voluntad, pues ya no es otra la que tengo sino es la de volverme á mi tierra á dar gracias al cielo por la merced que me has hecho; ayúdame á levantar, que si la cólera me volvió las fuerzas, no es bien que me las quite mi bien considerada paciencia. Eso haremos todos de muy buena gana, dijo Antonio el padre, y ayudándole á subir en el macho, abrazándoles á todos primero, dijo, que queria volver á Talavera á cosas que á su hacienda tocaban, y que desde Lisboa volveria por la mar á su patria; díjoles su nombre, que se llamaba Ortel Banedre, que respondia en castellano, Martin Banedre, y ofreciéndoseles de nuevo á su servicio, volvió las riendas hacia Talavera, dejando á todos admirados de sus sucesos, y del buen donaire con que los habia contado: aquella noche la pasáron los peregrinos en aquel mismo lugar, y de allí á dos dias, en compañía de la antigua peregrina llegaron á la Sagra de Toledo y á vista del celebrado Tajo, famoso por sus arenas, y claro por sus líquidos cristales.

CAPITULO VIII.

No es la fama del rio Tajo tal, que la cierren límites, ni la ignoren las mas remotas gentes del mundo, que á todos se estiende y á todos se manifiesta, y en todos hace nacer un deseo de conocerle, y como es uso de los Setentrionales ser toda la gente principal versada en la lengua latina, y en los antiguos poetas, éralo asímismo Periandro, como uno de los mas principales de aquella nacion; y así por esto, como por haber mostrádose á la luz del mundo aquellos dias las famosas obras del jamas alabado, como se debe, poeta, Garcilaso de la Vega, y haberlas él visto, leído, mirado y admirado, así como vió al claro rio, dijo, no dirémos: *Aquí dió fin á su cantar Salicio*, sino: Aquí dió principio á su cantar Salicio: aquí sobrepujó en sus églogas á sí mismo: aquí resonó su zampona, á cuyo son se detuviéron las aguas deste rio, no se moviéron las hojas de los árboles y parándose los vientos, diéron lugar á que la admiracion de su canto fuese de lengua en lengua y de gente en gente, por todas las de la tierra: ¡O venturosas pues, cristalinas aguas, doradas arenas! ¿qué digo yo doradas? Antes de puro oro nacidas: recoged á este pobre peregrino, que como

desde léjos os adora, os piensa reverenciar desde cerca, y poniendo la vista en la gran ciudad de Toledo, fué lo que dijo : ¡ O peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades, en cuyo seno han estado guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes Godos, para volver á resucitar su muerta gloria, y á ser claro espejo y depósito de católicas ceremonias ! Salve pues, ó ciudad santa, y da lugar que en tí le tengan estos que venimos á verte.

Esto dijo Periandro, que lo dijera mejor Antonio el padre, si tambien como él lo supiera, porque las lecciones de los libros muchas veces hacen mas cierta esperiencia de las cosas, que no la tienen los mismos que las han visto, á causa que el que lee con atencion, repara una y muchas veces en lo que va leyendo, y el que mira sin ella no repara en nada, y con esto escede la leccion á la vista : casi en el mismo instante resonó en sus oidos el son de infinitos y alegres instrumentos, que por los valles que la ciudad rodean, se estendian, y viéron venir hacia donde ellos estaban, escuadrones no armados de infantería, sino montones de doncellas, sobre el mismo sol hermosas, vestidas á lo villano, llenas de sartas y patenas los pechos, en quien los corales y la plata tenian su lugar y asiento, con mas gala que las perlas y el oro, que aquella vez se hurtó de los pechos y se acogió á los cabellos, que todos eran luengos y rubios, como el mismo oro ; venian, aunque sueltos por las espaldas, recogidos en la cabeza

con verdes guirnaldas de olorosas flores: campeó aquel día y en ellas, ántes la palmilla de Cuenca, que el damasco de Milan y el raso de Florencia: finalmente la rusticidad de sus galas se aventajaba á las mas ricas de la Corte, porque si en ellas se mostraba la honesta medianía, se descubria asimismo la estremada limpieza; todas eran flores, todas rosas, todas donaire y todas juntas componian un honesto movimiento, aunque de diferentes bailes formado, el cual movimiento era incitado del son de los diferentes instrumentos ya referidos: al rededor de cada escuadron andaban por defuera, de blanquísimo lienzo vestidos y con paños labrados rodeadas las cabezas, muchos zagales, ó ya sus parientes, ó ya sus conocidos, ó ya vecinos de sus mismos lugares; uno tocaba el tamboril y la flauta, otro el salterio, este las sonajas y aquel los albugues, y de todos estos sonos redundaba uno solo, que alegraba con la concordancia, que es el fin de la música, y al pasar uno destos escuadrones, ó junta de bailadoras doncellas, por delante de los peregrinos, uno que á lo que despues pareció era el Alcalde del pueblo, asió á una de aquellas doncellas del brazo, y mirándola muy bien de arriba abajo, con voz alterada y de mal talante, le dijo: ¡Ah, Tozuelo, Tozuelo! ¿Y qué de poca vergüenza os acompaña? ¿Bailes son estos para ser profanados? ¿Fiestas son estas para no llevarlas sobre las niñas de los ojos? No sé yo como consienten los cielos

semejantes maldades, si esto ha sido con sabiduría de mi hija Clementa Cobeña, por Dios que nos han de oír los sordos: apénas acabó de decir esta palabra el Alcalde, cuando llegó otro Alcalde, y le dijo: Pedro Cobeño, si os oyesen los sordos, sería hacer milagros: contentaos con que nosotros nos oigamos, y sepamos en qué os ha ofendido mi hijo Tozuelo, que si él ha delinquido contra vos, justicia soy yo que le podré y sabré castigar; á lo que respondió Cobeño: El delinquimiento ya se ve, pues siendo varon va vestido de hembra, y no de hembra como quiera, sino de doncella de su Magestad en sus fiestas, porque veais, alcalde Tozuelo, si es mocosa la culpa, témome que mi hija Cobeña anda por aquí, porque estos vestidos de vuestro hijo me parecen suyos, y no querria que el diablo hiciese de las suyas, y sin nuestra sabiduría los juntase sin las bendiciones de la Iglesia, que ya sabeis, que estos casorios hechos á hurtadillas, por la mayor parte paráron en mal y dan de comer á los de la Audiencia Clerical, que es muy carera.

A esto respondió por Tozuelo una doncella labradora, de muchas que se paráron á oír la plática: Si va á decir la verdad, señores Alcaldes, tan mariada es Mari Cobeña de Tozuelo y él marido della, como lo es mi madre de mi padre y mi padre de mi madre; ella está en cinta y no está para danzar ni bailar; cásenlos y váyase el diablo para malo, y á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga. Par

Dios, hija, respondió Tozuelo, vos decis muy bien: entrambos son iguales, no es mas cristiano viejo el uno que el otro; las riquezas se pueden medir con una misma vara. Agora bien, replicó Cobeño, llamen aquí á mi hija que ella lo deslindará todo, que no es nada muda: vino Cobeña, que no estaba lejos, y lo primero que dijo fué: Ni yo he sido la primera, ni seré la postrera que haya tropezado y caido en estos barrancos: Tozuelo es mi esposo, y yo su esposa, y perdónenos Dios á entrambos, cuando nuestros padres no quisieren. Eso sí, hija, dijo su padre, la vergüenza por los cerros de Ubeda, ántes que en la cara; pero pues esto está ya hecho, bien será que el alcalde Tozuelo se sirva de que este caso pase adelante, pues vosotros no le habeis querido dejar atras. Pardiez, dijo la doncella primera, que el señor alcalde Cobeño ha hablado como un viejo, dense estos niños las manos, si es que no se las han dado hasta agora, y queden para en uno, como lo manda la santa Iglesia nuestra madre, y vamos con nuestro baile al olmo, que no se ha de estorbar nuestra fiesta por niñerías. Vino Tozuelo con el parecer de la moza, diéronse las manos los donceles, acabóse el pleito, y pasó el baile adelante: que si con esta brevedad se acabaran todos los pleitos, secas y peladas estuvieran las solícitas plumas de los escribanos. Quedáron Periandro, Aurstela y los demas peregrinos contentísimos de haber visto la pendencia de los dos amantes, y admira-

dos de ver la hermosura de las labradoras doncellas, que parecian todas á una mano, que eran principio, medio y fin de la humana belleza.

No quiso Periandro que entrasen en Toledo, porque así se lo pidió Antonio el padre, á quien aguijaba el deseo que tenia de ver á su patria y á sus padres, que no estaban léjos, diciendo que para ver las grandezas de aquella ciudad, convenia mas tiempo, que el que su priesa les ofrecia: por esta misma razon tampoco quisieron pasar por Madrid, donde á la sazón estaba la Corte, temiendo algun estorbo que su camino les impidiese; confirmóles en este parecer la antigua peregrina, diciéndoles que andaban en la Corte ciertos pequeños que tenían fama de ser hijos de grandes, que aunque pájaros noveles, se abatian al señuelo de cualquiera muger hermosa de cualquiera calidad que fuese, que el amor antojadizo no busca calidades, sino hermosura; á lo que añadió Antonio el padre: Desamano será menester que usemos de la industria que usan las grullas, cuando mudando regiones pasan por el monte Limabo, en el cual las están aguardando unas aves de rapiña, para que les sirvan de pasto, pero ellas previniendo este peligro, pasan de noche y llevan una piedra cada una en la boca, para que les impida el canto y escusen de ser sentidas; cuanto mas que la mejor industria que podemos tener, es seguir la ribera deste famoso rio, y dejando la ciudad á mano derecha, guardando para

otro tiempo el verla, nos vamos á Ocaña y desde allí al Quintanar de la Orden, que es mi patria: viendo la peregrina el designio del viage que habia hecho Antonio, dijo, que ella queria seguir el suyo, que le venia mas á cuento: la hermosa Ricla le dió dos monedas de oro en limosna y la peregrina se despidió de todos, cortes y agradecida: nuestros peregrinos pasáron por Aranjuez, cuya vista, por ser en tiempo de primavera, en un mismo punto les puso la admiracion y la alegría: viéron iguales y estendidas calles, á quien servian de espaldas y arrimos, los verdes y infinitos árboles, tan verdes que las hacian parecer de finísimas esmeraldas; viéron la junta, los besos y abrazos que se daban los dos famosos rios, Jarama y Tajo, contempláron sus sieras de agua; admiráron el concierto de sus jardines y de la diversidad de sus flores; viéron sus estanques con mas peces que arenas, y sus esquisitos frutales, que por aliviar el peso á los árboles tendian las rãmas por el suelo: finalmente Periandro tuvo por verdadera la fama que deste Sitio por todo el mundo se esparcia; desde allí fuéron á la villa de Ocaña, donde supo Antonio, que sus padres vivian y se informó de otras cosas que le alegráron, como luego se dirá.

CAPITULO IX.

Con los aires de su patria se regocijaron los espíritus de Antonio, y con el visitar á nuestra Señora de Esperanza, á todos se les alegró el alma: Ricla y sus dos hijos se alborozaron con el pensamiento de que habian de ver presto, ella á sus suegros, y ellos á sus abuelos, de quien ya se habia informado Antonio, que vivian á pesar del sentimiento que la ausencia de su hijo les habia causado; supo asimismo, como su contrario habia heredado el estado de su padre y que habia muerto en amistad de su padre de Antonio, á causa que con infinitas pruebas, nacidas de la intrincada seta del duelo, se habia averiguado que no fué afrenta la que Antonio le hizo, porque las palabras que en la pendencia pasaron, fueron con la espada desnuda, y la luz de las armas quita la fuerza á las palabras, y las que se dicen con las espadas desnudas no afrentan, puesto que agravian: y así el que quiere tomar venganza de ellas, no se ha de entender que satisface su afrenta, sino que castiga su agravio, como se mostrará en este ejemplo. Presupongamos que yo digo una verdad manifiesta: respóndeme un desalumbrado, que miento y mentiré todas las veces que lo dijere, y

poniendo mano á la espada sustenta aquella desmentida; yo, que soy el desmentido, no tengo necesidad de volver por la verdad que dije, la cual no puede ser desmentida en ninguna manera: pero tengo necesidad de castigar el poco respeto que se me tuvo, de modo que el desmentido desta suerte puede entrar en campo con otro, sin que se le ponga por objecion que está afrentado, y que no puede entrar en campo con nadie, hasta que se satisfaga, porque, como tengo dicho, es grande la diferencia que hay entre agravio y afrenta: en efecto, digo que supo Antonio la amistad de su padre y de su contrario, y que pues ellos habian sido amigos, se habria bien mirado su causa: con estas buenas nuevas con mas sosiego y mas contento se puso otro dia en camino con sus camaradas, á quien contó todo aquello que de su negocio sabia, y que un hermano del que pensó ser su enemigo, le habia heredado y quedado en la misma amistad con su padre, que su hermano el muerto: fué parece de Antonio, que ninguno saliese de su órden, porque pensaba darse á conocer á su padre, no de improviso, sino por algun rodeo que le aumentase el contento de hacerle conocido, advirtiéndole que tal vez mata una súbita alegría, como suele matar un improviso pesar.

De allí á tres dias llegaron al crepúsculo de la noche á su lugar y á la casa de su padre, el cual con su madre, segun despues pareció, estaba sentado á la puerta de la calle, tomando, como dicen, el

fresco, por ser el tiempo de los calurosos del verano; llegaron todos juntos, y el primero que habló fué Antonio, á su mismo padre: ¿Hay por ventura, señor, en este lugar hospital de peregrinos? Segun es cristiana la gente que le habita, respondió su padre, todas las casas dél son hospital de peregrinos, y cuando otra no hubiera, esta mia, segun su capacidad, sirviera por todas: prendas tengo yo por esos mundos adelante, que no sé si andarán agora buscando quien los acoja. ¿Por ventura, señor, replicó Antonio, este lugar no se llama el Quintanar de la Orden, y en él no vive un apellido de unos hidalgos, que se llaman Villaseñores? Dígolo, porque he conocido yo un tal Villaseñor bien léjos desta tierra, que si él estuviera en esta, no nos faltara posada, á mí, ni á mis camaradas. ¿Y cómo se llamaba, hijo, dijo, su madre, ese Villaseñor que decis? Llamábase Antonio, replicó Antonio, y su padre, segun me acuerdo, me dijo que se llamaba Diego de Villaseñor. Ay, señor, dijo la madre, levantándose de donde estaba, que ese Antonio es mi hijo, que por cierta desgracia ha al pié de diez y seis años que falta desta tierra; comprado le tengo á lágrimas, pesado á suspiros y grangeado con oraciones; plegue á Dios que mis ojos le vean, ántes que les cubra la noche de la eterna sombra. ¿Decidme, dijo, ha mucho que le vístes, ha mucho que le dejástes, tiene salud, piensa volver á su patria, acuérdase de sus padres, á quien podrá venir á ver,

pues no hay enemigos que se lo impidan, que ya no son sino amigos, los que le hicieron desterrar de su tierra? Todas estas razones escuchaba el anciano padre de Antonio, y llamando á grandes voces á sus criados, les mandó encender luces y que metiesen dentro de casa aquellos honrados peregrinos, y llegándose á su no conocido hijo, le abrazó estrechamente, diciéndole: Por vos solo, señor, sin que otras nuevas os hiciesen el aposento, os le diera yo en mi casa, llevado de la costumbre que tengo de agasajar en ella á todos cuantos peregrinos por aquí pasan: pero agora con las regocijadas nuevas que me habeis dado, ensancharé la voluntad y sobrepujarán los servicios que os hiciere á mis mismas fuerzas.

En esto ya los sirvientes habian encendido luces y guiado los peregrinos dentro de la casa y en mitad de un gran patio que tenia, salieron dos hermosas y honestas doncellas, hermanas de Antonio, que habian nacido despues de su ausencia, las cuales, viendo la hermosura de Auristela y la gallardía de Constanza, su sobrina, con el buen parecer de Ricla su cuñada, no se hartaban de besarlas y de bendecirlas, y cuando esperaban que sus padres entrasen dentro de casa con el nuevo huésped, vieron entrar con ellos un confuso monton de gente, que traian en hombros, sobre una silla sentado, un hombre como muerto, que luego supieron ser el Conde que habia heredado al enemigo que solia ser de su hermano:

el alboroto de la gente, la confusion de sus padres, el cuidado de recibir los nuevos huéspedes, las turbó de manera, que no sabian á quién acudir, ni á quién preguntar la causa de aquel alboroto; los padres de Antonio acudiéron al Conde, herido de una bala por las espaldas, que en una revuelta que dos compañías de soldados, que estaban en el pueblo alojadas, habian tenido con los del lugar, le habian pasado por las espaldas el pecho, el cual viéndose herido, mandó á sus criados que le trajesen en casa de Diego de Villaseñor, su amigo, y el traerle fué al tiempo que comenzaba á hospedar á su hijo, á su nuera y á sus dos nietos y á Periandro y á Auristela, la cual asiendo de las manos á las hermanas de Antonio, les pidió que la quitasen de aquella confusion y la llevasen á algun aposento donde nadie la viese: hicieronlo ellas así, siempre admirándose de nuevo de la sin par belleza de Auristela: Constanza, á quien la sangre del parentesco bullia en el alma, ni queria, ni podia apartarse de sus tias, que todas eran de una misma edad y casi de una igual hermosura: lo mismo le aconteció al mancebo Antonio, el cual, olvidado de los respetos de la buena crianza, y de la obligacion del hospedage, se atrevió honesto y regocijado, á abrazar á una de sus tias, viendo lo cual un criado de casa, le dijo: Por vida del señor peregrino, que tenga quedas las manos, que el señor desta casa no es hombre de burlas, sino á fe que se las haga tener

quedas á despecho de su desvergonzado atrevimiento: Por Dios, hermano, respondió Antonio, que es muy poco lo que he hecho, para lo que pienso hacer, si el cielo favorece mis deseos, que no son otros que servir á estas señoras y á todos los desta casa. Ya en esto habian acomodado al Conde herido en un rico lecho, y llamado á dos cirujanos que le tomasen la sangre, y mirasen la herida, los cuales declararon ser mortal, sin que por via humana tuviese remedio alguno.

Estaba todo el pueblo puesto en arma contra los soldados, que en escuadron formado se habian salido al campo, y esperaban, si fuesen acometidos del pueblo, darles la batalla: valia poco para ponerlos en paz, la solicitud y la prudencia de los capitanes, ni la diligencia cristiana de los sacerdotes y religiosos del pueblo, el cual, por la mayor parte se alborota de livianas ocasiones, y crece, bien así como van creciendo las olas del mar de blando viento movidas, hasta que tomando el Regañon el blando soplo del céfiro, le mezcla con su huracan, y las levanta al cielo, el cual dándose priesa á entrar el dia, la prudencia de los capitanes hizo marchar á sus soldados á otra parte y los del pueblo se quedaron en sus límites á pesar del rigor y mal ánimo que contra los soldados tenian concebido. En fin por términos y pausas espaciosas, con sobresaltos agudos, poco á poco, vino Antonio á descubrirse á sus padres, haciéndoles presente de sus nietos y de

su nuera, cuya presencia sacó lágrimas de los ojos de los viejos; la belleza de Auristela y gallardía de Periandro les sacó el pasmo al rostro, y la admiración á todos los sentidos. Este placer tan grande como improviso, esta llegada de sus hijos tan no esperada, se la aguló, turbó y casi deshizo la desgracia del Conde, que por momentos iba empeorando: con todo eso le hizo presente de sus hijos, y de nuevo le hizo ofrecimiento de su casa y de cuanto en ella habia, que para su salud fuese conveniente, porque aunque quisiera moverse y llevarle á la de su estado, no fuera posible: tales eran las pocas esperanzas que tenian de su salud: no se quitaban de la cabecera del Conde, obligadas de su natural condicion, Auristela y Constanza, que con la compasion cristiana y solicitud posible eran sus enfermeras, puesto que iban contra el parecer de los cirujanos, que ordenaban le dejasen solo, ó á lo ménos no acompañado de mugeres: pero la disposicion del cielo, que con causas á nosotros secretas ordena y dispone las cosas de la tierra, ordenó, y quiso que el Conde llegase al último de su vida, y un dia ántes que della se despidiese, cierto ya de que no podia vivir, llamó á Diego de Villaseñor, y quedándose con él solo, le dijo desta manera: Yo salí de mi casa con intencion de ir á Roma este año, en el cual el sumo Pontífice ha abierto las arcas del tesoro de la Iglesia, y comunicádonos, como en año santo, las infinitas gracias que en él suelen ganarse; iba á la

ligera, mas como peregrino pobre, que como caballero rico; entré en este pueblo, hallé trabada una pendencia, como ya, señor, habeis visto, entre los soldados, que en él estaban alojados y entre los vecinos de él: mezcléme en ella y por reparar las agenas vidas, he venido á perder la mia, porque esta herida que á traicion, si así se puede decir, me diéron, me la va quitando por momentos: no sé quien me la dió, porque las pendencias del vulgo traen consigo á la misma confusion: no me pesa de mi muerte, sino es por las que ha de costar, si por justicia, ó por venganza quisiere castigarse: con todo esto, por hacer lo que en mí es, y todo aquello que de mi parte puedo, como caballero y cristiano digo, que perdono á mi matador, y á todos aquellos que con él tuviéron culpa, y es mi voluntad asimismo, de mostrar que soy agradecido al bien que en vuestra casa me habeis hecho, y la muestra que he de dar deste agradecimiento, no será así como quiera, sino con el mas alto estremo que pueda imaginarse; en esos dos baules que ahí estan, donde llevaba recogida mi recámara, creo que van hasta veinte mil ducados en oro y en joyas, que no ocupan mucho lugar, y si como esta cantidad es poca, fuera la grande que encierran las entrañas de Potosí, hiciera della lo mismo que desta hacer quiero; tomadla, señor, en vida, ó haced que la tome la señora Doña Constanza vuestra nieta, que yo se la doy en arras y para su dote, y mas que le

pienso dar esposo de mi mano, tal, que aunque presto quede viuda, quede viuda honradísima, juntamente con quedar doncella honrada: llamadla aquí, y traed quien me despose con ella, que su valor, su cristiandad, su hermosura, merecian hacerla señora del universo: no os admire, señor, lo que oís, creed lo que os digo, que no será novedad disparatada, casarse un título con una doncella hijadalgo, en quien concurren todas las virtuosas partes que pueden hacer á una muger famosa; esto quiere el cielo, á esto me inclina mi voluntad; por lo que debeis al ser discreto, que no lo estorbe la vuestra, id luego, y sin replicar palabra, traed quien me despose con vuestra nieta, y quien haga las escrituras tan firmes, así de la entrega destas joyas y dineros, y de la mano que de esposo la he de dar, que no haya calumnia que la deshaga.

Pasmóse á estas razones Villaseñor y creyó sin duda alguna, que el Conde habia perdido el juicio, y que la hora de su muerte era llegada, pues en tal punto, por la mayor parte, ó se dicen grandes sentencias, ó se hacen grandes disparates: y así lo que le respondió fué: Señor, yo espero en Dios que tendréis salud, y entónces con ojos mas claros, y sin que algun dolor os turbe los sentidos, podréis ver las riquezas que dais y la muger que escogeis; mi nieta no es vuestra igual, ó á lo ménos no está en potencia propincua, sino muy remota de merecer ser vuestra esposa, y yo no soy tan codicioso, que

quiera comprar esta honra que quereis hacerme, con lo que dirá el vulgo, casi siempre mal intencionado, del cual, ya me parece que dice, que os tuve en mi casa, que os trastorné el sentido y que por via de la solicitud codiciosa os hice hacer esto. Diga lo que quisiere, dijo el Conde, que si el vulgo siempre se engaña, tambien quedará engañado, en lo que de vos pensare. Alto pues, dijo Villaseñor, no quiero ser tan ignorante, que no quiera abrir á la buena suerte, que está llamando á las puertas de mi casa, y con esto se salió del aposento y comunicó lo que el Conde le habia dicho con su muger, con sus nietos y con Periandro y Auristela, los cuales fuéron de parecer que sin perder punto, asiesen á la ocasion por los cabellos que les ofrecia y trajesen quien llevase al cabo aquel negocio: hízose así y en ménos de dos horas ya estaba Constanza desposada con el Conde, y los dineros y joyas en su posesion, con todas las circunstancias, y revalidaciones que fuéron posible hacerse: no hubo músicas en el desposorio, sino llantos y gemidos, porque la vida del Conde se iba acabando por momentos; finalmente, otro dia despues del desposorio, recibidos todos los Sacramentos, murió el Conde en los brazos de su esposa la condesa Constanza, la cual, cubriéndose la cabeza con un velo negro, hiñcada de rodillas y levantando los ojos al cielo comenzó á decir: Yo hago voto: pero apenas dijo esta palabra, cuando Auristela le dijo: ¿Qué voto quereis hacer, señora? De

ser monja, respondió la Condesa. Sedlo y no le hagais, replicó Auristela; que las obras de servir á Dios no han de ser precipitadas, ni que parezcan que las mueven accidentes, y este de la muerte de vuestro esposo quizá os hará prometer lo que despues, ó no podréis, ó no querréis cumplir; dejad en las manos de Dios y en las vuestras vuestra voluntad, que así vuestra discrecion, como la de vuestros padres y hermanos os sabrá aconsejar y encaminar en lo que mejor os estuviere, y dese agora órden de enterrar vuestro marido y confiad en Dios que quien os hizo Condesa tan sin pensarlo, os sabrá y querrá dar otro título que os honre y os engrandezca con mas duracion que el presente.

Rindióse á este parecer la Condesa, y dando trazas al entierro del Conde, llegó un su hermano menor, á quien ya habian ido las nuevas á Salamanca, donde estudiaba: lloró la muerte de su hermano, pero, enjugóle presto las lágrimas el gusto de la herencia del estado; supo el hecho, abrazó á su cuñada, no contradijo á ninguna cosa; depositó á su hermano para llevarle despues á su lugar; partióse á la Corte para pedir justicia contra los matadores, anduvo el pleito, degolláron á los capitanes, y castigáron muchos de los del pueblo; quedóse Constanza con las arras y el título de Condesa, apercibióse Periandro para seguir su viage, á quien no quisieron acompañar Antonio el padre, ni Ricla su muger, cansados de tantas peregrinaciones, que

no cansáron á Antonio el hijo, ni á la nueva Condesa, que no fué posible dejar la compañía de Auristela, ni de Periandro. A todo esto nunca habia mostrado á su abuelo el lienzo, donde venia pintada su historia; enseñósele un dia Antonio, y dijo, que faltaba allí de pintar los pasos por donde Auristela habia venido á la isla bárbara, cuando se viéron ella y Periandro en los trocados trages, ella en el de varon y él en el de hembra: metamorfósis bien extraño; á lo que Auristela dijo, que en pocas razones lo diria, que fué, que cuando la robáron los piratas de las riberas de Dinamarca á ella, Cloelia y á las dos pescadoras, viniéron á una isla des poblada á repartir la presa entre ellos, y no pudiéndose hacer el repartimiento con igualdad, uno de los mas principales se contentó con que por su parte le diesen mi persona, y aun añadió dádivas, para igualar la demasia; entré en su poder, sola, sin tener quien en mi desventura me acompañase, que de las miserias suele ser alivio la compañía; este me vistió en hábitos de varon, temeroso que en los de muger no me solicitase el viento; muchos dias anduve con él peregrinando por diversas partes, y sirviéndole en todo aquello que á mi honestidad no ofendia: finalmente un dia llegámos á la isla bárbara, donde de improviso fuimos presos de los bárbaros y él quedó muerto en la refriega de mi prision y yo fui traída á la cueva de los prisioneros, donde hallé á mi amada Cloelia, que por otros no ménos desven-

turados pasos allí habia sido traida, la cual me contó la condicion de los bárbaros, la vana supersticion que guardaban, y el asunto ridículo y falso de su profecía: díjome asimismo, que tenia barruntos de que mi hermano Periandro habia estado en aquella sima, á quien no habia podido hablar por la priesa que los bárbaros se daban á sacarle, para ponerle en el sacrificio, y que habia querido acompañarle para certificarse de la verdad, pues se hallaba en hábitos de hombre, y que así rompiendo por las persuasiones de Cloelia, que se lo estorbaban, salió con su intento y se entregó de toda su voluntad, para ser sacrificada de los bárbaros, persuadiéndose ser bien de una vez acabar la vida, que no de tantas gustar la muerte, con traerla á peligro de perderla por momentos, y que no tenia mas que decir, pues sabian lo que desde aquel punto le habia sucedido.

Bien quisiera el anciano Villaseñor, que todo esto se añadiera al lienzo, pero todos fuéron de parecer que no solamente se añadiese, sino que aun lo pintado se borrarse, porque tan grandes y tan no vistas cosas, no eran para andar en lienzos débiles, sino en láminas de bronce escritas y en las memorias de las gentes grabadas. Con todo eso, quiso Villaseñor quedarse con el lienzo, siquiera por ver los bien sacados retratos de sus nietos y la sin igual hermosura y gallardía de Auristela y Periandro. Algunos dias se pasáron poniendo en órden su par-

tida para Roma, deseosos de ver cumplidos los votos de su promesa. Quedóse Antonio el padre, y no quiso quedarse Antonio el hijo, ni ménos la nueva Condesa, que como queda dicho, la afición que á Auristela tenia, la llevara, no solamente á Roma, sino al otro mundo, si para allá se pudiera hacer viage en compañía: llegóse el dia de la partida, donde hubo tiernas lágrimas y apretados abrazos y dolientes suspiros, especialmente de Ricla, que en ver partir á sus hijos se le partia el alma: echóles su bendición su abuelo á todos, que la bendición de los ancianos parece que tiene prerogativa de mejorar los sucesos: llevaron consigo á uno de los criados de casa, para que los sirviese en el camino, y puestos en él, dejaron soledades en su casa y padres, y en compañía entre alegre y triste, siguiéron su viage.

CAPITULO X.

Las peregrinaciones largas siempre traen consigo diversos acontecimientos, y como la diversidad se compone de cosas diferentes, es forzoso que los casos lo sean: bien nos lo muestra esta historia, cuyos acontecimientos nos cortan su hilo, poniéndonos en duda, dónde será bien anudarle, porque no todas las cosas que suceden son buenas para contadas, y podrian pasar sin serlo y sin quedar ménoscabada la historia: acciones hay, que por grandes deben de callarse, y otras que por bajas no deben decirse, puesto que es escelencia de la historia, que cualquiera cosa que en ella se escriba, puede pasar al sabor de la verdad que trae consigo, lo que no tiene la fábula, á quien conviene guisar sus acciones con tanta puntualidad y gusto y con tanta verisimilitud, que á despecho y pesar de la mentira, que hace disonancia en el entendimiento, forme una verdadera armonía. Aprovechándome pues desta verdad, digo que el hermoso escuadron de los peregrinos, prosiguiendo su viage, llegó á un lugar no muy pequeño, ni muy grande, de cuyo nombre no me acuerdo, y en mitad de la plaza dél, por quien forzosamente habian de pasar, viéron mucha gente

junta, todos atentos, mirando y escuchando á dos mancebos, que en traje de recién rescatados de cautivos, estaban declarando las figuras de un pintado lienzo que tenian tendido en el suelo: parecia, que se habian descargado de dos pesadas cadenas que tenian junto á sí, insignias y relatoras de su pesada desventura, y uno de ellos, que debia de ser de hasta veinticuatro años, con voz clara y en todo extremo esperta lengua, crugiendo de cuando en cuando un corbacho, ó por mejor decir, azote, que en la mano tenia, le sacudia de manera, que penetraba los oidos y ponía los estallidos en el cielo; bien así como hace el cochero que castigando, ó amenazando sus caballos, hace resonar su látigo por los aires. Entre los que la larga plática escuchaban, estaban los dos alcaldes del pueblo, ambos ancianos, pero no tanto el uno como el otro: por donde comenzó su arenga el libre cautivo, fué diciendo: Esta, señores, que aquí veis pintada, es la ciudad de Argel, gomia y tarasca de todas las riberas del mar Mediterráneo, puerto universal de corsarios, y amparo y refugio de ladrones, que deste pequeñuelo puerto que aquí va pintado, salen con sus bajeles á inquietar el mundo, pues se atreven á pasar el *plus ultra* de las columnas de Hércules y á acometer y robar las apartadas islas, que por estar rodeadas del inmenso mar Océano, pensaban estar seguras; á lo ménos de los bajeles turquescos: este bajel que aquí veis reducido á pequeño, porque lo

pide así la pintura, es una galeota de veinte y dos bancos, cuyo dueño y capitán es el turco que en la crugia va en pié, con un brazo en la mano, que cortó á aquel cristiano que allí veis para que les sirva de rebenque ó azote á los demas cristianos que van amarrados á sus bancos, temeroso no le alcancen estas cuatro galeras que aquí veis, que le van entrando y dando caza: aquel cautivo primero del primer banco, cuyo rostro le desfigura la sangre que se le ha pegado de los golpes del brazo muerto, soy yo, que servia de espalder en esta galeota, y el otro que está junto á mí, es este mi compañero, no tan sangriento, porque fué ménos apaleado: escuchad, señores, y estad atentos, quizá la aprension deste lastimero cuento os llevará á los oidos las amenazadoras y vituperosas voces, que ha dado este perro de Dragut, que así se llamaba el arraez de la galeota, corsario tan famoso como cruel y tan cruel como Faláris, ó Busíris, tiranos de Sicilia; á lo ménos á mí me suena agora el rospin, el manahora, y el denimaniyoc, que con corage endiablado va diciendo, que todas estas son palabras y razones turquescas, encaminadas á la deshonor y vituperio de los cautivos cristianos; llámanlos de judíos, hombres de poco valor, de fe negra y de pensamientos viles, y para mayor horror y espanto con los brazos muertos azotan los cuerpos vivos.

Parece ser, que uno de los dos alcaldes habia estado cautivo en Argel mucho tiempo, el cual, con

baja voz dijo á su compañero: Este cautivo hasta agora parece que va diciendo verdad, y que en lo general no es cautivo falso, pero yo le examinaré en lo particular y verémos como da la cuerda, porque quiero que sepais que yo iba dentro de esta galeota, y no me acuerdo de haberle conocido por espalder della, sino fué á un Alonso Moclin, natural de Vélez Málaga, y volviéndose al cautivo, le dijo: Decidme, amigo, ¿cuyas eran las galeras que os daban caza, y si conseguísteis por ellas la libertad deseada? Las galeras, respondió el cautivo, eran de Don Sancho de Leiva: la libertad no la conseguimos, porque no nos alcanzaron: tuvimosla despues, porque nos alzámos con una galeota, que desde Sargel iba á Argel cargada de trigo, venimos á Oran con ella y desde allí á Málaga, de donde mi compañero y yo nos pusimos en camino de Italia, con intencion de servir á su Magestad, que Dios guarde, en el ejercicio de la guerra. Decidme, amigos, replicó el Alcalde, ¿cautivástes juntos, lleváronos á Argel del primer boleo, ó á otra parte de Berbería? No cautivámos juntos, respondió el otro cautivo, porque yo cautivé junto á Alicante en un navío de lanas que pasaba á Génova, mi compañero en los Percheles de Málaga, adonde era pescador; conocímonos en Tetuan dentro de una mazmorra: hemos sido amigos y corrido una misma fortuna mucho tiempo, y para diez, ó doce cuartos, que apénas nos han ofrecido de limosna sobre el lienzo, mucho

nos aprieta el señor Alcalde. No mucho, señor galan, replicó el Alcalde, que aun no estan dadas todas las vueltas de la mancuera; escúcheme, y dígame: ¿cuántas puertas tiene Argel y cuántas fuentes y cuántos pozos de agua dulce? La pregunta es boba, respondió el primer cautivo: tantas puertas tiene como tiene casas, y tantas fuentes que yo no las sé, y tantos pozos que no los he visto, y los trabajos que yo en él he pasado, me han quitado la memoria de mí mismo, y si el señor Alcalde quiere ir contra la caridad cristiana, recogémos los cuartos y alzarémos la tienda, y á Dios aho, que tan buen pan hacen aquí como en Francia. Entónces el Alcalde llamó á un hombre de los que estaban en el corro, que al parecer servia de pregonero en el lugar y tal vez de verdugo, cuando se ofrecia, y díjole: Gil Berrueco, id á la plaza y traedme aquí luego los primeros dos asnos que topáredes, que por vida del Rey nuestro Señor, que han de pasear las calles en ellos estos dos señores cautivos, que con tanta libertad quieren usurpar la limosna de los verdaderos pobres, contándonos mentiras y embelecocos, estando sanos como una manzana y con mas fuerzas para tomar una azada en la mano, que no un corbacho para dar estallidos en seco: yo he estado en Argel cinco años esclavo, y sé, que no me dais señas dél en ninguna cosa de cuantas habeis dicho. Cuerpo del mundo, respondió el cautivo, ¿es posible que ha de querer el

señor Alcalde, que seamos ricos de memoria, siendo tan pobres de dineros, y que por una niñería que no importa tres ardites, quiera quitar la honra á dos tan insignes estudiantes como nosotros, y juntamente quitar á su Magestad dos valientes soldados, que íbamos á esas Italias y á esos Flándes, á romper, á destrozar, á herir y á matar los enemigos de la santa fe católica, que topáramos? Porque si va á decir verdad, que en fin es hija de Dios, quiero que sepa el señor Alcalde, que nosotros no somos cautivos, sino estudiantes de Salamanca, y en la mitad y en lo mejor de nuestros estudios, nos vino gana de ver mundo, y de saber á qué sabia la vida de la guerra, como sabiamos el gusto de la vida de la paz; para facilitar y poner en obra este deseo, acertáron á pasar por allí unos cautivos, que tambien lo debian de ser falsos, como nosotros agora; les comprámos este lienzo y nos informámos de algunas cosas de las de Argel, que nos pareció ser bastantes y necesarias, para acreditar nuestro embeleco, vendímos nuestros libros y nuestras alhajas á ménosprecio y cargados con esta mercadería hemos llegado hasta aquí; pensamos pasar adelante, si es que el señor Alcalde no manda otra cosa. Lo que pienso hacer, es, replicó el Alcalde, daros á cada uno cien azotes, y en lugar de la pica que vais á arrastrar en Flándes, poneros un remo en las manos que le cimbreis en el agua, en las galeras, con quien quizá haréis mas servicio á su Magestad, que con la pica. ¿Querráse, replicó el

mozo bablador, mostrar agora el señor Alcalde ser un legislador de Aténas, y que la riguridad de su oficio llegue á los oídos de los señores del Consejo, donde acreditándole con ellos, le tengan por severo y justiciero, y le cometan negocios de importancia, donde muestre su severidad y su justicia? Pues sepa el señor Alcalde, que *sumanum jus summa injuria*. Mirad como hablais, hermano, replicó el segundo Alcalde, que aquí no hay justicia con lujuria: que todos los alcaldes deste lugar han sido, son y serán limpios y castos, como el pelo de la masa y hablad ménos, que os será sano.

Volvió en esto el pregonero, y dijo: Señor Alcalde, yo no he topado en la paza asnos ningunos, sino á los dos regidores, Berrueco y Crespo, que andan en ella paseándose. Por asnos os envié yo, majadero, que no por regidores: pero volved y traedlos acá por sí, ó por no, que quiero que se hallen presentes al pronunciar desta sentencia, que ha de ser sin embargo, y no ha de quedar por falta de asnos, que gracias sean dadas al cielo, hartos hay en este lugar. No le tendrá vuesa merced, señor Alcalde, en el cielo, replicó el mozo, si pasa adelante con esa riguridad: por quien Dios es, que v. m. considere que no hemos robado tanto, que podamos dar á censo, ni fundar ningun mayorazgo; apénas granjeamos el mísero sustento con nuestra industria, que no deja de ser trabajosa, como lo es la de los oficiales y jornaleros; nuestros padres no nos enseñá-

ron oficio alguno, y así nos es forzoso, que remitamos á la industria lo que habíamos de remitir á las manos si tuviéramos oficio: castíguense los que cohechan, los escaladores de casas, los salteadores de caminos, los testigos falsos por dineros, los mal entretenidos en la república, los ociosos y baldíos en ella, que no sirven de otra cosa, que de acrecentar el número de los perdidos, y dejen á los míseros que van su camino derecho á servir á su Magestad con la fuerza de sus brazos y con la agudeza de sus ingenios, porque no hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra; ninguno salió de estudiante para soldado, que no lo fuese por extremo, porque cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso, con quien Marte se alegra, la paz se sustenta y la república se engrandece. Admirado estaba Periandro y todos los mas de los circunstantes, así de las razones del mozo, como de la velocidad con que hablaba, el cual prosiguiendo, dijo: Espúlguenos el señor Alcalde, mírenos y remírenos, y haga escrutinio de las costuras de nuestros vestidos, si en todo nuestro poder hallare seis reales, no solo nos mande dar ciento, sino seis cuentos de azotes; veamos pues, si la adquisicion de tan pequeña cantidad de interes merece ser castigada con afrentas y martirizada con galeras, y así otra vez digo, que el señor Alcalde se remire en esto, no se arroje y pre-

cipite apasionadamente á hacer lo que despues de hecho quizá le causará pesadumbre; los jueces discretos castigan, pero no toman venganza de los delitos; los prudentes y los piadosos mezclan la equidad con la justicia: y entre el rigor y la clemencia dan luz de su buen entendimiento. Por Dios, dijo el segundo Alcalde, que este mancebo ha hablado bien, aunque ha hablado mucho, y que no solamente no tengo de consentir que los azoten, sino que los tengo de llevar á mi casa y ayudarles para su camino, con condicion que le lleven derecho, sin andar surcando la tierra de una en otras partes, porque si así lo hiciesen, mas parecerian viciosos que necesitados.

Ya el primer Alcalde manso y piadoso, blando y compasivo, dijo: No quiero que vayan á vuestra casa, sino á la mia, donde les quiero dar una licion de las cosas de Argel, tal, que de aquí adelante ninguno les coja en mal latin, en cuanto á su fingida historia: los cautivos se lo agradeciéron, los circunstantes alabáron su honrada determinacion y los peregrinos recibieron contento del buen despacho del negocio. Volvióse el primer Alcalde á Periandro y dijo: ¿Vosotros, señores peregrinos, traeis algun lienzo que enseñarnos? ¿Traeis otra historia que hacernos creer por verdadera, aunque la haya compuesto la misma mentira? No respondió nada Periandro, porque vió que Antonio sacaba del seno las patentes, licencias y despachos que lleva-

ban para seguir su viage, el cual los puso en manos del Alcalde, diciéndole: Por estos papeles podrá ver vuesa merced quién somos y adónde vamos, los cuales no era menester presentallos, porque no pedimos limosna, ni tenemos necesidad de pedilla; y así como á caminantes libres nos podian dejar pasar libremente. Tomó el Alcalde los papeles, y porque no sabia leer se los dió á su compañero, que tampoco lo sabia, y así paráron en manos del Escribano, que pasando los ojos por ellos brevemente se los volvió á Antonio, diciendo: Aquí, señores Alcaldes, tanto valor hay en la bondad destos peregrinos, como hay grandeza en su hermosura; si aquí quisieren hacer noche, mi casa les servirá de meson y mi voluntad de alcázar, donde se recojan: volvióle las gracias Periandro: quedáronse allí aquella noche por ser algo tarde, donde fuéron agasajados en casa del Escribano con amor, con abundancia y con limpieza.

CAPITULO XI.

Llegóse el dia, y con él los agradecimientos del hospedage, y puestos en camino, al salir del lugar topáron con los cautivos falsos que dijéron que iban industriados del Alcalde. de modo que de allí adelante no los podian coger en mentira, á cerca de las cosas de Argel, que tal vez dijo el uno, digo, el que hablaba mas que el otro, tal vez, dijo, se hurta con autoridad y aprobacion de la justicia; quiero decir, que alguna vez los malos ministros della se hacen á una con los delincuentes para que todos coman: llegaron todos juntos donde un camino se dividia en dos: los cautivos tomáron el de Cartagena y los peregrinos el de Valencia, los cuales otro dia al salir de la Aurora, que por los balcones del Oriente se asomaba, barriendo el cielo de las estrellas y aderezando el camino por donde el sol habia de hacer su acostumbrada carrera, Bartolomé, que así creo se llamaba el guiador del bagage, viendo salir el sol tan alegre y regocijado, bordando las nubes de los cielos con diversas colores, de manera que no se podia ofrecer otra cosa más alegre y mas hermosa á la vista, con rústica discrecion, dijo: Verdad debió de decir el predicador que predicaba

los dias pasados en nuestro pueblo, cuando dijo que los cielos y la tierra anunciaban y declaraban las grandezas del Señor: par diez que si yo no conociera á Dios, por lo que me han enseñado mis padres y los sacerdotes y ancianos de mi lugar, le viniera á rastrear y conocer, viendo la inmensa grandeza destos cielos, que me dicen que son muchos, ó á lo ménos que llegan á once y por la grandeza deste sol que nos alumbra, que con no parecer mayor que una rodela, es muchas veces mayor que toda la tierra, y mas que con ser tan grande, afirman, que es tan ligero que camina en venticuatro horas mas de trescientas mil leguas: la verdad que sea, yo no creo nada desto, pero dícnlo tantos hombres de bien, que aunque hago fuerza al entendimiento, lo creo: pero de lo que mas me admiro, es, que debajo de nosotros hay otras gentes, á quien llaman *Antipodas*, sobre cuyas cabezas los que andamos acá arriba, traemos puestos los piés, cosa que me parece imposible, que para tan grande carga como la nuestra, fuera menester que tuvieran ellos las cabezas de bronce: rióse Periandro de la rústica Astrología del mozo y díjole: Buscar querria razones acomodadas, ó Bartolomé, para darte á entender el error en que estás, y la verdadera postura del mundo, para lo cual era menester tomar muy de atras sus principios; pero acomodándome con tu ingenio, habré de coartar el mio, y decirte sola una cosa, y es, que quiero que entiendas por verdad in-

falible que la tierra es centro del cielo, llamo centro un punto indivisible, á quien todas las líneas de su circunferencia van á parar: tampoco me parece que has de entender esto; y así dejando estos términos, quiero que te contentes con saber, que toda la tierra tiene por alto el cielo, y en cualquier parte della, donde los hombres esten, han de estar cubiertos con el cielo; así que como á nosotros el cielo que ves nos cubre, asimismo cubre á los *Antípodas*, que dicen, sin estorbo alguno y como naturalmente lo ordenó la naturaleza, mayordoma del verdadero Dios, Criador del cielo y de la tierra. No se descontentó el mozo de oír las razones de Periandro, que también diéron gusto á Auristela, á la Condesa y á su hermano.

Con estas y otras cosas iba enseñando y entreteniendo el camino Periandro, cuando á sus espaldas llegó un carro acompañado de seis arcabuceros á pié, y uno que venia á caballo con una escopeta pendiente del arzon delantero, llegándose á Periandro, dijo: Si por ventura, señores peregrinos, llevais en ese repuesto alguna conserva de regalo que yo creo que sí debéis de llevar, porque vuestra gallarda presencia, mas de caballeros ricos, que de pobres peregrinos, os señala; si la llevais, dádmela, para socorrer con ella á un desmayado muchacho que va en aquel carro, condenado á galeras por dos años, con otros doce soldados, que por haberse hallado en la muerte de un conde los días pasados,

van condenados al remo, y sus capitanes por mas culpados, creo que están sentenciados á degollar en la Corte. No pudo tener á esta razon las lágrimas la hermosa Constanza, porque en ella se le representó la muerte de su breve esposo: pero pudiendo mas su cristiandad, que el deseo de su venganza, acudió al bagage, y sacó una caja de conserva, y acudiendo al carro, preguntó: ¿Quién es aquí el desmayado? A lo que respondió uno de los soldados: Allí va echado en aquel rincon, untado el rostro con el sebo del timon del carro, porque no quiere que parezca hermosa la muerte, cuando él se muera, que será bien presto, segun está pertinaz en no querer comer bocado. A estas razones alzó el rostro el untado mozo, y alzándose de la frente un roto sombrero que toda se la cubria, se mostró feo y sucio á los ojos de Constanza, y alargando la mano para tomar la caja, la tomó diciendo: Dios os lo pague, señora; volvió á encajar el sombrero y volvió á su melancolía y á arrinconarse en el rincon donde esperaba la muerte. Otras algunas razones pasaron los peregrinos con las guardas del carro, que se acabaron con apartarse por diferentes caminos.

De allí algunos dias llegó nuestro hermoso escuadron á un lugar de moriscos, que estaba puesto como una legua de la marina en el reino de Valencia, halláron en él, no meson en que albergarse, sino todas las casas del lugar con agradable hospicio los

convidaban, viendo lo cual Antonio, dijo: Yo no sé quien dice mal desta gente, que todos me parecen unos santos. Con palmas, dijo Periandro, recibieron al Señor en Jerusalem los mismos que de allí á pocos dias le pusiéron en una cruz; agora bien, á Dios y á la ventura, como decir se suele, aceptemos el convite que nos hace este buen viejo, que con su casa nos convida, y era así verdad, que un anciano morisco, casi por fuerza, asiéndolos por las esclavinadas, los metió en su casa, y dió muestras de agasajarlos, no morisca, sino cristianamente: salió á servirlos una hija suya, vestida en traje morisco, y en él tan hermosa, que las mas gallardas cristianas tuvieran á ventura el parecerla: que en las gracias que naturaleza reparte, tambien suele favorecer á las bárbaras de Citia, como á las ciudadanas de Toledo: esta pues hermosa y mora, en lengua aljamiada, asiendo á Constanza y á Auristela de las manos, se encerró con ellas en una sala baja, y estando solas, sin soltarles las manos, recatadamente miró á todas partes, temerosa de ser escuchada, y despues que hubo asegurado el miedo que mostraba, las dijo: Ay, señoras, y como habeis venido como manzanas y simples ovejas al matadero: veis este viejo que con vergüenza digo, que es mi padre, veisle tan agasajador vuestro, pues sabed que no pretende otra cosa, sino ser vuestro verdugo; esta noche se han de llevar en peso, si así se puede decir, diez y seis bajeles de corsarios berberiscos á toda la gente

de este lugar con todas sus haciendas, sin dejar en él cosa que les mueva á volver á buscarlas: piensan estos desventurados que en Berbería está el gusto de sus cuerpos y la salvacion de sus almas, sin advertir que de muchos pueblos que allá se han pasado casi enteros, ninguno hay que dé otras nuevas, sino de arrepentimiento, el cual les viene juntamente con las quejas de su daño: los moros de Berbería pregonan glorias de aquella tierra, al sabor de las cuales corren los moriscos de esta, y dan en los lazos de su desventura; si quereis estorbar la vuestra y conservar la libertad en que vuestros padres os engendraron, salid luego de esta casa y acogeos á la Iglesia, que en ella hallaréis quien os ampare, que es el Cura, que solo él y el Escribano son en este lugar cristianos viejos: hallaréis tambien allí al Jdraque Jarife, que es un tio mio, moro solo en el nombre y en las obras cristiano; contadles lo que pasa, y decid que os lo dijo Rafala, que con esto seréis creidos y amparados, y no lo echeis en burla, si no quereis que las veras os engañen á vuestra costa, que no hay mayor engaño, que venir el desengaño tarde.

El susto, las acciones con que Rafala esto decia, se asentó en las almas de Auristela y de Constanza, de manera que fué creida, y no le respondieron otra cosa, que fuese mas que agradecimientos. Llamáron luego á Periandro y á Antonio, y contándoles lo que pasaba, sin tomar ocasion aparente, se salieron

de la casa, con todo lo que tenian. A Bartolomé, que quisiera mas descansar que mudar de posada, pesóle de la mudanza; pero en efecto obedeció á sus señores: llegaron á la Iglesia, donde fuéron bien recibidos del Cura y del Jadraque á quien contáron lo que Rafala les habia dicho. El Cura dijo: Muchos dias ha, señores, que nos dan sobresalto con la venida de esos bajeles de Berbería, y aunque es costumbre suya hacer estas entradas, la tardanza de esta me tenia ya algo descuidado: entrad, hijos, que buena torre tenemos y buenas y ferradas puertas tiene la Iglesia, que si no es muy de propósito no pueden ser derribadas, ni abrasadas. Ay, dijo á esta sazón el Jadraque, si han de ver mis ojos, ántes que se cierren, libre esta tierra destas espinas y malezas que la oprimen, ay cuando llegará el tiempo que tiene profetizado un abuelo mio, famoso en el Astrología, donde se verá España de todas partes entera y maciza en la Religion cristiana, que ella sola es el rincon del mundo donde está recogida y venerada la verdadera verdad de Cristo. Morisco soy, señores, y ojalá que negarlo pudiera; pero no por esto dejo de ser cristiano, que las divinas gracias las da Dios á quien él es servido, el cual tiene por costumbre, como vosotros mejor sabeis, de hacer salir su sol sobre los buenos y los malos, y llover sobre los justos y los injustos. Digo pues, que este mi abuelo dejó dicho, que cerca de estos tiempos reinaria en España un rey de la casa de Aus-

tria, en cuyo ánimo cabria la dificultosa resolucion de desterrar los Moriscos de ella, bien así como el que arroja de su seno la serpiente que le está royendo las entrañas, ó bien así como quien aparta la neguilla del trigo, ó escarda, ó arranca la mala yerba de los sembrados; ven ya, ó venturoso mozo y Rey prudente, y pon en ejecucion el gallardo decreto de este destierro, sin que se te oponga el temor que ha de quedar esta tierra desierta y sin gente, y el de que no será bien desterrar la que en efecto está en ella bautizada, que aunque estos sean temores de consideracion, el efecto de tan grande obra los hará vanos, mostrando la esperiencia dentro de poco tiempo, que con los nuevos cristianos viejos que esta tierra se poblare, se volverá á fertilizar, y á poner en mucho mejor punto que agora tiene: tendrán sus señores, si no tantos y tan humildes vasallos, serán los que tuvieren católicos, con cuyo amparo estarán estos caminos seguros y la paz podrá llevar en las manos las riquezas, sin que los salteadores se las lleven. Esto dicho, cerraron bien las puertas, fortalecieronlas con los bancos de los asientos, subiéronse á la torre, alzaron una escalera levadiza, llevóse el Cura consigo el Santísimo Sacramento en su relicario, proveyéronse de piedras, armáron dos escopetas, dejó el bagage mondo y desnudo á la puerta de la Iglesia Bartolomé el mozo, y encerróse con sus amos, y todos con ojo alerta y manos listas y con ánimos determinados estuviéron

esperando el asalto, de quien avisados estaban por la hija del morisco.

Pasó la media noche, que la midió por las estrellas el Cura, tendia los ojos por todo el mar que desde allí se parecia, y no habia nube que con la luz de la luna se pareciese, que no pensase sino que fuesen los bajeles turquescos, y aguijando á las campanas, comenzó á repicarlas tan á prisa y tan recio, que todos aquellos valles y todas aquellas riberas retumbaban, á cuyo son los atajadores de aquellas marinas se juntaron y las corrieron todas; pero no aprovechó su diligencia, para que los bajeles no llegasen á la ribera y echasen la gente en tierra. La del lugar que los esperaba salió cargada con sus mas ricas y mejores alhajas, adonde fueron recibidos de los turcos con grande grita y algazara al son de muchas dulzainas y de otros instrumentos, que puesto que eran bélicos, eran regocijados; pegaron fuego al lugar y asimismo á las puertas de la Iglesia, no por esperar entrarla, sino por hacer el mal que pudiesen: dejaron á Bartolomé á pié, porque le dejarretaron el bagage, derribaron una cruz de piedra, que estaba á la salida del pueblo, llamando á grandes voces el nombre de Mahoma, se entregaron á los turcos, ladrones pacíficos y deshonestos públicos: desde la lengua del agua, como dicen, comenzaron á sentir la pobreza que les amenazaba su mudanza, y la deshonra en que ponian á sus mugeres y á sus hijas; muchas veces y quizá algunas no

en vano, disparáron Antonio y Periandro las escopetas, muchas piedras arrojó Bartolomé, y todas á la parte donde habia dejado el bagage, y muchas flechas el Jadraque, pero muchas mas lágrimas echáron Auristela y Constanza, pidiendo á Dios, que presente tenian, que de tan manifiesto peligro los librase, y ansímismo, que no ofendiese el fuego á su templo, el cual no ardió, no por milagro, sino porque las puertas eran de hierro, y porque fué poco el fuego que se les aplicó. Poco faltaba para llegar el dia cuando los bajeles cargados con la presa, se hicieron al mar, alzando regocijados lilés, y tocando infinitos atabales y dulzainas: y en esto viéron venir dos personas corriendo hazia la Iglesia: la una de la parte de la marina, y la otra de la tierra, que llegando cerca, conoció el Jadraque que la una era su sobrina Rafala, que con una cruz de caña en las manos, venia diciendo á voces: Cristiana, cristiana, y libre, y libre por la gracia y misericordia de Dios. La otra conociéron ser el Escribano, que acaso aquella noche estaba fuera del lugar, y al son del arma de las campanas venia á ver el suceso que lloró, no por la pérdida de sus hijos y de su muger, que allí no los tenia, sino por la de su casa que halló robada y abrasada. Dejáron entrar el dia y que los bajeles se alargasen y que los atajadores tuviesen lugar de asegurar la costa, y entónces bajáron de la torre y abrieron la Iglesia. donde entró Rafala bañado con alegres lá-

grimas el rostro y acrecentando con su sobresalto su hermosura, hizo oracion á las imágenes y luego se abrazó con su tío, besando primero las manos al Cura: el Escribano ni adoró, ni besó las manos á nadie, porque le tenia ocupada el alma el sentimiento de la pérdida de su hacienda. Pasó el sobresalto, volviéron los espíritus de los retraidos á su lugar y el Jadraque cobrando aliento nuevo, volviendo á pensar en la profecía de su abuelo, casi como lleno de celestial espíritu, dijo: Ea, mancebo generoso, ea, Rey invencible, atropella, rompe, desbarata todo género de inconvenientes y déjanos á España tersa, limpia y desembarazada desta mi mala casta, que tanto la asombra y ménoscaba: ea, consejero tan prudente como ilustre, nuevo Atlante del peso de esta monarquía, ayuda y facilita con tus consejos á esta necesaria transmigracion; llénense estos mares de tus galeras cargadas del inútil peso de la generacion agarena, vayan arrojadas á las contrarias riberas las zarzas, las malezas y las otras yerbas que estorban el crecimiento de la fertilidad y abundancia cristiana, que si los pocos hebreos que pasáron á Egipto, multiplicáron tanto, que en su salida se contáron mas de seiscientas mil familias, ¿qué se podrá temer de estos que son mas y viven mas holgadamente? No los esquilman las religiones, no los entresacan las Indias, no los quintan las guerras; todos se casan, todos, ó los mas, engendran, de do se sigue y se infiere que su multiplicacion

y aumento ha de ser innumerable. Ea pues, vuelvo á decir, vayan, vayan, señor, y deja la taza de tu reino resplandeciente como el sol y hermosa como el cielo. Dos dias estuviéron en aquel lugar los peregrinos, volviendo á enterarse en lo que les faltaba, y Bartolomé se acomodó de bagage, los peregrinos agradeciéron al Cura su buen acogimiento y alabáron los buenos pensamientos del Jadraque, y abrazando á Rafala, se despidiéron de todos y siguiéron su camino.

CAPITULO XII.

En el cual se fuéron entreteniéndolo en contar el pasado peligro, el buen ánimo del Jadraque, la valentía del Cura, el zelo de Rafala, de la cual se les olvidó de saber, cómo se habia escapado del poder de los turcos que asaltáron la tierra, aunque bien consideráron, que con el alboroto ella se habria escondido en parte que tuviese lugar despues de volver á cumplir su deseo, que era de vivir y morir cristiana. Cerca de Valencia llegáron, en la cual no quisiéron entrar por escusar las ocasiones del detenerse: pero no faltó quien les dijo la grandeza de su sitio, la escelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos y finalmente todo aquello que la hace hermosa y rica sobre todas las ciudades, no solo de España, sino de toda Europa, y principalmente les alabáron la hermosura de las mugeres y su estremada limpieza y graciosa lengua, con quien sola la portuguesa puede competir, en ser dulce y agradable: determináron de alargar sus jornadas aunque fuese á costa de su cansancio, por llegar á Barcelona, á donde tenian noticia, habian de tocar unas galeras, en quien pensaban embarcarse, sin tocar en Francia, hasta Génova. Y al

salir de Villareal, hermosa y amenísima villa, de traves de entre una espesura de árboles les salió al encuentro una zagala, ó pastora valenciana, vestida á lo del campo, limpia como el sol y hermosa como la luna, la cual en su graciosa lengua, sin hablarles alguna palabra primero, y sin hacerles ceremonia de comedimiento alguno, dijo: ¿Señores, pedirlos he, ó darlos he? A lo que respondió Periandro: Hermosa zagala, si son zelos, ni los pidas, ni los des, porque si los pides, ménoscabas tu estimacion, y si los das, tu crédito: y si es que el que te ama tiene entendimiento, conociendo tu valor te estimará y querrá bien, y si no le tiene, ¿para qué quieres que te quiera? Bien has dicho, respondió la villana, y diciendo á Dios, volvió las espaldas, y se entró en la espesura de los árboles, dejándolos admirados con su pregunta, con su presteza y con su hermosura.

Otras algunas cosas les sucedieron en el camino de Barcelona, no de tanta importancia, que merezcan escritura, sino fué el ver desde léjos las santísimas montañas de Monserrate, que adoraron con devocion cristiana, sin querer subir á ellas, por no detenerse. Llegaron á Barcelona á tiempo cuando llegaban á su playa cuatro galeras españolas, que disparando y haciendo salva á la ciudad con gruesa artillería, arrojaron cuatro esquifes al agua, el uno de ellos adornado con ricas alcatifas de Levante y cogines de carmesí, en el cual venia, como despues

pareció, una hermosa muger de poca edad, ricamente vestida, con otra señora anciana, y dos doncellas hermosas y honestamente aderezadas. Salió infinita gente de la ciudad, como es costumbre, así á ver las galeras como á la gente que de ellas desembarcaba y la curiosidad de nuestros peregrinos llegó tan cerca de los esquifes, que casi pudieran dar la mano á la dama que dellos desembarcaba, la cual poniendo los ojos en todos, especialmente en Constanza, despues de haber desembarcado dijo: Llegaos acá, hermosa peregrina, que os quiero llevar conmigo á la ciudad, donde pienso pagaros una deuda que os debo, de quien vos creo que teneis poca noticia: vengan asímismo vuestros camaradas, porque no ha de haber cosa que obligue á dejar tan buena compañía. La vuestra, á lo que se ve, respondió Constanza, es de tanta importancia que careceria de entendimiento quien no la aceptase; vamos donde quisiéredes, que mis camaradas me seguirán, que no estan acostumbrados á dejarme. Asíó la señora de la mano á Constanza y acompañada de muchos caballeros que saliéron de la ciudad á recibirla y de otra gente principal de las galeras, se encamináron á la ciudad, en cuyo espacio de camino, Constanza no quitaba los ojos de ella, sin poder reducir á la memoria, haberla visto en tiempo alguno. Aposentáronla en una casa principal á ella y á las que con ella desembarcáron, y no fué posible que dejase ir á los peregrinos á otra

parte, con los cuales, así como tuvo comodidad para ello, pasó esta plática: Sacaros quiero, señores, de la admiracion en que sin duda os debe tener el ver que con particular cuidado procuro serviros y así os digo que á mí me llaman Ambrosia Agustina, cuyo nacimiento fué en una ciudad de Aragon, y cuyo hermano es Don Bernardo Agustin, cuatralvo de estas galeras que estan en la playa; Contarino de Arbolánchez, caballero del hábito de Alcántara, en ausencia de mi hermano, y á hurto del recato de mis parientes, se enamoró de mí, y yo llevada de mi estrella, ó por mejor decir de mi fácil condicion, viendo que no perdía nada en ello, con título de esposa le hice señor de mi persona y de mis pensamientos, y el mismo dia que le dí la mano, recibió él de la de su Magestad una carta, en que le mandaba viniese luego al punto, á conducir un tercio que bajaba de Lombardía á Génova, de infantería española, á la isla de Malta, sobre la cual se pensaba bajaba el Turco. Obedeció Contarino con tanta puntualidad lo que se le mandaba, que no quiso coger los frutos del matrimonio con sobresalto, y sin tener cuenta con mis lágrimas, el recibir la carta y el partirse, todo fué uno, parecióme que el cielo se habia caido sobre mí, y que entre él y la tierra me habian apretado el corazon y cogido el alma.

Pocos dias pasáron, cuando añadiendo yo imagi-
naciones á imaginations y deseos á deseos, vine á

poner en efecto uno, cuyo cumplimiento, así como me quitó la honra, por entónces, pudiera tambien quitarme la vida, ausentéme de mi casa sin sabiduría de ninguno de ella y en hábitos de hombre, que fuéron los que tomé de un pagecillo, asenté por criado de un tambor de una compañía que estaba en un lugar, pienso que ocho leguas del mio, en pocos dias toqué la caja tan bien como mi amo, aprendí á ser chocarrero, como lo son los que usan tal oficio; juntóse otra compañía con la nuestra, y ambas á dos se encamináron á Cartagena á embarcarse en estas cuatro galeras de mi hermano, en las cuales fué mi disinio pasar á Italia á buscar á mi esposo, de cuya noble condicion esperé, que no afearia mi atrevimiento, ni culparia mi deseo, el cual me tenia tan ciega, que no reparé en el peligro á que me ponía de ser conocida, si me embarcaba en las galeras de mi hermano; mas como los pechos enamorados no hay inconvenientes que no atropellen, ni dificultades por quien no rompan, ni temores que se les opongán, toda escabrosidad hice llana, venciendo miedos, y esperando aun en la misma desesperacion; pero como los sucesos de las cosas hacen mudar los primeros intentos en ellas, el mio, mas mal pensado que fundado, me puso en el término que agora oiréis. Los soldados de las compañías de aquellos capitanes que os he dicho, trabáron una cruel pendencia con la gente de un pueblo de la Mancha, sobre los alojamientos, de la cual salió

herido de muerte un caballero que decian ser conde de no sé que estado: vino un pesquisidor de la corte, prendió los capitanes, descarriáronse los soldados, y con todo eso prendió á algunos y entre ellos á mí desdichada, que ninguna culpa tenia: condenólos á galeras por dos años al remo, y á mí tambien, como por añadidura, me tocó la misma suerte; en vano me lamenté de mi desventura, viendo cuan en vano se habian fabricado mis disinios; quisiera darme la muerte, pero el temor de ir á otra peor vida, me embotó el chuchillo en la mano y me quitó la soga del cuello: lo que hice fué enlodarme el rostro, afeándole cuanto pude y encerréme en un carro donde nos metieron, con intencion de llorar tanto y de comer tan poco, que las lágrimas y la hambre hiciesen lo que la soga y el hierro no habian hecho. Llegámos á Cartagena, donde aun no habian llegado las galeras: pusiéronnos en la casa del Rey bien guardados, y allí estuvimos, no esperando sino temiendo nuestra desgracia. No sé, señores, si os acordaréis de un carro que topásteis junto á una venta, en la cual, esta hermosa peregrina (señalando á Constanza) socorrió con una caja de conserva á un desmayado delincuente: Sí acuerdo, respondió Constanza. Pues sabed, que yo era, dijo la señora Ambrosia, el que socorrísteis: por entre las esteras del carro os miré á todos, y me admiré de todos, porque vuestra gallarda disposicion no puede dejar de admirar si se mira. En efecto las galeras

llegáron con la presa de un bergantin de moros que las dos habian tomado en el camino; el mismo dia aherrojáron en ellas á los soldados, desnudándolos del trage que traian y vistiéndolos el de remeros: transformacion triste y dolorosa, pero llevadera: que la pena que no acaba la vida, la costumbre de padecerla, la hace fácil: llegáron á mí para desnudarme; hizo el cómitre, que me lavasen el rostro, porque yo no tenía aliento para levantar los brazos, miróme el barbero que limpia la chusma, y dijo: Pocas navajas gastaré yo con esta barba, no sé yo para qué nos envian acá á este muchacho de alfeñique, como si fuesen nuestras galeras de melcocha y sus remeros de alcorza, ¿y qué culpas cometiste tú, rapaz, que mereciesen esta pena? Sin duda alguna creo, que el raudal y corriente de otros ajenos delitos te han conducido á este término, y encaminando su plática al cómitre, le dijo: En verdad, patron, que me parece, que seria bien dejar á que sirviese este muchacho en la popa á nuestro general, con una manilla al pié, porque no vale para el remo dos ardites.

Estas pláticas, y la consideracion de mi suceso, que parece que entónces se estremó en apretarme el alma, me apretó el corazon de manera, que me desmayé y quedé como muerta: dicen, que volví en mí á cabo de cuatro horas, en el cual tiempo se me hicieron muchos remedios para que volviese, y lo que mas sintiera yo si tuviera sentido, fué, que de-

biéron de enterarse que yo no era varon, sino hembra; volví de mi parasismo, y lo primero con quien topó la vista, fué con los rostros de mi hermano y de mi esposo, que entre sus brazos me tenian; no sé yo como en aquel punto la sombra de la muerte no cubrió mis ojos; no sé yo como la lengua no se me pegó al paladar: solo sé, que no supe lo que me dije, aunque sentí que mi hermano dijo: ¿Qué trage es este, hermana mia? Y mi esposo dijo: ¿Qué mudanza es esta, mitad de mi alma? Que si tu bondad no estuviera tan de parte de tu honra, yo hiciera luego que trocaras este trage con el de la mortaja. ¿Vuestra esposa es esta? dijo mi hermano á mi esposo: tan nuevo me parece este suceso, como me parece el de verla á ella en este trage: verdad es, que si esto es verdad, bastante recompensa seria á la pena que me causa el ver así á mi hermana. A este punto, habiendo yo recobrado en parte mis perdidos espíritus, me acuerdo que dije: Hermano mio, yo soy Ambrosia Agustina tu hermana, y soy ansímismo la esposa del señor Contarino de Arbolánchez: el amor y tu ausencia, ó hermano, me le diéron por marido, el cual sin gozarme, me dejó; yo atrevida, arrojada y mal considerada, en este trage que me veis le vine á buscar: y con esto les conté toda la historia que de mí habeis oido; y mi suerte, que por puntos se iba á mas andar mejorando, hizo que me diesen crédito y me tuviesen lástima: contáronme, como á mi esposo le habian

cautivado moros con una de dos chalupas, donde se habia embarcado, para ir á Génova, y que el cobrar la libertad habia sido el dia ántes al anochecer, sin que le diese lugar el tiempo de haberse visto con mi hermano, sino al punto que me halló desmayada. Suceso cuya novedad le podia quitar el crédito, pero todo es así como lo he dicho: en estas galeras pasaba esta señora que viene conmigo, y con estas sus dos nietas á Italia, donde su hijo en Sicilia tiene el patrimonio real á su cargo, vistiéronme estos que traigo, que son sus vestidos, y mi marido y mi hermano alegres y contentos nos han sacado hoy á tierra para espaciarnos y para que los muchos amigos que tienen en esta ciudad se alegren con ellos: si vosotros, señores, vais á Roma, yo haré que mi hermano os ponga en el mas cercano puerto della. La caja de conserva os la pagaré con llevaros en la mia, hasta adonde mejor os esté, y cuando yo no pasara á Italia, en fe de mi ruego os llevará mi hermano. Esta es, amigos míos, mi historia: si se os hiciere dura de creer, no me maravillaria, puesto que la verdad bien puede enfermar, pero no morir del todo, y pues que comunmente se dice, que el creer es cortesía, en la vuestra, que debe de ser mucha, deposito mi crédito.

Aquí dió fin la hermosa Agustina á su razonamiento, y aquí comenzó la admiracion de los oyentes á subirse de punto: aquí comenzáron á desmenuzarse las circunstancias del caso y tambien los

abrazos de Constanza y Auristela, que á la bella Ambrosia diéron, la cual, por ser así voluntad de su marido, hubo de volverse á su tierra, porque por hermosa que sea, es embarazosa la compañía de la muger en la guerra. Aquella noche se alteró el mar de modo, que fué forzoso alargarse las galeras de la playa, que en aquella parte es de continuo mal segura: los cortesés catalanes, gente enojada terrible, y pacífica córtesanísima, calidades que por defenderlas entrambas, se adelantan á sí mismos, que es como adelantarse á todas las naciones del mundo, visitáron y regaláron todo lo posible á la señora Ambrosia Agustina, á quien diéron las gracias despues que volviéron su hermano y su esposo. Auristela escarmentada con tantas esperiencias como habia hecho de las borrascas del mar, no quiso embarcarse en las galeras, sino irse por Francia, pues estaba pacífica. Ambrosia se volvió á Aragon, las galeras siguiéron su viage, y los peregrinos el suyo, entrándose por Perpiñan en Francia.

CAPITULO XIII.

Por la parte de Perpiñan quiso tocar la primera de Francia nuestra escuadra, á quien dió que hablar el suceso de Ambrosia muchos dias, en la cual fuéron disculpa sus pocos años de sus muchos yerros, y juntamente halló en el amor que á su esposa tenia, perdon de su atrevimiento: en fin ella se volvió, como queda dicho, á su patria, las galeras siguiéron su viage, y el suyo nuestros peregrinos, los cuales llegando á Perpiñan, paráron en un meson, á cuya gran puerta estaba puesta una mesa y al rededor de ella mucha gente, mirando jugar á dos hombres á los dados, sin que otro alguno jugase; parecióles á los peregrinos, ser novedad que mirasen tantos y jugasen tan pocos. Preguntó Periandro la causa, y fuéle respondido, que de los que jugaban, el perdidoso perdía la libertad y se hacia prenda del Rey, para bogar al remo seis meses, y el que ganaba, ganaba veinte ducados que los ministros del Rey habian dado al perdidoso para que probase en el juego su ventura: uno de los dos que jugaban, la probó, y no le supo bien, porque la perdió, y al momento le pusiéron en una cadena, y al que la ganó le quitáron otra que para seguridad de que no

huiría si perdía, le tenían puesta: miserable juego y miserable suerte, donde no son iguales la pérdida y la ganancia. Estando en esto, viéron llegar al meson gran golpe de gente, entre la cual venia un hombre en cuerpo, de gentil parecer, rodeado de cinco, ó seis criaturas, de edad de cuatro á siete años: venia junto á él una muger amargamente llorando, con un lienzo de dineros en la mano, la cual con lastimada voz venia diciendo: Tomad, señores, vuestros dineros, y volvedme á mi marido, pues no el vicio, sino la necesidad le hizo tomar este dinero; él no se ha jugado, sino vendido, porque quiere á costa de su trabajo sustentarme á mí y á sus hijos: ¡amargo sustento y amarga comida para mí y para ellos! Callad, señora, dijo el hombre y gastad ese dinero, que yo le desquitaré con la fuerza de mis brazos, que todavía se amañarán ántes á domeñar un remo que un azadon: no quise ponerme en aventura de perderlos, jugándolos, por no perder juntamente con mi libertad vuestro sustento. Casi no dejaba oír el llanto de los muchachos esta dolorida plática, que entre marido y muger pasaba: los ministros que le traian, les dijéron que enjugasen las lágrimas, que si lloraran cuantas cabian en el mar, no serian bastantes á darle la libertad que habia perdido. Prevalecian en su llanto los muchachos, diciendo á su padre: Señor, no nos deje, porque nos moriremos todos, si se va. El nuevo y estraño caso enterneció las entrañas de nuestros peregrinos. es-

pecialmente las de la tesorera Constanza, y todos se movieron á rogar á los ministros de aquel cargo, fuesen contentos de tomar su dinero, haciendo cuenta que aquel hombre no habia sido en el mundo, y que les conmoviese á no dejar viuda á una muger, ni huérfanos á tantos niños: en fin tanto supieron decir y tanto quisieron rogar, que el dinero volvió á poder de sus dueños y la muger cobró su marido y los niños á su padre.

La hermosa Constanza, rica despues de condesa, mas cristiana que bárbara, con parecer de su hermano Antonio, dió á los pobres perdidos cincuenta escudos de oro con que se cobraron, y así se volvieron tan contentos como libres, agradeciendo al cielo y á los peregrinos la tan no vista como no esperada limosna. Otro dia pisaron la tierra de Francia y pasando por Languedoc, entraron en la Provenza: donde en otro meson hallaron tres damas francesas de tan estremada hermosura, que á no ser Auristela en el mundo, pudieran aspirar á la palma de la belleza; parecian señoras de grande estado, segun el aparato con que se servian; las cuales viendo los peregrinos, así les admiró la gallardía de Periandro y de Antonio, como la sin igual belleza de Auristela y de Constanza; llegaronlas á sí, y habláronlas con alegre rostro y cortes comedimiento, preguntáronlas quién eran, en lengua castellana, porque conociéron ser españolas las peregrinas, y en Francia, ni varon, ni muger deja de aprender la

lengua castellana. En tanto que las señoras esperaban la respuesta de Auristela, á quien se encaminaban sus preguntas, se desvió Periandro á hablar con un criado, que le pareció ser de las ilustres francesas; preguntóle, quién eran y adónde iban, y él le respondió, diciendo: El Duque de Nemours, que es uno de los que llaman de la sangre en este reino, es un caballero bizarro y muy discreto, pero muy amigo de su gusto: es recién heredado y ha propuesto de no casarse por agena voluntad, sino por la suya, aunque se le ofrezca aumento de estado y de hacienda, y aunque vaya contra el mandamiento de su Rey: porque dice, que los reyes bien pueden dar la muger á quien quisieren de sus vasallos, pero no el gusto de recibilla. Con esta fantasía, locura, ó discrecion, ó como mejor debe llamarse, ha enviado á algunos criados suyos á diversas partes de Francia á buscar alguna muger que despues de ser principal, sea hermosa, para casarse con ella, sin que reparen en hacienda, porque él se contenta con que la dote sea su calidad y su hermosura; supo la de estas tres señoras, y enviómé á mí, que le sirvo, para que las viese y las hiciese retratar de un famoso pintor que envió conmigo: todas tres son libres y todas de poca edad, como habeis visto: la mayor, que se llama Deleasir, es discreta en extremo, pero pobre: la mediana, que Belarminia se llama, es bizarra y de gran donaire y rica medianamente: la mas pequeña, cuyo nombre es Félix

Flora, hace gran ventaja á las dos en ser rica: ellas tambien han sabido el deseo del Duque y querrian, segun á mí se me ha traslucido, ser cada una la venturosa de alcanzarle por esposo, y con ocasion de ir á Roma á ganar el jubileo de este año, que es como el centésimo que se usaba, han salido de su tierra y quieren pasar por Paris y verse con el Duque, fiadas en el quizá que trae consigo la buena esperanza: pero despues, señores peregrinos, que aquí entrásteis, he determinado de llevar un presente á mi amo, que borre del pensamiento todas y cualesquier esperanzas que estas señoras en el suyo hubieren fabricado, porque le pienso llevar el retrato de esta vuestra peregrina, única y general señora de la humana belleza; y si ella fuese tan principal como es hermosa, los criados de mi amo no tendrían mas que hacer, ni el Duque mas que desear. ¿Decidme, por vida vuestra, señor, si es casada esta peregrina, cómo se llama y qué padres la engendraron? A lo que temblando respondió Periandro: Su nombre es Auristela, su viage á Roma, sus padres nunca ella los ha dicho; y de que sea libre os aseguro, porque lo sé sin duda alguna; pero hay otra cosa en ello, que es tan libre y tan señora de su voluntad, que no la rendirá á ningun príncipe de la tierra, porque dice, que la tiene rendida al que lo es del cielo: y para enteraros en que sepais ser verdad todo lo que os he dicho, sabed que yo soy su hermano, y el que sabe lo escondido

de sus pensamientos; así que no os servirá de nada el retratalla, sino de alborotar el ánimo de vuestro señor, si acaso quisiese atropellar por el inconveniente de la bajeza de mis padres. Con todo eso, respondió el otro, tengo de llevar su retrato, siquiera por curiosidad y porque se dilate por Francia este nuevo milagro de hermosura.

Con esto se despidieron y Periandro quiso partirse luego de aquel lugar, por no dársele al pintor para retratar á Auristela. Bartolomé volvió luego á aderezar el bagage y á no estar bien con Periandro, por la priesa que daba á la partida. El criado del Duque viendo que Periandro queria partirse luego, se llegó á él y le dijo: Bien quisiera, señor, rogaros que os detuviéades un poco en este lugar, siquiera hasta la noche, porque mi pintor con comodidad y de espacio pudiera sacar el retrato del rostro de vuestra hermana; pero bien os podeis ir á la paz de Dios, porque el pintor me ha dicho que de sola una vez que la ha visto, la tiene tan aprendida en la imaginacion que la pintará á sus solas tan bien como si siempre la estuviera mirando. Maldijo Periandro entre sí la rara habilidad del pintor, pero no dejó por esto de partirse, despidiéndose luego de las tres gallardas francesas que abrazaron á Auristela y á Constanza estrechamente, y les ofrecieron de llevarlas hasta Roma en su compañía, si dello gustaban. Auristela se lo agradeció con las mas corteses palabras que supo, diciéndoles,

que su voluntad obedecía á la de su hermano Periandro, y que así no podían detenerse ella ni Constanza, pues Antonio, hermano de Constanza, y el suyo se iban, y con esto se partiéron, y de allí á seis dias llegaron á un lugar de la Provenza, donde les sucedió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XIV.

La historia, la poesía y la pintura se simbolizan entre sí y se parecen tanto, que cuando escribes historia, pintas, y cuando pintas, compones; no siempre va en un mismo peso la historia; ni la pintura pinta cosas grandes y magníficas, ni la poesía conversa siempre por los cielos; bajezas admite la historia, la pintura yerbas y retamas en sus cuadros, y la poesía tal vez se realza cantando cosas humildes; esta verdad nos la muestra bien Bartolomé, bagagero del escuadron peregrino, el cual, tal vez habla y es escuchado en nuestra historia. Este revolviendo en su imaginacion el cuento del que vendió su libertad por sustentar á sus hijos, una vez dijo, hablando con Periandro: Grande debe de ser, señor, la fuerza que obliga á los padres á sustentar á sus hijos, sino dígalo aquel hombre que no quiso jugarse por no perderse, sino empeñarse por sustentar á su pobre familia: la libertad, segun yo he oido decir, no debe de ser vendida por ningun dinero, y este la vendió por tan poco que lo llevaba la muger en la mano: acuérdome tambien de haber oido decir á mis mayores, que llevando á ahorcar á un hombre anciano, y ayudándole los sacerdotes á

bien morir, les dijo: Vuestas mercedes se sosieguen, y déjenme morir despacio, que aunque es terrible este paso en que me veo, muchas veces me he visto en otros mas terribles. Preguntáronle, ¿y cuales eran?: respondióles: que el amanecer Dios y el rodealle seis hijos pequeños pidiéndole pan, y no teniéndolo para dárselo, la cual necesidad me puso la ganzúa en la mano y fieltros en los piés: con que facilité mis hurtos, no viciosos, sino necesitados. Estas razones llegaron á los oídos del señor que le habia sentenciado al suplicio, que fuéron parte para volver la justicia en misericordia y la culpa en gracia. A lo que respondió Periandro: El hacer el padre por su hijo, es hacer por sí mismo, porque mi hijo es otro yo, en el cual se dilatá y se continúa el ser del padre; y así como es cosa natural y forzosa, el hacer cada uno por sí mismo, así lo es el hacer por sus hijos, lo que no es tan natural, ni tan forzoso hacer los hijos por los padres, porque el amor que el padre tiene á su hijo deciendo, y el decender es caminar sin trabajo, y el amor del hijo con el padre aciende y sube, que es caminar cuesta arriba, de donde ha nacido aquel refran: *Un padre para cien hijos, ántes que cien hijos para un padre*: Con estas pláticas y otras entretenian el camino por Francia, la cual es tan poblada, tan llana y apacible, que á cada paso se hallan casas de placer, adonde los señores de ellas estan casi todo el año, sin que se les dé algo por estar en las villas, ni en las ciuda-

des. A una de estas llegaron nuestros viandantes, que estaba un poco desviada del camino real.

Era la hora de mediodía, herian los rayos del sol dorechamente á la tierra, entraba el calor, y la sombra de una gran torre de la casa les convidó á que allí esperasen á pasar la siesta, que con calor riguroso amenazaba. El solícito Bartolomé desembarazó el bagage y tendiendo un tapete en el suelo, se sentáron todos á la redonda, y de los manjares, de quien tenia cuidado de hacer Bartolomé su re-
puesto, satisfaciéron la hambre, que ya comenzaba á fatigarles : pero apénas habian alzado las manos para llevarlo á la boca, cuando alzando Bartolomé los ojos, dijo á grandes voces : Apartaos, señores, que no sé quien baja volando del cielo, y no será bien que nos coja debajo. Alzáron todos la vista y viéron bajar por el aire una figura, que ántes que distinguiesen lo que era, ya estaba en el suelo junto casi á los piés de Periandro, la cual figura era de una muger hermosísima, que habiendo sido arrojada desde lo alto de la torre, sirviéndole de campana y de alas sus mismos vestidos, la puso de piés en el suelo sin daño alguno, cosa posible sin ser milagro : dejóla el suceso atónita y espantada, como lo quedáron los que volar la habian visto ; oyéron en la torre gritos que los daba otra muger, que abrazada con un hombre parecia que pugnaban por derribarse el uno al otro : Socorro, socorro, decia la muger, socorro, señores, que este loco quiere despe-

ñarme de aquí abajo. La muger voladora, vuelta algun tanto en sí, dijo: Si hay alguno que se atreva á subir por aquella puerta, señalándoles una, que al pié de la torre estaba, libraré de peligro mortal á mis hijos y á otras gentes flacas que allí arriba estan. Periandro impelido de la generosidad de su ánimo se entró por la puerta, y á poco rato le vieron en la cumbre de la torre abrazado con el hombre que mostraba ser loco, del cual, quitándole un cuchillo de las manos, procuraba defenderse: pero la suerte que queria concluir con la tragedia de su vida, ordenó que entrambos á dos viniesen al suelo, cayendo al pié de la torre, el loco pasado el pecho con el cuchillo que Periandro en la mano traia, y Periandro vertiendo por los ojos, narices y boca cantidad de sangre, que como no tuvo vestidos anchos que le sustentasen, hizo el golpe su efecto y dejóle casi sin vida. Auristela que así le vió, creyendo indubitablemente, que estaba muerto, se arrojó sobre él, y sin respeto alguno, puesta la boca con la suya, esperaba á recoger en sí alguna reliquia, si del alma le hubiese quedado; pero aunque le hubiera quedado no pudiera recebilla, porque los traspillados dientes le negaran la entrada. Constanza dando lugar á la pasion no le pudo dar á mover el paso para ir á socorrerla, y quedóse en el mismo sitio donde la halló el golpe, pegada los piés al suelo como si fueran raices, ó como si ella fuera estatua de duro mármol formada. Antonio su her-

mano acudió á apartar los semivivos y á dividir los que ya pensaba ser cadáveres: solo Bartolomé fué el que mostró con los ojos el grave dolor que en el alma sentia, llorando amargamente.

Estando todos en la amarga afliccion que he dicho, sin que hasta entónces ninguna lengua hubiese publicado su sentimiento, viéron que hacia ellos venia un gran tropel de gente, la cual desde el camino real habia visto el vuelo de los caidos y venian á ver el suceso, y era el tropel que venia, las hermosas damas francesas, Deleasir, Belarminia y Feliz Flora: luego como llegaron, conocieron á Auristela y á Periandro, como á aquellos que por su singular belleza quedaban impresos en la imaginacion del que una vez los miraba: apénas la compasion les habia hecho apearse para socorrer, si fuese posible, la desventura que miraban, cuando fuéron asaltados de seis, ú ocho hombres armados, que por las espaldas les acometiéron. Este asalto puso en las manos de Antonio su arco y sus flechas, que siempre las tenia á punto, ó ya para ofender, ó ya para defenderse: uno de los armados con descortes movimiento asió á Feliz Flora del brazo, y la puso en el arzon delantero de su silla, y dijo volviéndose á los demas compañeros: Esto es hecho: esta me basta: demos la vuelta. Antonio, que nunca se pagó de descortesías, pospuesto todo temor, puso una flecha en el arco; tendió cuanto pudo el brazo izquierdo, y con la derecha estiró la cuerda, hasta

que llegó al diestro oído, de modo que las dos puntas y extremos del arco casi se juntaron, y tomando por blanco el robador de Feliz Flora, disparó tan derechamente la flecha, que sin tocar á Feliz Flora, sino en una parte del velo, con que se cubria la cabeza, pasó al salteador el pecho de parte á parte: acudió á su venganza uno de sus compañeros, y sin dar lugar á que otra vez Antonio el arco armase, le dió una herida en la cabeza, tal, que dió con él en el suelo mas muerto que vivo; visto lo cual de Constanza, dejó de ser estatua, y corrió á socorrer á su hermano, que el parentesco calienta la sangre que suele helarse en la mayor amistad, y lo uno y lo otro son indicios y señales de demasiado amor.

Ya en esto habian salido de la casa gente armada, y los criados de las tres damas apercebidos de piedras, digo, los que no tenian armas, se pusieron en defensa de sus señoras; los salteadores que vieron muerto á su Capitan, y que segun los defensores acudian, podian ganar poco en aquella empresa, especialmente considerando ser locura aventurar las vidas, por quien ya no podia premiarlas, volvieron las espaldas y dejaron el campo solo. Hasta aquí de esta batalla pocos golpes de espada hemos oido, pocos instrumentos bélicos han sonado: el sentimiento que por los muertos suelen hacer los vivos, no ha salido á romper los aires, las lenguas en amargo silencio tienen depositadas sus quejas,

solo algunos ayes entre roncós gemidos andan en-
vuelos, especialmente en los pechos de las lastima-
das Auristela y Constanza, cada cual abrazada con
su hermano, sin poder aprovecharse de las quejas,
con que se alivian los lastimados corazones; pero
en fin, el cielo que tenia determinado de no dejar-
las morir tan apriesa y tan sin quejarse, les des-
pegó las lenguas, que al paladar pegadas tenian, y
la de Auristela prorumpió en razones semejantes:

No sé yo desdichada, como busco aliento en un
muerto, ó como ya que le tuviese puedo sentirle, si
estoy tan sin él, que ni sé si hablo, ni si respiro; ¡ ay
hermano, y qué caída ha sido esta, que así ha der-
ribado mis esperanzas, como que la grandeza de
vuestro linage no se hubiera opuesto á vuestra
desventura! Mas ¿ cómo podria ella ser grande si
vos no lo fuéades? En los montes mas levantados
caen los rayos, y adonde hallan mas resistencia,
hacen mas daño: monte érades vos, pero monte hu-
milde, que con las sombras de vuestra industria y
de vuestra discrecion os encubríades á los ojos de
las gentes: ventura íbades á buscar en la mia, pero
la muerte ha atajado el paso, encaminando el mio á
la sepultura: ¿ cuán cierta la tendrá la Reina vuestra
madre, cuando á sus oidos llegue vuestra no espe-
rada muerte? ¡ Ay de mí, otra vez sola y en tierra
agená, bien así como verde yedra, á quien ha falta-
do su verdadero arrimo! Estas palabras de reina,
de montes y grandezas, tenian atentos los oidos de

los circunstantes que les escuchaban y aumentóles la admiracion, las que tambien decia Constanza, que en sus faldas tenia á su mal herido hermano, apretándole la herida y tomándole la sangre. La compasiva Feliz Flora, que con un lienzo suyo blandamente se la esprimia, obligada de haberla el herido librado de su deshonra: ¡Ay, digo, decia, amparomio! ¿De qué ha servido haberme levantado la fortuna, si me habia de derribar al de desdichada? Volved, hermano, en vos, si quereis que yo vuelva en mí, ó si no haced, ó piadosos cielos, que una misma muerte nos cierre los ojos y una misma sepultura nos cubra los cuerpos, que el bien que sin pensar me habia venido, no podia traer otro descuento que la presteza de acabarse. Con esto se quedó desmayada y Auristela ni mas ni ménos, de modo que tan muertas parecian ellas, y aun mas que los heridos. La dama que cayó de la torre, causa principal de la caida de Periandro, mandó á sus criados que ya habian venido muchos de la casa, que le llevasen al lecho del conde Domicio, su señor: mandó tambien llevar á Domicio, su marido, para dar orden en sepultalle. Bartolomé tomó en brazos á su señor Antonio: á Constanza se los dió Feliz Flora y á Auristela Belarminia y Deleasir, y en escuadron doloroso y con amargos pasos se encaminaron á la casi real casa.

CAPITULO XV.

Poco aprovechaban las discretas razones que las tres damas francesas daban á las dos lastimadas Constanza y Auristela, porque en las recientes desventuras no hallan lugar consolatorias persuasiones; el dolor y el desastre que de repente sucede, no de improviso admite consolacion alguna, por discreta que sea: la postema duele, miéntras no se ablanda y el ablandarse requiere tiempo hasta que llegue el de abrirse; y así miéntras se llora, miéntras se gime, miéntras se tiene delante quien mueva al sentimiento á quejas y á suspiros, no es discrecion demasiada acudir al remedio con agudas medicinas: llore pues algun tanto mas Auristela, gima algun espacio mas Constanza y cierren entrambas los oidos á toda consolacion, en tanto que la hermosa Claricia nos cuenta la causa de la locura de Domicio su esposo, que fué segun ella dijo á las damas francesas, que ántes que Domicio con ella se desposase, andaba enamorado de una parienta suya, la cual tuvo casi indubitable esperanzas de casarse con él; salióle en blanco la suerte, para que ella, dijo Claricia, la tuviese siempre negra, porque disimulando Lorena, que así se llamaba la parienta de Domicio, el enojo

que habia recibido del casamiento de mi esposo, dió en regalarle con muchos y diversos presentes, puesto que mas bizarros y de buen parecer, que costosos, entre los cuales le envió una vez, bien así como envió la falsa Deyanira la camisa á Hércules: digo que le envió unas camisas, ricas por el lienzo y por la labor vistosas; apénas se puso una, cuando perdió los sentidos y estuvo dos dias como muerto, puesto que luego se la quitáron, imaginando que una esclava de Lorena, que estaba en opinion de maga, la habria hechizado. Volvió á la vida mi esposo, pero con sentidos tan turbados y tan trocados, que ninguna accion hacia que no fuese de loco y no de loco manso, sino de cruel, furioso y desatinado, tanto, que era necesario tenerle en cadenas, y que aquel dia, estando ella en aquella torre, se habia soltado el loco de las prisiones, y viniendo á la torre, la habia echado por las ventanas abajo, á quien el cielo socorrió con la anchura de sus vestidos, ó por mejor decir, con la acostumbrada misericordia de Dios, que mira por los inocentes: dijo, como aquel peregrino habia subido á la torre á librar á una doncella á quien el loco queria derribar al suelo, tras la cual tambien despeñara á otros dos pequeños hijos, que en la torre estaban; pero el suceso fué tan contrario, que el Conde y el peregrino se estrelláron en la dura tierra, el Conde herido de una mortal herida, y el peregrino con un cuchillo en la mano, que al parecer se le habia quitado á

Domicio, cuya herida era tal, que no fuera menester servir de añadidura para quitarle la vida, pues bastaba la caída. En esto Periandro estaba sin sentido en el lecho, adonde acudieron maestros á curarle y á concertarle los deslocados huesos, diéronle bebidas apropiadas al caso, halláronle pulsos y algun tanto de conocimiento de las personas que al rededor de sí tenia, especialmente de Auristela, á quien con voz desmayada, que apenas podia entenderse, dijo: Hermana, yo muero en la fe católica cristiana y en la de quererte bien; y no habló, ni pudo hablar mas palabra por entónces. Tomáron la sangre á Antonio, y tentándole los cirujanos la herida, pidieron albricias á su hermana, de que era mas grande que mortal y de que presto tendria salud con ayuda del cielo: dióselas Félix Flora adelantándose á Constanza, que se las iba á dar y aun se las dió, y los cirujanos las tomaron de entrambas, por no ser nada escrupulosos.

Un mes, ó poco mas estuviéron los enfermos curándose, sin querer dejarlos las señoras francesas, tanta fué la amistad que trabáron y el gusto que sintieron de la discreta conversacion de Auristela y de Constanza y de los dos sus hermanos, especialmente Félix Flora, que no acertaba á quitarse de la cabecera de Antonio, amándole con un tan comedido amor, que no se estendia á mas que á ser benevolencia y á ser como agradecimiento del bien que dél habia recibido, cuando su saeta la libró de

las manos de Rubertino, que segun Félix Flora contaba, era un caballero, señor de un castillo que cerca de otro suyo tenia, el cual Rubertino, llevado, no de perfecto, sino de vicioso amor, habia dado en seguirla y perseguirla y en rogarla le diese la mano de esposa; pero que ella por mil esperiencias y por la fama, que pocas veces miente, habia conocido ser Rubertino de áspera y cruel condicion, y de mudable y antojadiza voluntad, y no habia querido conceder con su demanda, y que imaginaba que acosado de sus desdenes, habria salido al camino á roballa y á hacer de ella por fuerza lo que la voluntad no habia podido; pero que la flecha de Antonio habia cortado todos sus crueles y mal fabricados disinios, y esto le movia á mostrarse agradecida. Todó esto que Félix Flora dijo, pasó así, sin faltar punto y cuando se llegó el de la sanidad de los enfermos y sus fuerzas comenzáron á dar muestras della, volviéron á renovarse sus deseos, á lo ménos los de volver á su camino, y así lo pusieron por obra, acomodándose de todas las cosas necesarias, sin que, como está dicho, quisiesen las señoras francesas dejar á los peregrinos, á quien ya trataban con admiracion y con respeto, porque las razones del llanto de Auristela les habia hecho concebir en sus ánimos, que debian de ser grandes señores, que tal vez la magestad suele cubrirse de buriel y la grandeza vestirse de humildad. En efecto con perplejos pensamientos los miraban: el po-

bre acompañamiento suyo les hacia tener en estima de condicion mediana, el brio de sus personas y la belleza de sus rostros levantaba su calidad al cielo, y así entre el sí y el no andaba dudosa.

Ordenáron las damas francesas, que fuesen todos á caballo, porque la caida de Periandro no consentia que se fiasse de sus piés. Félix Flora agradecida al golpe de Antonio el bárbaro, no sabia quitarle de su lado, y tratando del atrevimiento de Rubertino, á quien dejaba muerto y enterrado, y de la estraña historia del conde Domicio, á quien las joyas de su prima, juntamente con quitarle el juicio, le habian quitado la vida, y del vuelo milagroso de su muger, mas para ser admirado que creido, llegaron á un rio, que se badeaba con algun trabajo. Periandro fué de parecer que se buscasse la puente, pero todos los demas no viniéron en él: y bien así como cuando al represado rebaño de mansas ovejas, puestas en lugar estrecho, hace camino la una, á quien las demas al momento siguen, Belarminia se arrojó al agua, á quien todos siguiéron sin quitarse del lado de Auristela Periandro, ni del de Félix Flora Antonio, llevando tambien junto á sí á su hermana Constanza: ordenó pues la suerte, que no fuese buena la de Félix Flora, porque la corriente del agua le desvaneció la cabeza de modo, que sin poder tenerse, dió consigo en mitad de la corriente, tras quien se abalanzó con no creida presteza el cortes Antonio, y sobre sus hombros, como á otra

nueva Europa, la puso en la seca arena de la contraria ribera. Ella viendo el presto beneficio, le dijo: Muy cortes eres, español. A quien Antonio respondió: Si mis cortesías no nacieran de tus peligros, estimáralas en algo; pero como nacen de ellos, ántes me descontentan que alegran. Pasó en fin el, como he dicho otras veces, hermoso escuadron y llegaron al anochecer á una casería, que junto con serlo, era meson, en el cual se alojáron á toda su voluntad, y lo que en él les sucedió nuevo estilo y nuevo capítulo pide.

CAPITULO XVI.

Cosas y casos suceden en el mundo, que si la imaginacion, ántes de suceder, pudiera hacer que así sucedieran, no acertara á trazarlos, y así muchos por la raridad con que acontecen, pasan plaza de apócrifos y no son tenidos por tan verdaderos como lo son, y así es menester que les ayuden juramentos, ó á lo ménos el buen crédito de quien los cuenta; aunque yo digo, que mejor seria no contarlos segun lo aconsejan aquellos antiguos versos castellanos, que dicen :

Las cosas de admiracion
No las digas, ni las cuentas,
Que no saben todas gentes
Como son.

La primera persona con quien encontró Constanza, fué con una moza de gentil parecer, de hasta veinte y dos años, vestida á la española, limpia y aseadamente, la cual llegándose á Constanza, le dijo en lengua castellana : Bendito sea Dios que veo gente, si no de mi tierra, á lo ménos de mi nacion española : bendito sea Dios, digo otra vez, que oiré decir Vuesa merced, y no Señoría hasta los mozos

de cocina. Desesa manera, respondió Constanza, vos, señora, española debeis de ser. Y como si lo soy, respondió ella, y aun de la mejor tierra de Castilla: ¿de cual? replicó Constanza: De Talavera de la Reina, respondió ella. Apénas hubo dicho esto, cuando á Constanza le viniéron barruntos que debia de ser la esposa de Ortel Banedre, el polaco, que por adúltera quedaba presa en Madrid, cuyo marido, persuadido de Periandro, la habia dejado presa, y ídose á su tierra, y en un instante fabricó en su imaginacion un monton de cosas, que puestas en efecto, le sucediéron casi como las habia pensado: tomóla por la mano, y fuese donde estaba Auristela y apartándola aparte con Periandro, les dijo: Señores, vosotros estais dudosos de que si la ciencia que yo tengo de adivinar es falsa, ó verdadera, la cual ciencia no se acredita con decir las cosas que estan por venir, porque solo Dios las sabe, y si algun humano las acierta, es acaso, ó por algunas premisas á quien la esperiencia de otras semejantes tiene acreditadas: si yo os dijese cosas pasadas, que no hubiesen llegado, ni pudiesen llegar á mi noticia, ¿qué diríades? ¿Quereislo ver? Esta buena hija que tenemos delante, es de Talavera de la Reina, que se casó con un estrangero polaco, que se llamaba, si mal no me acuerdo, Ortel Banedre, á quien ella ofendió con alguna desenvoltura, con un mozo de meson, que vivia frontero de su casa, la cual lleva-

da de sus ligeros pensamientos y en los brazos de sus pocos años, se salió de casa de sus padres con el referido mozo y fué presa en Madrid con el adúltero, donde debe de haber pasado muchos trabajos, así en la prision como en el haber llegado hasta aquí, que quiero que ella nos los cuente, porque aunque yo los adivine, ella nos los contará con mas puntualidad y con mas gracia. ¡Ay, cielos santos! dijo la moza, ¿y quién es esta señora que me ha leído mis pensamientos? ¿Quién es esta adivina que así sabe la desvergonzada historia de mi vida? Yo, señora, soy esa adúltera, yo esa presa y condenada á destierro de diez años, porque no tuve parte que me siguiese y soy la que aquí estoy en poder de un soldado español, que va á Italia, comiendo el pan con dolor, y pasando la vida que por momentos me hace desear la muerte: mi amigo el primero murió en la cárcel, este que no sé en qué número ponga, me socorrió en ella, de donde me sacó y como he dicho me lleva por esos mundos con gusto suyo y con pesar mio, que no soy tan tonta que no conozca el peligro en que traigo el alma en este vagabundo estado. Por quien Dios es, señores, pues sois españoles, pues sois cristianos y pues sois principales, segun lo da á entender vuestra presencia, que me saqueis del poder de este español que será como sacarme de las garras de los leones.

Admirados quedáron Periandro y Auristela de la discrecion sagaz de Constanza y concediendo

con ella, la reforzáron y acreditáron, y aun se movieron á favorecer con todas sus fuerzas á la perdida moza, la cual dijo, que el español soldado no iba siempre con ella, sino una jornada adelante, ó atras, por deslumbrar á la justicia. Todo eso está muy bien, dijo Periandro, y aquí darémos traza en vuestro remedio, que la que ha sabido adivinar vuestra vida pasada, tambien sabrá acomodaros en la venidera; sed vos buena, que sin el cimiento de la bondad no se puede cargar ninguna cosa que lo parezca: no os desvieis por agora de nosotros, que vuestra edad y vuestro rostro son los mayores contrarios que podeis tener en las tierras estrañas. Lloró la moza, enterneciósse Constanza, y Auristela mostró los mismos sentimientos, con que obligó á Periandro á que el remedio de la moza buscase. En esto estaban, cuando llegó Bartolomé y dijo: Señores, acudid á ver la mas estraña vision que habréis visto en vuestra vida: dijo esto tan asustado y tan como espantado, que pensandó ir á ver alguna maravilla estraña, le siguiéron, y en un apartamiento algo desviado de aquel, donde estaban alojados los peregrinos y damas, viéron por entre unas esteras un aposento todo cubierto de luto, cuya lóbrega escuridad no les dejó ver particularmente lo que en él habia y estándole así mirando, llegó un hombre anciano todo asímismo cubierto de luto, el cual les dijo: Señores, de aquí á dos horas que habrá entrado una de la noche, si gustais de ver á la señora

Ruperta, sin que ella os vea, yo haré que la veais, cuya vista os dará ocasion de que os admireis, así de su condicion como de su hermosura. Señor, respondió Periandro, este nuestro criado que aquí está, nos convidó á que viniésemos á ver una maravilla y hasta ahora no hemos visto otra, que la deste aposento cubierto de luto, que no es maravilla ninguna. Si volveis á la hora que digo, respondió el enlutado, tendréis de que maravillaros, porque habréis de saber que en este aposento se aloja la señora Ruperta, muger que fué, apénas hace un año, del conde Lamberto de Escocia, cuyo matrimonio á él le costó la vida y á ella verse en términos de perderla á cada paso, á causa que Claudino Rubicon, caballero de los principales de Escocia, á quien las riquezas y el linage hiciéron soberbio, y la condicion algo enamorado, quiso bien á mi señora, siendo doncella, de la cual, si no fué aborrecido, á lo ménos fué desdeñado, como lo mostró el casarse con el Conde mi señor; ésta presta resolucion de mi señora la bautizó Rubicon en deshonra y ménosprecio suyo, como si la hermosa Ruperta no hubiera tenido padres que se lo mandaran y obligaciones precisas que la obligaran á ello, junto con ser mas acertado ajustarse las edades entre los que se casan, que si puede ser, siempre los años del esposo con el número de diez han de llevar ventaja á los de la muger, ó con algunos mas, porque la vejez los alcance en un mismo tiempo.

Era Rubicon baron viudo y que tenia un hijo de casi veinte y un años, gentil hombre en extremo y de mejores condiciones que el padre, tanto, que si él se hubiera opuesto á la cátedra de mi señora, hoy viviera mi señor el Conde y mi señora estuviera mas alegre; sucedió pues, que yendo mi señora Ruperta á holgarse con su esposo á una villa suya, acaso y sin pensar, en un despoblado encontrámos á Rubicon con muchos criados suyos que le acompañaban. Vió á mi señora y su vista despertó el agravio que á su parecer se le habia hecho, y fué de suerte, que en lugar del amor nació la ira y de la ira el deseo de hacer pesar á mi señora, y como las venganzas de los que bien se han querido, sobrepujan á las ofensas hechas, Rubicon despechado, impaciente y atrevido, desenvainando la espada, corrió al Conde mi señor, que estaba inocente deste caso, sin que tuviese lugar de prevenirse del daño que no temia, y envainándosela en el pecho, dijo: Tú me pagarás lo que no me debes, si esta es crueldad, mayor la usó tu esposa para conmigo, pues no una vez sola, sino cien mil me quitan la vida sus desdenes. A todo esto me hallé yo presente; oí las palabras y ví con mis ojos y tenté con las manos la herida, escuché los llantos de mi señora, que penetraron los cielos: volvimos á dar sepultura al Conde y al enterrarle, por órden de mi señora se le cortó la cabeza, que en pocos dias con cosas que se aplicáron, quedó descarnada y en solamente los huesos:

mandóla mi señora poner en una caja de plata, sobre la cual puestas sus manos, hizo este juramento: pero olvidaseme por decir, como el cruel Rubicon, ó ya por ménosprecio, ó ya por mas crueldad, ó quizá con la turbacion descuidado, se dejó la espada envainada en el pecho de mi señor, cuya sangre aun hasta agora muestra estar casi reciente en ella, digo pues, que dijo estas palabras: Yo, la desdichada Ruperta, á quien han dado los cielos solo nombre de hermosa, hago juramento al cielo, puestas las manos sobre estas dolorosas reliquias, de vengar la muerte de mi esposo con mi poder y con mi industria, si bien aventurase en ello una y mil veces esta miserable vida que tengo, sin que me espanten trabajos, sin que me falten ruegos hechos á quien pueda favorecerme; y en tanto que no llegare á efecto este mi justo, si no cristiano deseo, juro, que mi vestido será negro, mis aposentos lóbregos, mis manteles tristes y mi compañía la misma soledad; á la mesa estarán presentes estas reliquias, que me atormenten el alma, esta cabeza que me diga sin lengua, que vengue su agravio, esta espada cuya no enjuta sangre me parece que veo, y la que alterando la mia, no me déje sosegar hasta vengarme: esto dicho, parece que templó sus continuas lágrimas y dió algun vado á sus dolientes suspiros: hase puesto en camino de Roma, para pedir en Italia á sus príncipes favor y ayuda contra el matador de su esposo, que aun todavía la amenaza, quizá

temeroso, que suele ofender un mosquito mas de lo que puede favorecer un águila. Estõ, señores, veréis como he dicho, de aquí á dos horas: si no os dejare admirados, ó yo no habré sabido contarlo, ó vosotros tendréis el corazon de mármol: aquí dió fin á su plática el enlutado escudero, y los peregrinos, sin ver á Ruperta, desde luego se comenzáron á admirar del caso.

CAPITULO XVII.

La ira, segun se dice, es una revolucion de la sangre que está cerca del corazon, la cual se altera en el pecho con la vista del objeto que agravia y tal vez con la memoria: tiene por último fin y paradero suyo la venganza, que como la tome el agraviado, sin razon, ó con ella, sosiega: esto nos lo dará á entender la hermosa Ruperta agraviada y airada, y con tanto deseo de vengarse de su contrario, que aunque sabia que era ya muerto, dilataba su cólera por todos sus descendientes, sin querer dejar si pudiera vivo ninguno dellos, que la cólera de la muger no tiene límite: llegóse la hora de que la fuéron á ver los peregrinos, sin que ella los viese y viéronla hermosa en todo extremo, con blanquísimas tocas, que desde la cabeza casi le llegaban á los piés, sentada delante de una mesa, sobre la cual tenia la cabeza de su esposo en la caja de plata, la espada con que le habian quitado la vida y una camisa que ella se imaginaba que aun no estaba enjuta de la sangre de su esposo. Todas estas insignias dolorosas despertáron su ira, la cual no tenia necesidad que nadie la despertase, porque nunca dormia: levantóse en pié y puesta la mano derecha

sobre la cabeza del marido, comenzó á hacer y á revalidar el voto y juramento que dijo el enlutado escudero; llovian lágrimas de sus ojos, bastantes á bañar las reliquias de su pasion; arrancaba suspiros del pecho, que condensaban el aire cerca y léjos; añadía al ordinario juramento razones que le agravaban, y tal vez parecia que arrojaba por los ojos, no lágrimas, sino fuego, y por la boca, no suspiros, sino humo: tan sujeta la tenia su pasion y el deseo de vengarse. Véisla llorar; véisla suspirar; véisla no estar en sí; véisla blandir la espada matadora; véisla besar la camisa ensangrentada y que rompe las palabras con sollozos, pues esperad no mas de hasta la mañana, y veréis cosas que os den sugeto para hablar en ellas mil siglos, si tantos tuviédes de vida.

En mitad de la fuga de su dolor estaba Ruperta y casi en los umbrales de su gusto, porque miéntras se amenaza, descansa el amenazador, cuando se llegó á ella uno de sus criados, como si se llegara una sombra negra, segun venia cargado de luto, y en mal pronunciadas palabras, le dijo: Señora, Croriano el galan, el hijo de tu enemigo se acaba de apeaar agora con algunos criados: mira si quieres encubrirte, ó si quieres que te conozca, ó lo que seria bien que hagas, pues tienes lugar para pensarlo. Que no me conozca, respondió Ruperta, y avisad á todos mis criados, que por descuido no me nombren, ni por cuidado me descubran; y esto

diciendo, recogió sus prendas, y mandó cerrar el aposento y que ninguno entrase á hablalla; volviéronse los peregrinos al suyo, quedó ella sola y pensativa, y no sé como se supo que habia hablado á solas, estas, ó otras semejantes razones. Advierte, ó Ruperta, que los piadosos cielos te han traído á las manos, como simple víctima al sacrificio, al alma de tu enemigo, que los hijos y mas los únicos, pedazos del alma son de los padres: ea, Ruperta, olvídate de que eres muger, y si no quieres olvidarte desto, mira que eres muger y agraviada; la sangre de tu marido te está dando voces y en aquella cabeza sin lengua te está diciendo: Venganza, dulce esposa mia, que me matáron sin culpa; sí: que no espantó la braveza de Oloférnes á la humildad de Judit: verdad es que la causa suya fué muy diferente de la mia, ella castigó á un enemigo de Dios, y yo quiero castigar á un enemigo que no sé si lo es mio: á ella le puso el hierro en las manos el amor de su patria, y á mí me le pone el de mi esposo: ¿pero para qué hago yo tan disparatadas comparaciones? ¿Qué tengo que hacer mas, sino cerrar los ojos y envainar el acero en el pecho deste mozo, que tanto será mi venganza mayor, cuanto fuere menor su culpa? Alcance yo renombre de vengadora y venga lo que viniere: los deseos que se quieren cumplir, no reparan en inconvenientes aunque sean mortales; cumpla yo el mio y tenga la salida por mi misma muerte; esto dicho, dió traza y órden, en como

aquella noche se encerrase en la estancia de Croriano; donde le dió fácil entrada un criado suyo, traidor por dádivas, aunque él no pensó, sino que hacia un gran servicio á su amo, llevándole al lecho una tan hermosa muger como Ruperta, la cual puesta en parte donde no pudo ser vista ni sentida, ofreciendo su suerte al disponer del cielo, sepultada en maravilloso silencio, estuvo esperando la hora de su contento, que le tenia puesto en la de la muerte de Croriano: llevó, para ser instrumento del cruel sacrificio, un agudo cuchillo, que por ser arma mañera y no embarazosa, le pareció ser mas apropósito; llevó asimismo una lanterna bien cerrada, en la cual ardia una vela de cera; recogió los espíritus de manera, que apénas osaba enviar la respiracion al aire: ¿Qué no hace una muger enojada? ¿Qué montes de dificultades no atropella en sus disinios? ¿Qué enormes crueldades no le parecen blandas y pacíficas? No mas, porque lo que en este caso se podia decir, es tanto, que será mejor dejarlo en su punto, pues no se han de hallar palabras con que encarecerlo: llegóse en fin la hora, acostóse Croriano, durmióse con el cansancio del camino y entregóse, sin pensamiento de su muerte, al de su reposo.

Con atentos oídos estaba escuchando Ruperta, si daba alguna señal Croriano de que durmiese y aseguráronla que dormia, así el tiempo que habia pasado desde que se acostó hasta entónces, como

algunos dilatados alientos, que no los dan sino los dormidos, viendo lo cual, sin santiguarse ni invocar ninguna Deidad que la ayudase, abrió la lanterna, con que quedó claro el aposento, y miró donde pondría los piés, para que sin tropezar la llevasen al lecho. Ea bella matadora, dulce enojada, verdugo agradable, ejecuta tu ira, satisface tu enojo, borra y quita del mundo tu agravio, que delante tienes en quien puedes hacerlo: pero mira, ó hermosa Ruperta, si quieres, que no mires á ese hermoso Cupido que vas á descubrir, que se deshará en un punto toda la máquina de tus pensamientos: llegó en fin, y temblándole la mano, descubrió el rostro de Croriano, que profundamente dormia y halló en él la propiedad del escudo de Medusa, que la convirtió en mármol; halló tanta hermosura que fué bastante á hacerla caer el cuchillo de la mano, y á que diese lugar la consideracion del enorme caso que cometer queria: vió que la belleza de Croriano, como hace el sol á la niebla, ahuyentaba las sombras de la muerte que darle queria, y en un instante no le escogió para víctima del cruel sacrificio, sino para holocausto santo de su gusto. ¡Ay, dijo entre sí, generoso mancebo, y cuán mejor eres tú para ser mi esposo, que para ser objeto de mi venganza! ¿Qué culpa tienes tú, de la que cometió tu padre? Y ¿qué pena se ha de dar á quien no tiene culpa? Gózate, gózate, jóven ilustre y quédese en mi pecho mi venganza y mi crueldad encerrada, que cuando se sepa,

mejor nombre me dará el ser piadosa, que vengativa: esto diciendo, ya turbada y arrepentida, se le cayó la lanterna de las manos, sobre el pecho de Croriano, que despertó con el ardor de la vela: hallóse á oscuras, quiso Ruperta salirse de la estancia y no acertó por donde; dió voces Croriano, tomó su espada y saltó del lecho, y andando por el aposento topó con Ruperta, que toda temblando, le dijo: No me mates, ó Croriano, puesto que soy una mujer que no ha una hora que quise y pude matarte, y agora me veo en términos de rogarte que no me quites la vida.

En esto entraron sus criados al rumor con luces y vió Croriano y conoció á la bellísima viuda, como quien ve á la resplandeciente luna de nubes blancas rodeada: ¿Qué es esto, señora Ruperta? le dijo: ¿son los pasos de la venganza los que hasta aquí os han traído, ó quereis que os pague yo los desafueros que mi padre os hizo; que este cuchillo que aquí veo, qué otra señal es, sino de que habeis venido á ser verdugo de mi vida? Mi padre es ya muerto, y los muertos no pueden dar satisfacion de los agravios que dejan hechos: los vivos sí que pueden recompensarlos, y así, yo que represento agora la persona de mi padre, quiero recompensaros la ofensa que él os hizo, lo mejor que pudiere y supiere: pero dejadme primero honestamente tocaros, que quiero ver si sois fantasma que aquí ha venido, ó á matarme, ó á engañarme, ó á mejorar mi

suerte. Empeoróse la mia, respondió Ruperta, si es que halla modo el cielo como empeorarla: sí: entré este dia pasado en este meson con alguna memoria tuya: veniste tú á él: no te ví cuando entráste, oí tu nombre, el cual despertó mi cólera y me movió á la venganza, concerté con un criado tuyo que me encerrase esta noche en este aposento; hícele que callase sellándole la boca con algunas dádivas: entré en él, apercíbime de este cuchillo y acrecenté el deseo de quitarte la vida; sentí que dormias, salí de donde estaba, y á la luz de una lanterna que conmigo traia, te descubrí y ví tu rostro, que me movió á respeto y á reverencia, de manera que los filos del cuchillo se embotáron, el deseo de mi venganza se deshizo, cayóseme la vela de las manos, despertóte su fuego, díste voces, quedé yo confusa, de donde ha sucedido lo que has visto; yo no quiero mas venganzas, ni mas memorias de agravios; vive en paz, que yo quiero ser la primera que haga mercedes por ofensas, si ya no lo son el perdonarte la culpa que no tienes. Señora, respondió Croriano, mi padre quiso casarse contigo, tú no quisiste, él despechado mató á tu esposo; murióse llevando al otro mundo esta ofensa, yo he quedado como parte tan suya, para hacer bien por su alma; si quieres que te entregue la mia, recíbeme por tu esposo, si ya, como he dicho, no eres fantasma que me engañas: que las grandes venturas que vienen de improviso, siempre traen

consigo alguna sospecha. Dame esos brazos, respondió Ruperta, y verás, señor, como este mi cuerpo no es fantástico, y que el alma que en él te entrego, es sencilla, pura y verdadera. Testigos fuéron destes abrazos y de las manos que por esposos se diéron, los criados de Croriano, que habian entrado con las luces; triunfó aquella noche la blanda paz desta dura guerra, volviéndose el campo de la batalla en tálamo de desposorio; nació la paz de la ira, de la muerte la vida y del disgusto el contento; amaneció el dia y halló á los recién desposados cada uno en los brazos del otro; levantáronse los peregrinos con deseo de saber, qué habria hecho la lastimada Ruperta con la venida del hijo de su enemigo, de cuya historia estaban ya bien informados: salió el rumor del nuevo desposorio y haciendo de los cortesanos, entráron á dar los parabienes á los novios, y al entrar en el aposento, viéron salir del de Ruperta el anciano escudero que su historia les habia contado, cargado con la caja donde iba la calavera de su primero esposo y con la camisa y espada que tantas veces habia renovado las lágrimas de Ruperta; y dijo que lo llevaba adonde no renovasen otra vez en las glorias presentes pasadas desventuras; mormuró de la facilidad de Ruperta, y en general de todas las mugeres, y el menor vituperio que dellas dijo, fué llamarlas antojadizas.

Levantáronse los novios ántes que entrasen los peregrinos, regocijáronse los criados, así de Ru-

perta, como de Croriano y volvióse aquel meson en alcázar real, digno de tan altos desposorios. En fin Periandro y Auristela, Constanza y Antonio, su hermano, habláron á los desposados, y se diéron parte de sus vidas, á lo ménos la que convenia que se diese.

CAPITULO XVIII.

En esto estaban, cuando entró por la puerta del meson un hombre, cuya larga y blanca barba, mas de ochenta años le daba de edad: venia vestido, ni como peregrino, ni como religioso, puesto que lo uno y lo otro parecia; traia la cabeza descubierta, rasa y calva en el medio, y por los lados luengas y blanquísimas canas le pendian; sustentaba el agoviado cuerpo sobre un retorcido cayado que de báculo le servia: en efecto todo él y todas las partes representaban un venerable anciano, digno de todo respeto, al cual apenas hubo visto la dueña del meson, cuando hincándose ante él de rodillas, le dijo: Contaré yo este dia, padre Soldino, entre los venturosos de mi vida, pues he merecido verte en mi casa: que nunca vienes á ella, sino para bien mio, y volviéndose á los circunstantes, prosiguió, diciendo: Este monton de nieve y esta estatua de mármol blanco que se mucve, que aquí veis, señores, es la del famoso Soldino, cuya fama, no solo en Francia, sino en todas partes de la tierra se estiende. No me alabeis, buena señora, respondió el anciano: que tal vez la buena fama se engendra de la mala mentira; no la entrada, sino la salida hace á los

hombres venturosos: la virtud que tiene por remate el vicio, no es virtud sino vicio: pero con todo esto quiero acreditarme con vos en la opinion que de mí teneis: mirad hõy por vuestra casa, porque destas bodas y destes regocijos que en ella se preparan, se ha de engendrar un fuego que casi toda la consume: A lo que dijo Croriano, hablando con Rurpeta su esposa, este sin duda debe de ser mágico, ó adivino, pues predice lo por venir.

Entreoyó esta razon el anciano y respondió: No soy mago ni adivino, sino judiciario, cuya ciencia, si bien se sabe, casi enseña á adivinar: creedme, señores, por esta vez siquiera, y dejad esta estancia y vamos á la mia, que es en una cercana selva que aquí está, os dará, si no tan capaz, mas seguro alojamiento. Apénas hubo dicho esto, cuando entró Bartolomé, criado de Antonio y dijo á voces: Señores, las cocinas se abrasan, porque en la infinita leña que junto á ellas estaba, se ha encendido tal fuego, que muestra no poder apagarle todas las aguas del mar: tras esta voz acudieron las de otros criados y comenzaron á acreditarlas los estallidos del fuego; la verdad tan manifiesta acreditó las palabras de Soldino, y asiendo en brazos Perianandro á Auristela, sin querer ir primero á averiguar, si el fuego se podia atajar ó no, dijo á Soldino: Señor, guianos á tu estancia, que el peligro desta ya está manifiesto: lo mismo hizo Antonio con su hermana Constanza y con Félix Flora, la dama francesa, á

quien siguiéron Deleasir y Belarminia, y la moza arrepentida de Talavera se asió del cinto de Bartolomé y él del cabestro de su bagage y todos juntos con los desposados y con la huéspedea, que conocia bien las adivinanzas de Soldino, le siguiéron, aunque con tardo paso los guiaba: la demas gente del meson, que no habia estado presente á las razones de Soldino, quedáron ocupados en matar el fuego; pero presto su furor les dió á entender que trabajaban en vano, ardiendo la casa todo aquel dia, que á cogerles el fuego de noche, fuera milagro escapar alguno que contara su furia: llegóron en fin á la selva donde halláron una ermita no muy grande, dentro de la cual viéron una puerta que parecia serlo de una cueva oscura: ántes de entrar en la ermita, dijo Soldino á todos los que le habian seguido: Estos árboles con su apacible sombra os servirán de dorados techos y la yerba deste amenísimo prado, si no de muy blancas, á lo ménos de muy blandas camas; yo llevaré conmigo á mi cueva á estos señores, porque les conviene, y no porque los mejore en la estancia; y luego llamó á Perianandro, á Auristela, á Constanza, á las tres damas francesas, á Ruperta, á Antonio y á Croriano, y dejando otra mucha gente fuera, se encerró con estos en la cueva cerrando tras sí la puerta de la ermita y de la cueva.

Viéndose pues Bartolomé y la de Talavera, no ser de los escogidos ni llamados de Soldino, ó ya de

despecho, ó ya llevados de su ligera condicion se concertáron los dos, viendo ser tan para en uno, de dejar Bartolomé á sus amos y la moza sus arrepen- timientos y así aliviáron el bagage de dos hábitos de peregrinos, y la moza á caballo y el galan á pié, diéron cantonada, ella á sus compasivas señoras, y él á sus honrados dueños, llevando en la intencion, de ir tambien á Roma, como iban todos. Otra vez se ha dicho, que no todas las acciones verisímiles ni probables se han de contar en las historias, por- que si no se les da crédito, pierden de su valor; pero al historiador no le conviene mas de decir la verdad, parézcalo ó no lo parezca; con esta máxi- ma pues el que escribió esta historia, dice, que Sol- dino con todo aquel escuadron de damas y caballe- ros bajó por las gradas de la oscura cueva, y á ménos de ochenta gradas se descubrió el cielo lu- ciente y claro, y se viéron unos amenos y tendidos prados que entretenian la vista y alegraban las al- mas, y haciendo Soldino rueda de los que con él habian bajado, les dijo: Señores, esto no es encan- tamento, y esta cueva por donde aquí hemos venido, no sirve sino de atajo para llegar desde allá arriba á este valle que veis que una legua de aquí tiene mas fácil, mas llana y mas apacible entrada; yo le- vanté aquella ermita, y con mis brazos y con mi continuo trabajo cavé la cueva y hice mio este valle, cuyas aguas y cuyos frutos con prodigalidad me sustentan; aquí huyendo de la guerra, hallé la

paz; la hambre que en ese mundo de allá arriba, si así se puede decir, tenia, halló aquí á la hartura; aquí en lugar de los príncipes y monarcas que mandan en el mundo, á quien yo servia, he hallado á estos árboles mudos, que, aunque altos y pomposos, son humildes; aquí no suena en mis oídos el desden de los emperadores, el enfado de sus ministros; aquí no veo dama que me desdeñe, ni criado que mal me sirva; aquí soy yo señor de mí mismo; aquí tengo mi alma en mi palma, y aquí por via recta encamino mis pensamientos y mis deseos al cielo; aquí he dado fin al estudio de las Matemáticas, he contemplado el curso de las estrellas y el movimiento del sol y de la luna: aquí he hallado causas para alegrarme y causas para entristecerme, que aunque estan por venir, serán ciertas, segun yo pienso, que corren parejas con la misma verdad: agora, agora como presente veo, quitar la cabeza á á un valiente pirata un valeroso mancebo de la casa de Austria nacido: ó si le viédeses, como yo le veo, arrastrando estandartes por el agua, bañando con ménosprecio sus medías lunas, pelando sus luengas colas de caballos, abrasando bajeles, despedazando cuerpos y quitando vidas. Pero ¡ay de mí! que me hace entristecer otro coronado jóven, tendido en la seca arena, de mil moras lanzas atravesado; el uno nieto y el otro hijo del rayo espantoso de la guerra, jamas como se debe alabado, Cárlos Quinto, á quien yo serví muchos años y sirviera hasta que la vida se

me acabara, si no lo estorbara el querer mudar la milicia mortal en la divina: aquí estoy, donde sin libros, con sola la esperiencia, que he adquirido con el tiempo de mi soledad, te digo, ó Croriano, (y en saber yo tu nombre sin haberte visto jamas, me acreditaré contigo) que gozarás de tu Ruperta largos años; y á tí, Periandro, te aseguro buen suceso de tu peregrinacion; tu hermana Auristela no lo será presto, y no porque ha de perder la vida con brevedad; á tí, ó Constanza, que subirás de condesa á duquesa y tu hermano Antonio al grado que su valor merece: Estas señoras francesas, aunque no consigán los deseos que agora tienen, conseguirán otros que las honren y contenten: el haber pronosticado el fuego, el saber vuestros nombres sin haberos visto jamas, las muertes que he dicho que he visto ántes que vengan, os podrán mover, si quereis, á creerme, y mas cuando halleis ser verdad, que vuestro mozo Bartolomé con el bagage y con la moza castellana se ha ido y os ha dejado á pié; no le sigais, porque no le alcanzaréis; la moza es mas del suelo que del cielo, y quiere seguir su inclinacion á despecho y pesar de vuestros consejos; español soy, que me obliga á ser cortes y á ser verdadero; con la cortesía os ofrezco quanto estos prados me ofrecen, y con la verdad á la esperiencia de todo quanto os he dicho; si os maravillare de ver á un español en esta agena tierra, advertid, que hay sitios y lugares en el mundo, saludables mas que

otros, y este en que estamos lo es para mí mas que ninguno: las alquerías, caserías y lugares que hay por estos contornos, las habitan gentes católicas y santas; cuando conviene recibo los sacramentos y busco lo que no pueden ofrecer los campos para pasar la humana vida; esta es la que tengo, de la cual pienso salir á la siempre duradera, y por agora no mas, sino vámonos arriba, darémos sustento á los cuerpos como aquí abajo le hemos dado á las almas.

CAPITULO XIX.

Aderezóse la pobre, mas que limpia comida, aunque fué muy limpia, cosa no muy nueva para los cuatro peregrinos, que se acordaron entónces de la isla bárbara y de la de las ermitas, donde quedó Rutilio y adonde ellos comieron de los ya sazonados, y ya no, frutos de los árboles; tambien se les vino á la memoria la profecía falsa de los Isleños y las muchas de Mauricio, con las moriscas del Jadraque y últimamente con las del español Soldino, pareciales que andaban rodeados de adivinanzas y metidos hasta el alma en la judiciaria Astrología, que á no ser acreditada con la esperiencia, con dificultad le dieran crédito. Acabóse la breve comida, salió Soldino con todos los que con él estaban al camino, para despedirse dellos, y en él echaron ménos á la moza castellana y á Bartolomé el del bagage, cuya falta no dió poca pesadumbre á los cuatro, porque les faltaba el dinero y la repostería; mostró congojarse Antonio y quiso adelantarse á buscarle, porque bien se imaginó que la moza le llevaba, ó él llevaba á la moza, ó por mejor decir, el uno se llevaba al otro: pero Soldino le dijo, que no tuviese pena, ni se moviese á buscarlos, porque

otro dia volveria su criado arrepentido del hurto y entregaria cuanto habia llevado; creyeronlo, y así no curó Antonio de buscarle, y mas que Félix Flora ofreció á Antonio de prestarle cuanto hubiese menester para su gasto y el de sus compañeros desde allí á Roma, á cuya liberal oferta se mostró Antonio agradecido lo posible, y aun se ofreció de darle prenda que cupiese en el puño y en el valor pasase de cincuenta mil ducados, y esto fué pensando de darle una de las dos perlas de Auristela, que con la cruz de diamantes, guardadas siempre consigo las traia. No se atrevió Félix Flora á creer la cantidad del valor de la prenda; pero atrevióse á volver á hacer el ofrecimiento hecho.

Estando en esto, viéron venir por el camino y pasar por delante dellos hasta ocho personas á caballo, entre las cuales iba una muger sentada en un rico sillón y sobre una mula, vestida de camino toda de verde hasta el sombrero, que con ricas y varias plumas azotaba el aire con un antifaz asimismo verde cubierto el rostro; pasáron por delante dellos y con bajar las cabezas, sin hablar palabra alguna, los saludáron y pasáron de largo: los del camino tampoco habláron palabra y al mismo modo les saludáron; quedábase atras uno de los de la compañía, y llegándose á ellos, pidió por cortesía un poco agua: diéronsela y preguntáronle, ¿qué gente era la que iba allí adelante, y qué dama la de lo verde? A lo que el caminante respondió: El que allí ade-

lante va, es el señor Alejandro Castrucho, gentil-hombre capuano, y uno de los ricos barones, no solo de Capua, sino de todo el reino de Nápoles, la dama es su sobrina, la señora Isabela Castrucho, que nació en España, donde deja enterrado á su padre, por cuya muerte su tio la lleva á casar á Capua y á lo que yo creo no muy contenta. Eso será, respondió el escudero enlutado de Ruperta, no porque va á casarse, sino porque el camino es largo, que yo para mí tengo, que no hay muger que no desée enterrarse con la mitad que le falta, que es la del marido. No sé esas filosofías, respondió el caminante, solo sé, que va triste, y la causa ella se la sabe, y á Dios quedad, que es mucha la ventaja que mis dueños me llevan, y picando apriesa se les fué de la vista, y ellos despidiéndose de Soldino le abrazaron y le dejaron. Olvidábase de decir, como Soldino habia aconsejado á las damas francesas, que siguiesen el camino derecho de Roma, sin torcerle para entrar en Paris, porque así les convenia: este consejo fué para ellas, como si se le dijera un oráculo, y así con parecer de los peregrinos determinaron de salir de Francia por el Delfinado, y atravesando el Piamonte y el estado de Milan, ver á Florencia y luego á Roma. Tanteado pues este camino, con propósito de alargar algun tanto mas las jornadas que hasta allí caminaron, otro dia al romper del alba, viéron venir hacia ellos, al tenido por ladron, Bartolomé el bagagero, detras de su

bagage, y él vestido como peregrino; todos gritaron, cuando le conocieron y los mas le preguntaron ¿qué huida habia sido la suya, qué trage aquel, y qué vuelta aquella? A lo que él hincado de rodillas delante de Constanza casi llorando, respondió á todos: Mi huida no sé como fué, mi trage ya veis, que es de peregrino, mi vuelta es á restituir lo que quizá y sin quizá en vuestras imaginaciones me tenia confirmado por ladron; aquí, señora Constanza, viene el bagage con todo aquello que en él estaba, escepto dos vestidos de peregrinos, que el uno, es este que yo traigo, y el otro queda haciendo romera á la ramera de Talavera, que doy yo al diablo al amor y al bellaco que me lo enseñó, y es lo peor que lo conozco y determino ser soldado debajo de su bandera, porque no siento fuerzas que se opongan á las que hace el gusto con los que poco saben; écheme v. m. su bendicion y déjeme volver, que me espera Luisa y advierta que vuelvo sin blanca, fiado en el donaire de mi moza, mas que en la ligereza de mis manos, que nunca fueron ladronas, ni lo serán, si Dios me guarda el juicio, si viviese mil siglos.

Muchas razones le dijo Periandro para estorbarle su mal propósito; muchas le dijo Auristela y muchas mas Constanza y Antonio: pero todo fué, como dicen, dar voces al viento y predicar en desierto: limpióse Bartolomé sus lágrimas, dejó su bagage, volvió las espaldas y partió en un vuelo,

dejando á todos admirados de su amor y de su simpleza: Antonio viéndole partir tan de carrera, puso una flecha en su arco, que jamas la disparó en vano, con intencion de atravesarle de parte á parte y sacarle del pecho el amor y la locura: mas Feliz Flora, que pocas veces se le apartaba del lado, le trabó del arco, diciéndole: Déjale, Antonio: que harta mala ventura lleva en ir á poder y á sujetarse al yugo de una muger loca: Bien dices, señora, respondió Antonio, y pues tú le das la vida, ¿quién ha de ser poderoso á quitársela? Finalmente muchos dias caminaron sin sucederles cosa digna de ser contada: entraron en Milan, admiróles la grandeza de la ciudad, su infinita riqueza, sus oros, que allí, no solamente hay oro, sino oros; sus bélicas herrerías, que no parece sino que allí ha pasado las suyas Vulcano: la abundancia infinita de sus frutos, la grandeza de sus templos y finalmente la agudeza del ingenio de sus moradores: oyeron decir á un huésped suyo, que lo mas que habia que ver en aquella ciudad, era la Academia de los Entronados, que estaba adornada de eminentísimos académicos, cuyos sutiles entendimientos daban que hacer á la fama á todas horas y por todas partes del mundo: dijo tambien, que aquel dia era de academia y que se habia de disputar en ella, si podia haber amor sin zelos. Sí puede, dijo Periandro, y para probar esta verdad, no es menester gastar mucho tiempo. Yo, replicó Auristela, no sé, que es amor, aunque

sé lo que es querer bien. A lo que dijo Belarminia, no entiendo ese modo de hablar, ni la diferencia que hay entre amor y querer bien. Está, replicó Auristela, en que el querer bien, puede ser sin causa vehemente que os mueva la voluntad, como se puede querer á una criada, que os sirve, ó á una estatua, ó pintura que bien os parece, ó que mucho os agrada, y estas no dan zelos, ni los pueden dar: pero aquéllo que dicen que se llama amor, que es una vehemente pasion del ánimo, como dicen, ya que no dé zelos, puede dar temores que lleguen á quitar la vida, del cual temor á mí me parece que no puede estar libre el amor en ninguna manera. Mucho has dicho, señora, respondió Periandro, porque no hay ningun amante que esté en posesion de la cosa amada, que no tema el perderla; no hay ventura tan firme que tal vez no dé vaivenes: no hay clavo tan fuerte que pueda detener la rueda de la fortuna, y si el deseo que nos lleva á acabar presto nuestro camino, no lo estorbara, quizá mostrara yo hoy en la Academia, que puede haber amor sin zelos, pero no sin temores: cesó esta plática: estuviéron cuatro dias en Milan, en los cuales comenzáron á ver sus grandezas, porque á acabarlas de ver no dieran tiempo cuatro años; partiéronse de allí y llegaron á Luca, ciudad pequeña, pero hermosa y libre, que debajo de las alas del imperio y de España se descuella y mira exenta á las ciudades de los príncipes que la desean: allí mejor

que en otra parte ninguna son bien vistos y recibidos los españoles, y es la causa, que en ella no mandan ellos, sino ruegan, y como en ella no hacen estancia de mas de un dia, no dan lugar á mostrar su condicion, tenuta por arrogante: aquí aconteció á nuestros pasajeros una de las mas estrañas aventuras que se han contado en todo el discurso deste libro.

CAPITULO XX.

Las posadas de Luca, son capaces para alojar una compañía de soldados, en una de las cuales se alojó nuestro escuadron, siendo guiado de las guardas de las puertas de la ciudad, que se los entregaron al huésped por cuenta, para que á la mañana, ó cuando se partiesen, la habia de dar dellos: al entrar vió la señora Ruperta que salia un médico, que tal le pareció en el traje; diciendo á la huéspeda de la casa, que tambien le pareció no podia ser otra: Yo, señora, no me acabo de desengañar, si esta doncella está loca, ó endemoniada, y por no errar, digo que está endemoniada y loca, y con todo eso tengo esperanza de su salud, si es que su tío no se da priesa á partirse. ¡Ay Jesus! dijo Ruperta, y en casa de endemoniados y locos nos apeamos: en verdad, en verdad que si se toma mi parecer, no hemos de poner los piés dentro, á lo que dijo la huéspeda: Sin escrúpulo puede V. S., que este es el merced de Italia, apearse, porque de cien leguas se puede venir á ver lo que está en esta posada: apeáronse todos, y Auristela y Constanza, que habian oido las razones de la huéspeda, le preguntáron, ¿qué habia en aquella posada, que tanto

encarecia el verla? Vénganse conmigo, respondió la huéspedea, y verán lo que verán y dirán lo que yo digo: guió y siguiéronla, donde viéron echada en un lecho dorado á una hermosísima muchacha, de edad, al parecer, de diez y seis, ó diez y siete años: tenia los brazos aspados y atados con unas vendas á los balaustres de la cabecera del lecho, como que le querian estorbar el moverlos á ninguna parte, dos mugeres, que debian de servirla de enfermeras, andaban buscándole las piernas para atárselas tambien: á lo que la enferma dijo: Basta que se me aten los brazos, que todo lo demas las ataduras de mi honestidad lo tienen ligado, y volviéndose á las peregrinas, con levantada voz, dijo: Figuras del cielo, ángeles de carne, sin duda creo que venis á darme salud, porque de tan hermosa presencia y de tan cristiana visita no se puede esperar otra cosa: por lo que debeis á ser quien sois, que sois mucho, que mandeis, que me desaten, que con cuatró ó cinco bocados que me dé en el brazo, quedaré harta y no me haré mas mal, porque no estoy tan loca como parezco, ni el que me atormenta es tan cruel que dejará que me muerda. Pobre de tí, sobrina, dijo un anciano, que habia entrado en el aposento, y cuál te tiene ese que dices que no ha de dejar que te muerdas; encomiéndate á Dios, Isabela, y procura comer, no de tus hermosas carnes, sino de lo que te diere este tu tio que bien te quiere: lo que cria el aire, lo que mantiene el agua, lo que sustenta

la tierra, te traeré, que tu mucha hacienda y mi voluntad mucha te lo ofrecen todo. La doliente moza respondió: Déjenme sola con estos ángeles, quizá mi enemigo, el demonio, huirá de mí por no estar con ellos: y señalando con la cabeza, que se quedasen con ella Auristela, Constanza, Ruperta y Feliz Flora; dijo que los demás se saliesen, como se hizo con voluntad y aun con ruegos de su anciano y lastimado tío, del cual supieron ser aquella la gentil dama de lo verde, que al salir de la cueva del sabio español, habian visto pasar por el camino, que el criado que se quedó atrás, les dijo que se llamaba Isabela Castrucho y que se iba á casar al reino de Nápoles.

Apénas se vió sola la enferma, cuando mirando á todas partes, dijo, que mirasen si habia otra persona en el aposento que aumentase el número de los que ella dijo que se quedasen: mirólo Ruperta y escudriñólo todo, y aseguró no haber otra persona que ellos: con esta seguridad, sentóse Isabela, como pudo, en el lecho, y dando muestras de que queria hablar de propósito, rompió la voz con un tan grande suspiro que pareció que con él se le arrancaba el alma, el fin del cual fué tenderse otra vez en el lecho, y quedar desmayada con señales tan de muerte, que obligó á los circunstantes á dar voces pidiendo un poco de agua para bañar el rostro de Isabela, que á mas andar se iba al otro mundo: entró el mísero tío, llevando una cruz en la una mano

y en la otra un hisopo bañado en agua bendita; entraron asimismo con él dos sacerdotes, que creyendo ser el demonio quien la fatigaba, pocas veces se apartaban della; entró asimismo la huéspedica con el agua, rociáronle el rostro y volvió en sí diciendo: Escusadas son por agora estas prevenciones; yo saldré presto, pero no ha de ser cuando vosotros quisiéredes, sino cuando á mí me parezca, que será, cuando viniere á esta ciudad Andrea Marulo, hijo de Juan Bautista Marulo, caballero desta ciudad, el cual Andrea agora está estudiando en Salamanca, bien descuidado destes sucesos. Todas estas razones acabáron de confirmar en los oyentes la opinion que tenian, de estar Isabela endemoniada, porque no podian pensar, cómo pudiese saber ella, Juan Bautista Marulo quién fuese y su hijo Andrea, y no faltó quien fuese luego á decir al ya nombrado Juan Bautista Marulo, lo que la bella endemoniada dél y de su hijo habia dicho. Tornó á pedir, que la dejasen sola con los que ántes habia escogido; dijéronle los sacerdotes los Evangelios y hicieron su gusto, llevándole todos de la señal que habia dicho, que daria, cuando el demonio la dejase libre, que indubitablemente la juzgáron por endemoniada: Feliz Flora hizo de nuevo la pesquisa de la estancia y cerrando la puerta della, dijo á la enferma: Solas estamos: mira, señora, lo que quieres. Lo que quiero es, respondió Isabela, que me quiten estas ligaduras, que aunque son blandas, me fatigan, por-

que me impiden: hiciéronlo así con mucha diligencia y sentándose Isabela en el lecho, asió de la una mano á Auristela y de la otra á Ruperta, y hizo que Constanza y Félix Flora se sentasen junto á ella en el mismo lecho, y así apiñadas en un hermoso monton, con voz baja y lágrimas en los ojos dijo:

Yo, señoras, soy la infelice Isabela Castrucho, cuyos padres me diéron nobleza, la fortuna hacienda, y los cielos algun tanto de hermosura: naciéron mis padres en Capua, pero engendraronme en España, donde nací y me crié en casa deste mi tio, que aquí está, que en la corte del Emperador la tenia. Válame Dios, ¿y para qué tomo yo tan de atras la corriente de mis desventuras? Estando pues yo en casa de este mi tio, ya huérfana de mis padres, que á él me dejáron encomendada y por tutor mio, llegó á la Corte un mozo, á quien yo ví en una iglesia y le miré tan de propósito; y no os parezca esto, señoras, desenvoltura, que no parecerá, si consideráredes que soy muger; digo, que le miré en la iglesia de tal modo, que en casa no podia estar sin mirarle, porque quedó su presencia tan impresa en mi alma, que no podia apartarla de mi memoria; finalmente no me faltáron medios, para entender quién él era y la calidad de su persona, y qué hacia en la Corte, ó dónde iba y lo que saqué en limpio, fué que se llamaba Andrea Marulo, hijo de Juan Bautista Marulo, caballero desta ciudad, mas noble que rico, y que iba á estudiar á Salamanca: en seis

dias que allí estuvo, tuve orden de escribirle quien yo era y la mucha hacienda que tenia y que de mi hermosura se podia certificar viéndome en la iglesia; escribíle asimismo, que entendia que este mi tio me queria casar con un primo mio, porque la hacienda se quedase en casa, hombre no de mi gusto, ni de mi condicion, como es verdad: díjele asimismo, que la ocasion en mí le ofrecia sus cabellos, que los tomase y que no diese lugar, en no hacello, al arrepentimiento, y que no tomase de mi facilidad ocasion para no estimarme: respondió despues de haberme visto no sé cuantas veces en la iglesia, que por mi persona sola, sin los adornos de la nobleza y de la riqueza, me hiciera señora del mundo si pudiera, y que me suplicaba, durase firme algun tiempo en mi amorosa intención, á lo ménos, hasta que él dejase en Salamanca á un amigo suyo, que con él desta ciudad habia partido á seguir el estudio: respondióle, que sí haria, porque en mí no era el amor importuno, ni indiscreto, que presto nace y presto se muere: dejóme entónces por honrado, pues no quiso faltar á su amigo, y con lágrimas como enamorado, que yo se las ví verter, pasando por mi calle el dia que se partió, sin dejarme, y yo me fuí con él, sin partirme: otro dia, ¡quién podrá creer esto! ¡Qué de rodeos tienen las desgracias para alcanzar mas presto á los desdichados! Digo, que otro dia concertó mi tio, que volviésemos á Italia, y sin poderme excusar, ni valerme el fingirme enferma,

porque el pulso y la color me hacian sana; mi tio no quiso creer que de enferma, sino de mal contenta del casamiento, buscaba trazas para no partirme: en este tiempo le tuve para escribir á Andrea de lo que me habia sucedido, y que era forzoso el partirme, pero que yo procuraria pasar por esta ciudad, donde pensaba fingirme endemoniada y dar lugar con esta traza á que él le tuviese de dejar á Salamanca y venir á Luca, adonde á pesar de mi tio y aun de todo el mundo seria mi esposo: así que en su diligencia estaba mi ventura y aun la suya, si queria mostrarse agradecido; si las cartas llegaron á sus manos, que sí debieron de llegar, porque los portes las hacen ciertas, ántes de tres dias ha de estar aquí: yo por mi parte he hecho lo que he podido; una legion de demonios tengo en el cuerpo, que lo mismo es tener una onza de amor en el alma, cuando la esperanza desde léjos la anda haciendo cocos. Esta es, señoras mias, mi historia, esta mi locura, esta mi enfermedad: mis amorosos pensamientos son los demonios que me atormentan, paso hambre, porque espero hartura; pero con todo eso la desconfianza me persigue, porque como dicen en Castilla, *á los desdichados se les suelen helar las migas entre la boca y la mano*. Haced, señoras, de modo que acrediteis mi mentira y fortalezcáis mis discursos, haciendo con mi tio, que puesto que yo no sane, no me ponga en camino por algunos dias, quizá permitirá el cielo, que llegue el de mi contentó con la

venida de Andrea. No habrá para qué preguntar, si se admiraron ó no los oyentes, de la historia de Isabela, pues la historia misma se trae consigo la admiración, para ponerla en las almas de los que la escuchan. Ruperta, Auristela, Constanza y Félix Flora le ofrecieron de fortalecer sus designios y de no partirse de aquel lugar, hasta ver el fin dellos, pues á buena razon no podian tardar mucho.

CAPITULO XXI.

Priesa se daba la hermosa Isabela Castrucho, á revalidar su demonio y priesa se daban las cuatro ya sus amigas, á fortalecer su enfermedad, afirmando con todas las razones que podian, de que verdaderamente era el demonio el que hablaba en su cuerpo; porque se vea quien es el amor, pues hace parecer endemoniados á los amantes. Estando en esto, que seria casi al anochecer, volvió el médico á hacer la segunda visita y acaso trajo con él á Juan Bautista Marulo, padre de Andrea el enamorado, y al entrar del aposento de la enferma, dijo: Vea v. m. señor Juan Bautista Marulo, la lástima desta doncella y si merece, que en su cuerpo de ángel se ande esparciendo el demonio; pero una esperanza nos consuela y es, que nos ha dicho, que presto saldrá de aquí, y dará por señal de su salida, la venida del señor Andrea vuestro hijo, que por instantes aguarda. Así me lo han dicho, respondió el señor Juan Bautista y holgaríame yo, que cosas mias fuesen paraninfos de tan buenas nuevas. Gracias á Dios y á mi diligencia, dijo Isabela, que si no fuera por mí, él se estuviera agora quedo en Salamanca, haciendo lo que Dios se sabe: créame el

señor Juan Bautista que está presente, que tiene un hijo mas hermoso que santo, y ménos estudiante que galan, que mal hayan las galas y las atildaduras de los mañebos que tanto daño hacen en la república, y mal hayan juntamente las espuelas que no son de rodaja, y los acicates que no son puntiagudos, y las mulas de alquiler que no se aventajan á las postas: con estas fué ensartando otras razones equívocas, conviene á saber, de dos sentidos, que de una manera las entendian sus secretarias y de otra los circunstantes; ellas las interpretaban verdaderamente y los demas como desconcertados disparates. ¿Dónde vistes vos, señora, dijo Marulo, á mi hijo Andrea? ¿Fué en Madrid, ó en Salamanca? No fué sino en Illéscas, dijo Isabela, cogiendo guindas la mañana de San Juan al tiempo que alboreaba; mas si va á decir verdad, que es milagro que yo la diga, siempre le veo y siempre le tengo en el alma. Aun bien, replicó Marulo, que esté mi hijo cogiendo guindas y no espulgándose, que es mas propio de los estudiantes. Los estudiantes que son caballeros, respondió Isabela, de pura fantasía pocas veces se espulgan, pero muchas se rascan, que estos animalejos que se usan en el mundo tan de ordinario, son tan atrevidos, que así se entran por las calzas de los príncipes, como por las frazadas de los hospitales. Todo lo sabes, malino, dijo el médico: bien parece que eres viejo, y esto encaminando su razon al demonio, que

pensaba que tenia Isabela en el cuerpo: estando en esto, que no parece sino que el mismo Satanas lo ordenaba, entró el tio de Isabela con muestras de grandísima alegría, diciendo: Albricias, sobrina mia, albricias, hija de mi alma, que ya ha llegado el señor Andrea Marulo, hijo del señor Juan Bautista, que está presente. Ea, dulce esperanza mia, cúmprenos la que nos has dado, de que has de quedar libre en viéndole: ea, demonio maldito, *vade retro, exi foras*, sin que lleves pensamiento de volver á esta estancia, por mas barrida y escombrada que la veas. Venga, venga, replicó Isabela, ese putativo Ganimédes, ese contrahecho Adónis y deme la mano de esposo, libre, sano y sin cautela, que yo le he estado aquí aguardando, mas firme que roca puesta á las ondas del mar, que la tócan, mas no la mueven.

Entró de camino Andrea Marulo, á quien ya en casa de su padre le habian dicho la enfermedad de la estrangera Isabela, y de como le esperaba, para darle por señal de la salida del demonio. El mozo que era discreto y estaba prevenido por las cartas que Isabela le envió á Salamanca, de lo que habia de hacer, si la alcanzaba en Luca, sin quitarse las espuelas, acudió á la posada de Isabela y entró por su estancia, como atontado y loco, diciendo: A fuera, á fuera, á fuera, aparta, aparta, aparta, que entra el valeroso Andrea, cuadrillero mayor de todo el infierno, si es que no basta de una escuadra:

con este alboroto y voces casi quedáron admirados los mismos que sabian la verdad del caso, tanto que dijo el médico y aun su mismo padre: Tan demonio es este, como el que tiene Isabela: y su tio dijo: Esperábamos á este mancebo para nuestro bien, y creo que ha venido para nuestro mal. Sosiégate, hijo, sosiégate, dijo su padre, que parece que estás loco. ¿No lo ha de estar, dijo Isabela, si me ve á mí? ¿No soy yo por ventura el centro donde reposan sus pensamientos? ¿No soy yo el blanco donde asestan sus deseos? Sí por cierto, dijo Andrea: sí, que vos sois señora de mi voluntad, descanso de mi trabajo y vida de mi muerte; dadme la mano de ser mi esposa, señora mia, y sacadme de la esclavitud en que me veo, á la libertad de verme debajo de vuestro yugo; dadme la mano, digo otra vez, bien mio, y alzadme de la humildad de ser Andrea Marulo, á la aletza de ser esposo de Isabela Castrucho; vayan de aquí fuera los demonios que quisieren estorbar tan sabroso nudo y no procuren los hombres apartar lo que Dios junta. Tú dices bien, señor Andrea, replicó Isabela, y sin que aquí intervengan trazas, máquinas, ni embelecocos, dame esa mano de esposo y recíbeme por tuya: tendió la mano Andrea y en aquel instante alzó la voz Auristela y dijo: Bien se la pueden dar, que para en uno son.

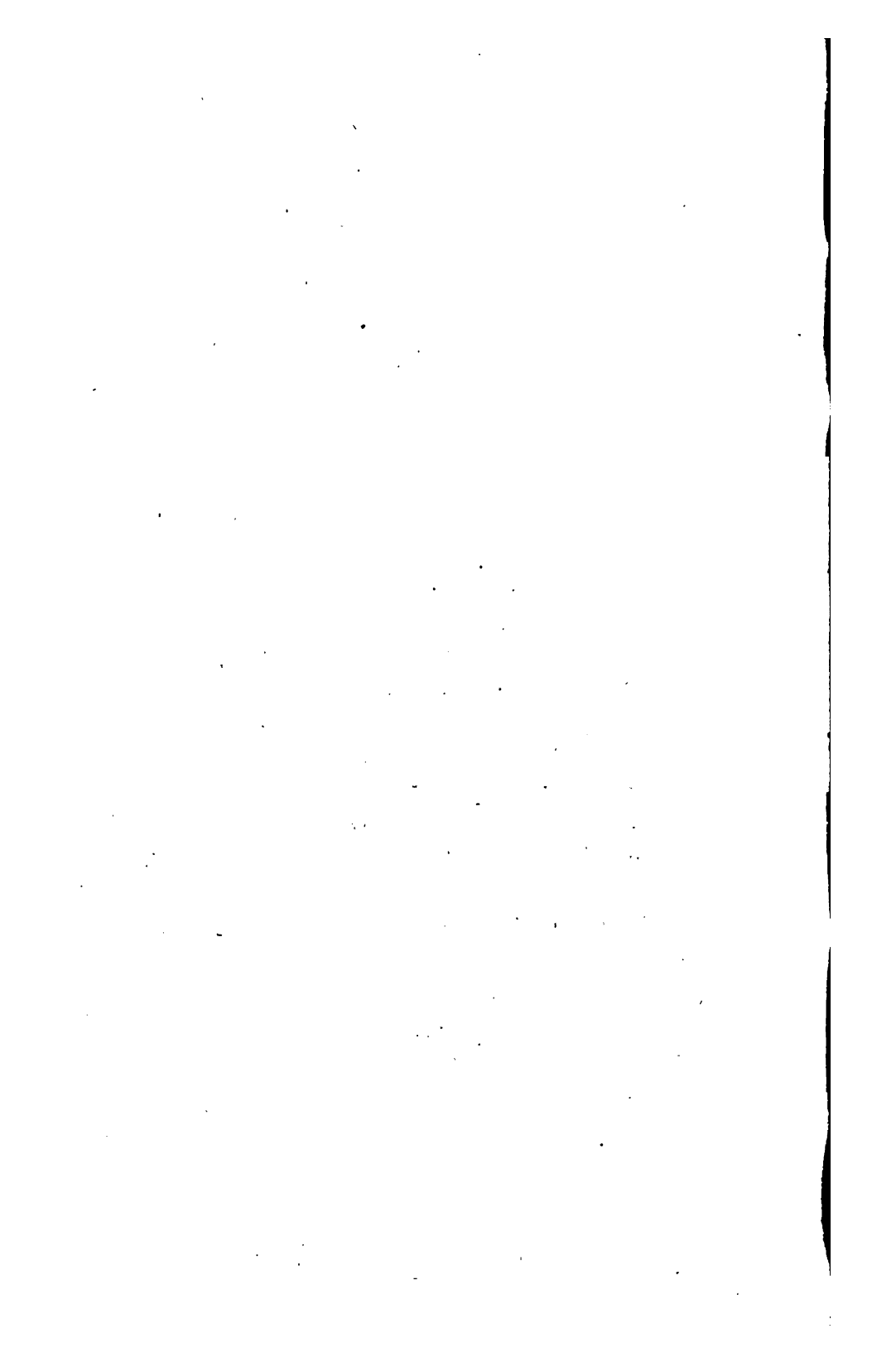
Pasmado y atónito tendió tambien la mano su tio de Isabela y trabó de la de Andrea, y dijo: ¿Qué es esto, señores? ¿Usase en este pueblo, que se

case un diablo con otro? Que no, dijo el médico: que esto debe de ser burlando, para que el diablo se vaya, porque no es posible que este caso que va sucediendo, pueda ser prevenido por entendimiento humano. Con todo eso, dijo el tío de Isabela, quiero saber de la boca de entrambos, qué lugar le daremos á este casamiento, el de la verdad, ó el de la burla. El de la verdad, respondió Isabela, porque ni Andrea Marulo está loco, ni yo endemoniada; yo le quiero y escojo por mi esposo, si es que él me quiere y me escoje por su esposa. No loco, ni endemoniado, sino con mi juicio entero, tal cual Dios ha sido servido de dármele: y diciéndole esto tomó la mano de Isabela y ella le dió la suya, y con dos síes quedáron indubitablemente casados. ¿Qué es esto, dijo Castrucho? Otra vez aquí de Dios ¿Cómo y es posible que así se deshonren las canas deste viejo? No las puede deshonrar, dijo el padre de Andrea, ninguna cosa mia: yo soy noble, y si no demasiadamente rico, no tan pobre que haya menester á nadie; no entro, ni salgo en este negocio: sin mi sabiduría se han casado los muchachos, que en los pechos enamorados la discrecion se adelanta á los años; y si las mas veces los mozos en sus acciones disparan, muchas aciertan, y cuando aciertan, aunque sea acaso, esceden con muchas ventajas á las mas consideradas; pero mírese con todo eso, si lo que aquí ha pasado puede pasar adelante, porque si se puede deshacer, las riquezas de Isabela no han

de ser parte para que yo procure la mejora de mi hijo. Dos sacerdotes que se halláron presentes, dijéron, que era válido el matrimonio; presupuesto, que si con parecer de locos le habian comenzado, con parecer de verdaderamente cuerdos le habian confirmado. Y de nuevo le confirmamos, dijo Andrea y lo mismo dijo Isabela, oyendo lo cual su tío, se le cayéron las alas del corazon y la cabeza sobre el pecho, y dando un profundo suspiro, vueltos los ojos en blanco, dió muestras de haberle sobrevenido un mortal parasismo: lleváronle sus criados al lecho; levantóse del suyo Isabela, llevóla Andrea á casa de su padre, como á su esposa, y de allí á dos dias entráron por la puerta de una iglesia un niño, hermano de Andrea Marulo á bautizar, Isabela y Andrea á casarse, y á enterrar el cuerpo de su tío, porque se vean, cuan estraños son los sucesos desta vida; unos á un mismo punto se bautizan, otros se casan y otros se entierran: con todo eso se puso luto Isabela, porque esta que llaman muerte, mezcla los tálamos con las sepulturas y las galas con los lutos. Cuatro dias mas estuviéron en Luca nuestros peregrinos y la escuadra de nuestros pasajeros, que fuéron regalados de los desposados y del noble Juan Bautista Marulo. Y aquí dió fin nuestro autor al tercero libro desta historia.

PERSILES Y SIGISMUNDA.

LIBRO CUARTO.



CAPITULO PRIMERO.

Disputóse entre nuestra peregrina escuadra, no una, sino muchas veces, si el casamiento de Isabela Castrucho, con tantas máquinas fabricado, podia ser valadero, á lo que Periandro muchas veces dijo, que sí, cuanto mas que no les tocaba á ellos la averiguacion de aquel caso: pero lo que á él le habia descontentado, era la junta del bautismo, casamiento y la sepultura, y la ignorancia del médico, que no atinó con la traza de Isabela, ni con el peligro de su tio; unas veces trataban en esto y otras en referir los peligros que por ellos habian pasado; andaban Croriano y Ruperta su esposa atentísimos inquiriendo quién fuesen Periandro y Auristela, Antonio y Constanza, lo que no hacian, por saber quién fuesen las tres damas francesas, que desde el punto que las viéron, fuéron dellos conocidas. Con esto, á mas que medianas jornadas, llegaron á Aquapendente, lugar cercano á Roma, á la entrada de la cual villa, adelantándose un poco Periandro y Auristela de los demas, sin temor que nadie los escuchase, ni oyese, Periandro habló á Auristela desta manera: Bien sabes, ó señora, que las causas que nos movieron á salir de nuestra patria y á dejar

nuestro regalo, fuéron tan justas como necesarias : ya los aires de Roma nos dan en el rostro, ya las esperanzas que nos sustentan nos bullen en las almas, ya, ya hago cuenta que me veo en la dulce posesion esperada : mira, señora, que será bien, que des una vuelta á tus pensamientos y escudriñando tu voluntad, mires si estás en la entereza primera, ó si lo estarás despues de haber cumplido tu voto, de lo que yo no dudo, porque tu real sangre no se engendró entre promesas mentirosas, ni entre dobladas trazas ; de mí te sé decir, ó hermosa Sigismunda, que este Periandro que aquí ves, es el Pérsiles, que en la casa del Rey mi padre viste, aquel, digo, que te dió palabra de ser tu esposo en los alcázares de su padre y te la cumplirá en los desiertos de Libia, si allí la contraria fortuna nos llevase.

Ibale mirando Auristela atentísimamente, maravillada de que Periandro dudase de su fe, y así le dijo : Sola una voluntad, ó Pérsiles, he tenido en toda mi vida, y esa habrá dos años que te la entregué, no forzada, sino de mi libre albedrío, la cual tan entera y firme está agora, como el primer dia que te hice señor della, la cual, si es posible que se aumente, se ha aumentado y crecido entre los muchos trabajos que hemos pasado ; de que tú estés firme en la tuya, me mostraré tan agradecida, que en cumpliendo mi voto, haré que se vuelvan en posesion tus esperanzas ; pero dime, ¿qué harémos des-

pues que una misma coyunda nos ate y un mismo yugo oprima nuestros cuellos? Léjos nos hallamos de nuestras tierras, no conocidos de nadie en las agenas, sin arrimo que sustente la yedra de nuestras incomodidades: no digo esto, porque me falte el ánimo de sufrir todas las del mundo, como esté contigo, sino dígolo, porque cualquiera necesidad tuya me ha de quitar la vida: hasta aquí, ó poco ménos de hasta aquí, padecia mi alma en sí sola: pero de aquí adelante padeceré en ella y en la tuya, aunque he dicho mal en partir estas dos almas, pues no son mas que una. Mira, señora, respondió Periandro, como no es posible que ninguno fabrique su fortuna, puesto que dicen, que cada uno es el artífice de ella desde el principio hasta el cabo: así yo no puedo responderte agora lo que harémos despues que la buena suerte nos ajunte: rómpase agora el inconveniente de nuestra division, que despues de juntos, campos hay en la tierra que nos sustenten y chozas que nos recojan, y hatos que nos cubran, que á gozarse dos almas que son una, como tú has dicho, no hay contentos con que igualarse, ni dorados techos que mejor nos alberguen; no nos faltará medio para que mi madre la Reina sepa dónde estamos, ni á ella le faltará industria para socorrernos, y en tanto esa cruz de diamantes que tienes, y esas dos perlas inestimables comenzarán á darnos ayudas, sino que temo que el deshacernos dellas, se ha de deshacer nuestra máquina, porque ¿ cómo

se ha de creer, que prendas de tanto valor se encubran debajo de una esclavina? Y por venir dándoles alcance la demas compañía, cesó su plática, que fué la primera que habian hablado en cosas de su gusto, porque la mucha honestidad de Auristela, jamas dió ocasion á Periandro á que en secreto la hablase, y con este artificio y seguridad notable pasáron la plaza de hermanos entre todos cuantos hasta allí los habian conocido, solamente en el desalmado y ya muerto Clodio pasó la malicia tan adelante que llegó á sospechar la verdad.

Aquella noche llegaron una jornada ántes de Roma, y en un meson, adonde siempre les solia acontecer maravillas, les aconteció esta, si es que así puede llamarse: estando todos sentados á una mesa, la cual la solicitud del huésped y la diligencia de sus criados tenian abundantemente proveida, de un aposento del meson salió un gallardo peregrino con unas escribanías sobre el brazo izquierdo, y un cartapacio en la mano, y habiendo hecho á todos la debida cortesía en lengua castellana, dijo: Este traje de peregrino que visto, el cual trae consigo la obligacion de que pida limosna al que lo trae, me obliga á que os la pida y tan aventajada y tan nueva, que sin darme joya alguna, ni prendas que lo valgan, me habeis de hacer rico: yo, señores, soy un hombre curioso; sobre la mitad de mi alma predomina Marte y sobre la otra mitad Mercurio y Apolo; algunos años me he dado al ejercicio

de la guerra y algunos otros y los mas maduros en él de las letras: en los de la guerra he alcanzado algun buen nombre y por los de las letras he sido algun tanto estimado: algunos libros he impreso, de los ignorantes no condenados por malos, ni de los discretos han dejado de ser tenidos por buenos: y como la necesidad, segun se dice, es maestra de avivar los ingenios, este mio, que tiene un no sé que de fantástico, é inventivo, ha dado en una imaginacion algo peregrina y nueva, y es que á costa agena quiero sacar un libro á luz, cuyo trabajo sea, como he dicho, ageno, y el provecho mio: el libro se ha de Hamar: FLOR DE AFORISMOS PEREGRINOS, conviene á saber, sentencias sacadas de la misma verdad, en esta forma: cuando en el camino, ó en otra parte topo alguna persona, cuya presencia muestre ser de ingenio y de prendas, le pido me escriba en este cartapacio algun dicho agudo, si es que le sabe, ó alguna sentencia que lo parezca, y de esta manera tengo ajuntados mas de trescientos aforismos, todos dignos de saberse y de imprimirse, y no en nombre mio, sino de su mismo autor que lo firmó de su nombre, despues de haberlo dicho. Esta es la limosna que pido y la que estimaré sobre todo el oro del mundo. Dadnos, señor español, respondió Perian-dro, alguna muestra de lo que pedis por quien nos guiemos: que en lo demas seréis servido como nues-tros ingenios lo alcanzaren. Esta mañana, respon-dió el español, llegaron aquí y pasáron de largo, un

peregrino y una peregrina, españoles, á los cuales, por ser españoles, declaré mi deseo y ella me dijo que pusiese de mi mano (porque no sabia escribir) esta razon :

“ Mas quiero ser mala con esperanza de ser buena, que buena con propósito de ser mala.”

Y díjome que firmase, *La peregrina de Talavera* : tampoco sabia escribir el peregrino, y me dijo, que escribiese :

“ No hay carga mas pesada, que la muger liviana.”

Y firmé por él, *Bartolomé el manchego*. Deste modo son los aforismos que pido y los que espero desta gallarda compañía serán tales, que realcen á los demas y les sirvan de adorno y de esmalte. El caso está entendido, respondió Croriano ; y por mí, tomando la pluma al peregrino y el cartapacio, quiero comenzar á salir desta obligacion y escribió :

“ Mas hermoso parece el soldado muerto en la batalla, que sano en la huida.”

Y firmó, *Croriano* : luego tomó la pluma Perianandro y escribió :

“ Dichoso es el soldado que cuando está peleando, sabe que le está mirando su príncipe.”

Y firmó. Sucedióle el bárbaro Antonio, y escribió :

“ La honra que se alcanza por la guerra, como se graba en láminas de bronce y con puntas de acero, es mas firme que las demas honras.”

Y firmóse, *Antonio el bárbaro*: y como allí no habia mas hombres, rogó el peregrino que tambien aquellas damas escribiesen, y fué la primera que escribió, Ruperta, y dijo:

“La hermosura que se acompaña con la honestidad, es hermosura, y la que no, no es mas de un buen parecer.”

Y firmó. Segundóla Auristela y tomando la pluma, dijo:

“La mejor dote que puede llevar la muger principal, es la honestidad, porque la hermosura y la riqueza el tiempo la gasta, ó la fortuna la deshace.”

Y firmó, á quien siguió Constanza, escribiendo:

“No por el suyo, sino por el parecer ageno, ha de escoger la muger el marido.”

Y firmó. Féliz Flora escribió tambien, y dijo:

“A mucho obligan las leyes de la obediencia forzosa, pero á mucho mas las fuerzas del gusto.”

Y firmó: y siguiendo Belarminia, dijo:

“La muger ha de ser como el Armiño, dejándose ántes prender, que enlodarse.”

Y firmó. La última que escribió fué la hermosa Deleasir, y dijo:

“Sobre todas las acciones de esta vida tiene imperio la buena ó la mala suerte, pero mas sobre los casamientos.”

Esto fué lo que escribiéron nuestras damas y nuestros peregrinos, de lo que el español quedó agradecido y contento, y preguntándole Periandro,

si sabia algun aforismo de memoria, de los que tenia allí escritos, le dijese: á lo que respondió, que solo uno diria, que le habia dado gran gusto, por la firma del que lo habia escrito, que decia:

“No desees y serás el mas rico hombre del mundo.”

Y la firma decia, *Diego de Rátos, corcobado, zapatero de viejo en Tordesillas, lugar en Castilla la Vieja, junto á Valladolid.* Por Dios, dijo Antonio, que la firma está larga y tendida, y que el aforismo es el mas breve y compendioso que puede imaginarse, porque está claro, que lo que se desea es lo que falta, y el que no desea, no tiene falta de nada y así será el mas rico del mundo. Algunos otros aforismos dijo el español, que hicieron sabrosa la conversacion y la cena: sentóse el peregrino con ellos y en el discurso de la cena dijo: No daré el privilegio de este mi libro á ningun librero en Madrid, si me da por él dos mil ducados, que allí no hay ninguno que no quiera los privilegios de valde, ó á lo ménos por tan poco precio, que no le luzga al autor del libro: verdad es, que tal vez suelen comprar un privilegio y imprimir un libro con quien piensan enriquecer y pierden en él el trabajo y la hacienda, pero el de estos aforismos, escrito se lleva en la frente la bondad y la ganancia.

CAPITULO II.

Bien podia intitularse el libro del peregrino español, *Historia peregrina sacada de diversos autores: y dijera verdad, segun habian sido, y iban siendo los que la componian, y no les dió poco que reir la firma de Diego de Rátos, el zapatero de viejo, y aun tambien les dió que pensar el dicho de Bartolomé el manchego, que dijo: que no habia carga mas pasada que la muger liviana, señal que le debia de pesar ya la que llevaba en la moza de Talavera. En esto fuéron hablando otro dia, que dejáron al español moderno y nuevo autor de nuevos y esquisitos libros, y aquel mismo dia viéron á Roma, alegrándoles las almas, de cuya alegría redundaba salud en los cuerpos: alborozáronse los corazones de Perian-dro y de Auristela, viéndose tan cerca del fin de su deseo: los de Croriano y Ruperta y los de las tres damas francesas ansímismo, por el buen suceso que prometia el fin próspero de su viage, entrando á la parte de este gusto los de Constanza y Antonio: heriales el sol por Zenit, á cuya causa, puesto que está mas apartado de la tierra que en ninguna otra sazón del dia, hiere con mas calor y vehemencia y y habiéndoles convidado una cercana selva que á su*

mano derecha se descubria, determináron de pasar en ella el rigor de la siesta que les amenazaba y aun quizá la noche, pues les quedaba lugar demasiado para entrar el dia siguiente en Roma; haciéndolo así y miéntras mas entraban por la selva adelante, la amenidad del sitio, las fuentes que de entre las yerbas salian, los arroyos que por ella cruzaban, les iban confirmando en su mismo propósito.

Tanto habian entrado en ella, cuanto volviendo los ojos, viéron que estaban ya encubiertos á los que por el real camino pasaban, y haciéndoles la variedad de los sitios variar en la imaginacion, cuál escogerian, segun eran todos buenos y apacibles, alzó á caso los ojos Auristela y vió pendiente de la rama de un verde sauce un retrato del grandor de una cuartilla de papel, pintado en una tabla no mas del rostro de una hermosísima muger, y reparando un poco en él, conoció claramente ser su rostro el del retrato, y admirada y suspensa se le enseñó á Periandro: á este mismo instante dijo Croriano, que todas aquellas yerbas manaban sangre y mostró los piés en caliente sangre teñidos. El retrato que luego descolgó Periandro y la sangre que mostraba Croriano, los tuvo confusos á todos y en deseo de buscar así el dueño del retrato, como de la sangre. No podia pensar Auristela, quién, dónde, ó cuándo pudiese haber sido sacado su rostro, ni se acordaba Periandro que el criado del Duque de Nemours le habia dicho, que el pintor que sacaba los de las tres

damas francesas, sacaria tambien el de Auristela, con no mas de haberla visto, que si de esto él se acordara, con facilidad diera en la cuenta de lo que no alcanzaba: el rastro que siguiéron de la sangre, llevó á Croriano y á Antonio que le seguían, hasta ponerlos entre unos espesos árboles que allí cerca estaban, donde viéron al pié de uno un gallardo peregrino sentado en el suelo, puestas las manos casi sobre el corazon y todo lleno de sangre, vista que les turbó en gran manera y mas cuando llegándose á él Croriano, le alzó el rostro que sobre los pechos tenia derribado y lleno de sangre, y limpiándose la con un lienzo, conoció sin duda alguna, ser el herido el Duque de Nemours, que no bastó el diferente traje en que le hallaba para dejar de conocerle, tanta era la amistad que con él tenia: el Duque herido, ó á lo ménos el que parecia ser el Duque, sin abrir los ojos que con la sangre los tenia cerrados, con mal pronunciadas palabras dijo: Bien hubieras hecho, ó quien quiera que seas, enemigo mortal de mi descanso, si hubieras alzado un poco mas la mano y dádome en mitad del corazon, que allí sí que hallaras el retrato mas vivo y mas verdadero que el que me hiciste quitar del pecho, y colgar en el árbol, porque no me sirviese de reliquia y de escudo en nuestra batalla. Hallóse Constanza en este hallazgo, y como naturalmente era de condicion tierna y compasiva, acudió á mirarle la herida y á tomarle la sangre ántes que á tener cuenta con las lastimo-

sas palabras que decia; casi otro tanto le sucedió á Periandro y á Auristela, porque la misma sangre les hizo pasar adelante á buscar el origen de donde procedia y halláron entre unos verdes y crecidos juncos tendido otro peregrino, cubierto casi todo de sangre, excepto el rostro, que descubierto y limpio tenia, y así sin tener necesidad de limpiársele, ni de hacer diligencia para conocerle, conociéron ser el príncipe Arnaldo, que mas desmayado que muerto estaba. La primera señal que dió de vida, fué probarse á levantar, diciendo: No le llevarás, traidor, porque el retrato es mio por ser el de mi alma; tú le has robado y sin haberte yo ofendido en cosa, me quieres quitar la vida.

Temblando estaba Auristela con la no pensada vista de Arnaldo, y aunque las obligaciones que le tenia, la impelian á que á él se llegase, no osaba por la presencia de Periandro, el cual, tan obligado como cortes asió de las manos del Príncipe y con voz no muy alta, por no descubrir lo que quizá el Príncipe querria que se callase, le dijo: Volved en vos, señor Arnaldo, y veréis que estais en poder de vuestros mayores amigos y que no os tiene tan desamparado el cielo, que no os podais prometer mejora de vuestra suerte: abrid los ojos, digo, y veréis á vuestro amigo Periandro y á vuestra obligada Auristela, tan deseosos de servirnos como siempre; contadnos vuestra desgracia y todos vuestros sucesos y prometeos de nosotros todo cuanto nuestra

industria y fuerzas alcanzaren: decidnos, si estais herido, y quién os hirió y en qué parte, para que luego se procure vuestro remedio. Abrió en esto los ojos Arnaldo, y conociendo á los dos que delante tenia, como pudo, que fué con mucho trabajo, se arrojó á los piés de Auristela, puesto que abrazado tambien á los de Periandro, que hasta en aquel punto guardó el decoro á la honestidad de Auristela, en la cual puestos los ojos, dijo: No es posible, que no seas tú, señora, la verdadera Auristela y no imágen suya, porque no tendria ningun espíritu licencia, ni ánimo para ocultarse debajo de apariencia tan hermosa: Auristela eres sin duda, y yo tambien sin ella soy aquel Arnaldo que siempre ha deseado servirte: en tu busca vengo, porque si no esperando en tí, que eres mi centro, no tendrá sosiego el alma mia.

En el tiempo que esto pasaba, ya habian dicho á Croriano y á los demas el hallazgo del otro peregrino, y que daba tambien señales de estar mal herido; oyendo lo cual Constanza, habiendo tomado ya la sangre al Duque, acudió á ver lo que habia menester el segundo herido, y cuando conoció ser Arnaldo, quedó atónita y confusa, y supliendo su discrecion su sobresalto, sin entrar en otras razones, le dijo, que le descubriese sus heridas: á lo que Arnaldo respondió con señalarle con la mano derecha el brazo izquierdo, señal de que allí tenia la herida. Desnudóle luego Constanza, y hallósele

por la parte superior atravesado de parte á parte: tomóle luego la sangre, que aun corria, y dijo á Periandro, como el otro herido que allí estaba era el Duque de Nemours, y que convenia llevarlos al pueblo mas cercano donde fuesen curados, porque el mayor peligro que tenian era la falta de la sangre. Al oír Arnaldo el nombre del Duque, se estremeció todo, y dió lugar á que los frios zelos se entrasen hasta el alma por las calientes venas, casi vacías de sangre, y así dijo, sin mirar lo que decia: Alguna diferencia hay de un duque á un rey: pero en el estado del uno, ni del otro, ni aun en el de todos los monarcas del mundo cabe el merecer á Auristela: y añadió y dijo: no me lleven adonde llevarán al Duque, que la presencia de los agraviadores no ayuda nada á las enfermedades de los agraviados. Dos criados traia consigo Arnaldo y otros dos el Duque, los cuales por órden de sus señores los habian dejado allí solos, y ellos se habian adelantado á un lugar allí cercano, para tenerles aderezado alojamiento cada uno de por sí, porque aun no se conocian. Miren tambien, dijo Arnaldo, si en un árbol de estos que estan aquí á la redonda, está pendiente un retrato de Auristela, sobre quien ha sido la batalla que entre mí y el Duque hemos pasado; quítese y déseme, porque me cuesta mucha sangre y de derecho es mio. Casi esto mismo estaba diciendo el Duque á Ruperta y á Croriano y á los demas que con él estaban; pero á todos satis-

fizo Periandro, diciendo, que él le tenia en su poder como en depósito, y que le volveria en mejor coyuntura á cuyo fuese. ¿Es posible, dijo Arnaldo, que se puede poner en duda la verdad de que el retrato sea mio? ¿No sabe ya el cielo, que desde el punto que ví el original le trasladé en mi alma? Pero téngale mi hermano Periandro, que en su poder no tendrán entrada los zelos, las iras y las soberbias de sus pretensores, y llévenme de aquí, que me desmayo: luego acomodáron en que pudiesen ir los dos heridos, cuya vertida sangre mas que la profundidad de las heridas les iba poco á poco quitando la vida, y así los lleváron al lugar, donde sus criados les tenian el mejor alojamiento que pudieron, y hasta entónces no habia conocido el Duque ser el príncipe Arnaldo su contrario.

CAPITULO III.

Invidiosas y corridas estaban las tres damas francesas, de ver que en la opinion del Duque estaba estimado el retrato de Auristela mucho mas que ninguno de los suyos, que el criado que envió á retratarlas, como se ha dicho, les dijo, que consigo los traia, entre otras joyas de mucha estima, pero que en el de Auristela idolatraba : razones y desengaño que las lastimó las almas ; que nunca las hermosas reciben gusto, sino mortal pesadumbre, de que otras hermosuras iguallen á las suyas, ni aun que se les comparen, porque la verdad que comunmente se dice, de que toda comparacion es odiosa, en la de las bellezas viene á ser odiosísima, sin que amistades, parentescos, calidades y grandezas se opongan al rigor desta maldita invidia, que así puede llamarse la que encendia las comparadas hermosuras: dijo ansímismo, que viniendo el Duque su señor desde Paris, buscando á la peregrina Auristela, enamorado de su retrato, aquella mañana se habia sentado al pié de un árbol con el retrato en las manos, que así hablaba con el muerto, como con el original vivo, y que estando así, habia llegado el otro peregrino tan paso por las espaldas, que pudo

bien oír lo que el Duque con el retrato hablaba, sin que yo y otro compañero mio lo pudiésemos estorbar, porque estábamos algo desviados: en fin corríamos á advertir al Duque, que le escuchaban, volvió el Duque la cabeza y vió al peregrino, el cual sin hablar palabra, lo primero que hizo fué arremeter al retrato y quitársele de las manos al Duque, que como le cogió de sobresalto, no tuvo lugar de defenderle como él quisiera, y lo que le dijo, fué, á lo ménos lo que yo pude entender: Salteador de celestiales prendas, no profanes con tus sacrílegas manos, la que en ellas tienes: deja esa tabla, donde está pintada la hermosura del cielo, así porque no la mereces, como por ser ella mia. Eso no, respondió el otro peregrino, y si desta verdad no puedo darte testigos, remitiré su falta á los filos de mi estoque, que en este bordon traigo oculto. Yo sí que soy el verdadero posesor desta incomparable belleza, pues en tierras bien remotas de la que ahora estamos, la compré con mis tesoros, y la adoré con mi alma, y he servido á su original con mi solicitud y con mis trabajos.

El Duque entónces, volviéndose á nosotros, nos mandó con imperiosas razones, los dejásemos solos, y que viniésemos á este lugar, donde le esperásemos, sin tener osadía de volver solamente el rostro á mirarles: lo mismo mandó el otro peregrino á los dos que con él llegaron, que segun parece, tambien son sus criados; con todo esto hurté algun tanto la

obediencia á su mandamiento, y la curiosidad me hizo volver los ojos, y ví que el otro peregrino colgaba el retrato de un árbol, no porque puntualmente lo viese, sino porque lo conjeturé, viendo que luego desenvainando del bordon que tenia un estoque, ó á lo ménos una arma que lo parecia, acometió á mi señor, el que le salió á recibir con otro estoque, que yo sé que en el bordon traia. Los criados de entrambos quisimos volver á despartir la contienda; pero yo fuí del contrario parecer, diciéndoles, que pues era igual y entre dos solos, sin temor ni sospecha de ser ayudados de nadie, que los dejásemos y siguiésemos nuestro camino, pues en obedecerles no errábamos y en volver quizá sí: ahora sea lo que fuere, pues no sé si el buen consejo, ó la cobardía nos emperezó los piés y nos ató las mãos, ó si la lumbré de los estoques, hasta entónces aun no sangrientos, nos cegó los ojos, que no acertábamos á ver el camino que habia desde allí al lugar de la pendencia, sino el que habia á este adonde ahora estamos: llegámos aquí, hicimos el alojamiento con priesa, y con mas animoso discurso volvimos á ver lo que habia hecho la suerte de nuestros dueños: hallámoslos, cual habeis visto, donde, si vuestra llegada no los socorriera, bien sin provecho habia sido la nuestra. Esto dijo el criado y esto escucháron las damas y esto sintieron de manera, como si fueran amantes verdaderas del Duque: y al mismo instante se deshizo en la imagina-

cion de cada una la quimera y máquina, si alguna habia hecho ó levantado, de casarse con el Duque, que ninguna cosa quita, ó borra el amor mas presto de la memoria, que el desden en los principios de su nacimiento: que el desden en los principios del amor, tiene la misma fuerza que tiene la hambre en la vida humana: á la hambre y al sueño se rinde la valentía, y al desden los mas gustosos deseos. Verdad es, que esto suele ser en los principios, que despues que el amor ha tomado larga y entera posesion del alma, los desdenes y desengaños le sirven de espuelas, para que con mas ligereza corra á poner en efecto sus pensamientos. Curáronse los heridos y dentro de ocho dias estuviéron para ponerse en camino y llegar á Roma, de donde habian venido cirujanos á verlos.

En este tiempo supo el Duque, como su contrario era príncipe heredero del reino de Dinamarca, y supo ansímismo la intencion que tenia de escogerla por esposa: esta verdad calificó en él sus pensamientos, que eran los mismos que los de Arnaldo. Parecióle que la que era estimada para reina, lo podia ser para duquesa; pero entre estos pensamientos, entre estos discursos y imaginaciones se mezclaban los zelos de manera que le amargaban el gusto y le turbaban el sosiego; en fin se llegó el dia de su partida y el Duque y Arnaldo, cada uno por su parte, entró en Roma, sin darsé á

conocer á nadie, y los demas peregrinos de nuestra compañía, llegando á la vista della desde un alto montecillo la descubriéron, y hincados de rodillas, como á cosa sacra, la adoráron, cuando de entre ellos salió una voz de un peregrino, que no conociéron, que con lágrimas el los ojos comenzó á decir desta manera:

O grande, ó poderosa, ó sacrosanta,
Alma ciudad de Roma, á tí me inclino
Devoto, humilde y nuevo peregrino,
A quien admira ver belleza tanta:

Tu vista, que á tu fama se adelanta,
Al ingenio suspende, aunque divino,
De aquel que á verte y adorarte vino,
Con tierno afecto y con desnuda planta.

La tierra de tu suelo que contemplo
Con la sangre de mártires mezclada,
Es la reliquia universal del suelo:

No hay parte en tí, que no sirva de ejemplo
De santidad, así como trazada
De la ciudad de Dios al gran modelo.

Cuando acabó de decir este soneto el peregrino, se volvió á los circunstantes diciendo: Habrá pocos años, que llegó á esta santa ciudad un poeta español, enemigo mortal de sí mismo y deshonra de

su nacion, el qual hizo y compuso un soneto en vituperio desta insigne ciudad y de sus ilustres habitadores, pero la culpa de su lengua pagara su garganta, si le cogieran: yo, no como poeta, sino como cristiano, casi como en descuento de su cargo, he compuesto el que habeis oido. Rogóle Periandro que le repitiese, hizolo así, alabáronsele mucho, bajáron del recuesto, pasáron por los prados de Madama, entráron en Roma por la puerta del Pópulo, besando primero una y muchas veces los umbrales y márgenes de la entrada de la ciudad santa, ántes de la cual llegóron dos judíos á uno de los criados de Croriano y le preguntáron, si toda aquella escuadra de gente tenia estancia conocida y preparada, donde alojarse, si no que ellos se la darian tal, que pudiesen en ella alojarse príncipes, porque habeis de saber, señor, dijéron, que nosotros somos judíos, yo me llamo Zabulon, y mi compañero Abiud; tenemos por oficio adornar casas de todo lo necesario, segun y como es la calidad del que quiere habitarlas, y allí llega su adorno, donde llega el precio que se quiere pagar por ellas. A lo que el criado respondió: Otro compañero mio desde ayer está en Roma con intencion, que tenga preparado el alojamiento, conforme á la calidad de mi amo y de todos aquellos que aquí vienen. Que me maten, dijo Abiud, sino es este el frances que ayer se contentó con la casa de nuestro compañero Manases, que la tiene aderezada como casa real: va-

mos pues adelante, dijo el criado de Croriano, que mi compañero debe de estar por aquí esperando á ser nuestra guia, y cuando la casa que tuviere no fuere tal, nos encomendarémós á la que nos diere el señor Zabulon: con esto pasáron adelante y á la entrada de la ciudad viéron los judíos á Manases, su compañero, y con él al criado de Croriano, por donde viniéron en conocimiento que la posada que los judíos habian pintado, era la rica de Manases, y así alegres y contentos guiáron á nuestros peregrinos, que estaba junto al arco de Portugal.

Apénas entráron las francesas damas en la ciudad, cuando se lleváron tras sí los ojos de casi todo el pueblo, que por ser dia de estacion, estaba llena aquella calle de nuestra señora del Pópulo de infinita gente; pero la admiracion que comenzó á entrar poco á poco en los que á las damas francesas miraban, se acabó de entrar mucho á mucho en los corazones de los que viéron á la sin par Auristela y á la gallarda Constanza, que á su lado iba, bien así como van por iguales peralelos dos lucientes estrellas por el cielo; tales iban, que dijo un romano, que á lo que se crée, debia de ser poeta: yo apostaré que la diosa Vénus comò en los tiempos pasados, vuelve á esta ciudad á ver las reliquias de su querido Enéas. Por Dios que hace mal el señor Gobernador, de no mandar que se cubra el rostro de esta movable imágen: ¿quiere por ventura que

los discretos se admiren, que los tiernos se deshagan y que los necios idolatren? Con estas alabanzas, tan hipérboles como no necesarias, pasando adelante el gallardo escuadron, llegó al alojamiento de Manases, bastante para alojar á un poderoso príncipe y á un mediano ejército.

CAPITULO IV.

Estendióse aquel mismo dia la llegada de las damas francesas por toda la ciudad, con el gallardo escuadron de los peregrinos, especialmente se divulgó la desigual hermosura de Auristela, encareciéndola, si no como ella era, á lo ménos cuanto podian las lenguas de los mas discretos ingenios: al momento se coronó la casa de los nuestros de mucha gente que los llevaba la curiosidad y el deseo de ver tanta belleza junta, segun se habia publicado. Llegó esto á tanto extremo, que desde la calle pedian á voces, se asomasen á las ventanas las damas y las peregrinas, que reposando, no querian dejar verse: especialmente clamaban por Auristela, pero no fué posible que se dejase ver ninguna dellas.

Entre la demas gente que llegó á la puerta, llegaron Arnaldo y el Duque con sus hábitos de peregrinos, y apenas se hubo visto el uno al otro, cuando á entrambos les tembláron las piernas y les palpitáron los pechos: conociólos Periandro desde la ventana, díjosele á Croriano, y los dos juntos bajáron á la calle, para estorbar en cuanto pudiesen, la desgracia que podian temer de dos tan zelosos amantes. Periandro se pasó con Arnaldo y Croriano con el Duque, y lo que Arnaldo dijo á Perian-

dro, fué: Uno de los cargos mayores que Auristela me tiene, es el sufrimiento que tengo consintiendo que este caballero frances, que dicen ser el Duque de Nemours, esté como en posesion del retrato de Auristela, que puesto que está en tu poder, parece que es con voluntad suya, pues yo no le tengo en el mio: mira, amigo Periandro, en esta enfermedad que los amantes llaman zelos, que la llamaran mejor desesperacion rabiosa, entran á la parte con ella, la invidia y el ménosprecio, y cuando una vez se apodera del alma enamorada, no hay consideracion que la sosiegue, ni remedio que la valga, y aunque son pequeñas las causas que la engendran, los efectos que hace, son tan grandes, que por lo ménos quitan el seso y por lo mas la vida: que mejor es al amante zeloso el morir desesperado, que vivir con zelos; y el que fuere amante verdadero, no ha de tener atrevimiento para pedir zelos á la cosa amada: y puesto que llegue á tanta perfeccion que no los pida, no puede dejarlos de pedir á sí mismo, digo á su misma ventura, de la cual es imposible vivir seguro: porque las cosas de mucho precio y valor tienen en continuo temor al que las posée, ó al que las ama, de perderlas, y esta es una pasion que no se aparta del alma enamorada, como accidente inseparable. Aconsejote, ó amigo Periandro, si es que puede dar consejo quien no le tiene para sí, que consideres, que soy rey y que quiero bien, y por mil esperiencias está satisfecho y enterado, de

que cumpliré con las obras, cuanto con palabras he prometido, de recibir á la sin par Auristela tu hermana sin otra dote, que la grande que ella tiene en su virtud y hermosura, y que no quiero averiguar la nobleza de su linage, pues está claro que no habia de negar naturaleza los bienes de la fortuna, á quien tantos dió de sí misma: nunca en humildes sugetos, ó pocas veces, hacen su asiento virtudes grandes, y la belleza del cuerpo muchas veces es indicio de la belleza del alma, y para reducirme á un término solo, te digo lo que otras veces te he dicho, que adoro á Auristela, ora sea de linage del cielo, ora de los ínfimos de la tierra; y pues ya está en Roma, adonde ella ha librado mis esperanzas, sé tú, ó hermano mio, parte para que me las cumpla, que desde aquí parto mi corona y mi reino contigo, y no permitas, que yo muera escarnecido deste Duque, ni ménospreciado de la que adoro.

A todas estas razones, ofrecimientos y promesas respondió Periandro, diciendo: Si mi hermana tuviera culpa en las causas que este Duque ha dado á tu enojo, si no la castigara, á lo ménos la riñera, que para ella fuera un gran castigo; pero como sé, que no la tiene, no tengo que responderte: en esto de haber librado tus esperanzas en su venida á esta ciudad, como no sé adónde llegan las que te ha dado, no sé, qué responderte: de los ofrecimientos que me haces y me has hecho, estoy

tan agradecido, como me obliga el ser tú el que los haces, y yo á quien se hacen, porque, con humildad sea dicho, ó valeroso Arnaldo, quizá esta pobre muceta de peregrino sirve de nube, que por pequeña que sea, suele quitar los rayos al sol, y por ahora sosiégate, que ayer llegámos á Roma y no es posible, que en tan breve espacio se hayan fabricado discursos, dado trazas y levantado quimeras que reduzgan nuestras acciones á los felices fines que deseamos: huye, en cuanto te fuere posible, de encontrarte con el Duque, porque un amante desdeñado y flaco de esperanzas suele tomar ocasion del despecho para fabricarlas, aunque sean en daño de lo que bien quiere. Arnaldo le prometió que así lo haria, y le ofreció prendas y dineros, para sustentar la autoridad y el gasto, así el suyo como el de las damas francesas. Diferente fué la plática que tuvo Croriano con el Duque, pues toda se resolvió en que habia de cobrar el retrato de Auristela, ó habia de confesar Arnaldo, no tener parte en él: pidió tambien á Croriano fuese intercesor con Auristela, le recibiese por esposo, pues su estado no era inferior al de Arnaldo, ni en la sangre le hacia ventaja ninguna de las mas ilustres de Europa: en fin él se mostró algo arrogante y algo zeloso, como quien tan enamorado estaba. Croriano se lo ofreció ansímismo, y quedó en darle la respuesta que dijese Auristela, al proponerle la ventura que se le ofrecia de recibirle por esposo.

CAPITULO V.

Desta manera los dos contrarios zelosos y amantes, cuyas esperanzas tenian fundadas en el aire, se despidiéron, el uno de Periandro y el otro de Croriano, quedando ante todas cosas, en reprimir sus ímpetus y disimular sus agravios, á lo ménos hasta tanto que Auristela se declarase, de la cual cada uno esperaba, que habia de ser en su favor, pues al ofrecimiento de un reino y al de un estado tan rico como el del Duque bien se podia pensar, que habia de titubear cualquier firmeza y mudarse el propósito de escoger otra vida, por ser muy natural el amarse las grandezas y apetecerse la mejoría de los estados, especialmente suele ser este deseo mas vivo en las mugeres. De todo esto estaba bien descuidada Auristela, pues todos sus pensamientos, por entónces, no se estendian á mas que á enterarse en las verdades que á la salvacion de su alma convenian: que por haber nacido en partes tan remotas y en tierras, adonde la verdadera fe católica no está en el punto tan perfecto como se requiere, tenia necesidad de acrisolarla en su verdadera oficina. Al apartarse Periandro de Arnaldo, llegó á él un hombre español y le dijo: Segun traigo las señas, si es

que vuesa merced es español, para vuesa merced viene esta carta; púsole una en las manos cerrada, cuyo sobreescrito decia: *Al Ilustre Señor Antonio de Villasenor*, por otro nombre llamado *el Bárbaro*. Preguntóle Periandro, ¿que quién le había dado aquella carta? Respondióle el portador, que un español que estaba preso en la cárcel que llaman Torre de Nona, y por lo ménos condenado á ahorcar por homicida, él y otra su amiga, muger hermosa, llamada *la Talaverana*. Conoció Periandro los nombres y casi adivinó sus culpas y respondió: Esta carta no es para mí, sino para este peregrino que hacia acá viene, y fué así, porque en aquel instante llegó Antonio, á quien Periandro dió la carta, y apartándose los dos á una parte, la abrió y vió que así decia:

“ Quien en mal anda, en mal para: de dos piés, aunque el uno esté sano, si el otro está cojo, tal vez cojea: que las malas compañías no pueden enseñar buenas costumbres; la que yo trabé con la talaverana, que no debiera, me tiene á mí y á ella sentenciados de remate para la horca; el hombre que la sacó de España, la halló aquí en Roma en mi compañía, recibió pesadumbre dello, asentóle la mano en mi presencia, y yo que no soy amigo de burlas, ni de recibir agravios, sino de quitarlos, volví por la moza y á puros palos maté á su agraviador. Estando en la fuga desta pendencia, llegó otro peregrino que por el mismo estilo comenzó á tomarme

la medida de las espaldas: dice la moza, que conoció que el que me apaleaba era un su marido, de nacion polaco, con quien se habia casado en Talavera, y temiéndose que en acabando conmigo habia de comenzar por ella, porque le tenia agraviado, no hizo mas de echar mano á un cuchillo de dos que traia consigo siempre en la vaina, y llegándose á él, bonitamente se le clavó por los riñones, haciéndole tales heridas que no tuvieran necesidad de maestro: en efecto, el amigo á palos y el marido á puñaladas, en un instante concluyéron la carrera mortal de su vida. Prendiéronnos al mismo punto y trajéronnos á esta cárcel, donde quedámos muy contra nuestra voluntad: tomáronnos la confesion, confesámos nuestro delito, porque no le podiamos negar, y con esto ahorrámos el tormento, que aquí llaman tortura; sustancióse el proceso, dándose mas priesa á ello de la que quiséramos; ya está concluso y nosotros sentenciados á destierro, sino que es desta vida para la otra. Digo, señor, que estamos sentenciados á ahorcar, de lo que está tan pesarosa la talaverana, que no lo puede llevar en paciencia: la cual besa á vuesa merced las manos y á mi señora Constanza y al señor Periandro y á mi señora Auristela, y dice que ella se holgara de estar libre para ir á besárselas á vuestas mercedes á sus casas; dice tambien, que si la sin par Auristela pone aldas en cinta y quiere tomar á su cargo nuestra libertad, que le será fácil, porque ¿qué pedirá su grande hermosura

que no lo alcance, aunque lo pida á la dureza misma? Y añade mas, y es que si vuestas mercedes no pudieren alcanzar el perdon, á lo ménos procuren alcanzar el lugar de la muerte, y que como ha de ser en Roma, sea en España, porque está informada la moza, que aquí no llevan los ahorcados con la autoridad conveniente, porque van á pié y apenas los ve nadie, y así apenas hay quien les rece una Ave-maría, especialmente si son españoles los que ahorcan, y ella querria, si fuese posible, morir en su tierra y entre los suyos, donde no faltaria algun pariente que de compasion le cerrase los ojos: yo tambien digo lo mismo, porque soy amigo de acomodarme á la razon, porque estoy tan mohino en esta cárcel, que á trueco de escusar la pesadumbre que me dan las chinches en ella, tomaria por buen partido que me sacasen á ahorcar mañana, y advierto á vuesa merced, señor mio, que los jueces desta tierra no desdican nada de los españoles; todos son corteses y amigos de dar y recibir cosas justas, y que quando no hay parte que solicite la justicia, no dejan de llegarse á la misericordia, la cual si reina en todos los valerosos pechos de vuestas mercedes, que sí debe de reinar, sugeto hay en nosotros en que se muestre, pues estamos en tierra agena, presos en la cárcel, comidos de chinches y de otros animales inmundos, que son muchos por pequeños, y enfadan como si fuesen grandes; y sobre todo nos tienen ya encueros y en la quinta esencia de la necesidad

solicitadores, procuradores y escribanos, de quien Dios nuestro señor nos libre por su infinita bondad amen. Aguardando la respuesta quedamos, con tanto deseo de recibirla buena, como le tienen los cigoñinos en la torre, esperando el sustento de sus madres. Y firmaba:

El desdichado

BARTOLOME MANCHEGO.”

En extremo dió la carta gusto á los dos que la habian leído y en extremo les fatigó su aflicion, y luego diciéndole al que la habia llevado, dijese al preso, que se consolase y tuviese esperanza de su remedio, porque Auristela y todos ellos, con todo aquello que dádivas y promesas pudiesen, le procurarian, y al punto fabricáron las diligencias que habian de hacerse: la primera fué, que Croriano hablase al Embajador de Francia, que era su pariente y amigo, para que no se ejecutase la pena tan presto y diese lugar el tiempo á que le tuviesen los ruegos y las solicitudes: determinó tambien Antonio de escribir otra carta en respuesta de la suya á Bartolomé, con que de nuevo se renovase el gusto que les habia dado la suya; pero comunicando este pensamiento con Auristela y con su hermana Constanza, fuéron las dos de parecer, que no se la escribiese, porque á los afligidos no se ha de añadir aflicion, y podria ser que tomasen las burlas por veras y se afgiesen con ellas: lo que hiciéron, fué dejar todo el

cargo de aquella negociacion sobre los hombros y diligencia de Croriano y en las de Ruperta su esposa que se lo rogó ahincadamente, y en seis dias ya estaban en la calle Bartolomé y la talaverana, que adonde interviene el favor y las dádivas, se allanan los riscos y se deshacen las dificultades.

En este tiempo le tuvo Auristela de informarse de todo aquello que á ella le parecia que le faltaba por saber de la fe católica, á lo ménos de aquello que en su patria escuramente se platicaba: halló con quien comunicar su deseo por medio de los penitenciaros, con quien hizo su confesion entera, verdadera y llana, y quedó enseñada y satisfecha de todo lo que quiso, porque los tales penitenciaros, en la mejor forma que pudieron, le declararon todos los principales y mas convenientes misterios de nuestra santa fe. Comenzaron desde la invidia y soberbia de Lucifer y de su caida con la tercera parte de las estrellas que cayeron con él en los abismos, caida que dejó vacas y vacías las sillas del cielo, que las perdiéron los ángeles malos por su necia culpa: declararonle el medio que Dios tuvo para llenar estos asientos, criando al hombre, cuya alma es capaz de la gloria que los ángeles malos perdiéron; discurrieron por la verdad de la creacion del hombre y del mundo y por el misterio sagrado y amoroso de la Encarnacion, y con razones sobre la razon misma bosquejaron el profundísimo misterio de la Santísima Trinidad: contaron, como

convino, que la segunda persona de las tres, que es la del Hijo, se hiciese hombre, para que como hombre Dios, pagase por el hombre, y Dios pudiese pagar como Dios, cuya union hipostática solo podia ser bastante para dejar á Dios satisfecho de la culpa infinita cometida, que Dios infinitamente se habia de satisfacer, y el hombre finito por sí no podia, y Dios en sí solo era incapaz de padecer, pero juntos los dos llegó el caudal á ser infinito y así lo fué la paga: mostráronle la muerte de Cristo, los trabajos de su vida, desde que se mostró en el pesebre, hasta que se puso en la Cruz; exageráronle la fuerza y eficacia de los Sacramentos, y señaláronle con el dedo la segunda tabla de nuestro naufragio, que es la penitencia, sin la cual no hay abrir la senda del cielo, que suele cerrar el pecado: mostráronle asimismo á Jesucristo Dios vivo, sentado á la diestra del Padre, estando tan vivo y entero como en el cielo, sacramentado en la tierra, cuya santísima presencia no la puede dividir ni apartar ausencia alguna, porque uno de los mayores atributos de Dios, que todos son iguales, es el estar en todo lugar por potencia, por esencia y por presencia: aseguráronle infaliblemente la venida deste Señor á juzgar el mundo sobre las nubes del cielo, y asimismo la estabilidad y firmeza de su Iglesia, contra quien pueden poco las puertas, ó por mejor decir, las fuerzas del infierno: tratáron del poder del sumo Pontífice, Visorey de Dios en la tierra y llavero

del cielo; finalmente no les quedó por decir cosa que viéron, que convenia para darse á entender, y para que Auristela y Periandro los entendiesen. Estas liciones así alegráron sus almas, que las sacó de sí mismas y se las llevó á que paseasen los cielos, porque solo en ellos pusiéron sus pensamientos.

CAPITULO VI.

Con otros ojos se miráron de allí adelante Auristela y Periandro, á lo ménos con otros ojos miraba Periandro á Auristela, pareciéndole, que ya ella habia cumplido el voto que la trajo á Roma, y que podia libre y desembarazadamente recibirle por esposo; pero si medio gentil amaba Auristela la honestidad, despues de catequizada la adoraba, no porque viese iba contra ella en casarse, sino por no dar indicios de pensamientos blandos, sin que precediesen ántes, ó fuerzas, ó ruegos. Tambien estaba mirando, si por alguna parte le descubria el cielo alguna luz que le mostrase lo que habia de hacer despues de casada, porque pensar volver á su tierra lo tenia por temeridad y por disparate, á causa que el hermano de Periandro que la tenia destinada para ser su esposa, quizá viendo burladas sus esperanzas, tomaria en ella y en su hermano Periandro venganza de su agravio. Estos pensamientos y temores la traian algo flaca y algo pensativa: las damas francesas visitáron los templos y anduviéron las estaciones con pompa y magestad, porque Croriano, como se ha dicho, era pariente del Embajador de Francia, y no les faltó cosa que para mostrar ilustre decoro fuese necesaria, llevando siempre consigo á

Auristela y á Constanza, y ninguna vez salian de casa que no las seguia casi la mitad del pueblo de Roma, y sucedió que pasando un dia por una calle que se llamaba *Bancos*, viéron en una pared della un retrato entero, de piés á cabeza, de una muger que tenia una corona en la cabeza, aunque partida por medio la corona, y á los piés un mundo, sobre el cual estaba puesta, y apénas la hubiéron visto, cuando conociéron ser el rostro de Auristela tan al vivo dibujado, que no les puso en duda de conocerla.

Preguntó Auristela admirada, ¿cuyo era aquel retrato, y si se vendia acaso? Respondióle el dueño (que segun despues se supo, era un famoso pintor) que él vendia aquel retrato, pero no sabia de quién fuese: solo sabia que otro pintor su amigo se le habia hecho copiar en Francia, el cual le habia dicho, ser de una doncella estrangera, que en hábitos de peregrina pasaba á Roma. ¿Qué significa, respondió Auristela, haberla pintado con corona en la cabeza y los piés sobre aquella esfera, y mas estando la corona partida? Eso, señora, dijo el dueño son fantasías de pintores, ó caprichos, como llaman: quizá quieren decir, que esta doncella merece llevar la corona de la hermosura y que ella va hollando aquel mundo; pero yo quiero decir, que dice, que vos, señora, sois su original, y que mereceis corona entera y no mundo pintado, sino real y verdadero. ¿Qué pedis por el retrato? preguntó Cons-

tanza. A lo que respondió el dueño: Dos peregrinos estan aquí, que el uno dellos me ha ofrecido mil escudos de oro, y el otro dice, que no le dejará por ningun dinero; yo no he concluido la venta, por parecerme que se estan burlando, porque la exorbitancia del ofrecimiento me hace estar en duda. Pues no lo esteis, replicó Constanza, que esos dos peregrinos, si son los que yo imagino, bien pueden doblar el precio y pagaros á toda vuestra satisfacion.

Las damas francesas, Ruperta, Croriano y Periandro, quedáron atónitos de ver la verdadera imagen del rostro de Auristela en el del retrato: cayó la gente que el retrato miraba, en que parecia al de Auristela, y poco á poco comenzó á salir una voz, que todos y cada uno de por sí afirmaba: Este retrato que se vende, es el mismo de esta peregrina que va en este coche: ¿para qué queremos ver al traslado, sino al original? Y así comenzáron á rodear el coche, que los caballos no podian ir adelante, ni volver atras, por lo cual dijo Periandro: Auristela hermana, cúbrete el rostro con algun velo, porque tanta luz ciega y no nos deja ver por donde caminamos. Hízolo así Auristela y pasáron adelante, pero no por eso dejó de seguirlos mucha gente que esperaba á que se quitase el velo, para verla como deseaba. Apénas se hubo quitado de allí el coche, cuando se llegó al dueño del retrato Arnaldo en sus hábitos de peregrino y dijo: Yo soy el que os ofrecí

los mil escudos por este retrato, si le quereis dar, traedle y venios conmigo, que yo os los daré luego de oro en oro. A lo que otro peregrino, que era el Duque de Nemours, dijo: No repareis, hermano, en precio, sino venios conmigo y proponed en vuestra imaginacion el que quisiéredes, que yo os le daré luego de contado. Señores, respondió el pintor, concertaos los dos en cual le ha de llevar, que yo no me desconcertaré en el precio, puesto que pienso que ántes me habeis de pagar con el deseo, que con la obra.

A estas pláticas estaba atenta mucha gente, esperando en qué habia de parar aquella compra, porque ver ofrecer millaradas de ducados, á dos, al parecer pobres peregrinos, parecíales cosa de burla. En esto dijo el dueño: El que le quisiere, deme señal y guie, que yo ya le descuelgo para llevársele: oyendo lo cual Arnaldo, puso la mano en el seno y sacó una cadena de oro con una joya de diamantes que de ella pendia y dijo: Tomad esta cadena, que con esta joya vale mas de dos mil escudos, y traedme el retrato. Esta vale diez mil, dijo el Duque, dándole una de diamantes al dueño del retrato, y traédmele á mi casa. ¡Santo Dios! dijo uno de los circunstantes, ¿qué retrato puede ser este, qué hombres estos y qué joyas estas? Cosa de encantamiento parece aquesta: por eso os aviso, hermano pintor, que deis un toque á la cadena y hagais experiencia de la fineza de las piedras, ántes que deis

vuestra hacienda, que podria ser que la cadena y las joyas fuesen falsas, porque del encarecimiento que de su valor han hecho, bien se puede sospechar. Enojáronse los príncipes; pero por no echar mas en la calle sus pensamientos, consintieron en que el dueño del retrato se enterase en la verdad de las joyas.

Andaba revuelta toda la gente de *Bancos*, unos admirando el retrato, otros preguntando quién fuesen los peregrinos, otros mirando las joyas y todos atentos esperando quién habia de quedar con el retrato, porque les parecia que estaban de parecer los dos peregrinos de no dejarle por ningun precio: díerale el dueño por mucho ménos de lo que le ofrecian, si se le dejaran vender libremente. Pasó en esto por *Bancos* el Gobernador de Roma, oyó el murmurio de la gente, preguntó la causa, vió el retrato y vió las joyas, y pareciéndole ser prendas de mas que de ordinarios peregrinos, esperando descubrir algun secreto, las hizo depositar y llevar el retrato á su casa y prender á los peregrinos: quedóse el pintor confuso, viendo ménoscabadas sus esperanzas y su hacienda en poder de la justicia, donde jamas entró alguna, que si saliese, fuese con aquel lustre con que habia entrado.

Acudió el pintor á buscar á Periandro, y á contarle todo el suceso de la venta y del temor que tenia, no se quedase el Gobernador con el retrato, el cual, de un pintor que le habia retratado en Portu-

gal de su original, le habia él comprado en Francia, cosa que le pareció á Periandro posible por haber sacado otros muchos en el tiempo que Auristela estuvo en Lisboa: con todo eso le ofreció por él cien escudos, con que quedase á su riesgo el cobrarle. Contentóse el pintor, y aunque fué tan grande la baja de ciento á mil, le tuvo por bien vendido y mejor pagado: aquella tarde, juntándose con otros españoles peregrinos, fué á andar las siete iglesias, entre los cuales peregrinos acertó á encontrarse con el poeta, que dijo el soneto al descubrirse Roma: conociéronse y abrazáronse, y preguntáronse de sus vidas y sucesos; el poeta peregrino le dijo, que el dia ántes le habia sucedido una cosa digna de contarse por admirable, y fué, que habiendo tenido noticia de que un Monseñor clérigo de la cámara, curioso y rico tenia un museo el mas extraordinario que habia en el mundo, porque no tenia figuras de personas que efectivamente hubiesen sido, ni entónces lo fuesen, sino unas tablas preparadas para pintarse en ellas los personajes ilustres que estaban por venir, especialmente los que habian de ser en los venideros siglos poetas famosos, entre las cuales tablas habia visto dos, que en el principio de ellas estaba escrito en la una, *Torcuato Taso*, y mas abajo un poco, decia, *Jerusalen libertada*; en la otra estaba escrito, *Zarate*, y mas abajo, *Cruz y Constantino*. Preguntéle al que me las enseñaba, ¿qué significaban aquellos nombres? Respondióme,

que se esperaba que presto se habia de descubrir en la tierra la luz de un poeta, que se habia de llamar *Torcuato Taso*, el cual habia de cantar á *Jerusalén recuperada* con el mas heróico y agradable plectro, que hasta entónces ningun poeta hubiese cantado y que casi luego le habia de suceder un español, llamado *Francisco López de Zarate*, cuya voz habia de llenar las cuatro partes de la tierra y cuya armonía habia de suspender los corazones de las gentes, cantando la invencion de la *Cruz de Cristo, con las guerras del emperador Constantino*, poema verdaderamente heróico y religioso y digno del nombre de poema. A lo que replicó Periandro: Duro se me hace de creer, que de tan atras se tome el cargo de aderezar las tablas donde se hayan de pintar los que estan por venir: aunque en efecto en esta ciudad, cabeza del mundo estan otras maravillas de mayor admiracion: ¿y habrá otras tablas aderezadas para mas poetas venideros? preguntó Periandro. Sí, respondió el peregrino: pero no quise detenerme á leer los títulos, contentándome con los dos primeros; pero así á vulto miré tantos, que me doy á entender, que en la edad, cuando estos vengan, que segun me dijo el que me guiaba, no puede tardar, ha de ser grandísima la cosecha de todo genero de poetas: encamínelo Dios, como él fuere mas servido. Por lo ménos, respondió Periandro, el año que es abundante de poesía, suele serlo de hambre, porque *dámele poeta y dártelo he*

pobre, si ya la naturaleza no se adelante á hacer milagros, y síguese la consecuencia: hay muchos poetas, luego hay muchos pobres: hay muchos pobres, luego caro es el año.

En esto iban hablando el peregrino y Periandro, cuando llegó á ellos Zabulon el judío y dijo á Periandro, que aquella tarde le queria llevar á ver á Hipólita la ferraresa, que era una de las mas hermosas mugeres de Roma y aun de toda Italia. Respondióle Periandro que iria de muy buena gana, lo cual no le respondiera, si como le informó de la hermosura, le informara de la calidad de su persona, porque la alteza de la honestidad de Periandro no se abalanzaba, ni abatía á cosas bajas, por hermosas que fuesen, que en esto la naturaleza habia hecho iguales y formado en una misma turquesa á él y á Auristela, de la cual se recató, para ir á ver á Hipólita, á quien el judío le llevó mas por engaño que por voluntad, que tal vez la curiosidad hace tropezar y caer de ojos al mas honesto recato.

CAPITULO VII.

Con la buena crianza, con los ricos ornamentos de la persona y con los aderezos y pompa de la casa se cubren muchas faltas, porque no es posible que la buena crianza ofenda, ni el rico ornato enfada, ni el aderezo de la casa no contente. Todo esto tenia Hipólita, dama cortesana, que en riquezas podia competir con la antigua Flora y en cortesía con la misma buena crianza: no era posible que fuese estimada en poco de quien la conocia, porque con la hermosura encantaba, con la riqueza se hacia estimar, y con la cortesía, si así se puede decir, se hacia adorar: cuando el amor se viste de estas tres calidades, rompe los corazones de bronce, abre las bolsas de hierro y rinde las voluntades de mármol, y mas si á estas tres cosas se les añade el engaño y la lisonja, atributos convenientes para las que quieren mostrar á la luz del mundo sus donaires. ¿Hay por ventura entendimiento tan agudo en el mundo, que estando mirando una de estas hermosas que pinto, dejando á una parte las de su belleza, se ponga á discurrir las de su humilde trato? La hermosura en parte ciega, y en parte alumbra; tras la que ciega, corre el gusto: tras la que alumbra, el

pensar en la enmienda. Ninguna de estas cosas consideró Periandro al entrar en casa de Hipólita; pero como tal vez sobre descuidados cimientos suele levantar amor sus máquinas, esta sin pensamiento alguno se fabricó, no sobre la voluntad de Periandro; sino en la de Hipólita, que con estas damas que suelen llamar del vicio, no es menester trabajar mucho, para dar con ellas donde se arrepientan sin arrepentirse.

Ya habia visto Hipólita á Periandro en la calle, ya le habia hecho movimientos en el alma su bizarría, su gentileza y sobre todo, el pensar que era español, de cuya condicion se prometia dádivas imposibles y concertados gustos, y estos pensamientos los habia comunicado con Zabulon, y rogádole se lo trajese á casa, la cual tenia tan aderezada, tan limpia y tan compuesta, que mas parecia que esperaba ser tálamo de bodas, que acogimiento de peregrinos. Tenia la señora Hipólita, que con este nombre la llamaban en Roma, como si lo fuera, un amigo llamado Pirro, calabres, hombre acuchillador, impaciente, facineroso, cuya hacienda libraba en los filos de su espada, en la agilidad de sus manos y en los engaños de Hipólita, que muchas veces con ellos alcanzaba lo que queria, sin rendirse á nadie; pero en lo que mas Pirro aumentaba su vida, era en la diligencia de sus piés, que los estimaba en mas que las manos, y de lo que él mas se preciaba, era, de traer siempre asombrada á Hipólita

en cualquier condicion que se le mostrase, ora fuese amorosa, ora fuese áspera, que nunca falta á estas palomas duendas milanos que las persigan, ni pájaros que las despedacen: ¡Miserable trato de esta mundana y simple gente! Digo pues, que este caballero, que no tenia de serlo mas que el nombre, se halló en casa de Hipólita, al tiempo que entraron en ella el judío y Periandro: Apartóle á parte Hipólita y díjole: Vete con Dios, amigo, y llévate esta cadena de oro de camino, que esté peregrino me envió con Zabulon esta mañana. Mira lo que haces, Hipólita, respondió Pirro, que á lo que se me trasluce, este peregrino es español, y soltar él de su mano, sin haber tocado la tuya, esta cadena que debe de valer cien escudos, gran cosa me parece y mil temores me sobresaltan; llévate tú, ó Pirro, la cadena, dijo ella, y déjame á mí el cargo de sustentarla y de no volverla, á pesar de todas sus españolerías.

Tomó la cadena que le dió Hipólita, Pirro, que para el efecto la habia hecho comprar aquella mañana, y sellándole la boca con ella, mas que de paso le hizo salir de casa: luego Hipólita libre y desembarazada de su corma, suelta de sus grillos, se llegó á Periandro y con desenfado y donaire, lo primero que hizo, fué echarle los brazos al cuello, diciéndole: En verdad que tengo de ver, si son tan valientes los Españoles, como tienen la fama: cuando Periandro vió toda aquella desenvoltura, creyó

que toda la casa se le habia caido á cuestras, y poniéndole la mano delante el pecho á Hipólita, la detuvo y la apartó de sí, y le dijo: Estos hábitos que visto, señora Hipolita, no permiten ser profanados, ó á lo ménos yo no lo permitiré en ninguna manera, y los peregrinos, aunque sean españoles, no estan obligados á ser valientes, cuando no les importa: pero mirad, señora, en qué quereis que muestre mi valor, sin que á los dos perjudique y seréis obedecida, sin replicaros en nada. Parece-me, respondió Hipólita, señor peregrino, que así lo sois en el alma como en el cuerpo; pero, pues segun decis, haréis lo que os dijere, como á ninguno de los dos perjudique; entraos conmigo en esta cuadra, que os quiero enseñar una lonja y un camarín mio. A lo que respondió Periandro: Aunque soy español, soy algun tanto medroso, y mas os temo á vos sola, que á un ejército de enemigos: haced que nos haga otro la guia, y llevadme do quisiéredes. Llamó Hipólita á dos doncellas suyas y á Zabulon el judío, que á todo se halló presente y mandándolas que guiasen á la lonja, abriéron la sala y á lo que despues Periandro dijo, estaba la mas bien aderezada, que pudiese tener algun príncipe rico y curioso en el mundo; *Parrasio, Polignoto, Apéles, Céuxis y Timántes*, tenian allí lo perfecto de sus pinceles, comprado con los tesoros de Hipólita, acompañados de los del devoto *Rafael de Urbino*, y de los del divino *Michael Angelo*, riquezas donde las de un

gran príncipe deben y pueden mostrarse: los edificios reales, los alcázares soberbios, los templos magníficos y las pinturas valientes son propias y verdaderas señales de la magnanimidad y riqueza de los príncipes, prendas en efecto contra quien el tiempo apresura sus alas y apresta su carrera, como émulas tuyas, que á su despecho estan mostrando la magnificencia de los pasados siglos. O Hipólita, solo buena por esto; si entre tantos retratos que tienes, tuvieras uno de tu buen trato, y dejaras en el sayo á Periandro, que asombrado, atónito y confuso andaba mirando en qué habia de parar la abundancia que en la lonja veia en una limpiísima mesa que de cabo á cabo la tomaba la música, que de diversos géneros de pájaros en riquísimas jaulas estaban haciendo una confusa, pero agradable harmonía: en fin á él le pareció que todo cuanto habia oido decir de los *huertos Espérides*, de los de la *Maga Falerina*, de los *Pensiles famosos*, ni de todos los otros que por fama fuesen conocidos en el mundo, no llegaban al adorno de aquella sala y de aquella lonja: pero como él andaba con el corazon sobresaltado, que bien haya su honestidad que se le aprensaba entre dos tablas, no se le mostraban las cosas como ellas eran, ántes cansado de ver cosas de tanto deleite y enfadado de ver que todas ellas se encaminaban contra su gusto, dando de mano á la cortesía, probó á salirse de la lonja, y se saliera, si Hipólita no se lo estorbara, de manera que le fué forzoso

mostrar con las manos ásperas palabras algo descorteses; trabó de la esclavina de Periandro, y abriéndole el jubon le descubrió la cruz de diamantes que de tantos peligros hasta allí habia escapado, y así deslumbró la vista á Hipólita, como el entendimiento, la cual viendo que se le iba, á despecho de su blanda fuerza, dió en un pensamiento, que si le supiera revalidar y apoyar algun tanto mejor, no le fuera bien dello á Periandro, el cual dejando la esclavina en poder de la nueva egipcia, sin sombrero, sin bordon, sin ceñidor, ni esclavina, se puso en la calle, que el vencimiento de tales batallas consiste mas en el huir que en el esperar: púsose ella asimismo á la ventana y á grandes voces comenzó á apellidar la gente de la calle, diciendo: Ténganme á ese ladron, que entrando en mi casa como humano, me ha robado una prenda divina que vale una ciudad; acertáron á estar en la calle dos de la guarda del Pontífice, que dicen pueden prender en fragante, y como la voz era de ladron, facilitáron su dudosa potestad y prendiéron á Periandro, echáronle mano al pecho y quitándole la cruz le santiguáron con poca decencia: paga que da la justicia á los nuevos delincuentes, aunque no se les avarigüe el delito.

Viéndose pues Periandro puesto en cruz sin su cruz, dijo á los tudescos en su misma lengua, que él no era ladron, sino persona principal, y que aquella cruz era suya y que viesen que su riqueza no podia

ser de Hipólita, y que les rogaba le llevasen ante el Gobernador, que él esperaba con brevedad averiguar la verdad del caso: ofrecióles dineros y con esto y con habelles hablado en su lengua, con que se reconcilian los ánimos que no se conocen, los tudescos no hicieron caso de Hipólita, y así llevaron á Periandro delante del Gobernador: viendo lo cual Hipólita, se quitó de la ventana y casi arañándose el rostro, dijo á sus criadas: ¡Ay hermanas, y qué necia he andado, á quien pensaba regalar he lastimado, á quien pensaba servir he ofendido! Preso va por ladron, el que lo ha sido de mi alma: mirad qué caricias, mirad qué halagos son, hacer prender al libre y difamar al honrado: y luego les contó, como llevaban preso al peregrino dos de la guarda del Papa: mandó asimismo que la aderezasen luego el coche, que queria ir en su seguimiento y disculpalle, porque no podia sufrir su corazon verse herir en las mismas niñas de sus ojos, y que ántes queria parecer testimoñera, que cruel, que de la crueldad no tendria disculpa y del testimonio sí, echando la culpa al amor, que por mil disparates descubre y manifiesta sus deseos y hace mal á quien bien quiere.

Cuando ella llegó en casa del Gobernador le halló con la cruz en las manos, examinando á Periandro sobre el caso, el cual como vió á Hipólita, dijo al Gobernador: Esta señora que aquí viene, ha dicho, que esta cruz que vuesa merced tine, yo

se la he robado, y yo diré que es verdad, cuando ella dijere de qué es la cruz, qué valor tiene y cuántos diamantes la componen, porque sino es que se lo dicen los ángeles, ó alguno otro espíritu, que lo sepa, ella no lo puede saber, porque no la ha visto sino en mi pecho y una vez sola. ¿Qué dice la señora Hipólita á esto? dijo el Gobernador, y esto cubriendo la cruz, porque no tomase las señas de ella: la cual respondió: Con decir que estoy enamorada, ciega y loca, quedará este peregrino disculpado y yo esperando la pena que el señor Gobernador quisiere darme por mi amoroso delito, y le contó punto por punto, lo que con Periandro le habia pasado, de lo que se admiró el Gobernador, ántes del atrevimiento, que del amor de Hipólita, que á semejantes sugetos son propios los lascivos disparates; afeóle el caso, pidió á Periandro la perdonase, dióle por libre y volvióle la cruz, sin que en aquella causa se escribiese letra alguna, que no fué ventura poca: quisiera saber el Gobernador quién eran los peregrinos que habian dado las joyas en prendas del retrato de Auristela; y asimismo quién era él, y quién Auristela: á lo que respondió Periandro: El retrato es de Auristela mi hermana, los peregrinos pueden tener joyas mucho mas ricas; esta cruz es mia y cuando me dé el tiempo lugar y la necesidad me fuerce, diré quién soy, que el decirlo agora no está en mi voluntad sino en la de mi hermana; el retrato que v. m. tiene, ya se le tengo comprado al

pintor por precio conveniente, sin que en la compra hayan intervenido pujas que se fundan mas en rencor y en fantasía, que en razon. El Gobernador dijo, que él se queria quedar con él por el tanto, por añadir con él á Roma, cosa que aventajase á las de los mas escelentes pintores, que la hacian famosa. Yo se le doy á vuesa merced, respondió Perian-dro, por parecerme, que en darle tal dueño le doy la honra posible: agradecióselo el Gobernador y aquel dia dió por libres á Arnaldo y á el Duque y les volvió sus joyas y él se quedó con el retrato, porque estaba puesto en razon que se habia de quedar con algo.

CAPITULO VIII.

Mas confusa que arrepentida volvió Hipólita á su casa pensativa y ademas enamorada, que aunque es verdad que en los principios de los amores, los desdenes suelen ser parte para acabarlos, los que usó con ella Periandro, le aviváron mas los deseos: parecíale á ella, que no habia de ser tan de bronce un peregrino, que no se ablandase con los regalos que pensaba hacerle: pero hablando consigo, se dijo á sí misma: Si este peregrino fuera pobre, no trajera consigo cruz tan rica, cuyos muchos y ricos diamantes sirven de claro sobrecrito de su riqueza, de modo que la fuerza desta roca no se ha de tomar por hambre: otros ardidés y mañas son menester para rendirla; ¿no seria posible, que este mozo tuviese en otra parte ocupada el alma? ¿No seria posible, que esta Auristela no fuese su hermana? ¿No seria posible, que las fuerzas de los desdenes que usa conmigo, los quisiese asentar y poner en cargo á Auristela? Válame Dios, que me parece, que en este punto he hallado el de mi remedio; alto, muera Auristela, descúbrase este encantamiento, á lo ménos veamos el sentimiento que este montaraz corazon hace; pongamos siquiera en plática este disinio, enferme Auristela, quitemos su sol delante

de los ojos de Periandro, veamos, si faltando la hermosura, causa primera de adonde el amor nace, falta tambien el mismo amor; que podria ser que dando yo lo que á este le quitaré, quitándole á Auristela, viniese á reducirse á tener mas blandos pensamientos; por lo ménos probarlo tengo, ateniéndome á lo que se dice, que no daña el tentar las cosas que descubren algun rastro de provecho.

Con estos pensamientos algo consolada, llegó á su casa, donde halló á Zabulon, con quien comunicó todo su designio, confiada en que tenia una muger de la mayor fama de hechicera que habia en Roma, pidiéndole, habiendo ántes precedido dádivas y promesas, hiciese con ella, no que mudase la voluntad de Periandro, pues sabia que esto era imposible, sino que enfermase la salud de Auristela y con limitado término, si fuese menester, le quitase la vida. Esto, dijo Zabulon, ser cosa fácil al poder y sabiduría de su muger; recibió no sé cuanto por primera paga y prometió que desde otro dia comenzaria la quiebra de la salud de Auristela. No solamente Hipólita satisfizo á Zabulon, sino amenazóle asimismo: y á un judío dádivas, ó amenazas le hacen prometer y aun hacer imposibles. Periandro contó á Croriano, á Ruperta, á Auristela y á las tres damas francesas, á Antonio y á Constanza su prision, los amores de Hipólita y la dádiva que habia hecho del retrato de Auristela al Gobernador.

No le contentó nada á Auristela los amores de

la cortesana, porque ya habia oido decir, que era una de las mas hermosas mugeres de Roma, de las mas libres, de las mas ricas y mas discretas, y las musarañas de los zelos, aunque no sea mas de una y sea mas pequeña que un mosquito, el miedo la representa en el pensamiento de un amante mayor que el monte Olimpo, y cuando la honestidad ata la lengua, de modo que no puede quejarse, da tormento al alma con las ligaduras del silencio, de modo que á cada paso anda buscando salidas para dejar la vida del cuerpo. Segun otra vez se ha dicho, ningun otro remedio tienen los zelos, que oir disculpas y cuando estas no se admiten, no hay que hacer caso de la vida, la cual perdiera Auristela mil veces, ántes que formar una queja de la fe de Periandro. Aquella noche fué la primera vez que Bartolomé y la talaverana fuéron á visitar á sus señores, no libres, aunque ya lo estaban de la cárcel, sino atados con mas duros grillos, que eran los del matrimonio, pues se habian casado, que la muerte del polaco puso en libertad á Luisa, y á él le trajo su destino á venir peregrino á Roma: ántes de llegar á su patria, halló en Roma á quien no traia intencion de buscar, acordándose de los consejos que en España le habia dado Periandro; pero no pudo estorbar su destino, aunque no le fabricó por su voluntad.

Aquella noche asimismo visitó Arnaldo á todas aquellas señoras, y dió cuenta de algunas cosas que

en el volver á buscarles, despues que apaciguó la guerra de su patria, le habian sucedido: contó como llegó á la isla de las Ermitas, donde no habia hallado á Rutilio, sino á otro ermitaño en su lugar, que le dijo, que Rutilio estaba en Roma: dijo así mismo, que habia tocado en la isla de los Pescadores y hallado en ella libres, sanas y contentas á las desposadas y á los demas que con Periandro, segun ellos dijéron, se habian embarcado: contó, como supo de oidas, que Policarpa era muerta y Sinforosa no habia querido casarse: dijo, como se tornaba á poblar la isla bárbara, confirmándose sus moradores en la creencia de su falsa profecía: advirtió como Mauricio y Ladislao su yerno con su hija Transila, habian dejado su patria y pasádose á vivir mas pacíficamente á Inglaterra: dijo tambien, como habia estado con Leopoldio, rey de los Dánaos despues de acabada la guerra, el cual se habia casado por dar sucesion á su reino, y que habia perdonado á los dos traidores que llevaba presos, cuando Periandro y sus pescadores le encontráron, de quien mostró estar muy agradecido por el buen término y cortesía que con él tuviéron, y entre los nombres que le era forzoso nombrar en su discurso, tal vez tocaba con el de los padres de Periandro y tal con los de Auristela, con que les sobresaltaba los corazones y les traia á la memoria, así grandezas como desgracias: dijo, que en Portugal, especialmente en Lisboa, eran en suma estimacion tenidos sus retra-

tos; contó asimismo la fama que dejaba en Francia en todo aquel camino la hermosura de Constanza, y de aquellas señoras damas francesas: dijo, como Croriano habia grangeado opinion de generoso y de discreto, en haber escogido á la sin par Ruperta por esposa: dijo, asimismo, como en Luca se hablaba mucho en la sagacidad de Isabela Castrucho y en los breves amores de Andrea Marulo á quien con el demonio fingido trajo el cielo á vivir vida de ángeles: contó, como se tenia por milagro la caida de Periandro, y como dejaba en el camino á un mancebo peregrino, poeta, que no quiso adelantarse con él, por venirse de espacio, componiendo una comedia de los sucesos de Periandro y Auristela, que los sabia de memoria, por un lienzo que habia visto en Portugal, donde se habian pintado, y que traia intencion firmísima de casarse con Auristela, si ella quisiese. Agradecióle Auristela su buen propósito, y aun desde allí le ofreció darle para un vestido, si á caso llegase roto, que un deseo de un buen poeta toda buena paga merece: dijo tambien, que habia estado en casa de la señora Constanza y Antonio y que sus padres y abuelos estaban buenos y solo fatigados de la pena que tenian de no saber de la salud de sus hijos, deseando volviere la señora Constanza á ser esposa del Conde su cuñado, que queria seguir la discreta eleccion de su hermano, ó ya por no dar los veinte mil ducados, ó ya por el merecimiento de Constanza, que era lo mas cierto,

de que no poco se alegraron todos, especialmente Periandro y Auristela, que como á sus hermanos los querian.

Desta plática de Arnaldo se engendraron en los pechos de los oyentes nuevas sospechas de que Periandro y Auristela debian de ser grandes personajes, porque de tratar de casamientos de condes y de millaradas de ducados, no podian nacer sino sospechas ilustres y grandes: contó tambien, como habia encontrado en Francia á Renato, el caballero frances vencido en la batalla contra derecho, y libre y victorioso por la conciencia de su enemigo: en efecto, pocas cosas quedaron de las muchas que en el galan progreso desta historia se han contado, en quien él se hubiese hallado, que allí no las volviese á traer á la memoria, trayendo tambien la que tenia de quedarse con el retrato de Auristela, que tenia Periandro contra la voluntad del Duque y contra la suya, puesto que dijo, que por no dar enojo á Periandro, disimularia su agravio. Ya le hubiera yo deshecho, respondió Periandro, volviendo, señor Arnaldo, el retrato, si entendiera, fuera vuestro; la ventura y su diligencia se le diéron al Duque: vos se le quitástes por fuerza, y así no tenéis de que quejaros: los amantes estan obligados á no juzgar sus causas por la medida de sus deseos, que tal vez no los han de satisfacer por acomodarse con la razon que otra cosa les manda: pero yo haré de manera, que quedando vos, señor Arnaldo, con-

tento, el Duque quede satisfecho y será con que mi hermana Auristela se quede con el retrato, pues es mas suyo que de otro alguno; satisfízole á Arnaldo el parecer de Periandro y ni mas ni ménos á Auristela; con esto cesó la plática, y otro dia por la mañana comenzáron á obrar en Auristela los hechizos, los venenos, los encantos y las malicias de la judía, muger de Zabulon.

CAPITULO IX.

No se atrevió la enfermedad á acometer rostro á rostro á la belleza de Auristela, temerosa, no espantase tanta hermosura la fealdad suya; y así la acometió por las espaldas, dándole en ellas unos calofríos al amanecer, que no la dejaron levantar aquel dia: luego, luego se le quitó la gana de comer y comenzó la viveza de sus ojos á amortiguarse y el desmayo que con el tiempo suele llegar á los enfermos, se sembró en un punto por todos los sentidos de Constanza, haciendo el mismo efecto en los de Periandro, que luego se alborotaron y temieron todos los males posibles, especialmente los que temen los poco venturosos: no habia dos horas que estaba enferma, y ya se le parecian cárdenas las encarnadas rosas de sus mejillas, verde el carmin de sus labios, y topacios las perlas de sus dientes; hasta los cabellos le pareció que habian mudado de color, estrechándose las manos y casi mudado el asiento y encaje natural de su rostro, y no por esto le parecia ménos hermosa, porque no la miraba en el lecho en que yacia, sino en el alma, donde la tenia retratada: llegaban á sus oidos, á lo ménos llegaron de allí á dos dias sus palabras, entre débiles acentos formadas y pronunciadas con turbada lengua: asus-

táronse las señoras francesas, y el cuidado de atender á la salud de Auristela, fué de tal modo, que tuvieron necesidad de tenerle de sí mismas: llamáronse médicos, escogióronse los mejores, á lo ménos los de mejor fama, que la buena opinion califica la acertada medicina, y así suele haber médicos venturosos como soldados bien afortunados: la buena suerte y la buena dicha, que todo es uno, tambien puede llegar á la puerta del miserable en un saco de sayal, como en un escaparate de plata; pero ni en plata, ni en lana no llegaba ninguna á las puertas de Auristela, de lo que discretamente se desesperaban los dos hermanos Antonio y Constanza; esto era al reves en el Duque, que como el amor que tenia en el pecho, se habia engendrado de la hermosura de Auristela, así como la tal hermosura iba faltando en ella, iba en él faltando el amor, el cual muchas raices ha de haber echado en el alma, para tener fuerzas de llegar hasta el márgen de la sepultura con la cosa amada; feísima es la muerte y quien mas á ella se llega, es la dolencia, y amar las cosas feas parece cosa sobrenatural y digna de tenerse por milagro: Auristela en fin iba enflaqueciendo por momentos, y quitando las esperanzas de su salud á cuantos la conocian; solo Periandro era el solo, solo el firme, solo el enamorado, solo aquel que con intrépido pecho se oponia á la contraria fortuna y á la misma muerte, que en la de Auristela le amenazaba.

Quince dias esperó el Duque de Nemours, á ver si Auristela mejoraba y en todos ellos no hubo ninguno que á los médicos no consultase de la salud de Auristela, y ninguno se la aseguró, porque no sabian la causa precisa de su dolencia; viendo lo cual las damas francesas, no hacian del Duque caso alguno, el cual viendo tambien que el ángel de luz de Auristela se habia vuelto el de tinieblas, fingiendo algunas causas, que sino del todo, en parte le disculpaban, un dia llegándose á Auristela, en el lecho donde enferma estaba, delante de Periandro, le dijo: Pues la ventura me ha sido tan contraria, hermosa señora, que no me ha dejado conseguir el deseo que tenia de recibirte por mi legítima esposa ántes que la desesperacion me traiga á términos de perder el alma, como me ha traído á los de perder la vida, quiero por otro camino probar mi ventura, porque sé cierto, que no tengo de tener ninguna buena, aunque la procure, y así sucediéndome el mal que no procuro, vendré á perderme y á morir desdichado y no desesperado; mi madre me llama, tiéneme prevenida esposa, obedecerla quiero y entretener el tiempo del camino, tanto, que halle la muerte lugar de acometerme, pues ha de hallar en mi alma las memorias de tu hermosura y de tu enfermedad, y quiera Dios que no diga las de tu muerte: diéron sus ojos muestra de algunas lágrimas. No pudo responderle Auristela, ó no quiso, por no errar en la respuesta delante de Periandro:

lo mas que hizo fué poner la mano debajo de su almohada y sacar su retrato y volvésele al Duque, el cual le besó las manos por tan grande merced, pero alargando la suya Periandro, se le tomó y le dijo: Si dello no te disgustas, ó gran señor, por lo que bien quieres, te suplico me le prestes, porque yo pueda cumplir una palabra que tengo dada, que sin ser en perjuicio tuyo, será grandemente en el mio si no lo cumplo: volviósele el Duque con grandes ofrecimientos de poner por él la hacienda, la vida y la houra, y mas si mas pudiese, y desde allí se dividió de los dos hermanos con pensamiento de no verlos mas en Roma: discreto amante y el primero quizá, que haya sabido aprovecharse de las guedejas que la ocasion le ofrecia. Todas estas cosas pudieran despertar á Arnaldo, para que considerara cuan ménoscabadas estaban sus esperanzas, y cuan á pique de acabar con toda la máquina de sus peregrinaciones, pues como se ha dicho, la muerte casi habia pisado las ropas de Auristela, y estuvo muy determinado de acompañar al Duque, si no en su camino, á lo ménos en su propósito, volviéndose á Dinamarca; mas el amor y su generoso pecho no diéron lugar á que dejase á Periandro sin consuelo, y á su hermana Auristela en los postreros límites de la vida, á quien visitó y de nuevo hizo ofrecimientos con determinacion de aguardar á que el tiempo mejorase los sucesos á pesar de todas las sospechas que le sobrevenian.

CAPITULO X.

Contentísima estaba Hipólita, de ver que las artes de la cruel judía tan en daño de la salud de Auristela se mostraban, porque en ocho dias la pusieron tan otra de lo que ser solia, que ya no la conocian sino por el órgano de la voz, cosa que tenia suspensos á los médicos y admirados á cuantos la conocian. Las señoras francesas atendian á su salud con tanto cuidado, como si fueran sus queridas hermanas, especialmente Félix Flora, que con particular afición la queria. Llegó á tanto el mal de Auristela, que no conteniéndose en los términos de su jurisdiccion, pasó á la de sus vecinos y como ninguno lo era tanto como Periandro, el primero con quien encontró, fué con él, no porque el veneno y maleficios de la perversa judía obrasen en él directamente y con particular asistencia, como en Auristela, para quien estaban hechos, sino porque la pena que él sentia de la enfermedad de Auristela, era tanta, que causaba en él el mismo efecto que en Auristela, y así se iba enflaqueciendo, que comenzaron todos á dudar de la vida suya, como de la de Auristela: viendo lo cual Hipólita y que ella misma se mataba con los filos de su espada, adivinando

con el dedo, de dónde procedía el mal de Perian-dro, procuró darle remedio, dándosele á Auristela, la cual, ya flaca, ya descolorida, parecia que estaba llamando su vida á las aldavas de las puertas de la muerte y creyendo sin duda, que por momentos la abrirían, quiso abrir y preparar la salida á su alma por la carrera de los Sacramentos, bien como ya ins-truida en la verdad católica y así haciendo las dili-gencias necesarias, con la mayor devocion que pu-do, dió muestras de sus buenos pensamientos, acre-ditó la integridad de sus costumbres, dió señales de haber aprendido bien lo que en Roma la habian enseñado y resignándose en las manos de Dios, so-segó su espíritu y puso en olvido reinos, regalos y grandezas.

Hipólita pues, habiendo visto, como está ya di-cho, que muriéndose Auristela, morja tambien Pe-riandro, acudió á la judía á pedirle que templase el rigor de los hechizos, que consumian á Auristela, ó los quitase del todo; que no queria ella ser inven-tora de quitar con un golpe solo tres vidas, pues muriendo Auristela, moria Periandro, y muriendo Periandro, ella tambien quedaria sin vida: hizolo así la judía, como si estuviera en su mano la salud, ó la enfermedad agena, ó como si no dependieran todos los males que llaman de pena, de la voluntad de Dios, como no dependen los males de culpa: pero Dios, obligándole, si así se puede decir, por nuestros mismos pecados, para castigo dellos, per-

mite que pueda quitar la salud agena esta que llaman hechicería, con lo que hacen las hechiceras, usando mezclas y venenos, que con tiempo limitado quitan la vida á la persona que quieren, sin que tenga remedio de escusar este peligro, porque le ignora, y no se sabe de dónde procede la causa de tan mortal efecto, así que para guarecer destos males la gran misericordia de Dios ha de ser la maestra, la que ha de aplicar la medicina.

Comenzó pues Auristela á dejar de empeorar, que fué señal de su mejoría: comenzó el sol de su belleza á dar señales y vislumbres, de que volvía á amanecer en el cielo de su rostro: volviéron á despuntar las rosas en sus mejillas y la alegría en sus ojos, ahuyentáronse las sombras de su melancolía, volvió á enterarse en el órgano suave de su voz, afinóse el carmin de sus labios, convirtió en marfil la blancura de sus dientes, que volviéron á ser perlas, como ántes lo eran: en fin en poco espacio de tiempo volvió á ser toda hermosa, toda bellísima, toda agradable y toda contenta, y estos mismos efectos redundáron en Periandro, y en las damas francesas y en los demas, Croriano y Ruperta, Antonio y su hermana Constanza, cuya alegría ó tristeza caminaba al paso de la de Auristela, la cual dando gracias al cielo por la merced y regalos que le iba haciendo, así en la enfermedad como en la salud, un dia llamó á Periandro y estando solos por cuidado y de industria, desta manera le dijo: Hermano mio, pues

ha querido el cielo que con este nombre tan dulce y tan honesto, ha dos años que te he nombrado, sin dar licencia al gusto ó al descuido, para que de otra suerte te llamase, que tan honesta y tan agradable no fuese, querría, que esta felicidad pasase adelante y que solos los términos de la vida la pusiesen término, que tanto es una ventura buena, cuanto es duradera, y tanto es duradera, cuanto es honesta: nuestras almas, como tú bien sabes y como aquí me han enseñado, siempre estan en continuo movimiento y no pueden parar sino en Dios, como en su centro: en esta vida los deseos son infinitos y unos se encadenan de otros y se eslabonan y van formando una cadena que tal vez llega al cielo y tal se sume en el infierno; si te pareciere, hermano, que este language no es mio y que va fuera de la enseñanza que me han podido enseñar mis pocos años y mi remota crianza, advierte que en la tabla rasa de mi alma ha pintado la esperiencia y escrito mayores cosas, principalmente ha puesto, que en solo conocer y ver á Dios está la suma gloria y todos los medios que para este fin se encaminan, son los buenos, son los santos, son los agradables, como son los de la caridad, de la honestidad y el de la virginidad: yo á lo ménos así lo entiendo y juntamente con entenderlo así, entiendo que el amor que me tienes, es tan grande, que querrás lo que yo quisiere; heredera soy de un reino, y ya tú sabes la causa, porque mi querida madre me envió en casa de los

reyes tus padres, por asegurarme de la grande guerra de que se temia; desta venida se causó el de venirme yo contigo, tan sujeta á tu voluntad, que no he salido della un punto; tú has sido mi padre, tú mi hermano, tú mi sombra, tú mi amparo, y finalmente tú mi ángel de guarda, y tú mi enseñador y mi maestro, pues me has traído á esta ciudad, donde he llegado á ser cristiana, como debo: querria agora, si fuese posible, irme al cielo, sin rodeos, sin sobresaltos y sin cuidados, y esto no podrá ser, si tú no me dejas la parte que yo misma te he dado, que es la palabra y la voluntad de ser tu esposa: déjame, señor, la palabra, que yo procuraré dejar la voluntad, aunque sea por fuerza, que para alcanzar tan gran bien como es el cielo, todo cuanto hay en la tierra se ha de dejar hasta los padres y los esposos; yo no te quiero dejar por otro: por quien te dejo, es por Dios, que te dará á sí mismo, cuya recompensa infinitamente escede á que me dejes por él: una hermana tengo pequeña, pero tan hermosa como yo, si es que se puede llamar hermosa la mortal belleza; con ella te podrás casar y alcanzar el reino que á mí me toca, y con esto haciendo felices mis deseos, no quedarán defraudados del todo los tuyos. ¿Qué inclinas la cabeza, hermano? ¿Ah qué pones los ojos en el suelo? ¿Desagradante estas razones? ¿Parécete descaminados mis deseos? Dímelo, respóndeme; por lo ménos, sepa yo tu voluntad, quizá templaré la mia y buscaré

alguna salida á tu gusto, que en algo con el mio se conforme.

Con grandísimo silencio estuvo escuchando Periandro á Auristela y en un breve instante formó en su imaginacion millares de discursos, que todos vinieron á parar en el peor que para él pudiera ser, porque imaginó, que Auristela le aborrecia, porque aquel mudar de vida, no era sino porque á él se le acabara la suya, pues bien debia saber, que en dejando ella de ser su esposa, él no tenia para qué vivir en el mundo, y fué y vino con esta imaginacion con tanto ahinco, que sin responder palabra á Auristela, se levantó de donde estaba sentado y con ocasion de salir á recibir á Félix Flora y á la señora Constanza, que entraban en el aposento, se salió dél y dejó á Auristela, no sé si diga arrepentida, pero sé que quedó pensativa y confusa.

CAPITULO XI.

Las aguas en estrecho vaso encerradas, mientras mas priesa se dan á salir, mas de espacio se derraman, porque las primeras impelidas de las segundas se detienen, y unas á otras se niegan el paso hasta que hace camino la corriente y se desagua; lo mismo acontece en las razones que concibe el entendimiento de un lastimado amante, que acudiendo tal vez todas juntas á la lengua, las unas á las otras impiden y no sabe el discurso con cuales se dé primero á entender su imaginacion y así muchas veces, callando, dice mas de lo que querria. Mostróse esto en la poca cortesía que hizo Periandro á los que entraron á ver á Auristela, el cual lleno de discursos, preñado de conceptos, colmado de imaginaciones, desdeñado y desengañado, se salió del aposento de Auristela, sin saber, ni querer, ni poder responder palabra alguna á las muchas que ella le habia dicho: llegaron á ella Antonio y su hermana y halláronla como persona que acaba de despertar de un pesado sueño, y que entre sí estaba diciendo con palabras distintas y claras: mal he hecho, ¿pero qué importa? ¿No es mejor, que mi hermano sepa mi intencion? ¿No es mejor, que yo deje con tiempo

los caminos torcidos y las dudosas sendas y tienda el paso por los atajos llanos, que con distincion clara nos estan mostrando el felice paradero de nuestra jornada? Yo confieso, que la compañía de Periandro no me ha de estorbar de ir al cielo, pero tambien siento, que iré mas presto sin ella: sí que mas me debo yo á mí, que no á otro, y al interes del cielo y de gloria se han de posponer los del parentesco, cuanto mas que yo no tengo ninguno con Periandro. Advierte, dijo á esta sazón Constanza, hermana Auristela, que vas descubriendo cosas, que podrian ser parte, que desterrando nuestras sospechas, á tí te dejasen confusa: si no es tu hermano Periandro, mucha es la conversacion que con él tienes, y si lo es, no hay para qué te escandalices de su compañía.

Acabó á esta sazón de volver en sí Auristela y oyendo lo que Constanza le decia, quiso enmendar su descuido, pero no acertó, pues para soldar una mentira, por muchas se atropella y siempre queda la verdad en duda, aunque mas viva la sospecha. No sé, hermana, dijo Auristela, lo que me he dicho, ni sé si Periandro es mi hermano, ó si no; lo que te sabré decir es, qué es mi alma, por lo ménos, por él vivo, por él respiro, por él me muevo, y por él me sustento, conteniéndome con todo esto en los términos de la razon, sin dar lugar á ningun vario pensamiento, ni á no guardar todo honesto decoro, bien así como le debe guardar una

muger principal á un tan principal hermano. No te entiendo, señora Auristela, la dijo á esta sazón Antonio, pues de tus razones tanto alcanzo ser tu hermano Periandro, como si no lo fuese; dinos ya quién es y quién eres, si es que puedes decillo; que agora sea tu hermano, ó no lo sea, por lo ménos no podeis negar ser principales, y en nosotros, digo en mí y en mi hermana Constanza, no está tan en niñez la experiencia, que nos admire ningun caso que nos contares, que puesto que ayer salimos de la isla bárbara, los trabajos que has visto, que hemos pasado, han sido nuestros maestros en muchas cosas y por pequeña muestra que se nos dé, sacamos el hilo de los mas arduos negocios, especialmente en los que son de amores, que parece que los tales consigo mismo traen la declaracion. ¿Qué mucho que Periandro no sea tu hermano, y qué mucho que tú seas su legítima esposa? Y ¿qué mucho otra vez, que con honesto y casto decoro os háyais mostrado hasta aquí limpísimos al cielo y honestísimos á los ojos de los que os han visto? No todos los amores son precipitados, ni atrevidos, ni todos los amantes han puesto la mira de su gusto en gozar á sus amadas, sino con las potencias de su alma: y siendo esto así, señora mia, otra vez te suplico nos digas, quién eres y quién es Periandro, el cual, segun le ví salir de aquí, él lleva un volcan en los ojos y una mordaza en la lengua. ¡Ay desdichada, replicó Auristela, y cuán mejor me hubiera sido que me

hubiera entregado al silencio eterno, pues callando escusara la mordaza que dices que lleva en su lengua! Indiscretas somos las mugeres, mal sufridas y peor calladas; miéntas callé, en sosiego estuvo mi alma: hablé y perdíle, y para acabarle de perder y para que juntamente se acabe la tragedia de mi vida, quiero que sepais vosotros, pues el cielo os hizo verdaderos hermanos, que no lo es mio Periandro, ni ménos es mi esposo, ni mi amante, á lo ménos de aquellos que corriendo por la carrera de su gusto, procuran parar sobre la honra de sus amadas; hijo de rey es: hija y heredera de un reino soy; por la sangre somos iguales, por el estado alguna ventaja le hago, por la voluntad ninguna, y con todo esto nuestras intenciones se responden y nuestros deseos con honestísimo afecto se estan mirando: sola la ventura es la que turba y confunde nuestras intenciones y la que por fuerza hace que esperemos en ella y porque el nudo que lleva á la garganta Periandro, me aprieta la mia: no os quiero decir mas por agora, señores, sino suplicaros, me ayudeis á buscallo, que pues él tuvo licencia para irse sin la mia, no querrá volver sin ser buscado. Levanta pues, dijo Constanza, y vamos á buscallo, que los lazos con que amor liga á los amantes, no los deja alejar de lo que bien quieren: ven, que presto le hallarémos, presto le verás, y mas presto llegarás á tu contento: si quieres tener un poco los escrúpulos que te rodean, dales de mano, y dala de esposa

á Periandro, que igualándole contigo, pondrá silencio á cualquiera murmuracion: levántose Auristela y en compañía de Félix Flora, Constanza y Antonio, salieron á buscar á Periandro, y como ya en la opinion de los tres era reina, con otros ojos la miraban y con otro respeto la servian. Periandro, en tanto que era buscado, procuraba alejarse de quien le buscaba; salió de Roma á pié y solo, si ya no se tiene por compañía la soledad amarga, los suspiros tristes y los continuos sollozos, que estos y las varias imaginaciones no le dejaban un punto: ¡Ay, iba diciendo entre sí, hermosísima Sigismunda, reina por naturaleza, bellísima por privilegio y por merced de la misma naturaleza, discreta sobre modo y sobre manera agradable, y cuán poco te costaba, ó señora, el tenerme por hermano, pues mis tratos y pensamientos jamas desmintieran la verdad de serlo, aunque la misma malicia lo quisiera averiguar, aunque en sus trazas se desvelara! Si quieres que te lleven al cielo sola y señora, sin que tus acciones dependan de otro que de Dios, y de tí misma, sea en buena hora: pero quisiera que advirtieras, que no sin escrúpulo de pecado puedes ponerte en el camino que desees sin ser mi homicida: dejaras, ó señora, á cargo del silencio y del engaño tus pensamientos, y no me los declararas á tiempo que habias de arrancar con las raices de mi amor mi alma, la cual por ser tan tuya, te dejo á toda tu voluntad, y de la mia me destierro; quédate en paz,

bien mio, y conoce, que el mayor que te puede hacer, es dejarte. Llegóse la noche en esto y apartándose un poco del camino, que era el de Nápoles, oyó el sonido de un arroyo, que por entre unos árboles corria, á la márgen del cual arrojándose de golpe en el suelo, puso en silencio la lengua, pero no dió treguas á sus suspiros.

CAPITULO XII.

Donde se dice quién eran Periandro y Auristela.

Parece que el bien y el mal distan tan poco el uno del otro, que son como dos líneas concurrentes, que aunque parten de apartados y diferentes principios, acaban en un punto. Sollozando estaba Periandro en compañía del manso arroyo y de la clara luz de la noche; hacíanle los árboles compañía y un aire blando y fresco le enjugaba las lágrimas, llevábale la imaginacion Auristela, y la esperanza de tener remedio de sus males el viento, cuando llegó á sus oídos una voz estrangera que escuchándola con atencion, vió que en language de su patria, sin poder distinguir, si murmuraba ó si cantaba, y la curiosidad le llevó cerca y cuando lo estuvo, oyó que eran dos personas, las cuales no contaban ni murmuraban, sino que en plática corriente estaban razonando; pero lo que mas le admiró fué, que hablasen en lengua de Noruega, estando tan apartados de ella: acomodóse detras de un árbol, de tal forma, que él y el árbol hacian una misma sombra: recogió el aliento y la primera razon que llegó á sus oídos, fué: No tienes, señor, para que persuadirme, de que en dos mitades se parte el dia entero

de Noruega, porque yo he estado en ella algun tiempo, donde me lleváron mis desgracias y sé que la mitad del año se lleva la noche y la otra mitad el día: el que sea esto así, yo lo sé; el porqué sea así, ignoro. A lo que respondió: Si llegamos á Roma, con una esfera te haré tocar con la mano la causa dese maravilloso efecto, tan natural en aquel clima, como lo es en este ser el día y la noche de veinte y cuatro horas: tambien te he dicho como en la última parte de Noruega, casi debajo del Polo Artico, está la isla que se tiene por última en el mundo, á lo ménos por aquella parte, cuyo nombre es Tile, á quien Virgilio llamó Tule, en aquellos versos, que dicen en el libro I. Georg.

Ac tua nautae

Numina sola colant: tibi serviat ultima Thule.

Que Tule en Griego, es lo mismo que Tile en Latin. Esta isla es tan grande, ó poco ménos, que Inglaterra, rica y abundante de todas las cosas necesarias para la vida humana: mas adelante, debajo del mismo Norte, como trecientas leguas de Tile, está la isla llamada Frislanda, que habrá cuatrocientos años que se descubrió á los ojos de las gentes, tan grande, que tiene nombre de reino y no pequeño. De Tile es rey y señor, Maximino, hijo de la reina Eustoquia, cuyo padre, no ha muchos meses que pasó desta á mejor vida, el cual dejó dos

hijos, que el uno es el Maximino que te he dicho, que es el heredero del reino, y el otro un generoso mozo, llamado Pérsiles, rico de los bienes de la naturaleza sobre todo extremo y querido de su madre sobre todo encarecimiento, y no sé yo con cual poder te encarecer las virtudes deste Pérsiles y así quédense en su punto, que no será bien que con mi corto ingenio las ménoscabe, que puesto que el amor que le tengo por haber sido su ayo y criádole desde niño, me pudiera llevar á decir mucho, todavía será mejor callar, por no quedar corto.

Esto escuchaba Periandro y luego cayó en la cuenta que el que le alababa, no podia ser otro que Seráfido, un ayo suyo, y que asimismo el que le escuchaba era Rutilio, segun la voz y las palabras que de cuando en cuando respondia: si se admiró ó no, á la buena consideracion lo dejo, y mas cuando Seráfido, que era el mismo que habia imaginado Periandro, oyó, que dijo: Eusebia, reina de Frislanda, tenia dos hijas de estremada hermosura, principalmente la mayor, llamada Sigismunda, que la menor llamábase Eusebia, como su madre, donde naturaleza cifró toda la hermosura, que por todas las partes de la tierra tiene repartida, á la cual no sé yo con qué designio, tomando ocasion de que la querian hacer guerra ciertos enemigos suyos, la envió á Tile, en poder de Eustoquia, para que seguramente y sin los sobresaltos de la guerra en su casa se criase, puesto que yó para mí tengo que no

fuese esta la ocasion principal de envialla, sino para que el príncipe Maximino se enamorase della y la recibiese por su esposa, que de las estremadas bellezas se puede esperar que vuelvan en cera los corazones de mármol y junten en uno los extremos que entre sí estan mas apartados; á lo ménos, si esta mi sospecha no es verdadera, no me la podrá averiguar la esperiencia, porque sé que el príncipe Maximino muere por Sigismunda, la cual á la sazón que llegó á Tile, no estaba en la isla Maximino, á quien su madre la Reina envió el retrato de la doncella y la embajada de su madre, y él respondió que la regalasen y la guardasen para su esposa. Respuesta que sirvió de flecha, que atravesó las entrañas de mi hijo Pérsiles, que este nombre le adquirió la crianza que en él hice; desde que la oyó, no supo oír cosas de su gusto; perdió los brios de su juventud y finalmente encerró en el honesto silencio todas las acciones que le hacian memorable y bien querido de todos, y sobre todo vino á perder la salud y á entregarse en los brazos de la desesperacion de ella; visitáronle médicos que como no sabian la causa de su mal, no acertaban con su remedio, que como no muestran los pulsos el dolor de las almas, es dificultoso y casi imposible entender la enfermedad que en ellas asiste: la madre, viendo morir á su hijo, sin saber quién le mataba, una y muchas veces le preguntó, le descubriese su dolencia, pues no era posible sino que él supiese la causa,

pues sentia los efectos: tanto pudiéron estas persuasiones, tanto las solicitudes de la doliente madre, que vencida la pertinacia, ó la firmeza de Pársiles, le vino á decir, como él moria por Sigismunda y que tenia determinado de dejarse morir ántes que ir contra el decoro que á su hermano se le debia, cuya declaracion resucitó en la Reina su muerta alegría y dió esperanzas á Pársiles de remediarle, si bien se atropellase el gusto de Maximino, pues por conservar la vida, mayores respetos se han de posponer que el enojo de un hermano: finalmente Eustoquia habló á Sigismunda, encareciéndole lo que se perdia en perder la vida Pársiles, sugeto donde todas las gracias del mundo tenian su asiento, bien al reves del de Maximino, á quien la aspereza de sus costumbres en algun modo le hacian aborrecible, levantóle en esto algo mas testimonios de los que debiera, y subió de punto con los hipérboles que pudo, las bondades de Pársiles. Sigismunda muchacha, sola y persuadida, lo que respondió, fué, que ella no tenia voluntad alguna, ni tenia otra consejera que la aconsejase, sino á su misma honestidad, que como esta se guardase, dispusiesen á su voluntad de ella; abrazóla la Reina, contó su respuesta á Pársiles y entre los dos concertáron que se ausentasen de la isla, ántes que su hermano viviese, á quien darian por disculpa, cuando no la hallase, que habia hecho voto de venir á Roma, á enterarse en ella de la fe católica, que en aquellas

partes setentrionales andaba algo de quiebra; jurándole primero Pérsiles que en ninguna manera iría en dicho ni en hecho contra su honestidad, y así colmándoles de joyas y de consejos, los despidió la Reina, la cual despues me contó todo lo que hasta aquí te he contado.

Dos años, poco mas, tardó en venir el príncipe Maximino á su reino, que andubo ocupado en la guerra que siempre tenia con sus enemigos; preguntó por Sigismunda, y el no hallarla, fué hallar su desasosiego: supo su viage y al momento se partió en su busca, si bien confiado de la bondad de su hermano, pero temeroso de los recelos, que por maravilla se apartan de los amantes: como su madre supo su determinacion, me llamó á parte y me encargó la salud, la vida y la honra de su hijo, y me mandó me adelantase á buscarle y á darle noticia de que su hermano le buscaba. Partióse el príncipe Maximino en dos gruesísimas naves y entrando por el estrecho Hercúleo, con diferentes tiempos y diversas borrascas llegó á la isla de Tinacria y desde allí á la gran ciudad de Partenope y agora queda no léjos de aquí, en un lugar llamado Terrachina, último de los de Nápoles, y primero de los de Roma; queda enfermo, porque le ha cogido esto que llaman mutacion, que le tiene á punto de muerte; yo desde Lisboa, donde me desembarqué, traigo noticia de Pérsiles y Sigismunda, porque no pueden ser otros una peregrina y un peregrino, de quien la

fama viene pregonando tan grande estuendo de hermosura, que si no son Pársiles y Sigismunda, deben de ser ángeles humanados. Si como los nombras, respondió el que escuchaba á Seráfido, Pársiles y Sigismunda, los nombraras Periandro y Auristela, pudiera darte nueva certísima dellos, porque ha muchos dias que los conozco, en cuya compañía he pasado muchos trabajos y luego le comenzó á contar los de la isla bárbara, con otros algunos. En tanto que se venia el dia y en tanto que Periandro, porque allí no le hallasen, los dejó solos y volvió á buscar á Auristela, para contar la venida de su hermano y tomar consejo de lo que debian de hacer para huir de su indignacion, teniendo á milagro haber sido informado en tan remoto lugar de aquel caso, y así lleno de nuevos pensamientos, volvió á los ojos de su contrita Auristela y á las esperanzas casi perdidas de alcanzar su deseo.

CAPITULO XIII.

Entretiénesse el dolor y el sentimiento de las recién dadas heridas en la cólera y en la sangre caliente, que despues de fria fatiga de manera que rinde la paciencia del que la sufre: lo mismo acontece en las pasiones del alma, que en dando el tiempo lugar y espacio para considerar en ellas, fatigan hasta quitar la vida: dijo su voluntad Auristela á Periandro, cumplió con su deseo y satisfecha de haberle declarado, esperaba su cumplimiento, confiada en la rendida voluntad de Periandro, el cual, como se ha dicho, librando la respuesta en su silencio, se salió de Roma y le sucedió lo que se ha contado: conoció á Rutilio, el cual contó á su ayo Seráfido toda la historia de la isla bárbara, con las sospechas que tenia, de que Auristela y Periandro fuesen Sigismunda y Pérsiles: díjole asímismo, que sin duda los hallarian en Roma, á quien desde que los conoció venian encaminados con la disimulacion y cubierta de ser hermanos: preguntó muchísimas veces á Seráfido la condicion de las gentes de aquellas islas remotas, de donde era rey Maximino y reina la sin par Auristela.

Volvióle á repetir Seráfido, como la isla de Tile, ó Tule, que agora vulgarmente se llama Islanda, era la última de aquellos mares setentrionales, puesto que un poco mas adelante está otra isla, como te he dicho, llamada Frislanda, que descubrió Nicolas Temo, veneciano, el año de mil y trescientos y ochenta, tan grande como Sicilia, ignorada hasta entónces de los antiguos, de quien es reina Eusebia, madre de Sigismunda, que yo busco: hay otra isla asimismo poderosa y casi siempre llena de nieve que se llama Groelanda; á una punta de la cual está fundado un monasterio debajo del título de Santo Tomas, en el cual hay religiosos de cuatro naciones, españoles, franceses, toscanos y latinos: enseñan sus lenguas á la gente principal de la isla, para que en saliendo della sean entendidos por doquiera que fueren: está como he dicho, la isla sepultada en nieve y encima de una montañuela está una fuente, cosa maravillosa y digna de que se sepa, la cual derrama y vierte de sí tanta abundancia de agua y tan caliente, que llega al mar y por muy gran espacio dentro dél, no solamente le desnueva, pero le calienta de modo, que se recogen en aquella parte increíble infinidad de diversos pescados, de cuya pesca se mantiene el monasterio y toda la isla, que allí saca sus rentas y provechos: esta fuente engendra asimismo unas piedras conglutinosas, de las cuales se hace un betun pegajoso, con el cual se fabrican las casas, como si fuesen de duro mármol.

Otras cosas te pudiera decir, dijo Seráfido á Rutilio, destas islas, que ponen en duda su crédito; pero en efecto son verdaderas.

Todo esto que no oyó Periandro, lo contó despues Rutilio, que ayudado de la noticia que dellas Periandro tenia, muchos las pusiéron en el verdadero punto que merecian; llegó en esto el dia y hallóse Periandro junto á la iglesia y templo magnífico, y casi el mayor de la Europa, de San Pablo y vió venir hacia sí alguna gente en monton, á caballo y á pié y llegando cerca conoció que los que venian eran Auristela, Félix Flora, Constanza y Antonio su hermano y asímismo Hipólita, que habiendo sabido la ausencia de Periandro, no quiso dejar á que otra llevase las albricias de su hallazgo, y así siguió los pasos de Auristela, encaminados por la noticia que dellos dió la muger de Zabulon el judío, bien como aquella que tenia amistad con quien no la tiene con nadie: llegó en fin Periandro al hermoso escuadron, saludó á Auristela, notóle el semblante del rostro y halló mas mansa su riguridad y mas blandos sus ojos: contó luego públicamente lo que aquella noche le habia pasado con Seráfido su ayo y con Rutilio; dijo como su hermano el príncipe Maximino quedaba en Terrachina enfermo, de la mutacion y con propósito de venirse á curar á Roma y con autoridad disfrazada y nombre trocado á buscarlos; pidió consejo á Auristela y á los demas, de lo que haria: porque de la condicion de su her-

mano el Príncipe no podía esperar ningun blando acogimiento. Pasmóse Auristela con las no esperadas nuevas, desaparecieronse en un punto, así las esperanzas de guardar su integridad y buen propósito, como de alcanzar por mas llano camino la compañía de su querido Periandro. Todos los demas circunstantes discurriendo en su imaginacion, qué consejo darian á Periandro, la primera que salió con el suyo, aunque no se lo pidiéron, fué la rica y enamorada Hipólita, que le ofreció llevarle á Nápoles con su hermana Auristela y gastar con ellos cien mil y mas ducados que su hacienda valia : oyó este ofrecimiento Pirro el calabres, que allí estaba, que fué lo mismo que oír la sentencia irremisible de su muerte, que en los rufianes no engendra zelos el desden, sino el interes y como este se perdía con los cuidados de Hipólita, por momentos iba tomando la désesperacion posesion de su alma, en la cual iba atesorando odio mortal contra Periandro, cuya gentileza y gallardía, aunque era tan grande, como se ha dicho, á él le parecia mucho mayor, porque es propia condicion del zeloso, parecerle magníficas y grandes las acciones de sus rivales.

Agradeció Periandro á Hipólita, pero no admitió su generoso ofrecimiento; los demas no tuvieron lugar de aconsejarle nada, porque llegaron en aquel instante Rutilio y Seráfido y entrambos á dos apenas hubieron visto á Periandro, quando corrieron á echarse á sus piés, porque la mudanza del hábito

no le pudo mudar la de su gentileza : tenía le abrazado Rutilio por la cintura y Seráfido por el cuello : lloraba Rutilio de placer y Seráfido de alegría ; todos los circunstantes estaban atentos mirando el extraño y gozoso recibimiento ; solo en el corazon de Pirro andaba la melancolía, atenaceándole con tenazas mas ardiendo, que si fueran de fuego, y llegó á tanto extremo el dolor que sintió de ver engrandecido y honrado á Periandro, que sin mirar lo que hacia, ó quizá mirándolo muy bien, metió mano á su espada y por entre los brazos de Seráfido se la metió á Periandro por el hombro derecho con tal furia y fuerza, que le salió la punta por el izquierdo, atravesándole poco ménos que al soslayo, de parte á parte. La primera que vió el golpe fué Hipólita y la primera que gritó, fué su voz, diciendo: ¡ Ay traidor, enemigo mortal mio, y cómo has quitado la vida á quien no merecia perderla para siempre ! Abrió los brazos Seráfido, soltólos Rutilio, calientes ya en su derramada sangre y cayó Periandro en los de Auristela, la cual faltándole la voz á la garganta, el aliento á los suspiros y las lágrimas á los ojos, se le cayó la cabeza sobre el pecho y los brazos á una y otra parte. Este golpe, mas mortal en la apariencia que en el efecto, suspendió los ánimos de los circunstantes y les robó la color de los rostros, dibujándoles la muerte en ellos, que ya por la falta de la sangre á mas andar se entraba por la vida de Periandro, cuya falta amenazaba á todos el

último fin de sus dias, á lo ménos Auristela la tenia entre los dientes y la queria escupir de los labios; Seráfido y Antonio arremetiéron á Pirro y á despecho de su fiereza y fuerzas le asiéron, y con gente que se llegó, le enviáron á la prision y el Gobernador de allí á cuatro dias le mandó llevar á la horca por incorregible y asesino, cuya muerte dió la vida á Hipólita, que vivió de allí adelante.

CAPITULO XIV.

Es tan poca la seguridad con que se gozan los humanos gozos, que nadie se puede prometer en ellos un mínimo punto de firmeza: Auristela arrepentida de haber declarado su pensamiento á Periandro, volvió á buscarle alegre, por pensar que en su mano y en su arrepentimiento estaba el volver á la parte que quisiese la voluntad de Periandro, porque se imaginaba ser ella el clavo de la rueda de su fortuna y la esfera del movimiento de sus deseos, y no estaba engañada, pues ya los traía Periandro en disposición de no salir de los de Auristela: pero mirad los engaños de la variable fortuna. Auristela en tan pequeño instante como se ha visto, se ve otra de lo que ántes era, pensaba reír y está llorando, pensaba vivir y ya se muere: creía gozar de la vista de Periandro y ofrécese á los ojos la del príncipe Maximino su hermano, que con muchos coches y grande acompañamiento entraba en Roma por aquel camino de Terrachina y llevándole la vista el escudron de gente que rodeaba al herido Periandro, llegó su coche á verlo y salió á recibirle. Seráfido, diciéndole: ¡O príncipe Maximino, y qué malas albricias espero de las nuevas que pienso darte! Este

herido que ves en los brazos desta hermosa doncella, es tu hermano Pérsiles y ella es la sin par Sigismunda, hallada de tu diligencia á tiempo tan áspero y en sazón tan rigurosa, que te han quitado la ocasión de regalarlos y te han puesto en la de llevarlos á la sepultura. No irán solos, respondió Maximino, que yo les haré compañía, según vengo, y sacando la cabeza fuera del coche, conoció á su hermano, aunque tinto y lleno de sangre de la herida: conoció asimismo á Sigismunda por entre la perdida color de su rostro, porque el sobresalto que le turbó sus colores, no le afeó sus facciones: hermosa era Sigismunda ántes de su desgracia, pero hermosísima estaba después de haber caído en ella, que tal vez los accidentes del dolor suelen acrecentar la belleza.

Dejóse caer del coche sobre los brazos de Sigismunda, ya no Auristela, sino la reina de Frislanda, y en su imaginación, también reina de Tile: que estas mudanzas tan estrañas caen debajo del poder de aquella que comunmente es llamada fortuna, que no es otra cosa sino un firme disponer del cielo. Habíase partido Maximino con intención de llegar á Roma á curarse con mejores médicos que los de Terrachina, los cuales le pronosticaron que ántes que en Roma entrase, le había de saltar la muerte; en esto más verdaderos y experimentados que en saber curarle: verdad es, que el mal que causa la mutación, pocos le saben curar: en efecto, frontero

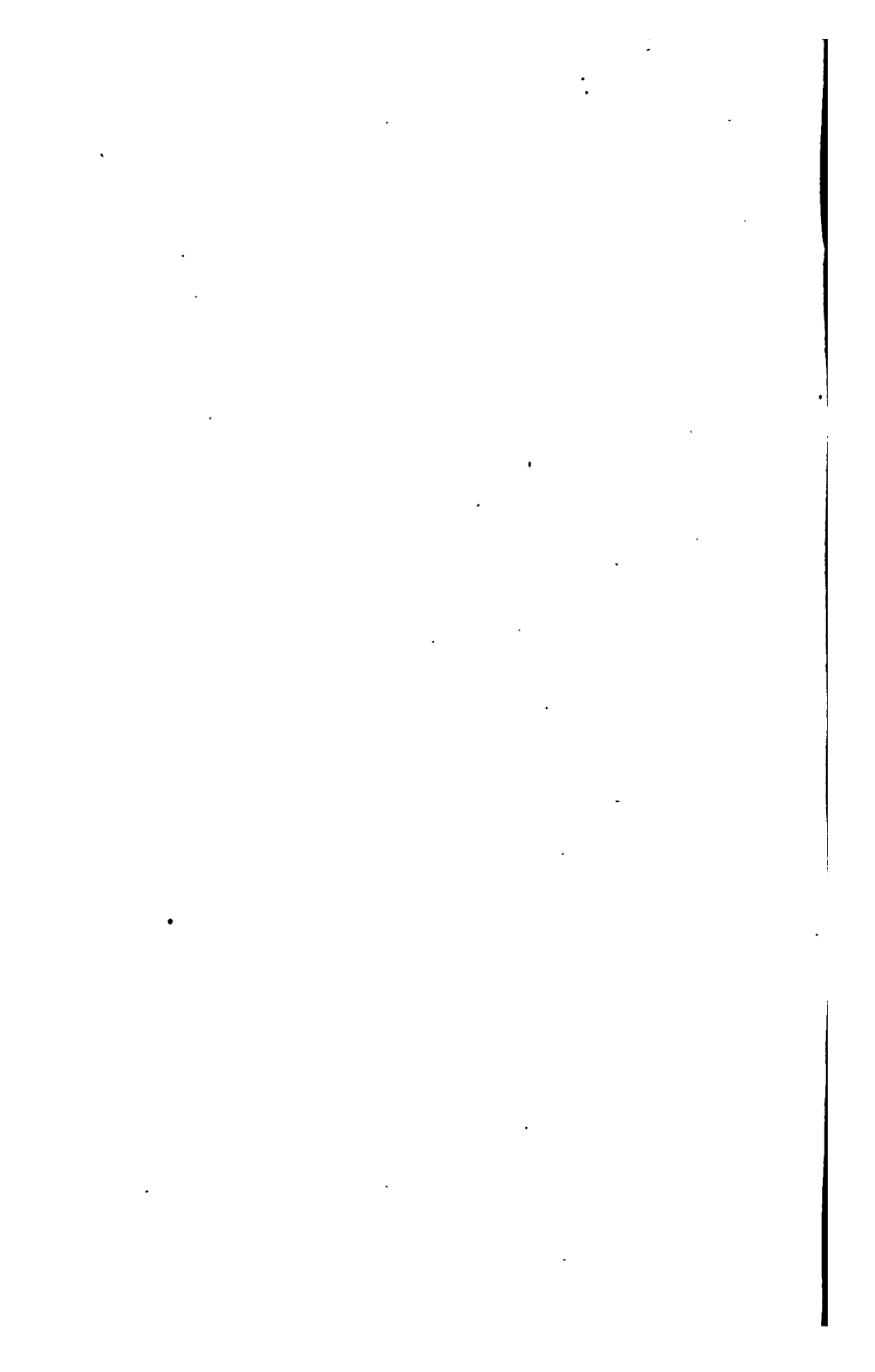
del templo de San Pablo, en mitad de la campaña rasa, la fea muerte salió al encuentro al gallardo Pérsiles y le derribó en tierra y enterró á Maximino, el cual viéndose á punto de muerte, con la mano derecha asió la izquierda de su hermano y se la llegó á los ojos y con su izquierda le asió de la derecha y se la juntó con la de Sigismunda y con voz turbada y aliento mortal y cansado dijo: De vuestra honestidad, verdaderos hijos y hermanos míos, creo que entre vosotros está por saber esto; aprieta, ó hermano, estos párpados y cierrame estos ojos en perpetuo sueño, y con esotra mano aprieta la de Sigismunda, y séllala con el sí que quiero que la des de esposo, y sean testigos de este casamiento la sangre que estás derramando y los amigos que te rodean; el reino de tus padres te queda, el de Sigismunda heredas, procura tener salud y góceslos años infinitos.

Estas palabras tan tiernas, tan alegres y tan tristes avivaron los espíritus de Pérsiles, y obedeciendo el mandamiento de su hermano, apretándole la muerte, con la mano le cerró los ojos y con la lengua entre triste y alegre pronunció el sí y le dió, de ser su esposo á Sigismunda: hizo el sentimiento de la improvisa y dolorosa muerte en los presentes su efecto y comenzaron á ocupar los suspiros el aire, y á regar las lágrimas el suelo. Recogieron el cuerpo muerto de Maximino y lleváronle á San Pablo, y el medio vivo de Pérsiles en el coche del

muerto le volviéron á curar á Roma, donde no halláron á Belarminia, ni á Deleasir, que se habian ido ya á Francia con el Duque. Mucho sintió Arnaldo el nuevo y estraño casamiento de Sigismunda: muchísimo le pesó de que se hubiesen malogrado tantos años de servicio, de buenas obras hechas, en orden á gozar pacífico de su sin igual belleza, y lo que mas le tarazaba el alma, eran las no creidas razones del maldiciente Clodio, de quien él á su despecho hacia tan manifiesta prueba: confuso, atónito y espantado, estuvo por irse sin hablar palabra á Pérsiles y Sigismunda, mas considerando ser reyes y la disculpa que tenian y que sola esta ventura estaba guardada para él, determinó ir á verles y así lo hizo: fué muy bien recibido y para que del todo no pudiese estar quejoso, le ofreciéron á la infanta Eusebia, para su esposa, hermana de Sigismunda, á quien él aceptó de buena gana y se fuera luego con ellos, sino fuera por pedir licencia á su padre, que en los casamientos graves y en todos es justo se ajuste la voluntad de los hijos con la de los padres. Asistió á la cura de la herida de su cuñado en esperanza y dejándole sano, se fué á ver á su padre, y prevenir fiestas para la entrada de su esposa. Feliz Flora determinó de casarse con Antonio el bárbaro, por no atreverse á vivir entre los parientes del que habia muerto Antonio: Croriano y Ruperta, acabada su romería, se volviéron á Francia, llevando bien que contar del suceso de la fingida

Auristela, Bartolomé el manchego y la castellana Luisa se fueron á Nápoles, donde se dice acabaron mal, porque no vivieron bien. Pérsiles depositó á su hermano en San Pablo, recogió á todos sus criados, volvió á visitar los templos de Roma, acarició á Constanza á quien Sigismunda dió la cruz de diamantes y la acompañó hasta dejarla casada con el Conde su cuñado: y habiendo besado los piés al Pontífice, sosegó su espíritu y cumplió su voto, y vivió en compañía de su esposo Pérsiles hasta que viznietos le alargaron los dias, pues los vió en su larga y feliz posteridad.

FIN.



INDICE.*

	Tom. I. Pag.
Vida de Miguel de Cervántes Saavedra,	ix
Carta de Dote &c.	xcvii
Aprobacion,	cv
Dedicatoria,	cvii
Prologo,	cix

LIBRO I.

Cap. I. Sacan á Periandro de la prision: echanle al mar en una balsa: corre tormenta y es socorrido de un navío,	3
Cap. II. Dase noticia de quién era el Capitan del navío. Cuenta Taurisa á Periandro el robo de Auristela: ofrécese él para buscarla, á ser vendido á los bárbaros,	9
Cap. III. Vende Arnaldo á Periandro en la isla bárbara, vestido de muger,	19
Cap. IV. Traen á Auristela de la prision en traje de varon, para sacrificarla: muévase guerra entre los bárbaros y pónese fuego á la isla. Lleva un bárbaro español á su cueva á Periandro, Auristela, Cloelia y la intérprete,	23
Cap. V. De la cuenta que dió de sí el bárbaro español á sus nuevos huéspedes,	33
Cap. VI. Donde el bárbaro español prosigue su historia,	43
Cap. VII. Navegan desde la isla bárbara á otra isla que descubriéron,	54
Cap. VIII. Donde Rutilio da cuenta de su vida,	58
Cap. IX. Donde Rutilio prosigue la historia de su vida,	65

* Aunque en el testo se han conservado solamente los epígrafes del original, suprimiendo los que se añadieron en la edicion de Madrid de 1719; sin embargo se han incluido estos en este índice para facilitar el uso de la obra.
L. E.

	Tom. I. Pag.
Cap. X. De lo que contó el enamorado portuges,	71
Cap. XI. Llegan á otra isla donde hallan buen acogimiento,	78
Cap. XII. Donde se cuenta, de qué parte y quién eran los que venian en el navío,	83
Cap. XIII. Donde Transila prosigue la historia á quien su padre dió principio,	90
Cap. XIV. Donde se declara, quién eran los que tan aherro- jados venian,	95
Cap. XV. Llega Arnaldo á la isla donde estan Periandro y Auristela,	101
Cap. XVI. Determinan todos salir de la isla prosiguiendo su viage,	104
Cap. XVII. Da cuenta Arnaldo del suceso de Taurisa,	109
Cap. XVIII. Donde Mauricio sabe por la Astrología un mal suceso que les vino en el mar,	112
Cap. XIX. Donde se da cuenta de lo que dos soldados hicié- ron: y la division de Periandro y Auristela,	124
Cap. XX. De un notable caso que sucedió en la isla Ne- vada,	131
Cap. XXI. Salen de la isla Nevada en el navío de los cor- sarios,	137
Cap. XXII. Donde el Capitan da cuenta de las grandes fiestas que acostumbraba á hacer en su reino el rey Poli- carpo,	140
Cap. XXIII. De lo que sucedió á la zelosa Auristela, quan- do supo que su hermano Periandro era el que habia ganado los premios del certámen,	148

LIBRO II.

Cap. I. Donde se cuenta como el navío se volcó con todos los que dentro dél iban,	157
Cap. II. Donde se cuenta un extraño suceso,	161
Cap. III. Sinforosa cuenta sus amores á Auristela,	170
Cap. IV. Donde se prosigue la historia y amores de Sinfo- rosa,	177
Cap. V. De lo que pasó entre el rey Policarpo y su hija Sin- forosa,	183

	Tom. I. Pag.
Cap. VI. Declara Sinforosa á Auristela los amores de su padre,	193
Cap. VII. Donde Rutilio enamorado de Policarpa y Clodio de Auristela, las escriben declarándolas sus amores. Rutilio conoce ser atrevimiento y rompe su papel sin darle; pero Clodio determina dar el suyo,	199
Cap. VIII. De lo que pasó entre Sinforosa y Auristela. Resuelven todos los forasteros salir luego de la isla,	207
Cap. IX. Da Clodio el papel á Auristela : Antonio el bárbaro le mata por yerro,	215
Cap. X. De la enfermedad que sobrevino á Antonio el mozo,	222
Cap. XI. Cuenta Periandro el suceso de su viage,	227
Cap. XII. De como Zenotia deshizo los hechizos para que sanase Antonio el mozo; pero aconseja al rey Policarpo no deje salir de su reino á Arnaldo y los demas de su compañía,	240
Cap. XIII. Prosigue Periandro su agradable historia y el robo de Auristela,	246
Cap. XIV. Da cuenta Periandro de un notable caso que le sucedió en el mar,	255
	Tom. II. Pag.
Cap. XV. Refiere lo que le pasó con Sulpicia, sobrina de Cratilo, rey de Lituania,	5
Cap. XVI. Prosigue Periandro sus acaecimientos y cuenta un extraño sueño,	16
Cap. XVII. Prosigue Periandro su historia,	23
Cap. XVIII. Traicion de Policarpo por consejo de Zenotia. Quítanle á él el reino sus vasallos, y á ella la vida. Salen de la isla los huéspedes, y van á parar á la isla de las Ermitas,	29
Cap. XIX. Del buen acogimiento que halláron en la isla de las Ermitas,	37
Cap. XX. Cuenta Renato la ocasion que tuvo para irse á la isla de las Ermitas,	47
Cap. XXI. Cuenta lo que le sucedió con el caballo tan estimado de Cratilo, como famoso,	54
Cap. XXII. Llega Sinibaldo hermano de Renato, con noticias favorables de Francia. Trata de volver á aquel reino	

	Tom. II. Pag.
con Renato y Eusebia. Llevan en su navío á Arnaldo, Mauricio, Transla y Ladislao: y en el otro se embarcan para España Periandro, Auristela, los dos Antonios, Ricla y Constanza: y Rutilio se queda allí por ermitaño,	60

LIBRO III.

Cap. I. Llegan á Portugal, desembarcan en Belen: pasan por tierra á Lisboa, de donde al cabo de diez dias salen en traje de peregrinos,	69
Cap. II. Empiezan los peregrinos su viage por España: sucedenles nuevos y estraños casos,	80
Cap. III. La doncella encerrada en el árbol, da razon de quién era,	91
Cap. IV. Quiere Feliciana acompañarlos en su peregrinacion: llegan á Guadalupe, habiéndoles acontecido en el camino un notable peligro,	99
Cap. V. Tiene fin en Guadalupe la desgracia de Feliciana, y se vuelve contenta á su casa con su esposo, padre y hermano,	112
Cap. VI. Prosiguen su viage; encuentran una vieja peregrina, y un polaco que les cuenta su vida,	122
Cap. VII. Donde el polaco da fin á la narracion de su historia,	136
Cap. VIII. De como los peregrinos llegaron á la villa de Ocaña, y el agradable suceso que les avino en el camino,	142
Cap. IX. Llegan al Quintanar de la Orden, donde sucede un notable caso. Halla Antonio el bárbaro á sus padres: quedan con ellos él y Ricla su muger; pero Antonio el mozo y Constanza prosiguen la peregrinacion en compañía de Periandro y Auristela,	149
Cap. X. De lo que pasó con unos cautivos fingidos que encontraron,	163
Cap. XI. Donde se cuenta lo que les pasó en un lugar poblado de moriscos,	173
Cap. XII. En que se refiere un estraordinario suceso,	185
Cap. XIII. Entran en Francia, y dase cuenta de lo que les sucedió con un criado del Duque de Nemours,	195

	Tom. II. Pag.
Cap. XIV. De los nuevos y nunca vistos peligros en que se viéron,	202
Cap. XV. Sanan de sus heridas Periandro y Antonio: prosiguen todos su viage en compañía de las tres damas francesas. Libra Antonio de un peligro á Félix Flora,	210
Cap. XVI. De como encontráron con Luisa la muger del polaco: y lo que les contó un escudero de la condesa Ruperta,	216
Cap. XVII. Del dichoso fin que tuvo el rencor de la condesa Ruperta,	224
Cap. XVIII. Incendio en el meson: saca de él á todos un judicario llamado Soldino: llévalos á su cueva, donde les pronostica felices sucesos,	233
Cap. XIX. Salen de la cueva de Soldino: prosiguen su jornada pasando por Milan y llegan á Luca,	240
Cap. XX. De lo que contó Isabela Castrucho á cerca de haberse fingido endemoniada por los amores de Andrea Marulo,	247
Cap. XXI. Llega Andrea Marulo: descúbrense la ficcion de Isabela, y quedan casados,	255

LIBRO IV.

Cap. I. Dase cuenta del razonamiento que pasó entre Periandro, y Auristela,	263
Cap. II. Llegan á las cercanías de Roma, y en un bosque encuentran á Arnaldo, y al Duque de Nemours heridos en desafío,	271
Cap. III. Entran en Roma, y alójense en la casa de un judío llamado Manases,	278
Cap. IV. De lo que pasó entre Arnaldo, y Periandro, y entre el Duque de Nemours, y Croriano,	286
Cap. V. De como por medio de Croriano fuéron libres Bartolomé, y la Talaverana, que estaban sentenciados á muerte,	290
Cap. VI. Contienda entre Arnaldo, y el Duque de Nemours sobre la compra de un retrato de Auristela,	298
Cap. VII. De un extraño caso, y notable peligro en que se vió Periandro, por malicia de una dama cortesana,	306

	Tom. II. Pag.
Cap. VIII. Da cuenta Arnaldo de todo lo que le habia sucedido desde que se apartó de Periandro, y Auristela en la isla de las Hermitas,	315
Cap. IX. En que se cuenta la enfermedad de Auristela por los hechizos de la muger de Zabulon,	322
Cap. X. Cobra Auristela la salud, por haber la judía deshecho los hechizos: y propone á Periandro el intento de no casarse,	326
Cap. XI. Sale Periandro de Roma despechado por la proposicion de Auristela,	332
Cap. XII. Donde se dice quién eran Periandro y Auristela,	338
Cap. XIII. Vuelve Periandro hacia Roma con la noticia de venir su hermano Maximino: llega tambien Seráfido su Ayo en compañía de Rutilio,	345
Cap. XIV. Llega Maximino enfermo de la mutacion: muere dejando casados á Periandro y Auristela, conocidos ya ser Pérsiles y Sigismunda,	351

EDICIONES

DE LA PROPIEDAD DE LANUZA, MENDIA Y C. Y LIBROS QUE SE
ENCUENTRAN EN GRAN NUMERO EN SU ALMACEN.

- Alejo ó la casita en los bosques, traducido al castellano, 4 tomos, en 18. con láminas.
- Anastasia, ó la recompensa de la hospitalidad en 18.
- Atala y René, por Chateaubriand, traducida por D. T. Torío de la Riva, 1819, en 18.
- Atlas, histórico, genealógico, cronológico, geográfico &c. de Le Sage, traducido por un español americano, en folio de marca mayor.
- Aventuras de Gil Blas de Santillana, 4 tomos, en 12 con doce láminas finas, 1822.
- Catecismo histórico por el Abate Fleury, en 18, N. York, 1827.
- de la Doctrina cristiana, por D. Gerónimo de Ripalda en 24, N. York, 1827.
- Compendio de la historia de los Estados-Unidos, al que se han añadido la declaración de la independencia y la constitucion de su gobierno, en 18. con el retrato de Washington, N. York, 1825.
- Cuentos y Sátiras de Voltaire, traduccion en versos castellanos por M. Domínguez, en 18. N. York, 1825.
- Defensa de los pueblos contra la tiranía de los reyes en 18. N. York, 1827.
- Diccionario filosófico de Voltaire, 10 tomos, en 18. N. York, 1825.
- Doncella (la) de Orleans, con la Coriandra, en 18.
- Don Quijote de la Mancha, por M. Cervántes, 4 tomos, en 12, 1825.
- Espiritu de las leyes por Montesquieu, traducido por Peñalver, segunda edicion, 1822, 4 tomos. en 12, con retrato.
- el comentario de la obra anterior por Destutt de Tracy, con las observaciones de Condorcet, traducido por D. R. Sálas, en 12, 1822.
- Fábulas literarias de D. Tomas Iriarte, en 18, N. York, 1826.
- de Samaniego, en 18, N. York, 1826.
- Historia de la destruccion de los Templarios, escrita en aleman por Carlos Gottlob Anton, traduccion española, en 18, N. York.

Genio del Cristianismo, ó bellezas de la religion, por Chateaubriand, traducido por D. T. Torío de la Riva, nueva edicion con láminas, 1825, 4 tomos, en 12.

Gramática inglesa, reducida á veinte y dos lecciones, por T. de Urcullu, en 12, 1827.

— francesa por Chantreau, en 8.

Jicotencal, novela escrita originalmente en castellano, 2 tomos, en 18. Filadelfia, 1826.

Jornada Cristiana con el ordinario de la santa misa en español y latin con láminas, en 18, 1827.

Lecciones de filosofía moral y elocuencia, ó coleccion de los trozos mas selectos de poesia, elocuencia, historia, religion y filosofía moral y política de los mejores autores castellanos, puesta en orden por D. José Marchena, 2 tomos gruesos en 8, papel vitela.

Mártires (los) ó el triunfo de la Religion cristiana, por Chateaubriand, 2 tomos, en 12, N. York, 1827.

Moral (la) universal ó los deberes del hombre fundados en su naturaleza, 3 tomos, en 12.

Ortografía de la lengua castellana por la Real Academia española, en 18, 1825.

Silabario y libro de lectura, en 18, N. York, 1827.

Sistema físico y moral de la muger. Segunda edicion, en 18, lámina.

— de la Naturaleza, por el Baron de Holbac, 4 tomos, en 18.

Talisman (el) por Gualterio Scott, 3 tomos, en 18, 1827.

Vida de Jorge Washington, por el Dr. Ramsay, 2 tomos, en 18, N. York, 1825.

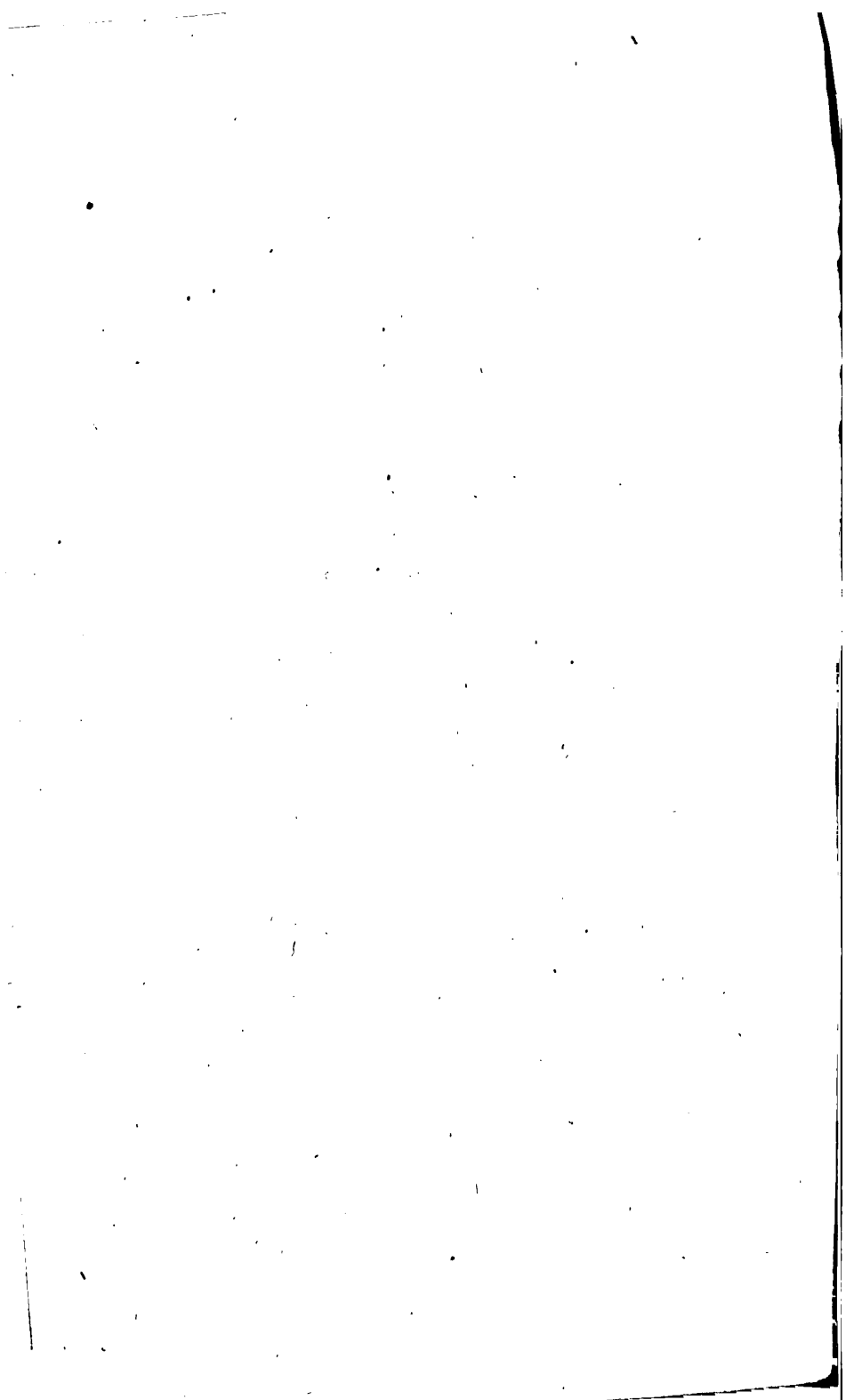
Vicario (el) de Wakefield, por el célebre Goldsmith, traducido del ingles por M. Domínguez, en 18, N. York, 1825.

Yvanhoe, novela por Gualterio Scott, 3 tomos, en 18, 1827.

EN PRENSA

Coleccion de Novelas morales, por el autor del Evangelio en triunfo. Estas obritas se venden tambien cada una de por sí; y ya está impresa la intitulada *Plácido, ó el secretario libertino*.











This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

~~DEC 18 1933~~

~~DEC NOV 20 1933~~

~~31 NOV 19 1934~~

~~NOV 19 1934~~

~~NOV 19 1934~~

~~NOV 19 1934~~

~~NOV 19 1934~~

~~NOV 19 1934~~

~~NOV 19 1934~~

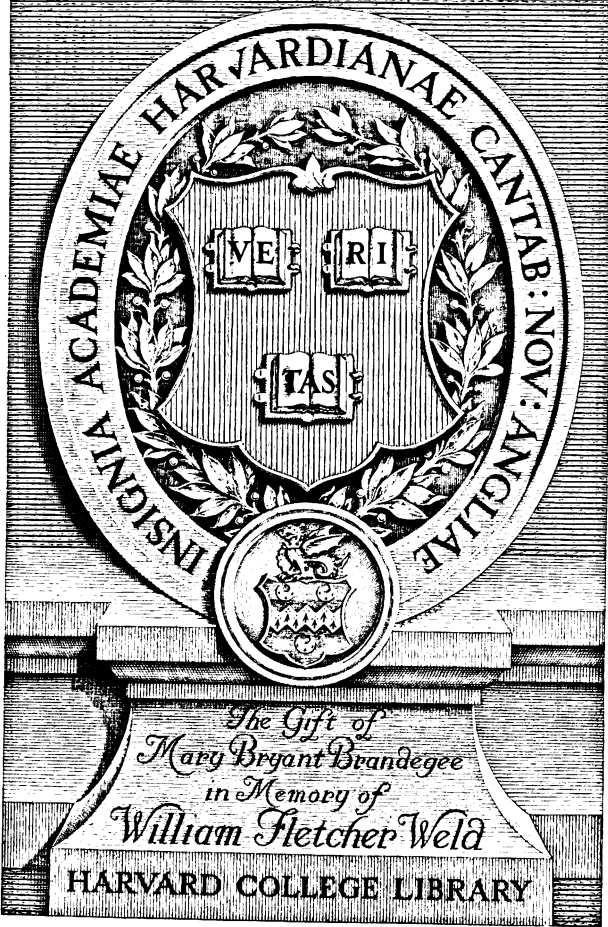
~~NOV 19 1934~~

NOV 30 1964 H

29765

**CALL
575
STATE ST
CASHIER**

Span 5040.50.9



*The Gift of
Mary Bryant Brandegee
in Memory of
William Fletcher Weld*
HARVARD COLLEGE LIBRARY